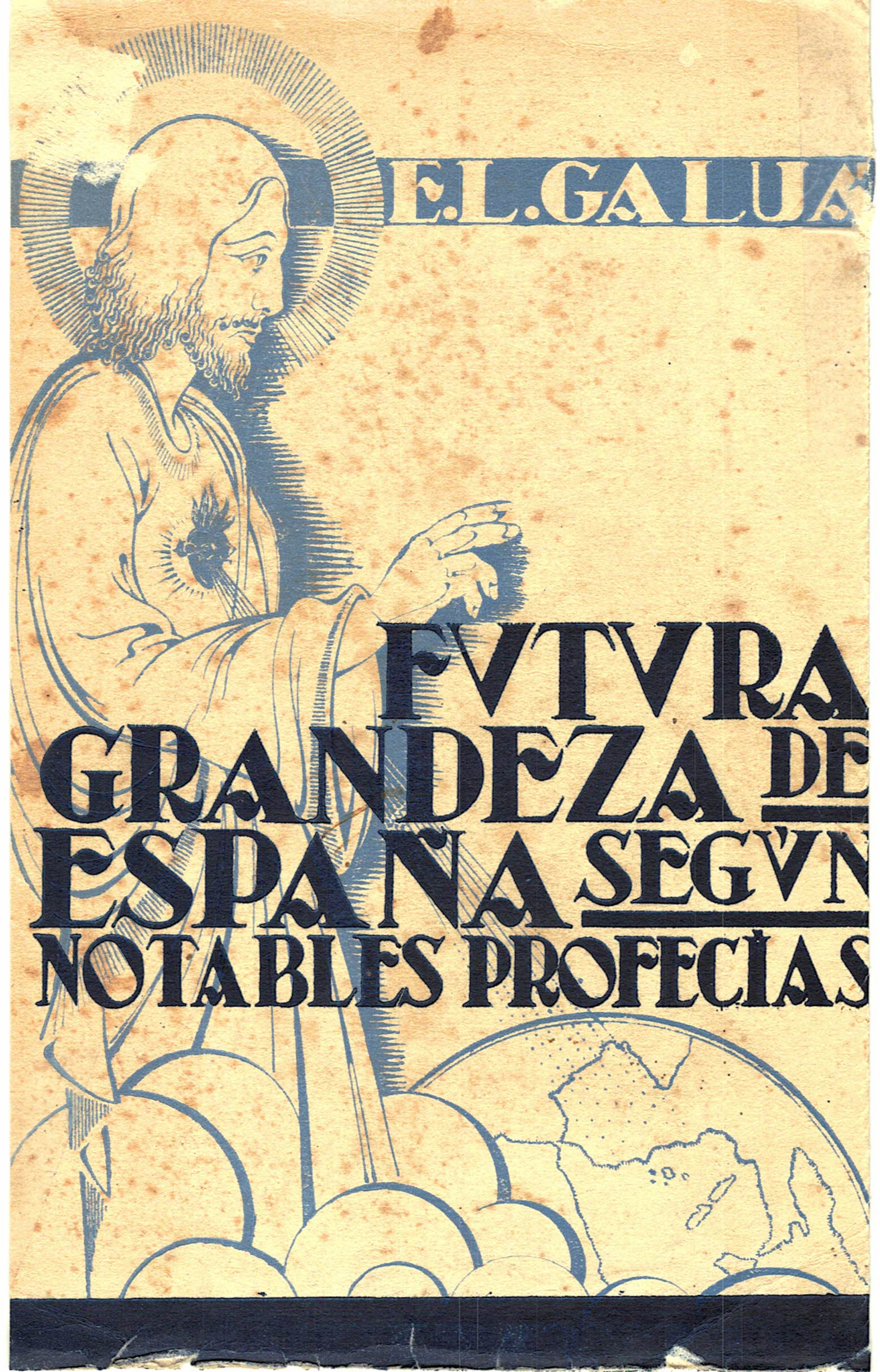

E.L.GALUA
FUTURA
GRANDEZA DE
ESPAÑA SEGUN
NOTABLES PROFECIAS

FUTURA GRANDEZA DE ESPAÑA

ENRIQUE LÓPEZ GALUA
ARCIPRESTE-PARROCO DE RIBADEO

FUTURA GRANDEZA DE ESPAÑA

SEGÚN NOTABLES

PROFECÍAS

(TERCERA EDICIÓN, AUMENTADA)



EDITORIAL MORET IMPRENTA
LA CORUÑA

INDICE

SEGUNDA PARTE

PREDICCION DE BUG DE MILHAS

COMENTARIO

PREDICCION DE UN ALMA SANTA

COMENTARIO

PREDICCION DEL PADRE PALAU

COMENTARIO

2

PRÓLOGO A LA TERCERA EDICIÓN

Agotada la segunda edición a pesar del considerable número de ejemplares de que constaba, nos vemos precisados a ir a la tercera por ser grande la demanda del público que nos acosa con sus constantes y numerosos pedidos.

Ello es debido, como decíamos en el prólogo a la segunda edición, "al interés que despiertan los acontecimientos que están desarrollándose a nuestra vista.

Estamos viviendo los acontecimientos más importantes de la historia humana. Estamos cabalgando sobre la línea fronteriza de una edad que termina y de otra que comienza y, como ocurre con la muerte y con el alumbramiento, ni una edad fenece, ni otra empieza sin que el estertor doloroso estremezca las entrañas de la Humanidad y despierte las más adormecidas energías vitales, o para detener el avance de la muerte que llega, o para romper el capullo de la vida que nace."

Los acontecimientos se precipitan en marcha vertiginosa hacia el fin previsto en este modesto trabajo y hasta por los mismos caminos trazados por los comentarios que de las predicciones se hacen. Esto explica el favor del público cuyas simpatías por nuestra obra celebramos y agradecemos.

El objeto que nos hemos propuesto al ordenar y co-

ña, basta que sea aludido Portugal para que España se considere favorecida. Portugal y España andan unidas en los destinos de la Providencia, como lo anduvieron en el descubrimiento, colonización y cristianización de las Indias. De ahí que lo que se aplica a Portugal, convenga a España y viceversa.

En todo lo demás queda inalterada la segunda edición hasta el punto de que siguen dándose en ésta, como presentes, sucesos que ahora son pasados; esto ocurre, por ejemplo, con los de nuestra guerra de liberación. Por esta razón conviene que el lector tenga en cuenta que el libro fué escrito en 1938 y así se ahorrará equivocaciones y se hará cargo del correr de los acontecimientos y de su progresión constante hacia el cumplimiento de las predicciones relativas al Reinado de Cristo en la tierra y a la futura grandeza de España.

Ribadeo, octubre de 1943.

EL AUTOR.

FUTURA GRANDEZA DE ESPAÑA

Cuando hace treinta y ocho años se publicaron las principales profecías sobre la grandeza futura de España, eran muy pocos los que creían en ellas. Acababa España de salir de una guerra ruinosa que había puesto término a su inmenso poderío colonial. Se encontraba nuestra Patria en lo más bajo de su curva histórica y no eran aquéllos los tiempos más propicios para hablar de grandezas de España. El desastre colonial había caído sobre los españoles como un mazazo atontador y muchos llegaron a perder la fe en los destinos hispánicos. Los que con sus propagandas antipatrióticas habían contribuído a la caída de España en los campos de Cuba y más que en los campos, en las aguas de la Gran Antilla, pusieron especial interés en fomentar el espíritu derrotista y antiespañol en aquella generación, como si intentaran echar sobre la España sepultada en la fosa de tantas desgracias, tierra y más tierra para hacer imposible todo resurgimiento.

Pero los de fe firme en la amorosa Providencia de Dios y en las reservas espirituales de España, no desmayaron ante las desgracias de la Patria y ante la actuación antipatriótica de los derrotistas. Continuaron esperando tiempos mejores que afortunadamente han llegado, y su fe no se quebrantó, ni por la visión apocalíptica de los

trágicos acontecimientos que habían de preceder a esta resurrección gloriosa de España.

¿En qué se fundaba esa fe, que llevaba consigo esa alentadora esperanza en un porvenir esplendoroso, cuando el horizonte estaba cerrado por todas partes y se hablaba de repartir a España como una humilde parcela indigna de independencia?

Se fundaba en toda su historia entretejida de heroísmos no superados, en el celo que de su dignidad e independencia tuvieron siempre los españoles frente a Cartago y a Roma, frente al Islam y a Napoleón. Se fundaba en los destinos providenciales de la raza llamada, no sólo a afirmar su personalidad, sino a ejercer su influencia misionera y cultural sobre otras razas a las cuales levantaría de su postración y de su barbarie para, perfeccionadas, hacerlas entrar en el concierto de las naciones cultas. Se fundaba en las inagotables reservas espiritualistas que atesoraba y que constituían una garantía para el cristianismo y la civilización frente a la barbarie moderna cuando llegase el momento del choque terrible entre el materialismo bolchevique y la civilización occidental.

Todo esto alimentaba los presentimientos de los buenos patriotas y Dios los confirmaba con las videncias que de los sucesos futuros había concedido a confidentes suyos con objeto de que rasgasen a sus elegidos las negruras del porvenir, haciéndoles vislumbrar por aquellas brechas de la divina misericordia el rayo de luz que había de guiarles por el laberinto tenebroso de una época triste hacia los tiempos luminosos del Reinado de Cristo en la tierra.

Esas videncias, esas predicciones, esas profecías, se están ahora cumpliendo y tienen en su abono los sucesos que están desarrollándose. Y como están de completa ac-

tualidad y son una confirmación plena de las tendencias espiritualistas y patrióticas de las juventudes que luchan en los frentes o trabajan en la retaguardia, interesa conocerlas a unos, interesa recordarlas a otros, e importa a todos tenerlas presentes para que sepamos que Dios está con nosotros y es Él el que verdaderamente dirige la empresa. Y como esas predicciones no nos hablan solamente del momento presente, sino también del porvenir y de un porvenir próximo, su estudio tiene que ser muy interesante y de no poco provecho para afirmar más nuestro providencialismo.

E indicado está el objeto de este libro.

En él no se dirá cosa nueva. Pero se coleccionarán una porción de predicciones que sobre los actuales acontecimientos de España y sobre los de un futuro próximo andan dispersas por folletos, revistas, libros y periódicos. Se seleccionarán de una colección publicada en Valencia en 1903 las más destacadas y las que más relación guarden con la grandeza de España, acomodando nuestra interpretación a la hermenéutica y ajustando el comentario a la realidad de los hechos que enfocaremos con una completa objetividad, huyendo de todo género de prejuicios, a fin de no caer en las deficiencias de que adolecen los comentarios del autor de la colección a que aludimos, y el cual, si es verdad que rindió culto a la fidelidad en la transcripción de las profecías, no estuvo acertado en el comentario e interpretación de las mismas por moverse con el pie forzado de que el artífice de la grandeza de España había de ser determinado sujeto muy identificado con él y de que esa grandeza había de comenzar a elaborarse entre 1904 y 1907.

Esta va a ser nuestra obra, que deseamos lea el aficionado a esta clase de predicciones y el refractario a creer

en ellas: el primero, para que los acontecimientos no le sorprendan; y el segundo, para que, cuando esos acontecimientos se produzcan, se acuerde de que estaban anunciados y sepa cuál va a ser su desenlace.

No despreciéis las profecías, antes bien examinadlas detenidamente y ateneos a lo bueno. I. The, V, 16-21.

A MANERA DE PRENOTANDO

Antes de entrar en la exposición de las profecías, nos parece oportuno fijar algunos conceptos.

No todos los lectores tienen obligación de saber lo que es profecía, cuántas son sus clases y qué reglas hay que tener en cuenta para su buena interpretación. De aquí que dediquemos un capítulo a explicar a unos y recordar a otros algunos conceptos previos que siempre habrá que tener presentes en la lectura, en el comentario y en la concordancia de las profecías que vamos a presentar.

El hombre conoce de diferente modo las cosas que pueden ser objeto de su observación. Las que tiene presentes las conoce por intuición, haciendo funcionar directamente sobre ellas sus sentidos y su inteligencia. Pero las cosas ausentes, con las cuales no puede ponerse en contacto directo e inmediato, tiene que conocerlas de otra manera y por otro procedimiento. A unas llega por deducción, siguiendo los anillos de la cadena que une las cosas presentes con las ausentes, a lo que llaman los filósofos **deducción.**

Así averiguamos las causas por sus efectos. De este

modo averiguó Le Verrier la existencia del planeta Neptuno. De los perturbados movimientos de Urano, de las discrepancias que Bouvard había encontrado entre el camino que este planeta iba recorriendo y el que debía recorrer teniendo en cuenta la influencia de Júpiter y Saturno, dedujo el célebre astrónomo francés la existencia de una masa perturbadora, llegando a precisar con sus cálculos el diámetro de esa masa y su longitud heliocéntrica, razonamientos que comprobó el telescopio de Galle.

Pero hay cosas ausentes que no están unidas con las presentes por la relación de causalidad. Unas están ocurriendo a gran distancia de nosotros y sólo pueden llegar a nuestro conocimiento por el testimonio de los que las presencian. Otras ocurren dentro del pensamiento o del corazón de quien está delante de nosotros, pero no exterioriza su pensamiento ni abre su corazón. Otras están ausentes en el orden del tiempo, porque no han ocurrido ni ocurren, sino que acaecerán en tiempo venidero, y no de un modo necesario, sino contingente; es decir, que ocurrirán, pudiendo perfectamente no ocurrir, como es todo lo que depende de la voluntad libre del hombre y aún del juego de factores contingentes.

Lo que está sucediendo a distancia, como no nos sea comunicado por la radio u otro medio rápido de transmisión, no podemos conocerlo, y si alguien lo conoce, es porque ha intervenido en la transmisión del suceso algún agente no sensible, un ángel, o el mismo Dios. La telepatía no da una explicación satisfactoria de estos fenómenos del conocimiento presencial a distancia.

Lo que ocurre dentro del alma de un semejante sólo podemos conocerlo si él nos lo manifiesta por alguno de los caminos de exteriorización del pensamiento: la palabra hablada, la palabra escrita o la mímica. Si, por consiguien-

te, alguien llega a penetrar los corazones o a escudriñar los espíritus sin recorrer este camino, tenemos intervención de lo sobrenatural. Sólo Dios, **scrutans corda et renes**, escudriñador de los corazones y de las interioridades del espíritu, puede decirnos lo que hay dentro del que se empeña en encerrarse en el arcano de su conciencia.

Los sucesos futuros, separados de nosotros por el tiempo, no nos pueden ser conocidos, por la sencilla razón de que no existen en sí, pues son futuros; ni en sus causas, porque nos referimos a futuros dependientes de la libre voluntad del hombre. Si, por tanto, alguien anuncia esos futuros, es que se los ha revelado un ser superior que los conoce, Dios.

La profecía, como lo indica la misma palabra de origen griego, es visión de cosas lejanas. El profeta ve muy lejos, ve lo que los demás mortales no tienen a su alcance, ve lo que está a distancia en el orden del espacio, ve lo que pasa dentro de los corazones y ve lo que el tiempo tiene reservado.

Pero, ¿por qué ve esto el profeta? ¿Porque tenga una constitución distinta de los demás mortales? No. El profeta es un hombre de la misma especie que los demás. Pero lo que le constituye profeta es la voluntad de Dios que le elige para, por su mediación, comunicar a los mortales ciertos acontecimientos que naturalmente no pueden conocer y cuyo conocimiento les es necesario para alentar su esperanza en circunstancias gravísimas, para sostener su confianza en la divina Providencia.

La profecía versa de un modo especial sobre lo futuro y de esta clase de profecías vamos a ocuparnos.

La profecía, propiamente dicha, es la **predicción cierta y concreta de futuros libres.**

Por eso distinguimos la profecía de la conjetura, que no pasa de ser una manifestación vacilante de lo que se supone va a acaecer. El profeta afirma terminantemente. Jesucristo le dice a Pedro: Esta noche me negarás.

La distinguimos igualmente de la afirmación vaga e imprecisa que deja un ancho campo a la interpretación. El profeta concreta hechos y circunstancias. Jesucristo dice a San Pedro: Antes de que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Detalla el hecho con todas sus circunstancias: aquella noche, no la siguiente; el doble canto del gallo, la triple negación y antes del segundo canto del gallo; y todo esto contra las protestas de San Pedro, quien jura y perjura que no le negará. Puede negarle, puede no negarle. Esto depende de su voluntad, es un futuro libre. Jesucristo se lo anuncia. Hace una verdadera profecía.

Las profecías pueden ser canónicas y privadas. Son del primer género todas las contenidas en el Depósito de la Revelación. Las del antiguo Testamento se referían al Mesías, a Cristo que había de venir; las del nuevo, se refieren a su reino espiritual y a su segunda venida cuando sea llegado el fin del género humano. Estas profecías, por formar parte de la Revelación, son de creencia obligatoria. Hay que creer, o naufragar en la fe, todo lo que está contenido en la Sagrada Escritura y en la Tradición, porque Dios lo ha revelado y la Santa Madre Iglesia, único intérprete auténtico de la revelación, nos lo manifiesta. Por consiguiente, las profecías canónicas son objeto de nuestra fe, por lo menos de la implícita.

Las profecías privadas, que más bien, y para distinguirlas de las canónicas, deben llamarse predicciones o videncias, vienen a ser manifestaciones que Dios hace de vez en cuando a determinados individuos que escoge para este menester y se encargan luego de hacerlas llegar a conoci-

miento de los demás. Esas manifestaciones divinas se refieren a sucesos futuros cuya noticia Dios quiere adelantar a sus escogidos, para prevenirlos si son aciagos, para alentarlos si son halagüeños y, para que en todo caso, sepan que nada ocurre al margen de su voluntad soberana. Todo acaece, o porque Él lo manda, o porque lo permite. Esto sostiene al bueno, aún en el infortunio, pues sabe que aún en el período de la prueba Dios no le abandona. Dios continúa actuando y triunfando, aunque otra cosa crean sus enemigos. Jesucristo anuncia a sus Apóstoles la pasión, anuncia a sus fieles las persecuciones contra la Iglesia y las tribulaciones de los últimos días; y el anuncio tiene por objeto prevenirlos. "**Os predije estas cosas para que cuando ocurran os recordéis de que os las anuncié**", les dice Jesucristo. Como quien les dice: Esos sucesos que han de venir y que van a parecer un triunfo de mis enemigos, no vendrán sin mi permisión; los haré entrar en el plan de mi Providencia, sacando de ellos bienes y haciéndoles servir a mi triunfo que será también el vuestro. Para esto hace Dios servir la profecía privada en lo relativo a sucesos futuros tristes.

Alguien dirá: ¿Pero no se han acabado las profecías canónicas con la venida de Jesucristo? ¿No se cumplió "toda visión y profecía" al venir al mundo el profeta de los profetas, según nos dice Daniel? Indudablemente que sí en lo que se refiere al antiguo Testamento. Todo en él se ordenaba a la venida del Mesías. Al salir el sol, las sombras se desvanecen y las figuras ceden su lugar a la realidad. Pero el espíritu profético continúa en la Iglesia. El profeta Ágabo, de quien se nos habla en los Hechos de los Apóstoles, es buena prueba de ello. Ese espíritu profético continúa en los grandes santos, en las personas muy de Dios a las cuales el Señor quiere regalar con sus confidencias. Así lo atesti-

guan, entre otros, Bossuet, R. Reniere, S. Alfonso, Frayssinous, De Maistre, etc.

En los tiempos de Catalina de Rusia, eran muy duramente oprimidos los católicos polacos. El P. Lorencesky lloraba en su convento de Vilna los martirios a que eran sometidos los que valientemente profesaban la religión católica, que no querían cambiar por la cismática, y pedía a Dios se dignase poner remedio a la triste situación de los polacos. Era esto de noche. En las sombras de su celda se dibuja la silueta de un hombre que comienza a hablarle: "Soy Andrés Bóbola", le dice; "asómate a esta ventana y mira". El buen Padre se asoma a la ventana de su habitación que da a las llanuras de Pins y ve en ellas soldados ingleses, franceses, alemanes, rusos... luchando entre sí. "Cuando haya una guerra, le dice el Beato Bóbola, en que luchen unas contra otras estas naciones, Polonia volverá a resurgir como nación independiente. Y para que mañana al despertar no creas que esto ha sido un sueño o una pesadilla, aquí te dejo la huella de mi mano". Y puso la mano el Beato sobre la mesa de despacho del P. Lorencesky.

Quedó el Padre muy consolado y se durmió profundamente. Al día siguiente se levantó, reconoció su mesa y vió sobre ella una huella de mano. No había duda. La aparición del B. Bóbola era un hecho cierto y su profecía debería cumplirse con el tiempo.

Pasaron los años. Llegó 1914. La guerra europea estalló con todos sus horrores. Las fuerzas se polarizaron luchando de un lado Alemania y Austria con otras pequeñas naciones; y del otro, Rusia, Francia e Inglaterra con bastantes satélites más. Dada la distribución de fuerzas, no podía esperarse que, como resultado de la guerra, Polonia fuese reintegrada a su independencia. Si Rusia vencía con sus aliados, absorbería la Postnania y la Galitzia. Si la victoria

era de los imperios centrales, éstos se repartirían el Gran Ducado de Varsovia. En cualquiera de los casos, Polonia continuaría siempre esclavizada; en vez de continuar bajo la opresión de tres señores, continuaría bajo la de dos o la de uno.

Sin embargo, ya sabemos cómo se desarrollaron los acontecimientos. La revolución rusa dió al traste con el régimen zarista. Los revolucionarios, después de algunos reveses militares, firmaron con los imperios centrales la paz de Brest-Lytosk, separando a Rusia de sus aliados, que continuaron la lucha. Esto ocurre en 1917. En 1918 el agotamiento económico, producido por un cerco en que toma parte el mundo, provoca en Alemania la revolución y los ejércitos alemanes y austro-húngaros, militarmente vencedores, se ven obligados, sobre territorio enemigo, a aceptar el armisticio y después de éste los tratados de Versalles y San Germán.

Los aliados, por el aún temido peligro alemán, buscan en el Oriente una nación que actúe de contrapeso y no pudiendo pensar en Rusia, por el estado caótico en que la había sumido el bolchevismo, además de fraccionar en pedazos el antiguo imperio austro-húngaro, tratan de resucitar a Polonia y surge ésta como una nación poderosa de treinta y dos millones de habitantes. La visión profética del Padre Lorencesky se convierte en hermosa realidad a los casi dos siglos de haber sido tenida.

(Ante los hechos que vienen desarrollándose desde septiembre de 1939, algún lector dirá: esta profecía no parece haberse cumplido, por lo menos de un modo perfecto. Polonia perdió su independencia en su primer mes de guerra y continúa sojuzgada por sus dos poderosos vecinos.

El hecho es cierto. Pero, para el estricto cumplimiento de la profecía, nos basta la resurrección del Estado polaco

a raíz y como consecuencia de la Gran Guerra. Nos basta igualmente que ese Estado, perfectamente constituído, haya tenido vida plenamente independiente durante una veintena de años. El vidente no habla del tiempo que ha de durar esa independencia. Claro que parece insinuarlo. Consuela al P. Lorencesky en sus amarguras de oprimido y en la persona del dominico patriota consuela también a todos los polacos. Y consuelo mezquino sería el que no hubiese de durar más de veinte años, lapso de tiempo insignificante para la vida de una nación. Pero tengamos en cuenta el carácter providencial de la guerra que está desarrollándose. No se puede enjuiciar cada episodio de la misma desconectado del conjunto. Hay que esperar el fin de los acontecimientos para emitir un juicio definitivo. El lector que se fije bien en el desenvolvimiento de la trama de este libro, podrá hacer muchas e importantes deducciones). (1).

A los comienzos de la revolución francesa, el Padre Bauregard anunció, en tono que todos tuvieron por profético, lo siguiente: "Sí; vuestros templos, Señor, serán saqueados y destruídos, serán abolidas vuestras fiestas, se blasfemará de vuestro nombre, se proscribirá vuestro culto. Pero, ¿qué digo, gran Dios, qué veo? A los sagrados cánticos, que hacían resonar las santas bóvedas en vuestro honor, suceden canciones lúbricas y profanas; y tú, divinidad infame del paganismo, infame Venus, acudes descaradamente a usurpar el puesto de Dios vivo, a sentarte en el trono del Santo de los santos, a recibir el culpable incienso de tus nuevos adoradores" (2).

Transcurren poco más de dos años; la Convención establece la fiesta del Ateísmo y sobre los cadáveres de los sacerdotes asesinados y los despojos sagrados de las igle-

(1) Nota de la 2.ª edición.
(2) Cantú, vol. VIII. pág. 21.

sias robadas y profanadas rueda la carroza triunfal de la diosa **Razón,** simbolizada por una cupletista, a la que, despojada previamente de sus velos en la Asamblea, pasearon por las calles de París, llevándola a recibir honores divinos en la Basílica de Notre Dame, entronizada en el lugar santo. El vaticinio del Padre Bauregard se cumplía al pie de la letra.

Estos dos casos, entre otros mil que pudieran citarse, demuestran claramente cómo continúa el espíritu profético en la Iglesia; y es creencia general que antes que se produzcan grandes acontecimientos, sean éstos anunciados por los videntes. Así lo cree el mismo Maquiavelo, quien, en su Discurso sobre Tito Livio, dice:

"Yo no sabré dar la razón; pero es un hecho atestiguado por toda la historia antigua y moderna que nunca acontecen grandes desgracias a una ciudad que antes no hayan sido predichas por algunos videntes, o anunciadas por revelaciones, prodigios u otras señales del cielo".

En este mismo sentir abundaron entre los antiguos paganos, Plutarco y Cicerón.

Cuando Hernán Cortés consiguió entrar en la ciudad de Méjico, hablando en una ocasión con Moctezuma sobre el arribo de los españoles a aquellas tierras, oyó con grata sorpresa al emperador azteca recordar unas viejas predicciones indias, según las cuales, hombres de otra raza muy superior llegarían a dominarlos. Casi idéntica predicción oyeron a los indios de Guahanani los primeros descubridores a quienes los sencillos indígenas recibían como a hombres venidos del cielo.

Es que Dios se complace en anunciar, por unos u otros caminos, los grandes acontecimientos que han de cambiar la faz de los pueblos.

CREDIBILIDAD DE ESTAS PROFECÍAS

¿Hasta qué punto son dignas de crédito estas profecías de carácter privado?

Hemos dicho que las profecías canónicas han de creerse con fe católica, por lo menos, con fe teológica definible, por encontrarse en el Depósito de la Revelación.

A las profecías privadas no les podemos prestar más asentimiento que el de fe divina no definible por no pertenecer a la Revelación pública, que podríamos llamar oficial, y que está contenida en la Sagrada Escritura y en la Tradición.

Si sabemos que alguna persona anuncia lo futuro de un modo categórico y concreto y el evento confirma la predicción, tenemos que ver en el anuncio la intervención divina, y prestamos asentimiento a la profecía por creerla cosa de Dios. De ahí el que nuestra fe sea divina, aún tratándose de profecías privadas. Creemos al vidente, no porque él hable, sino porque Dios le inspira lo que anuncia.

Nosotros sabemos que nadie puede conocer naturalmente lo futuro que depende de la libertad humana. Un hombre sabio y observador puede conjeturar, puede prever en confuso ciertos acontecimientos de carácter general; pero, hechos concretos, determinados y con firmeza, no puede hombre alguno, ni ángel, conocerlos mientras son futuros libres, pues ni existen en sí, ni en sus causas segundas, en las cuales, por razón de la libertad, hay indiferencia para obrar o no obrar, obrar de este o de otro modo. Estos futuros libres sólo puede conocerlos Dios que los ve en sus decretos desde la eternidad, pues nada ocurre en el tiempo sin que Él lo haya determinado desde siempre. Para Dios no hay sorpresas. Nada puede ocu-

rrir al margen de su voluntad. Aun el pecado, que va contra ella, en lo que tiene de positivo depende de la voluntad positiva o del querer eficiente de Dios, y en lo que tiene de deficiente depende de su voluntad permisiva.

Tan ligada consideraban los antiguos la profecía con la divinidad, que ya Cicerón decía: "Allí veréis a Dios donde veáis adivinación".

Para el creyente no hay, pues, dificultad alguna. Sabe que Dios ve los futuros y que puede comunicarlos. Por consiguiente, la profecía privada es perfectamente posible.

El problema está en averiguar cuándo el vidente habla por su cuenta o bajo la inspiración divina.

Si el vidente habla y confirma sus anuncios con milagros, no hay duda de que sus oráculos son de Dios.

Si el vidente habla y la Iglesia declara formalmente que lo hace en nombre de Dios y bajo su inspiración, en este segundo caso tampoco podemos dudar de la verdad de la profecía.

Pero si el vidente no confirma con milagros sus profecías, ni la Iglesia hace declaración alguna a favor de estas profecías, ¿cómo ha de proceder el crítico?

En primer lugar tiene que averiguar si la profecía privada se opone a alguna canónica o a verdades reveladas. Como la verdad no se opone a la verdad, en caso de oposición hay que resolver contra la profecía privada.

Si no hay oposición alguna y no se trata de cosas inútiles y ridículas, si se trata de acrecentar la gloria de Dios y el provecho de las almas y si las circunstancias de persona y motivos abonan la honestidad de la profecía, resulta perfectamente posible. Si además la profecía consta de varias partes y se confirmaron algunas, podemos

fundadamente creer que se confirme el resto, porque, si el vidente tuvo espíritu profético para parte de la profecía, procede reconocérselo para el resto. Este es el criterio que principalmente debemos tener en cuenta para discernir las profecías. Por eso presentaremos de ellas la parte cumplida junto a la que aparece sin cumplirse. De modo que no hay que molestarse grandemente en averiguar el origen de la profecía. Lo que más importa es saber si ha comenzado a cumplirse, y, por tanto, si el evento acredita que se trata de una verdadera profecía.

Claro es que la categoría del vidente le da autoridad a la profecía y no ha de desdeñarse la calidad del que emite el oráculo. Pero el criterio fundamental en la autenticidad de esta clase de profecías es el expuesto.

En cuanto al fracaso o al éxito de las predicciones hay que notar que muchas veces damos por fracasadas ciertas predicciones, cuando lo que fracasó fueron nuestras interpretaciones de las mismas, el concepto que de las predicciones nos hemos formado. La interpretación ha de hacerse con el máximo cuidado, teniendo en cuenta las reglas de sentido común para interpretar cualquier escrito en el cual hay que ver lo que el autor quiso decir, no lo que el lector quisiera que dijese. Y en cuanto a los profetas, hay que tener en cuenta el lenguaje que acostumbran a usar, el tiempo en que han hablado, los modos de hablar propios de la época, y otras circunstancias que iremos teniendo a la vista al hacer el comentario de cada una.

Hay también que advertir que, como unas profecías explican otras, hay que atender a la concordancia de unas con otras. Todas las que vamos a exponer respecto a la futura grandeza de España, que comienza a elaborarse, están de tal modo de acuerdo, que se completan las unas

a las otras. Pudiéramos decir que forman parte armónica de un todo.

¿Habrá, pues, que creerlas? Por de pronto debemos estudiarlas. No sería discreto rechazarlas a priori, sobre todo por el creyente. Sería en esta clase de personas falta imperdonable de lógica rechazar sin previo estudio las predicciones, empleando contra ellas los mismos argumentos que esgrimen los incrédulos contra las profecías canónicas. Debemos huir de la vana credulidad. Pero con mayor ahinco debemos apartarnos de la incredulidad sistemática. La virtud está en el fiel de la balanza. Mayor falta sería, no obstante, caer en la incredulidad soberbia del que todo lo niega, que en la sencilla credulidad del humilde que, sabiéndose ignorante, propende a admitir lo que le parece posible, sin excesivo afán crítico.

Huyamos, a ser posible, de ambos extremos. Leamos las predicciones con ánimo tranquilo y sereno, tal como se nos han dado en los libros que las tomaron de los originales. Después de leídas y releídas en su pureza, comentémoslas a la vista de los acontecimientos, que de poco a esta parte están desarrollándose, y deduzcamos las consecuencias. Esto es lo que va a hacer el autor de este trabajo, cuyo criterio e interpretación podrá el lector admitir o rechazar en todo o en parte.

Nuestro principal objeto es coleccionar lo que está disperso. De paso expondremos nuestra opinión sobre las predicciones, viendo la relación que tienen con los momentos actuales del mundo y especialmente de nuestra Patria, a la cual, según ellas, le está reservado un papel importantísimo en la maravillosa transformación de la sociedad.

Empecemos, pues, con la ayuda de Dios y de la Santísima Virgen.

PRIMERA PARTE

LUCHA VICTORIOSA DE LA IGLESIA CONTRA LA REVOLUCION ROJA

I

PREDICCIONES DE LA VEN. ISABEL CANORI

¿Quién es esta vidente?

Es una terciaria trinitaria, que falleció el día 5 de febrero de 1825 en olor de santidad, cerca de Roma, en donde había nacido el 21 de noviembre de 1774. Hizo una vida tan santa, que era la edificación de toda la comarca. Todas las personas que la conocían se encomendaban a ella y se consolaban mucho de visitarla, considerando que estaban ante una santa cuando se hallaban en su presencia.

SU ESPÍRITU PROFÉTICO

Demostró su espíritu profético con multitud de vaticinios que el tiempo confirmó plenamente. Citaremos uno de entre los muchos que enriquecen su vida.

Estaba Isabel casada con Cristóbal Mora, hombre de costumbres muy desarregladas y de muy mal carácter, por lo cual tuvo que sufrir mucho de él su santa esposa. Cuando estaba para morir, le recomendaron sus amigas que, ya en el cielo, se acordase de su marido. Ella les contestó: "¿Veis cómo es; incrédulo e irascible? pues con el tiempo llegará a ser sacerdote y religioso".

A los cinco años de la muerte de Isabel, ingresó Cristóbal

Mora en la Orden de los Franciscanos Conventuales, en la que, después de los estudios reglamentarios, se ordenó de sacerdote, dedicándose con gran celo al ministerio de la confesión y a las prácticas de piedad. Todo esto consta del Proceso de beatificación de la Ven. Isabel, (proces. 115,26, 232,6 y 233,8), de los cuales entresacó estos datos el R. P. Provincial de los Trinitarios, con residencia en Madrid, Fr. Pedro de Santa Teresa.

SUS VISIONES

Esta santa fué regalada con varias visiones, en las cuales le demostraba Jesucristo el estado presente y futuro de la Iglesia, y de rechazo el de la sociedad. Jesucristo mismo dialogaba con Isabel, explicándole las visiones, cuando, por mandato del Padre Fernando, su confesor, a quien ella se las exponía, acudía al Señor para que se las aclarase.

VISIÓN DE LOS CUATRO ÁRBOLES DE BENDICIÓN

Estando en una ocasión la sierva de Dios entregada a sus comunicaciones con Dios, ofreciéndosele, una vez más, como víctima por los pecados de sus semejantes, vió que se abría el cielo y que por la abertura descendía el príncipe de los Apóstoles, ricamente vestido de hábitos pontificales, con báculo en mano, entre innumerables ángeles que le hacían la corte y cantaban alrededor de San Pedro: "Et constitues eos principes super universam terram"; y los constituirás príncipes sobre toda la tierra. Vió luego cómo San Pedro se dirigía a los cuatro puntos cardinales de la tierra y hacía una cruz en cada uno y del centro de la cruz se levantaba un árbol vigoroso de copa verde y frondosa,

a la par que fecunda en copiosísimos frutos, de los cuales veía salir la devota Isabel rayos de luz esplendorosa.

Hecho esto, el Apóstol San Pedro dió una vuelta por toda la Iglesia y reunió a todos los buenos que se mantenían fieles a la ley de Jesucristo. Una vez congregados, los fué distribuyendo entre los cuatro árboles a cuya sombra los colocó. Habiendo luego abierto todas las puertas de los conventos de religiosos de uno y otro sexo, "escogía de entre ellos —son palabras textuales de la vidente— y de entre los sacerdotes seglares a los que habían seguido siendo fieles, separándolos de los otros que iban en pos de las falsas máximas de la filosofía presente, despreciando la santa ley de Dios. A los que se mantenían en el espíritu y amor de Jesucristo les veía bajo el símbolo de cándidas ovejitas conducidas por el Santo Apóstol a la sombra del misterioso ramaje. Los otros quedaban abandonados en medio del mundo, expuestos a grandes y terribles castigos que Dios estaba para descargar en el mundo entero. Asegurado de este modo bajo los árboles misteriosos el pequeño rebaño de los elegidos, volvía San Pedro a subir a la mansión de los bienaventurados con los santos ángeles. De repente se cubría el cielo de un tétrico tenebroso azul que causaba espanto al sólo contemplarlo. Se desencadenaba entonces sobre la tierra un furioso vendaval que, con su agudo y terrorífico silbido, se dejaba sentir en el aire cual tremendo rugido de feroz león, cuyo eco hacía retumbar el Universo.

Ante tal estruendo, continúa la Venerable, se veía salir a hombres y animales espantados en medio de una confusión indescriptible, matándose unos a otros como frenéticos, mientras que sobre ellos dejaba caer Dios su mano vengadora. Además, para castigar el orgullo y el impío atrevimiento de los que se habían comprometido a

destruir la Iglesia de Jesucristo queriendo descalzarla en sus cimientos, Dios permitió al poder de las tinieblas salir de los antros infernales. Veíase, entonces, una inmensa legión de demonios que, cual ministros de la justicia divina, corrían de una parte a otra reduciendo a ruinas palacios y villas, destruyendo aldeas, ciudades y provincias enteras y haciendo cruel escarmiento en una multitud de hombres que eran sometidos a una muerte cruel".

Entonces le fué dado ver a la sierva de Dios el espantoso báratro de donde salían aquellos espíritus infernales revestidos de las más horrorosas y espantables figuras de monstruos.

Aterrada por tan trágica visión, se fué al Padre Fernando y le refirió todo lo que había visto y le preguntó qué significaban los cuatro árboles hermosísimos debajo de cuyas copas había puesto San Pedro a los elegidos. No sabiendo contestar el buen Padre a las preguntas que su penitente le hacía, le mandó que se las formulase con todo respeto y con toda confianza al mismo Jesucristo. Hízolo así Isabel y Jesucristo le contestó que aquellos cuatro misteriosos árboles significaban la Iglesia y los méritos de la Redención y que, por tanto, los que a ellos se acogieran no perecerían en el terrible naufragio en que iba a zozobrar la Humanidad.

VISIÓN DEL DEMONIO ALEGÓRICO

El 15 de octubre de 1818 tuvo otra terrible visión. "De repente me fué mostrado el mundo. Lo veía todo en revolución, sin orden, sin justicia. Los siete vicios capitales eran llevados en triunfo y por todas partes se veía reinar la injusticia, el fraude, el libertinaje de toda suerte de iniquidades. El pueblo estaba mal formado, sin fe, sin cari-

dad. Todos estaban sumergidos en la crápula y en las perversas máximas de la filosofía moderna. Observaba que tenían fisonomía más de bestias que de hombres, de tal modo los tenía el vicio desfigurados. Veía en medio de tanta gente malvada a un "demonio feísimo" recorrer el mundo con tanta soberbia y altanería que tenía a los hombres en una penosa esclavitud. queriendo que todos se les sometiesen y renunciasen a la fe de Jesucristo, y violando sus sanos mandamientos se entregasen al libertinaje y a las máximas perversas del mundo, la vana y falsa filosofía de nuestros modernos cristianos."

VISIÓN DE LOS CINCO ÁRBOLES FATÍDICOS

En otra trágica visión le es dado contemplar un extensísimo y espeso bosque en el cual le son señalados cinco árboles de desmesurada corpulencia que extienden las sarmentosas ramas de sus monumentales copas por el espacio que obscurecen, y por la tierra se desarrollan y corren sus raíces, de las cuales brotan millones y millones de plantas selváticas y estériles que convierten vastas superficies en bosques espesísimos de maleza.

No sabiendo lo que aquellos árboles significan, acude, según costumbre, a su confesor, y éste, después de maduro examen, le manda que pida al Señor le dé mejor a entender el significado de aquellos árboles gigantescos.

El 22 de enero de 1824 le muestra Dios el inmenso bosque y le da a entender que "aquellos cinco árboles representan la cinco herejías modernas que infestan al mundo en nuestros tiempos en oposición enteramente a nuestro Santo Evangelio y que buscan su destrucción. Estos árboles, con sus venenosas raíces, dan aliento a todas aquellas plantas que están en la floresta. Estas plantas estériles representaban la esterilidad, digna de llanto, de innume-

rables pobres almas que por la depravación de sus conciencias pueden llamarse sin fe, sin religión... Trastornadas y entregadas a las falsas máximas de la filosofía de nuestros tiempos, conculcan la ley santa de Dios y sus divinos preceptos. Estas plantas son consideradas por el divino Dueño, no sólo como estériles, sino como nocivas y muy malas, dignas de ser arrojadas al fuego eterno".

VISIÓN DE LA NAVE DE LA IGLESIA

En otra ocasión, y cuando la Venerable Isabel se derramaba en la presencia de Dios pidiéndole que abreviase el tiempo de la prueba y acelerase la llegada de sus misericordias, el Señor le hizo contemplar un espacioso arsenal en donde veía gran cantidad de materiales y a los ángeles dispuestos a poner manos a la obra. Fuera del arsenal y no lejos del grande bosque veía acumulada gran cantidad de madera.

El Señor dió a entender a la Ven. Canori que iba a restaurarse una nave y que ésta era su Iglesia. Entendiendo esto la Venerable y deseando que pronto cesasen las calamidades que se le anunciaban en sus terribles visiones, pedía al Señor acelerase la restauración de la nave. Y como ardiese en deseos de saber cuánto tardaría la reconstrucción de la nave, manifestó sus temores de que durase mucho más que el arca de Noé, en cuya fabricación empleó este patriarca cien años. Le decía al Señor: "Vuelve, oh Señor, a ponerlos en el buen camino. Os lo ruego, os lo suplico por vuestra preciosísima sangre, que frabriquéis la nave de nuestra seguridad". Jesús le respondió que antes de construir la nave había que arrancar cinco árboles de sus raíces. "Estas palabras, prosigue la sierva de Dios, me entristecieron mucho, pensando que transcurriría mu-

cho tiempo en la formación de esta nave. Sucederá, pues, (decía yo llorando) que no bastarán dos siglos para fabricar esta nave, si Noé empleó cien años en fabricar el arca. Y vos, Dios mío, ¿seguiréis siendo ofendido por tanto espacio de tiempo?" Jesús, entonces, viendo su aflicción, le dijo: "Tranquilícese tu espíritu, enjuga también tus lágrimas. Has de saber que no se trata de un trabajo terrestre como el de Noé, sino de un trabajo celestial, ya que los fabricantes de esta nave son mis ángeles. Alégrate, oh mi amada hija, no te entristezcas. El tiempo está en mis manos. Puedo abreviarlo cuanto me place. Ruega, no te canses; ¡no será tan largo el tiempo como tú piensas...!"

Después de estas visiones, presagiadoras de la gran tragedia, tiene la sierva de Dios otras dos visiones en que se le revela la paz que Dios ha de dar a su Iglesia después de la terrible tempestad porque ha de pasar.

VISIÓN DE LOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES

Vió Isabel serenarse el cielo y descender de nuevo a la tierra a San Pedro con gran majestad, escoltado por innumerables legiones de ángeles que le hacían como corona de espíritus celestiales y cantaban en su loor himnos de alabanza reconociéndole como príncipe de toda la tierra. Descendía también con él el invicto Apóstol San Pablo, revestido por Dios de grande autoridad y poder, en uso del cual, recorriendo como una exhalación la tierra, dió caza a todos los espíritus diabólicos que andaban sueltos por el mundo y, encadenándolos, los sepultó en el báratro por la misma boca por donde habían salido. El mundo aparecía envuelto en celestial resplandor que venía a ser como presagio y fiador de la gran reconciliación entre Dios y los hombres. Los santos ángeles llevaban ante el

ses: unas nos hablan de la gran catástrofe por que ha de pasar el mundo, y otras nos hablan de la paz universal que ha de seguir a este cataclismo.

Las visiones que anuncian la catástrofe son: la visión de los cuatro árboles de bendición, la visión del demonio alegórico y la de los cinco árboles fatídicos. Las que anuncian la paz universal cristiana son: la visión de la nave de la Iglesia, la visión de los Príncipes de los Apóstoles y la del futuro triunfo de la Iglesia.

VISIÓN DE LOS CUATRO ÁRBOLES

En la 1.ª visión de esta profecía se destacan tres hechos: la preservación de los buenos, la catástrofe y la suelta del espíritu maligno.

Ante las desgracias que van a caer sobre la tierra, Dios Nuestro Señor se acuerda de los suyos y envía al Apóstol San Pedro para que los recoja y los ponga a cubierto de todo peligro en la deshecha tempestad que va a azotar a la Humanidad. El Apóstol traza unas cruces y planta unos árboles. Las cruces, como la sangre del cordero en las puertas de los hebreos en Egipto, no dejarán acercarse al ángel exterminador que va a pasar por el mundo prevaricador derramando la copa del furor divino. Los árboles, simbolizando el de la Redención, cobijarán a los que a su sombra quieran vivir dentro de la fe y los mandamientos divinos.

Cuando el diluvio va a anegar la tierra, Dios preserva a Noé con su familia. Cuando el fuego va a descender sobre Pentápolis, la misericordia divina se acerca a la casa de Lot en las personas de tres ángeles que le mandan alejarse del lugar nefando. Antes de que caigan sobre Jerusalén todos los castigos anunciados por Daniel y por el

Redentor, voces misteriosas salen del Templo aconsejando el éxodo a todo el que no quiera perecer. Esto mismo hace el Señor con los buenos que le siguen, cuando la mayoría le abandona seducida por los cantos de sirena de una filosofía engañadora que quiere resolver todos los problemas de la vida de espaldas a Dios, que es tanto como decir, contra Dios.

Esta primera parte de la predicción se refiere a los pocos buenos que en cada nación se conservaron durante el siglo pasado y lo que va de éste, libres de las influencias modernistas, de lo que se llamó liberalismo y democracia, a favor de cuyos conceptos se han esparcido por el mundo las ideas más disolventes contra todo lo más sagrado, pulverizándolo todo para no dejar más que un dogma: la absoluta independencia de toda ley divina y humana y el imperio, por tanto, del capricho individual.

Por lo que se refiere a España, el buen sentido y la constancia se refugiaron en el seno de un partido, primero heroico, después platónico y más tarde arcaico, cuyos elementos integrantes eran admirados por unos en gracia a su tenacidad y desinterés en defender un ideal que se consideraba trasnochado; y eran tenidos por otros como chiflados a quienes había que compadecer, siendo muy pocos los que rendían culto a la caballerosidad y patriotismo de estos españoles, quienes, viendo desde hace un siglo cómo España, por la pendiente liberal, descendía al abismo comunista, no cesaban de dar voces y de llamar la atención sin conseguir detener la marcha de los que, embriagados con las esencias de la Revolución francesa, alegres y confiados, iban preparando el camino de la revolución marxista.

El partido tradicionalista, que conservó puras e inmaculadas las esencias religiosas y españolistas a través de

un siglo de claudicaciones y de derrotismos vergonzosos, es una prueba bien elocuente del cumplimiento de la primera parte de esta predicción. ¡Pasma ver un puñado de hombres, en medio de la general deserción, abrazarse a la bandera de las tradiciones patrias y no arriarla, ni ante las amenazas, ni ante los halagos, a cuya influencia suele ceder más fácilmente el hombre! Dios preservó a ese partido y a esos hombres de la contaminación general, porque quería conservar vivo y fecundo el fermento de la tradición para cuando llegara el momento oportuno de poner en fermentación patriótica a toda la masa española.

Habla en segundo término el vidente, de la lucha a muerte que va a desencadenarse entre los hombres, de los cuales dice que se matarán unos a otros como locos furiosos, con verdadero frenesí, cual si de ellos se hubiera apoderado un espíritu maléfico.

Esto dijo poco antes de su muerte, ocurrida en 1825. A partir de esa fecha hubo bastantes guerras entre distintas naciones: la guerra franco-prusiana, la de Crimea, la hispano-yanqui, la chino-japonesa a principios de siglo y la ruso-japonesa. Sobre todas ha sobresalido, por su universalidad y mortandad, la Gran Guerra que, más que de europea, puede calificarse de mundial. Además de estas guerras internacionales, las hubo civiles, como la española del 1833 al 40, las luchas de Italia que terminaron con el mosaico de Estados que parcelaban lo que Meternich llamaba **expresión geográfica,** la guerra de secesión en Norte-América, las luchas de Méjico y otras de menor cuantía, pero siempre dolorosas. A todas pudiera referirse de alguna manera la predicción, pero no son, desde luego, el objeto principal de la misma.

En la predicción se anuncia una lucha universal, frenética, de carácter internacional y civil en que los hom-

bres marcharán unos contra otros como locos, y al final de esta hecatombe la paz universal, paz verdadera, paz cristiana de la cual será principal factor la Iglesia Católica, con su supremo Jerarca al frente, el Romano Pontífice.

Entendemos que la guerra desencadenada por la revolución roja en España es el primer episodio trágico de esta lucha universal en que el bien triunfará completamente del mal. En esta guerra cruentísima en que luchan hermanos contra hermanos, unidos sólo por la comunidad de la tierra en que han nacido, pero separados por un abismo ideológico infranqueable, se dan todas las características de esa lucha que anuncia la Venerable Isabel: furia, locura, frenesí, insaciable sed de sangre y sádica crueldad por parte de los corifeos del mal; rabia diabólica; afán de exterminio de cosas y personas; algo sin precedente en la historia humana. Le falta universalidad, pero ya hemos dicho que se trata del primer episodio. ¡Quiera Dios que se termine el drama con el primer acto!

Nos dice la sierva de Dios que primeramente se había vestido el cielo de un tétrico azul que causaba pavor y que luego había soplado sobre la tierra furioso vendaval. Esto nos demuestra que la lucha, con todo su cortejo de males, es un castigo que desciende de lo alto sobre los mortales por las causas que enumera en las dos visiones siguientes.

Es que de Dios nadie se burla impunemente. Caer en las manos de Dios airado es terrible. La historia del pueblo judío está llena de pruebas de este aserto. Castiga a David con la rebelión de Absalón, castiga a Salomón con la división de su reino, aunque póstuma; castiga así a los que ama y le ofenden alguna vez; ¿cómo castigará a los malos que viven siempre de espaldas a Él?

Los hombres, en su mayoría, quisieron desentenderse de la Providencia divina y quisieron vivir sin freno ni ley forjándose ellos su porvenir. Bastó que Dios los abandonase a sí mismos para que se enredasen en sus propios lazos perdiéndose en los cálculos a que quisieron sujetar las leyes de la vida. Quisieron el amor prescindiendo de Dios y encontraron el odio; quisieron la paz y encontraron la guerra.

Porque muchos cerraron contra la Iglesia, cometiendo el impío atrevimiento de intentar descalzarla de sus cimientos, Dios soltó al diablo para que avivase la lucha y la hiciese más crúel, llevando por todas partes la desolación y la ruína, destruyendo palacios y villas, aldeas y ciudades y hasta provincias enteras. Parece que está la Venerable Isabel describiendo la guerra de España.

Pero, dirá algún espíritu fuerte, ¿acaso existe ese espíritu maléfico y, de existir, influye, como se dice, en las actividades de los hombres? Los que tal pregunten, lean el Santo Evangelio. En él encontrarán cien casos de intervención diabólica en las cosas de los hombres, encontrarán las tres tentaciones de que fué objeto N. S. Jesucristo, multitud de posesos a quienes liberó el Redentor y la alusión que en Getsemaní, al dejarse prender, hizo al poder de las tinieblas. Y por este estilo las Sagradas Escrituras están llenas de pasajes en que se habla del ángel malo y de su intervención en la vida humana. Comienza el Génesis hablando de la tentación de la serpiente y termina el Apocalipsis hablando de que en los últimos días Dios, para castigar a los hombres, soltará al diablo por algún tiempo.

Las vidas de los santos están llenas también de vejaciones y tentaciones extraordinarias del diablo. Muchos llegaban incluso a ser azotados por Satanás. Y el que quie-

ra conocer casos espeluznantes de posesión diabólica e intervenciones palmarias de Satán en la comisión de pecados, en la producción de reyertas, actuación en revoluciones, etc., lea el libro del R. P. Pablo Sutter sobre los endemoniados de Illfurt, José y Teobaldo Burner.

El Papa León XIII, de feliz memoria, dando a entender que eran éstos los tiempos en que el demonio anda suelto por el mundo, prescribió, para ser recitada por los sacerdotes al fin de la misa, la siguiente oración a San Miguel: "Santo Arcángel Miguel, defiéndenos en la batalla, sé nuestro protector contra la maldad y las asechanzas del diablo, que lo sujete Dios te rogamos suplicantes; y tú, príncipe de la Milicia celestial, a Satanás y a los demás espíritus malignos que para la perdición de las almas andan sueltos por el mundo, con la divina virtud sepúltalos en el infierno".

Esta oración se viene rezando en todas las misas privadas, exceptuados contadísimos casos.

Estamos, pues, en pleno cumplimiento de la trágica visión de los cuatro árboles; Dios envía sus castigos a la tierra por la perversión de los hombres, pero preserva de la caída a sus elegidos por causa de los cuales, según dicen las profecías canónicas y otras particulares, abreviará el tiempo de la prueba. Permite la intervención de Satanás en esos castigos para confusión de los hombres soberbios que se declararon contra Dios y su obra, la Iglesia, y los castigos se acabarán cuando se acaben estos enemigos, por su conversión o por su exterminio.

VISIÓN DEL DEMONIO ALEGÓRICO

Y vamos a la visión del demonio alegórico. La descripción que hace en ella la sierva de Dios es reflejo fiel de la

actual sociedad. Jamás desde que Jesucristo vino al mundo y su evangelio fué predicado, alcanzó una intensidad más profunda y una extensión más ilimitada la corrupción de costumbres. Las cosas han llegado al colmo con el intento de borrar la idea de Dios en todas las inteligencias y de suprimir en todas las conciencias toda ley anterior y superior al hombre al que se quiere deificar como a la más alta encarnación de la naturaleza. El placer de los sentidos abate a los hombres que no piensan más que en goces materiales. La ciencia, las artes, el progreso de la industria y el florecimiento económico se ponen al servicio del sibaritismo más desenfrenado. El culto de la materia va generalizándose tanto, que adquiere ya carta de naturaleza. Es propagado por unos, es patrocinado por otros y es tolerado por casi todos. Y si hay algunos que, conservando serena su inteligencia y pura su conciencia y fina su sensibilidad, se atreven a oponerse a la corriente interponiéndose en su cauce, surgen las más airadas protestas en nombre de la libertad, de la comprensión, del respeto al ideal ajeno, del imperativo de la moda y de la necesidad de vivir con los tiempos. Y a favor de estas transigencias, en las cuales colaboran hasta personas que se tienen por buenas, pero que no quieren ser **ridículas,** el vicio se enseñorea de la calle y del hogar, corrompe las costumbres públicas y privadas y llega a encallecer de tal modo las conciencias y a pervertir en tales términos la sindéresis, que se pierde la vergüenza y el rubor, se intenta cohonestar como lícito lo más monstruoso en el orden moral y se le quiere implantar como ley y como costumbre. Así puede decir con toda razón la Venerable Isabel: **los siete vicios capitales serán llevados en triunfo.**

¡Qué diferencia de tiempos a tiempos! Pecados los hu-

bo siempre. Pero no comparemos. Antiguamente se pecaba, pero ocultamente. Había horror al pecado. Se sentía vergüenza del pecado. Por eso el que no tenía bastante fuerza para ser virtuoso, le rendía a la virtud el tributo de la hipocresía del bien. El pecado era algo esporádico. La moral pública imperaba en las costumbres sociales y las regulaba. La inteligencia estaba sana; la voluntad, si sentía desmayos, procuraba levantarse por el arrepentimiento. Los individuos eran sanables y hacían sanables las naciones.

Pero ahora, no sólo se peca, sino que se blasona del pecado. Reina la hipocresía del mal en muchos desgraciados que no consiguen corromper en la medida que quisieran su índole naturalmente buena. Se rinde tributo al mal y, como se huye del arrepentimiento y se trata de justificar en el orden teórico todas las aberraciones del orden práctico, la corrupción sube del corazón a la cabeza, de los sentidos a la inteligencia y se niega a Dios para negar la ley.

¿Se aplica o no se aplica a los tiempos actuales la visión profética de la vidente? ¿Se cumple o no se cumple en nuestros tiempos la profecía de la Venerable Canori? Intentemos buscar un tiempo más corrompido que éste. No lo conseguiremos. El pecado ha recorrido toda la gama de la perversidad, desde el abandono de Dios por el apego a las criaturas hasta el enfrentamiento con el mismo Dios, desconocido en los tiempos paganos en que, aunque bajo formas ridículas debidas a la ignorancia, se Le respetaba y se Le adoraba.

El antidiosismo es monstruosidad desconocida en edades pretéritas, es infernal descubrimiento de nuestros tiempos. Empezó a manifestarse en las costumbres políticas y sociales y ascendió ahora a las alturas científicas

con el afán de consolidarse y de imponer su reinado a toda la tierra.

Le sirve de motor a este intento el demonio alegórico que la devota Isabel ve vagar por el mundo buscando apostasías a costa de la moral con la cual acaba propagando el libertinaje con el desprecio de los mandamientos divinos para conseguir de los pueblos por este camino el apartamiento de Jesucristo y la sumisión a su autoridad diabólica.

¿Quién no ve en este demonio alegórico a una sociedad tenebrosa que desde las sombras está dirigiendo en todo el mundo la campaña del mal contra el bien? ¿Quién no ve en ese demonio feísimo las intenciones perversas de esa institución diabólica que a vuelta de hipócritas confesiones de mentida tolerancia y de alardes engañosos de un humanitarismo falaz, lo único que siempre buscó, como meta suprema de sus aspiraciones, fué la destrucción de la Iglesia y de todo sobre-naturalismo?

Al principio se vistió con el manto de la universal fraternidad, predicando el amor y la protección entre los hombres, pero con precisión absoluta de los imperativos de la caridad cristiana, aunque hablando de un supremo Artífice, porque no convenía presentarse a las gentes con un materialismo descarnado. Da un paso más excitando los sentimientos de la dignidad personal y, despertando en las multitudes las concupiscencias del mando, se apodera en muchos de los Estados de los resortes políticos a favor de los cuales lleva adelante su empresa de descristianizar a las naciones, pidiendo primero la tolerancia, después la libertad e imponiendo, por último, una vez dueña absoluta del poder, la más cínica tiranía negadora de todas las libertades que antes había preconizado. Controlando hábilmente todos los centros sociales de cul-

tura, de recreación, de orientación estética, etc., influye a través de ellos en todas las facetas de la vida, intoxicando todo el organismo social con el virus corrosivo de ideas disolventes, de escepticismo religioso y de inmoralidad.

Preparado el ambiente para ulteriores avances, ataca de frente al sentimiento religioso y, aunque bajo el pretexto de no herir la conciencia de quien no tiene ninguna, preconiza la necesidad de suprimir todo culto externo. Se suprimen, primero, las procesiones, que son el culto religioso en la calle; después, el traje eclesiástico que recuerda al ministro de una religión, de la cual hay que olvidarse; más tarde, derriba las Iglesias, que con su especial factura y sus torres levantadas al cielo, están apuntando a un lugar del cual no conviene acordarse. ¡Ah! Y como, aun suprimido todo signo religioso, quedan los buenos con su aire modoso y su proceder rectilíneo denunciando la religión que profesan, para conseguir la total secularización de la vida civil, o hay que pervertir a los buenos, o hay que suprimirlos. Para lo primero, se impone la escuela única y laica, que quiere decir antirreligiosa; para lo segundo, se organizarán bandas de verdugos.

Esta es la última etapa de la actuación de esa sociedad misteriosa que empezó con carácter humanitario y termina organizando bandidos, incendiarios y asesinos para implantar en el mundo el reinado de Satanás. Su nombre fatídico sale de los puntos de la pluma y todos lo habéis pronunciado: ¡es la Masonería!

Este es el enemigo número uno de la humanidad. Ella maneja los hilos de todas las demagogias, de todas las revoluciones. Ella es la que dirige y atiza la propaganda comunista en todo el mundo, explotando la indigencia del necesitado y diciéndole que todas sus aspiraciones deben

ser satisfechas en este mundo por no haber otro en que existan compensaciones.

Dice la Venerable Canori **que el demonio alegórico sujeta a todos a penosa esclavitud e impone la renuncia a la fe de Cristo.** Ahora bien; todos sabemos cómo la masonería esclaviza a sus miembros, cómo los somete ciegamente a sus órdenes que no pueden discutir, cómo los envuelve en la ignorancia más absoluta de los planes y modo de obrar de la secta, manejándolos como borregos, y cómo, llegado el momento oportuno, les descubre sus propósitos anticristianos obligándoles a secundarlos en la forma que les prescriba.

VISIÓN DE LOS CINCO ÁRBOLES FATÍDICOS

Estudiemos ahora esta visión.

Ya hemos visto cómo la vidente acudió a su confesor para que le explicase el simbolismo de los cinco árboles. No sabiéndolo el P. Fernando, le mandó preguntárselo al Señor, quien le dijo que significaban **las cinco herejías modernas que infestan al mundo en oposición completa al santo Evangelio que quieren destruir.** Ahora bien; ¿cuáles son esas herejías?

Habla de herejías modernas, no antiguas; de herejías fecundas, no estériles. Aquellos árboles que con sus copas cubren el cielo y con sus raíces aprisionan la tierra, llenan de maleza cuanto sombrean y cuanto abarcan. Las copas llenan de lobreguez el ambiente, las raíces llenan de plantas selváticas la superficie de la tierra. Todo es en ese bosque oscuridad y desorden, fealdad y confusión. Es el panorama del mundo actual alejado de Dios y de su Iglesia. Falta en él la luz de la fe y la de la razón rectamente dirigida. Como consecuencia, sombras espe-

sísimas han caído sobre conciencias que, no sabiendo cómo dirigirse en el mar revuelto de las más encontradas opiniones, se dejan empujar por el peso de las pasiones que, como olas encrespadas, se agitan a su alrededor y el hombre, juguete de las mismas, obra del modo más arbitrario y desigual, produciendo esto en el orden moral una confusión y un desorden tan irritantes, que obligan al espíritu delicado y fino cultivador de la estética a volver la cabeza para no tener que sufrir un espectáculo que, más que producido por una congregación de hombres, parece serlo por una obligada reunión de locos en un vasto y extenso manicomio.

El orden en el mundo surge de la perfecta subordinación de las causas segundas a la primera y del cumplimiento exacto de las leyes sapientísimas, en virtud de las cuales cada sér debe conservarse dentro de su órbita, desempeñando sus funciones sin salirse jamás de los carriles que le han sido trazados. Sólo así funcionará bien la máquina del universo.

Pero si cada pieza de la máquina se considera como el eje central, no contentándose con su papel, si cada una se considera desconectada de las demás, si ninguna quiere reconocer las leyes ni observarlas y se entrega a los impulsos de su propio capricho, se rompe la armonía, surge el desorden y con el desorden el caos, que es la oscuridad tenebrosa en el orden intelectual, la fealdad monstruosa en el orden moral, la lucha y la muerte en el orden material.

En el mundo moderno, caracterizado por la rebeldía del hombre contra Dios y con cuanto guarda relación con la Divinidad, aparecen cinco monstruosas herejías: **el panteísmo, el racionalismo, el indiferentismo, el modernismo, y el comunismo.** De éstas se derivan otras muchas que pu-

lulan por entre las progenitoras, como los retoños entre los árboles de los cuales nacen.

El ambiente propicio para el desarrollo de estas herejías y de sus hijuelas, lo formó el **protestantismo** aparecido a principios de la edad moderna. El primer grito de rebelión que se dió formalmente contra la autoridad encarnada en su más alta y augusta representación, fué el de Lutero. Este fué indudablemente el primer rojo que opuso el espíritu privado a la concepción colectiva de la autoridad. A la rebeldía religiosa sucedió la filosófica y a ésta, la política. Como resultante de todas las rebeldías anteriores apareció la rebeldía social que estamos hoy padeciendo y que es la causa inmediata de todos los males que están cayendo sobre el mundo.

Pero la vidente nos habla de herejías modernas. Ellas son las que "en total oposición con el Evangelio" ensombrecen el cuadro de la época actual. Ellas son las que oscurecen las inteligencias, malean la voluntad, corrompen las costumbres y producen estos trastornos que convierten al mundo actual en una inmensa casa de Orates.

Vemos al **panteísmo**, propio de tiempos ancestrales, resurgir en estos tiempos progresivos al mágico conjuro de entendimiento que presumen de sutiles, para explicar las relaciones entre lo finito y lo infinito. Y a esas lumbreras de la agudeza intelectual no se les ocurre otra cosa, para resolver el problema, que confundir lo inconfundible, borrar los límites entre el Creador y la criatura, entre el Universo y su Autor, arojando sobre las inteligencias las nieblas más densas en que todo se confunde, los contornos se borran y todo conocimiento desaparece. De aquí surgen multitud de errores, entre otros, la teoría monista, el evolucionismo darvinista, el teosófico, etc.

El **racionalismo**, concediendo a la razón excesivas posibilidades, prescinde de la Revelación, rechaza la fe y de-

clara bastarse a sí misma como fuente de todo conocimiento y de toda ley. De aquí nace el desprecio de lo sobrenatural, la negación de las verdades reveladas y la autonomía e independencia del hombre de toda autoridad y de toda ley superior. Este es el error fundamental de los tiempos modernos, el que informó la Enciclopedia y en el que enraizó la rebeldía característica de la época actual.

Junto al **racionalismo** hay que colocar el **indiferentismo** que desprecia todas las religiones por igualmente falsas, o las admite todas por igualmente verdaderas, o hace consistir la religión en la concepción determinada que cada uno quiera tener de la misma. En cualquiera de los tres casos, la verdadera religión queda destruída y flotando sobre ella el capricho individual. Este sistema abrió el camino a la libertad de cultos, a la de pensamiento y, en fin, a todas las llamadas libertades de derecho nuevo, con las cuales se permite hacer todo lo malo y se le ponen dificultades a todo lo bueno, acabando por estrangularlo.

En la atmósfera del **racionalismo** y del **indiferentismo** nace el **modernismo** que es agnosticismo en la inteligencia y sentimentalismo ciego en el corazón. La fe deja de ser obsequio razonable por carecer de raíces en el orden transcendental. Es un árbol sin tronco ni raíces, un instinto ciego que arranca de lo subconsciente y muere en el individuo al cual queda relegada la religión. Huelga, pues, la Iglesia, huelga el culto externo, impónese el laicismo y con él la supresión de toda religión exotérica, y, por consiguiente, de toda religión, porque, ¿qué es una religión individual, más que una religión multiplicada, dividida, sin unidad y, por tanto, muerta? La religión dice por naturaleza universalidad. Ved ahí las consecuencias del modernismo por lo que hace al caso que estudiamos.

El quinto árbol que estudiamos es el **comunismo**, últi-

mo anillo de la cadena de errores y herejías que trataron de hacer del hombre un dios, independizándole de su Creador.

El **comunismo**, partiendo del supuesto de que el cielo está en la tierra y de que el hombre es el rey del universo, al cual nada hay superior, proclamó la igualdad absoluta entre los hombres y el derecho que por igual les corresponde a todos de sentarse al banquete de la vida terrenal para disfrutar hasta el máximo de los bienes que atesora y que por igual deben repartirse entre todos sus condueños.

Para llegar a este fin no reparan los defensores de tal sistema en medio alguno. No tienen inconveniente en caer en la paradoja de convertir al mundo en un infierno para sacar de él un cielo. El incendio, el asesinato, la tortura sádica, el latrocinio colectivo, la destrucción de la familia con el aniquilamiento de los amores más íntimos y más arraigados en la naturaleza, la volcanización de toda la sociedad..., todo esto les sirve para su fin. De todo echan mano para lograr sus intentos. Por eso el comunismo lleva en sí todos los gérmenes de la revolución roja, ó por mejor decir, es la revolución roja misma. Mata en el entendimiento toda idea de Dios. Mata en la voluntad toda moral y suprime toda ley. ¿Qué queda más que la arbitrariedad como norma? Y abolido el derecho, sólo queda la fuerza para dirimir las contiendas entre los hombres. Y la fuerza no produce sino la guerra, guerra sin cuartel, en que sólo manda el amor propio, porque los demás amores han muerto.

Sólo así se explica el extraño fenómeno de que a nuestro lado hayan aparecido verdugos y asesinos que gozaban con los sufrimientos de sus víctimas. Antiguamente se temían las incursiones de los bárbaros y de otros pueblos ignotos, porque, de distintas costumbres y con el odio de raza en las entrañas, entraban a sangre y fuego en los

países que invadían. No tenían por semejantes a sus víctimas, de ellos desconocidas. Pero a nadie se le hubiera ocurrido temer estas mismas enormidades de vecinos que se han criado con uno, de amigos de la infancia en bastantes casos y de compatriotas en todos. Pero el comunismo abrió entre los verdugos y sus víctimas abismos más hondos que los que separaban a los antiguos bárbaros del Norte de los habitantes del Mediodía. Al odio de razas que la ignorancia recíproca producía antiguamente sucedió el odio de clases introducido por el comunismo en la sociedad civilizada.

Este último árbol es el de frutos más amargos. Recoge el veneno de los otros cuatro y nos lo propina destilado en turbulencias, guerras, luchas civiles, matanzas en masa, destrucción y ruínas. Lo que nos anuncia la vidente en su primera visión, la de los cuatro árboles benditos.

Explicada a grandes rasgos la significación de los cinco árboles fatídicos, vamos a comentar la cuarta de las visiones, que es la primera que nos habla del gran triunfo.

VISIÓN DE LA NAVE DE LA IGLESIA

Ve la santa mujer a la Iglesia en forma de nave que está en reparación en un gran astillero y a unos hombres trabajando afanosamente en su restauración. Ella sabe con luz divina que de la reparación de aquella nave depende la salud y la paz del mundo; sabe que al florecimiento de la Iglesia responderá la prosperidad de las naciones y por eso anhela con gran vehemencia que aquellos obreros terminen pronto su trabajo; y haciendo un paralelo entre aquella nave y el arca de Noé, siente Isabel gran tristeza al hacer el cálculo de lo que deben tardar las reparaciones. "Esta nave, se dice a sí misma, es muy superior al arca diluviana. Esta tarda cien años en ser ter-

miembro no vivificado por la savia de la gracia santificante. Pero, si el conseguir esto en la tierra es moralmente imposible, ello ha de constituir la meta hacia la cual hemos de marchar constantemente buscando la mayor aproximación. Hacer a todos los fieles santos como su Fundador, santos como su doctrina y santos como sus sacramentos... he ahí la aspiración suprema de esta institución divina encargada de extender y aplicar los méritos de Jesucristo.

Pero la reconstrucción de la nave de que habla la Venerable Canori, no se limita a lo que pudiéramos llamar restauración interior de la Iglesia. Como iremos viendo por esta y otras predicciones que la seguirán, la restauración alcanzará a toda la obra que la Iglesia debe realizar en el mundo.

A la Iglesia pertenecen, como miembros de su cuerpo, todos los fieles que han recibido el bautismo. Pero a la Iglesia deben pertenecer todos los hombres, porque por todos ha derramado su sangre el Redentor y todos deben salvarse. La Iglesia habrá llegado, pues, a su estado de máximo florecimiento cuando sus fronteras sean las del mundo y cuando pueda decirse que moralmente el género humano se ha hecho cristiano. Para eso tiene que predicar la fe en todo el mundo y tienen que desaparecer todas las herejías. ¿Y quién duda de que a eso vamos? ¿Quién ignora los esfuerzos heroicos y fecundos que está haciendo la Iglesia por propagar el Evangelio en las regiones más remotas del globo bajo la égida de los últimos Papas y especialmente bajo el pontificado de Pío XI y de Pío XII?

Y en cuanto a la extirpación de herejías, cismas y eliminación de obstáculos tradicionales, que impedían la libre propagación de la doctrina católica, ¿quién no se ha fijado en la imprevista desaparición, acaecida a raíz de la pasada guerra europea, del Califato turco, y del principal

sostén del cisma oriental, el zarismo ruso y del más firme puntal del protestantismo en el Norte, la dinastía prusiana? Y nos falta mucho por ver en un futuro próximo. Toda Europa está en conmoción y no sólo son posibles, sino probables, las transformaciones más profundas. Nos encontramos en la línea fronteriza de una edad que termina y otra que comienza.

¿Cuándo se dará cima a esta obra? Oportunamente contestaremos a esta pregunta.

VISIÓN DE LOS PRÍNCIPES DE LOS APÓSTOLES

Vamos a comentar la visión de los Príncipes de los Apóstoles.

El cielo se serena, la tempestad termina y del Empíreo bajan, no uno, sino dos Apóstoles y éstos son San Pedro y San Pablo. San Pedro baja con gran majestad, revestido con el traje y atributos pontificales propios de su dignidad a la cual rinden pleitesía los mismos ángeles. Ante él comparecen todos los escogidos, aquellos que él mismo había colocado a la sombra protectora de los árboles benditos. Parece que van a darle parte de cómo han quedado indemnes en medio de tanto desastre como ha caído sobre la Humanidad prevaricadora.

Mientras tanto, el Apóstol San Pablo, que también había bajado, recorre el universo para limpiarlo de los espíritus malignos de que estaba infestado y después de haberlos encadenado; los sepulta en el infierno obligándoles a entrar en el báratro por el mismo cráter que habían utilizado para su salida.

Este Apóstol parece ser el ángel de que nos habla el capítulo XX del apocalipsis en los versículos 1, 2 y 3: **Y ví descender del cielo un Angel que tenía la llave del abismo y una grande cadena en sus manos. Y prendió al dragón,**

la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás y le ató por mil años. Y lo metió en el abismo y lo encerró, y puso sello sobre él para que no engañe más a las gentes, hasta que sean cumplidos los mil años.

Los mil años de que aquí se habla significan una duración no conocida de tiempo en que habrá gran paz, reinarán la fe y las virtudes en el mundo y el Corazón de Jesús reinará en las leyes y en las costumbres.

Hecha en todo el mundo esta operación de limpieza por el Apóstol San Pablo, escoge San Pedro al nuevo Pontífice de que hablan otras muchas predicciones. Es necesario tenerlo ante la vista, porque este santo varón es el instrumento divino para terminar la total restauración de la Iglesia, la cual restauración será tan completa, que, lo dice la Venerable Isabel, "las casas de los cristianos llegarán a ser otras tantas casas religiosas... La Iglesia Católica será aclamada por todos, venerada por todos, reconociendo todos al Vicario de Cristo".

Ella habla en pretérito porque se coloca después de los acontecimientos; tan bien los ve. Desde luego todo lo que en esta visión le es dado contemplar se refiere a una época que todavía es futura para nosotros (1).

En cuanto a la última visión de que nos habla Isabel sólo hay que decir que confirma las anteriores y las resume.

El Señor le dice textualmente en esta visión del triunfo futuro de la Iglesia: "Yo reformaré mi pueblo y mi Iglesia; enviaré celosos sacerdotes a predicar mi fe; formaré un nuevo apostolado; enviaré a mi divino Espíritu a renovar la faz de la tierra. Daré un nuevo Pastor a mi Iglesia, docto y santo muy lleno de mi espíritu..."

Estas manifestaciones de Jesucristo confirman todo lo

---

(1) Empezó ya a cumplirse con el triunfo de España y la elección del nuevo Papa.

relativo a la nave de su Iglesia. Y es de notar que equipara estas dos cosas, pueblo e Iglesia. Quiere la reforma de la Iglesia dotando de un gran celo y de una santidad muy grandes a sus ministros para conseguir la reforma del pueblo cuya contrición busca por medio del castigo que precede a esa reforma. Entre el pueblo y la Iglesia establece una relación de necesidad. El pueblo, la Humanidad, necesita de la Iglesia para reformarse. La Iglesia es la sal de la tierra. No tiene otra razón de existir más que para provecho de la Humanidad; el día que sus sacrificios y esfuerzos sean estériles para la sociedad se acabó la Iglesia en la tierra; pero, como la Iglesia debe durar hasta la consumación de los siglos por su indefectibilidad, fundada en la palabra inconmovible de Jesucristo, el día en que por causas extrínsecas la Iglesia militante se torne estéril, ese día será el último del género humano. Mientras éste sea sanable, la Iglesia durará y con ella la Humanidad.

Jesucristo habla también del Pastor docto y santo que dará a la Iglesia para su total reforma y reforma del mundo. Con ese Pontífice notable coincide el triunfo completo del Bien sobre el Mal. Las herejías son extirpadas, los vicios desarraigados, la fe predicada por todo el mundo, los musulmanes convertidos, el Santo Sepulcro rescatado. Santa Sofía purificada y reintegrada al culto católico que falta en el famoso templo bizantino desde los tiempos de Miguel Cerulario. Será el Papa más famoso después de San Pedro. El podrá decir tendiendo su vista por el mundo: **unum ovile et unos Pastor:** un solo rebaño y un solo Pastor. Él se llamará Pastor Angélico por la inocencia de su vida y por su dinamismo apostólico. Será austerísimo y penitentísimo y su inflamado celo se hará sentir en todas partes. Parece que tropezará con grandes dificultades al principio de su pontificado. Pero las vencerá todas y en su tiempo empezará la **"edad de diamante"** de la Iglesia.

Cerrará probablemente el Concilio Vaticano que sellará con su aprobación solemne todas estas reformas.

La Venerable Isabel termina sus manifestaciones proféticas afirmando que no se realizará esta grande obra (la de restauración de todas las cosas en Cristo, lema del pontificado de Pío X) **sin un profundo trastorno de todo el mundo, de todas las poblaciones...**

Que estamos atravesando por ese trastorno nadie puede dudarlo. Los tiempos son tan aciagos, que para encontrarles precedentes hay que remontarse a la época del diluvio. Así lo afirmó el Pontífice Pío XI, que tenía una visión clarísima de las cosas. La misma irrupción bárbara con el desmoronamiento del imperio romano no puede compararse al estado actual del mundo. Se hunden imperios que parecían eternos. Se conmueven Continentes, como el asiático, que parecía haber de estar eternamente durmiendo el sueño letárgico de un marasmo varias veces milenario, del que parecía imposible despertase alguna vez. La guerra europea lanzó unas contra otras a casi todas las naciones del mundo, dejando tras sí una estela de odios que con creciente furia van cargando la atmósfera social, llenando de presagios de tormenta el cielo de Europa, amenazada (1), como en 1914, de ver perturbada su paz por una guerra peor que aquélla, porque a los horrores de la que ensangrentó los campos europeos de 1914 a 1918, habría que añadir el loco frenesí de una epiléptica revolución social que llevaría la lucha de los campos de batalla al seno de las ciudades y de las agrupaciones rurales, en donde, entre hermanos, al igual que en España, allí donde los rojos mandaron, se desarrollarían escenas sangrientas de recio sabor apocalíptico.

Estamos, pues, en pleno cumplimiento de la parte trá-

(1) Esta amenaza de guerra es hoy una realidad trágica.

gica de las predicciones de la Venerable Isabel Canori Mora. Hay que esperar que también se cumpla la parte halagüeña de las mismas y en la aurora estamos de ese cumplimiento.

Los acontecimientos históricos, aun los más contrarios, no están separados por unas línea bien definida que señale la terminación completa de unos y el comienzo bien contorneado de otros. Se entremezclan. No son círculos tangentes, son círculos secantes.

A la vez que se cumple el tiempo del castigo, comienza el arrepentimiento y con él la reforma de costumbres. A la acción revolucionaria responde la reacción constructiva, y al empuje demoledor del marxismo comunista que viene de Oriente, opone el Occidente el dique infranqueable de la civilización cristiana, del cual es Iberia el más alto exponente. Y ese dique, no sólo tiene el poder de contener el avance de las hordas rojas, sino también el de quebrantar su ímpetu.

El comunismo hace prosélitos en todo el mundo e intentó prender en España. Ganó por malas artes una batalla electoral y quería aprovecharse de su ilegítimo triunfo para cambiar la faz y las entrañas de España. Pero las reservas cristianas que esta nación atesora, alentadas por el soplo de la Providencia de Dios, dieron el alto al invasor y éste paró en seco; y batiéndose está en retirada; y repasará la frontera; y el espíritu de Dios, animando a los defensores de la buena causa, los impulsará a que no cejen en el santo empeño mientras no den en tierra con el monstruo. Y este camino ha comenzado y aquí tenemos cómo, mientras se está cumpliendo la primera parte de la profecía, comienza el cumplimiento de la segunda.

hombres harán grandes progresos en la fe, puesto que habrá unidad entre los obreros de Jesucristo y los hombres vivirán en el temor de Dios."

Continúa hablándole la Virgen a Melania sobre la regla de una nueva Orden religiosa y terminó diciéndole: "Si se convierten, las piedras y las peñas se convertirán en montones de trigo..."

II

COMENTARIO

1.° En 1846, cuando la Santísima Virgen anunciaba la peste de los malos libros, ya circulaban bastantes por el mundo que corrompían a la juventud. Sin embargo, no se pueden comparar aquellos tiempos con los que les siguieron y especialmente con los actuales en que la literatura pornográfica alcanzó límites insospechados y está produciendo en la juventud de ambos sexos daños incalculables. Materializando su corazón a fuerza de sumergirlo en el cieno de la sensualidad, seca en él de raíz toda tendencia a lo alto, toda aspiración a lo celestial, haciéndole perder el gusto a todo lo espiritual. Con esto dispone el entendimiento para admitir las ideas más absurdas y más estériles que las pasiones complacidas les sugieren para cohonestar y justificar todas sus demasías. Y en este momento es cuando cae sobre esos entendimientos así atrofiados toda una literatura materialista y atea que encuentra ávidos lectores en todos los cultivadores de la carne.

No es extraño, pues, que como consecuencia de esta horrible propagación de lecturas tan disolventes, la fe se

haya resfriado y que la Virgen pueda decir que haya casi desaparecido.

Aun contando con la hipérbole, tan familiar en los profetas, no se puede negar que la fe de nuestro siglo es muy distinta de la de los siglos medios. Es verdad que la Iglesia, en sus organizaciones internas, se ha ido depurando mucho y marchamos con paso franco hacia su total depuración. Pero los católicos en general, ¿cómo piensan y cómo practican? ¿Son ortodoxos en su modo de pensar todos los bautizados en el seno de la Iglesia? ¿Cuántos no creen flojamente? ¿Cuántos no discuten la autoridad de la Jerarquía y no quieren sustraer su asentimiento a las decisiones de la Suprema Autoridad Eclesiástica? ¿Cuántos no dejan de practicar los mandamientos de la Iglesia y hasta los de la santa ley de Dios que, además de haber sido promulgados en el Sinaí, fueron grabados por el Creador en el fundo mismo del corazón humano? ¿A qué obedece todo esto, más que a la influencia de las malas lecturas que pervierten el entendimiento y corrompen el corazón?

Y a favor de esta corrupción los espíritus malignos se esparcen por la tierra en la cual provocan un relajamiento general, ejercen en ella un gran poder y llegan a tener hasta Iglesias a su servicio. Recuérdese la visión del demonio alegórico y la salida del báratro de aquellas legiones de demonios que recorren la tierra y veremos una gran concordancia entre esta predicción y la de Isabel Canori.

En cuanto a esas Iglesias, que dice la predicción estarán al servicio del espíritu del mal, se refiere a las sociedades de carácter diabólico que se habían de formar para favorcer sus planes. Ahí están las sociedades espiritistas, las distintas ramas de la masonería que fueron apareciendo y en muchas de las cuales se da culto a Satanás, lo

que demuestra cómo se cumple la profecía. Iglesia, en sentido propio, significa sociedad, congregación. Y congregaciones y sociedades forman los que trabajan al servicio de Satanás.

Nos dice la Santísima Virgen que la luz falsa alumbrará al mundo. Esto demuestra cuánto se extenderá el mal que llegará como su luz siniestra a envolver las inteligencias que no se dirigirán por la verdadera luz de Cristo encendida en el Evangelio. ¡Y también está siendo una terrible verdad!

En un ¡ay! lastimero, recrimina a algunos Príncipes de la Iglesia. Nada tiene ello de particular, cuando el Señor recrimina al Obispo de Efeso porque había dejado su primera caridad, aun cuando conserva muy buenas prendas por las cuales le alaba. Léase el capítulo II del Apocalipsis.

Dios es perfectísimo y quiere una perfección suma en sus colaboradores. Y cuando dan menos de lo que les exige, se queja, aunque sólo se trate de imperfecciones. Pero si ellos tienen una obligación tan severa de enseñar, muy severa es nuestra obligación de escucharles. Si tan grave es en ellos el deber de guiarnos, gravísimo es en nosotros el deber de obedecerles, dejándonos conducir por la senda de la perfección cristiana.

2.º Leamos atentamente este segundo párrafo y contemplemos los acontecimientos que se están desarrollando y el estado actual del mundo. ¿No es verdad que se está cumpliendo todo al pie de la letra?

"Dada al olvido la santa fe de Dios, cada individuo quiere guiarse por sí mismo e imponerse a sus semejantes." ¡Qué gran verdad! El hombre rompe por soberbia todas sus ligaduras con un orden superior. No quiere frenos ni limitaciones. Quiere que su razón sea independiente de

toda norma superior y que sólo ella sea la fuente de toda ley y de toda directriz. Por eso rechaza la fe, luz superior a la razón para las verdades de orden sobrenatural y criterio que debe tener en cuenta en las verdades de orden natural.

Proclamada por el racionalismo y el liberalismo la autonomía de la razón, en vez de surgir la libertad surgió el despotismo. El hombre se proclamó libre frente a Dios y tirano frente al semejante. No le bastó el campo de sus actividades personales para ejercer sus libertades desenfrenadas. Invadió la órbita de las actividades ajenas. Y sin tener en cuenta que el vecino tenía la misma razón independiente y las mismas libertades ilimitadas, comenzó a actuar sobre él para sujetarlo a sus caprichos. Y nació el despotismo en cuyo imperio reina el más fuerte. Y ahí está el comunismo con su Dios-Estado y sus legiones de esclavos que no nos deja mentir y que es una confirmación clara de la predicción.

"Se abolirán los poderes civiles y eclesiásticos." Quiere decir que los poderes ordenadores serán desobedecidos, o lo que es lo mismo, que sobrevendrá la anarquía. "Todo orden y toda justicia serán hollados". Ya vemos lo que se hizo del orden y de la justicia en donde impera el comunismo rojo.

"No se verá por doquiera otra cosa que homicidios, odios... sin amor para la patria ni para la familia". Se está cumpliendo plenamente esto. El comunismo no quiere Dios, ni patria, ni familia. No concibe el amor; todo él es odio, y por eso mata; todo él es envidia, y por eso codicia; todo él es mentira, y por eso, entre los comunistas, no hay caballeros; todo el comunismo es discordia, y por eso, después de matar a los buenos, andan los comunistas a tiros entre sí. **No hay paz para los impíos.**

3.º En este párrafo tercero concreta ya más la predicción. Anuncia la guerra civil en Francia, Italia, Inglaterra y España. Se derramará mucha sangre, hasta en las casas. El francés contra el francés, el italiano contra el italiano...; evidentemente anuncia guerras civiles.

Ahora bien; miremos a España. ¿Puede tener superlativo lo que aquí ha ocurrido, lo que aún está ocurriendo? (1). ¿Puede compararse alguna de las guerras civiles anteriores con esta horrenda lucha fratricida que convirtió en inmenso campo de batalla toda la nación con frentes de miles de kilómetros y con todas las características de la Gran Guerra, aun agravadas por la mayor potencialidad de los aparatos bélicos?

¡Y lo que tan bien se está cumpliendo en España se anuncia para otras naciones! Y desgraciadamente no puede decirse se hayan cumplido esos anuncios con hechos sangrientos acaecidos en alguna de esas naciones con posterioridad a 1846. ¡Ojalá fuera así! Francia no pagó con las algaradas de 1848, ni siquiera con los horrores de la Commune de París, de carácter local. Italia tampoco habrá liquidado su saldo profético con los sucesos anteriores a 1922. Otras naciones, a las cuales alcanzará el castigo en la medida de su apartamiento de Dios, tampoco se pueden considerar libres de la tremenda amenaza.

Después de estas guerras civiles anuncia la guerra general, que será espantosa. Indica igualmente las causas que determinarán castigo tan terrible y dice que será el **desconocimiento del evangelio de Jesucristo y la gravedad de los desórdenes y crímenes de los hombres, que será tal, que atravesará la bóveda de los cielos.**

¿Esa guerra general habrá sido la europea? Creemos que no, aun cuando en la mente del vidente pudo estar la

(1) Se escribía esto en plena guerra civil.

guerra europea, pues suelen los profetas, en una misma profecía, anunciar uno, dos y aún más acontecimientos. Pero fijémonos en que la profecía habla de guerras civiles en bastantes naciones antes del gran acontecimiento. Pasa inmediatamente a anunciar los acontecimientos que vamos a exponer en los párrafos cuarto y quinto, no acaecidos aún. Por tanto, hay que suponer que se refiere a otra guerra aún por venir y de la cual tanto se habla y a la cual, con mucha razón, tanto se le teme.

4.º En este párrafo concreta más la Santísima Virgen en el anuncio de grandes calamidades. Cita ciudades como París y Marsella que sufrirán tremendas catástrofes. Lo mismo anuncia de otras poblaciones. Habla de cómo los homicidas camparán por sus caprichos y de cómo las blasfemias atronarán el ambiente entremezcladas con el ruído de las armas.

A propósito de esto reflexionamos sobre lo ocurrido en España poco antes de producirse el Movimiento salvador. La calle estaba en manos de la chusma. No se oían más que blasfemias. No recataban sus amenazas de muerte los sicarios de la revolución roja. Por anticipado gozaban exteriorizando sus propósitos de bañar pronto sus manos en la sangre de los derechistas. La muerte de éstos estaba decretada y la orgía de sangre iba a producirse. Cayó una víctima de importancia y ésta fué el grito de guerra.

Donde el Movimiento triunfó, hubo paz. Donde no hubo la suerte de que triunfase, se produjeron verdaderas hecatombes de víctimas sacrificadas con un refinamiento de crueldad no igualado en los tiempos más bárbaros.

La trágica predicción, por lo que se refiere a España, ha tenido cumplimiento macabro. Desgraciadamente se cumplirá también por lo que se refiere a las demás naciones, en las cuales hay menos densidad ética que en España, se-

gún dijo, no ha mucho, un celebrado pensador de izquierda.

Los justos sufrirán mucho, dice la Virgen; pero sus oraciones, sus penitencias y sus lágrimas llegarán al cielo. El resultado de estas constantes súplicas y sacrificios se traducen en la paz cristiana que se anuncia en el párrafo quinto. Se confirmará lo del evangelio: **propter justos breviabuntur dies illi:** en atención a los justos serán abreviados aquellos días.

5.º En este último párrafo de la predicción se anuncia el triunfo más completo del Bien sobre el Mal, de la bandera de Jesucristo sobre la de Satán. El Señor hará intervenir a sus ángeles en las batallas definitivas que libren los buenos contra los malos y la victoria será de aquéllos.

En la historia del pueblo hebreo vemos a Dios intervenir con su providencia en los principales acontecimientos. Cuando el pueblo israelita peca tenazmente, idolatrando contra el precepto expreso del Señor y faltando descaradamente a sus múltiples promesas de fidelidad, Dios le entrega en manos de sus enemigos y sufre la más dura opresión. Pero cuando se convierte de sus malos caminos y regresa humillado a la casa paterna, Dios le abre sus brazos, le protege eficazmente y le hace triunfar de todos sus enemigos por poderosos que éstos sean. Un ejemplo de esto último lo vemos en las luchas de los Macabeos y un ejemplo de lo primero en las desgracias de Sedecías y en el cautiverio de Babilonia.

La historia de España está también cuajada de hechos que demuestran este providencialismo. La guerra actual, con razón llamada de los milagros, es una prueba bien clara de la intervención divina en el curso de las actividades humanas y especialmente en el proceso de los gran-

des hechos históricos que cambian la fisonomía del mundo y determinan el tránsito de una época a otra.

El exterminio del enemigo será absoluto, nos dice la profecía. Todos los enemigos de Jesucristo, todos los perseguidores de su Iglesia perecerán. Como perecieron los egipcios, como fueron heridos los asirios por la espada del ángel del Señor, como cayeron los malianitas al filo de sus propias espadas. Dios tiene mil medios para dar en tierra con sus enemigos. En la horca de Mardoqueo murió Amán. Los enemigos de Jesucristo, enredándose en sus cálculos, caen en el lazo que han tendido a sus adversarios. **Cavaron ante mí el hoyo y cayeron en él**, dice el profeta David.

Después de la tremenda derrota que sufra el enemigo de la civilización cristiana en batalla campal, vendrá la paz de Cristo, cuyo reinado se establecerá en todo el mundo. La profecía está tan clara, que no necesita exposición. Léase una y otra vez.

CONCORDANCIA CON LO ANTERIOR

Es perfecta la concordancia de esta predicción hecha por la Virgen en la Saleta y la que nos hace Isabel Canori.

La Venerable Isabel nos habla de la gran catástrofe social en las tres primeras visiones: la de los cuatro árboles de bendición, la del demonio alegórico y la de los cinco árboles fatídicos.

Melania, refiriéndose a la Virgen, nos habla de la misma catástrofe en los cuatro primeros párrafos de su predicción.

La Venerable Isabel nos habla del total triunfo y de la gran restauración en las tres últimas visiones: la de la nave, la de los Príncipes de los Apóstoles y la del triunfo futuro de la Iglesia.

Melania, en el párrafo quinto de su predicción, nos habla del mismo triunfo y de la misma restauración universal.

Melania habla, en el párrafo primero, de los espíritus de tinieblas esparcidos por la tierra para la perdición y relajamiento general. Isabel, en la visión de los cuatro árboles, nos habla de los espíritus malignos saliendo del báratro y recorriendo el mundo para sembrar en todo él el odio, la guerra y la matanza.

Melania, en el párrafo segundo, habla de la subversión general, y en el tercero concreta hasta las naciones en que principalmente se desarrollarán las luchas trágicas. Y de estas mismas luchas sangrientas habla Isabel en la visión citada.

En el párrafo cuarto, habla Melania de que las oraciones de los justos subirán al cielo y aplacarán a Dios. Y de estos justos, preservados por el Señor de la corrupción general a la sombra de los cuatro árboles benditos, habla Isabel en la primera visión, y una cosa parecida da a entender en la visión de la nave de la Iglesia.

En el párrafo quinto, habla Melania de que Jesucristo dará órdenes a sus ángeles para que acaben con todos sus enemigos. Jesucristo dirá a sus enemigos: ¡**basta**!, y la lucha terminará con la derrota completa de los malos.

Isabel Canori vió en la visión de los Príncipes de los Apóstoles bajar a San Pablo y recorrer el mundo como una exhalación para dar caza a todos los espíritus malos que andaban sueltos, encadenarlos y arrojarlos al báratro. Esta es la derrota total de todos los enemigos de Jesucristo. Los inspiradores de todo lo malo son sepultados en el infierno y los ejecutores del mal, convertidos, o confundidos.

En este mismo párrafo quinto dice la Virgen. por boca de Melania, que la caridad florecerá en todas partes y que

la Iglesia Santa será fuerte, humilde, piadosa, pobre, celosa e imitadora de las virtudes de Jesucristo. Lo mismo dice Isabel en las últimas líneas de la visión del triunfo futuro de la Iglesia.

No hay duda, pues, de que un mismo espíritu ilustró a Isabel y a Melania.

I

PREDICCIÓN DE SAN EGIDIO

En el Real Convento de Santa Cruz de Coimbra se conserva la siguiente predicción de San Egidio, vulgarmente llamado San Fray Gil.

La predicción está distribuída por números, y lo que a nosotros nos interesa es lo que está comprendido entre los números 10 y 18. Está en latón y pondremos la traducción castellana en columna gemela.

11. Lusitania sanguine orbata regio, diu ingemiscet et multipliciter patietur; sed propitius tibi Deus, salus e longinquo veniet, et insperate ab insperato redimeris.	Portugal, huérfano de sangre real, gemirá por largo tiempo. Pero Dios te será propicio. La salvación vendrá de lejos y serás redimido inesperadamente por un no esperado.
12. Africa debellabitur.	El Africa será sojuzgada.
13. Imperium othomanun ruet.	El imperio otomano desaparecerá.
14. Ecclesia martyribus coronabitur.	La Iglesia tendrá mártires.

15. Bisantiun subvertetur.	Bizancio será subvertida.
16. Domus Dei recuperabitur.	La casa de Dios será recuperada.
17. Omnia mutabuntur.	Todas las cosas sufrirán cambio.

II

COMENTARIO

Esta predicción consta, como vemos, de siete partes, unas cumplidas y otras por cumplirse. La primera anuncia la desaparición de la monarquía en Portugal. Hay que advertir que poseemos la copia de esta predicción desde 1905. En 1908 fué asesinado en Lisboa, por mandato de la masonería, el rey D. Carlos de Braganza con su primogénito. En 1910 era destronado D. Manuel II último rey de Portugal. La nación hermana sufrió como consecuencia de esto lo que todos sabemos. Sólo tuvo un pequeño respiro durante el consulado de Sidonio Paes. Sus males no cesaron mientras no dirigió sus destinos el Movimiento patriótico triunfante en 1926.

La profecía se ha cumplido, en su primera parte, en lo relativo a la desaparición de la monarquía, en los comienzos de su orfandad y en la época de desgracias que se abrió con el éxodo del último rey. La otra parte está por cumplir.

En el número 12, segundo de los siete que se citan, se dice que el Africa será sojuzgada. Esto está cumplido en parte. Cuando la predicción se formuló, el Africa estaba sometida a los Califas de Damasco; más tarde lo fué al imperio turco, que ejerció su hegemonía y protectorado

sobre el litoral africano, desde Egipto hasta Argelia. Pero el imperio turco fué debilitándose hasta el extremo de ser llamado el **Enfermo de Europa.** A favor de esa debilidad se le fueron independizando muchas provincias o vilayatos. Africa fué dividida en parcelas que se apropiaron diferentes naciones enropeas. El Egipto sacudió el yugo de su esclavitud. La Tripolitania y Libia cayeron en manos de Italia; Túnez y Argelia, en manos de Francia, y hasta el Mogreb, que, aunque independiente de la Sublime Puerta, respetaba al Gran Califa de los Creyentes, fué dividido, para caer, en forma de protectorado, bajo la soberanía de dos naciones, Francia y España.

Sin embargo de todo esto, no creemos que la predicción se refiera a esta parcelación del Africa, aunque en ella pueda tener comienzo su cumplimiento. De predicciones que hemos de comentar en el transcurso de esta obra, se deducirá claramente el sentido en que ha de entenderse esta parte de la predicción de San Gil y que aún es futura.

En el número 13 se anuncia la ruína del imperio otomano. Esta profecía está cumpliéndose. El imperio turco, por lo que se refiere a su fachada exterior y a sus atributos mayestáticos, ha desaparecido ya. Su último Sultán, Mohamed VI, cayó virtualmente en 1918 envuelto en el torbellino que arrastró a la derrota a los Imperios Centrales y a sus aliados, y definitivamente en 1922. Se constituyó en sustitución del fenecido imperio una república bajo la paternidad de Kemal Pachá, quien trasladó la capitalidad de Estambul a Ankara. El prestigio de Turquia cayó completamente. Su soberanía en territorios europeos desapareció casi por completo y sus dominios de Asia quedaron muy reducidos. La Asamblea de Ankara abolió el Califato.

Hay que notar que cuando se hizo la predicción esta-

ba ese imperio subiendo vigorosamente la pendiente de su grandeza.

En el número 14 se habla de los mártires que tendrá la Iglesia. En este punto anuncia, si bien con gran laconismo, la persecución de que la Iglesia será objeto. En esto viene a concordar con las dos predicciones anteriores.

Y no se diga que puede referirse a tiempos anteriores a los nuestros en que también la Iglesia tuvo mártires. Pues, aparte de que los tiempos que se anuncian son o serán muy distintos de los anteriores sin que sea fácil la confusión, se anuncian acontecimientos coetáneos que sólo ahora tienen lugar, como la desaparición de la monarquía de Portugal, suceso de estos tiempos. El desmoronamiento del imperio turco, acontecimiento de esta época, nos demuestra también cómo esa persecución de la Iglesia, con su corona de mártires, es suceso de esta época, no de tiempos anteriores.

Prescindiendo de los horrores desatados por el comunismo contra la Iglesia en Rusia y Méjico, y fijándonos en los que nos tocan más de cerca, por haber sido y estar aún siendo España escenario de los mismos, observamos que ni por el número de mártires, ni por las circunstancias de los martirios pueden, en la fecunda y siempre heroica historia de la Iglesia, encontrarse precedentes adecuados al ensañamiento diabólico con que en hórridas hecatombes fueron sacrificadas y están sacrificándose millares y millares de víctimas, cuyo valor y cuya entereza son tan grandes como la crueldad y sed de sangre de sus verdugos. Los mártires mueren frente al enemigo y cara al cielo, diciendo: ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España!, porque esos corazones, piadosos y patriotas, vibran de santo entusiasmo a impulsos de este doble amor de la fe y de la Patria que hace luchar a los de vanguardia **pro aris et focis** y a los que en la retaguardia roja están impedidos

de hacerlo, encerrados en las cárceles, les endulza las horas de martirio el que, por esos mismos amores, las aras y los hogares, derraman su sangre con una alegría y un patriotismo que desconcierta a sus enemigos.

La profecía está, pues, cumpliéndose en España y ya veremos cómo también otros países van a ser vergeles fefundos de flores purpurinas, que embriagarán la tierra con la fragancia de su aroma y enriquecerán el cielo con la copiosa abundancia de sus frutos.

En el número 15 se anuncia la ruína de Constantinopla. La Bizancio de los Paleólogos sufrió tremendo castigo, mediado el siglo XV, por sus prevaricaciones y ataques a la unidad de la Iglesia. Cayó en poder de las hordas de Mahometo, que cometieron en la desventurada ciudad toda clase de ferocidades, deshicieron casi todos los hogares, separando a las mujeres de sus maridos y a los padres de sus hijos y a los hermanos de los hermanos; esclavizaron, mataron, incendiaron, saquearon... ¡Un horror! Sobre la antigua ciudad de Constantino se levantó la soberbia, grande e imperial Estambul de los Califas. Santa Sofía fué profanada y continúa convertida en mezquita. De Estambul salieron las órdenes más terribles contra la cristiandad. Allí se estaba siempre pensando en la destrucción del nombre de Cristo en todo el mundo y en sustituir en el Capitolio la Cruz por la Media Luna. Por eso Dios ha decretado la ruína de Estambul; sin embargo, esto no quiere decir que ha de desaparecer la hermosa ciudad del Bósforo. Santa Sofía, según profecías que expondremos más adelante, será recobrada, purificada y abierta al culto católico, no al cismático que Dios ha repudiado para siempre. Será un conquistador católico quien haga esta proeza.

En el punto 16 se habla de la reconquista de la Casa de Dios. Esta Casa es Jerusalén con todos los lugares que

fueron teatro de la pasión y muerte del Redentor. Estos lugares santos, salvando el glorioso y heroico episodio del reino creado por las Cruzadas, estuvieron siempre en poder del infiel por inexcrutables designios de la Providencia. Esos lugares serán plenamente rescatados, y el Santo Sepulcro terminará la larga serie de victorias que el **guía** del pueblo fiel obtendrá sobre los incrédulos e infieles en la lucha empeñada entre Cristo y Belial.

En el número 17 —último de los que se citan—, se dice que todas las cosas sufrirán mudanza. Este cambio será del mal para el bien. Será un retorno del descamino a la senda, una rectificación completa de ideas y procedimientos, de doctrinas y de conducta.

Y aquí vemos otra vez el maravilloso paralelismo que hay entre estas predicciones y las dos anteriores. Pone primero la lucha y después el triunfo; primero, la deshecha tempestad, que llena de mártires la Iglesia, y después, la apacible bonanza, en la cual, previa una mutación profundísima, todo se restaurará, habrá paz universal y **el lobo cohabitará con el cordero y el buey con el leopardo.**

I

VISIÓN DE SOR CATALINA EMMERICH

De las revelaciones con que fué favorecida la Venerable Sor Catalina Emmerich fueron entresacados los siguientes pasajes, en los cuales habla la gran vidente de las actuales persecuciones de la Iglesia y de su próximo triunfo por San Miguel. Dice así:

1.º "...Mi guía me advirtió al mismo tiempo que, mientras yo pueda, pida y encargue a los demás que pidan por los pecadores y particularmente por los sacerdotes infieles a su vocación; y me añadió: Tenéis que pasar por malos días. Los disidentes seducirán a muchas almas, y por mil medios se esforzarán en arrancar toda autoridad de la Iglesia. De aquí provendrá una gran perturbación.

2.º En otra visión ví la manera de cómo la hija del Rey (la Iglesia) se armó para el combate. Imposible contar con todos aquellos que contribuyeron a su equipo; éste consistía en oraciones, buenas obras, mortificaciones y trabajos de todo género. De mano en mano llegaban aquellas armas hasta el cielo, donde cada obra meritoria era transformada según su naturaleza y llegaba a ser un arsenal de guerra para la casta Esposa de Cristo.

3.º ...Fuí también testigo de la batalla. Eran innumera-

bles las tropas del enemigo, y, a pesar de esto, el pequeño grupo de los fieles combatientes exterminó batallones enteros... Los combatientes que tomaban parte en la lucha se parecían mucho a nuestros soldados de hoy. Se hacían una guerra espantosa; al final no quedó más que "un puñado de bravos. Eran unas gentes que pensaban bien; la victoria quedó para ellos".

4.° Ví en la Basílica de San Pedro a un inmenso gentío de demoledores, mientras otras filas se empleaban en reparar los boquetes. Los devastadores, que echaban por tierra paredes enteras, contaban en sus filas muchos sectarios y apóstatas, pero los más hábiles entre ellos, los que procedían sistemáticamente y conforme a reglas, llevaban unos mandiles blancos bordados de azul con bolsillos y tenían una llana en la cintura, y vestían de todas maneras.

5.° Personajes grandes y corpulentos de cierta importancia, con uniforme y condecoraciones, asistían también a aquel trabajo destructor, pero sin ocuparse ellos mismos en la obra; concretábanse a señalar, con su llana, los puntos de las murallas que debían ser destruídos. Frecuentemente además, cuando no estaban seguros de su golpe, se acercaban a uno de ellos, que tenía un libro de gran tamaño, en el que parecía estar consignado todo el plan de destrucción que debía seguirse. Después de lo cual marchaban de nuevo con su llana a algún punto, y bien pronto un lienzo más caía al golpe del martillo.

6.° Ví al Papa en oración. Había allí muchos eclesiásticos conocidos míos. Ví también a mi confesor, que venía de lejos, con una enorme piedra, como si la acarrease por sí mismo. Otros rezaban el Breviario con tibieza y lleva-

ban al propio tiempo una piedra pequeñita debajo del manteo, como una cosa rara, o la pasaban de mano en mano. Parecíame que no tenían seguridad, ni arrojo, ni método y que ni siquieran sabían lo que se debía hacer. ¡Daban lástima!

Toda la nave de la Iglesia estaba ya derruída y no quedaba intacto de ella más que el presbiterio. Entregada yo al más vivo dolor me preguntaba dónde podría hallarse aquel hombre que anteriormente había visto yo colocado como un libertador encima del edificio, vestido de púrpura y con un estandarte blanco en la mano...; los que trabajaban para reconstruir la Iglesia redoblaban su actividad; habíales llegado un refuerzo de ancianos, de tullidos, de hombres, en fin, con quienes jamás se había contado, como igualmente jóvenes solteros en todo el vigor de la edad, de mujeres, de niños, de eclesiásticos y de seglares, y bien pronto quedó el edificio nuevamente restaurado.

7.º La Iglesia de San Pedro se me apareció de nuevo con su elevada cúpula. El Arcángel San Miguel se cernía por encima de la Basílica, todo resplandeciente, cubierto con un ropaje purpúreo como la sangre, y teniendo en la mano desplegado el estandarte de los combatientes. Al mismo tiempo se libró en la tierra una gran batalla... La Iglesia estaba enrojecida en sangre como el manto del Arcángel. "Será lavado en sangre", me dijo al mismo tiempo. Con todo esto, a medida que se prolongaba la batalla, desaparecía la sangre por encima de la Iglesia. que se mostraba más y más radiante.

8.º En fin, San Miguel descendió a la arena del combate al lado de los "blancos" donde se multiplicaba al frente de los batallones. Un valor maravilloso inflamó al mismo tiempo el ardor de todos, sin que pudieran darse cuen-

ta de esto. San Miguel en persona hendía los enemigos, y al instante se siguió "una derrota general". La espada de fuego desapareció entonces por encima de la cabeza de los blancos triunfantes. Antes de acabarse la acción no habían cesado de pasar a su lado grupos enemigos y después se le rindieron asimismo otros innumerables. Muchos santos del cielo intervinieron por sí mismos en el combate; desde lo alto de los aires, donde se presentaban animados de un mismo espíritu, multiplicaban las señales y ademanes, tendiendo todos al mismo fin por diferentes operaciones."

II

COMENTARIO

Hemos dividido la predicción de Sor Catalina en ocho párrafos para su mejor comentario. Los puntos suspensivos son saltos que damos en la transcripción, en la cual prescindimos, por exigencias de la brevedad, de los trozos que no hacen a nuestro propósito.

En el párrafo primero se limita la vidente a anunciar la gran perturbación por la labor destructora de los disidentes, no contrarrestada suficientemente por los que ministerialmente vienen obligados a trabajar en defensa de la Iglesia.

En el segundo, nos habla de los medios de combate que reunió la Iglesia para dar la batalla a sus enemigos y cómo esos medios eran armas espirituales, oraciones, ayunos, mortificaciones, etc., ofrecidas por todas clase de personas buenas.

En este párrafo nos dice con toda claridad, "la viden-

te", cuál ha de ser la importancia que, como preparación para las grandes batallas en que juegan los fusiles y los cañones, la aviación y las bombas de mano, hemos de dar a la oración y a la penitencia, armas éstas más eficaces que aquéllas para conseguir la protección de la Providencia, sin la cual el mejor de los ejércitos no puede conseguir la victoria que no está, como nos dice el sagrado libro de los Macabeos, **"en la multitud de los luchadores sino en la fortaleza que viene del cielo"**. De ello fué ejemplo el ejército de Israel, que vencía a los amalecitas, mientras Moisés, su caudillo, podía sostener abiertos sus brazos orantes; pero cuando, rendido de cansancio, los dejaba caer, caía también el ánimo de los que luchaban; y por eso, para terminar la batalla con éxito, tuvo que requerir el auxilio de Aarón y de Ur para que sostuviesen abiertos los brazos del gran caudillo del pueblo elegido.

Ejemplo también, y sublime, de la necesidad de la oración y de la eficacia de ésta, es nuestra gesta sin par, comenzada **sólo "con monos y alpargatas"** contra todos los poderosos elementos de un Estado moderno. Las oraciones de unos, las penitencias de otros y el entusiasmo de todos suplieron lo que faltaba y movieron a la Providencia a hacer el milagro.

El General Radetzky pierde el rosario que guarda en un estuche. Al serle entregado éste por un oficial que lo recoge del suelo, le dice el bravo General: "Tráemelo; confío más en él, que en la sagacidad de mi entendimiento y en la fuerza de mis ejércitos".

Así pensaban también los Generales de nuestra época imperial. El Gran Capitán decía después de Garellano: A **Domino factum est istud:** el Señor fué quien lo hizo.

Napoleón venció mientras fué instrumento de la Providencia. Así lo reconoció él hablando con sus amigos al pasar los Alpes. Pero falta a su misión, Dios le abandona y

viene Waterloo. Los historiadores y críticos militares, queriéndole buscar explicación a aquella derrota, se dividen en los más distintos pareceres. Que si Grouchy, que si Blücher. Sin embargo, el emperador destronado decía en sus soledades de Santa Elena, hablando consigo mismo: "¡Qué fatalidad! ¡Yo, con veinte mil hombres menos debiera haber vencido!" El genio militar del siglo XIX no sabía explicarse aquella derrota. Debiera haberse acordado de la amenaza papal de Fontainebleau: **"Pronto compartirás el fin de todos los perseguidores de la Iglesia"**, le decía entonces al ensoberbecido emperador de los franceses el humilde y desarmado Pío VII en el histórico castillo que pronto había de ser testigo de los famosos adioses de Napoleón. "Debiera recordarse también de su conversación de los Alpes". Seguramente que recordó todas estas cosas y a eso debió su conversión operada poco antes de su muerte.

En el párrafo tercero, habla ya de la batalla y destaca en ella la desproporción de fuerzas en favor del enemigo y en contra de los nuestros. Sin embargo, la victoria es para los nuestros.

De esta batalla tendremos ocasión de hablar más concretamente en momento oportuno.

En el párrafo cuarto, ve Sor Catalina a la Iglesia simbolizada en la Basílica de San Pedro, a la cual están demoliendo una porción de obreros, señalados con la marca del sectarismo y de la apostasía y entre los cuales destacan por su habilidad los de los mandiles bordados de azul y que llevan una llana en su cintura. Ya sabemos a qué sociedad pertenecen éstos. Todos son operarios que trabajan afanosamente en la tarea de demoler la Iglesia. De los directores habla el párrafo siguiente.

En el párrafo quinto, aparecen los arquitectos que dirigen la obra de demolición y, como en todo hay categorías y director supremo, aquí también lo hay, y por eso, cuando los arquitectos vacilan en las órdenes a dar y en las medidas a dictar, acuden al director de orquesta, el cual a su vez consulta el libro de gran tamaño donde está todo planeado y previsto y de allí saca la orden que hay que dar para que la obra destructora continúe y un nuevo lienzo venga al suelo.

¡Qué bien pintada está aquí la obra de la masonería!

Para quebrantar la firmeza con que el cristiano se adhiere a las verdades de la fe, hay que sembrar el escepticismo en las inteligencias, el torcedor de la duda en las conciencias, el orgullo en la razón, cuyos fueros se exageran. Se cava un abismo entre la razón y la fe, entre las cuales se establece una oposición eterna. Estalla la guerra entre lo natural y lo sobrenatural, como si los dos órdenes no fuesen establecidos por el mismo Ordenador. Se establece como árbitro para dirimir la contiende a la razón humana y surge el racionalismo y con él el liberalismo y el indiferentismo. Como para la libre implantación de las nuevas ideas son un estorbo los antiguos regímenes, vienen las revoluciones políticas a sustituir las viejas monarquías por repúblicas demagógicas en que se da suelta a todo desenfreno.

Pero no basta con que el mal tenga todo género de derechos y de libertades, con que sea igualado a la verdad. Es necesario más. Es preciso acorralar el bien, encerrándolo primero en el recinto de los templos, después en el de los hogares y más tarde en el de la conciencia individual, concluyendo finalmente por desalojarlo de la conciencia y del entendimiento para hacerlo desaparecer de la existencia.

Este es, a grandes rasgos, el proceso que la masonería,

y detrás de ella el judaísmo incrédulo, ha seguido contra la Iglesia, contra la cual ha querido mover a todas las clases sociales explotando sus concupiscencias. **Pero de Dios nadie se burla.**

En el párrafo sexto, ve al Papa en oración. El supremo Pastor está vigilante y acude al medio más eficaz para sostener el edificio que se le desmorona. Algunos eclesiásticos le ayudan eficazmente en este menester. Otros lo hacen flojamente, con tibieza y sin método. ¡Siempre los hijos de las tinieblas han de ser más sagaces que los hijos de la luz! Así lo permitirá Dios para que el elemento divino resplandezca sobre el humano. Aunque esto no podrá ser jamás justificante de la negligencia en el cumplimiento del deber.

La obra demoledora de los enemigos tocaba a su término. De la Iglesia sólo quedaba el presbiterio. Ante tal ruína, la vidente clamaba por el hombre vestido de púrpura y con el estandarte blanco. Ya intervendrá este hombre misterioso.

Entretanto los que trabajaban por la reconstrucción de la Iglesia redoblaron sus actividades y fueron reforzados con un auxilio bien extraño: una multitud de ancianos y de tullidos con quienes jamás pudo contarse. ¿Quiénes son estos hombres que, siendo débiles por su edad y por su inutilidad física, constituyen, sin embargo, un refuerzo para los que trabajan en restaurar la Iglesia? Recordemos la parábola de la invitación a las bodas. Los cojos y los mancos, los ciegos y los paralíticos ocuparon el lugar de los invitados, hombres de mundo que estaban metidos en negocios que habían constituído hogar y que figuraban entre sus semejantes ante los cuales representaban importante papel. A pesar de todo no hicieron cosa útil y fueron excluídos del reino de los cielos.

El anciano y el tullido simbolizan aquí al hombre insignificante según el mundo, y del cual, sin embargo, Dios echa mano para las más grandes empresas. "Para confundir al fuerte, echa Dios mano del humilde", del despreciable, según el criterio mundano.

¿Y qué representan esos jóvenes solteros en todo el vigor de la edad, esas mujeres, y aun esos niños, que la vidente ve acudir en auxilio de la Iglesia?

Para contestar a esta pregunta hay que contemplar a la naciente Acción Católica, en su actual organización, nutrida por jóvenes animosos, por mujeres activísimas y por niños candorosos llenos de los más santos deseos, laborando por un porvenir cristiano a las órdenes de la Jerarquía.

En el párrafo séptimo, vuelve a aparecérsele a la vidente el Arcángel San Miguel vestido de púrpura y con una bandera de combate en la mano. En la tierra contempla otra vez la gran batalla. Esta es tan cruenta, que todos los combatientes aparecen empapados en sangre, incluso el Arcángel, que le dice a Sor Catalina, hablándole de su manto: **Será lavado en sangre.**

En el párrafo octavo, habla ya la vidente de la victoria definitiva obtenida con la ayuda eficacísima del Príncipe de la Milicia angélica, al cual ve intervenir en la contienda personalmente, blandiendo su espada de fuego con la cual hiende a los enemigos.

¿Cómo intervendrá el Arcángel San Miguel en esa gran batalla? ¿Visible o invisiblemente? Desde luego puede intervenir visiblemente y en ello no hay repugnancia alguna. Sería uno de tantos milagros que hizo y que está aún haciendo Dios a través de sus santos. Pero no necesita esa intervención visible. La intervención invisible se manifes-

tará a través de lo inexplicable. Los pocos vencerán a los muchos. De éstos se pasarán muchos a las filas de los primeros en el fragor del combate; otros se les rendirán. De muchas maneras puede actuar San Miguel: infundiendo valor en unos, sembrando pánico en otros, dando acierto a los primeros, negándoselo a los segundos, disponiendo las condiciones climatológicas a favor de los unos y contra los otros, hiriendo invisible, pero eficazmente, a los que quiera perder, etc., etc. En la batalla de Lepanto el viento, al comienzo del combate, favorecía a la escuadra turca, pero pronto cambió de dirección, envolviendo a todos los bajeles de Alí-Bajá en densísimo humo que les impedía la visibilidad y la libertad de movimientos.

En la vida del Venerable Padre Francisco Javier Bianchi, dice el presbítero De Valette que los desastres napoleónicos de la campaña de Rusia fueron predichos por el siervo de Dios.

Prometía Francisco al joven eclesiástico Gabriel Buonocuore, el próximo triunfo de la Iglesia; y como éste se resistiera a creerlo, porque Napoleón se hallaba todavía en el colmo de su poder, siendo los principios de su última campaña extraordinariamente felices, Bianchi se echó a reír sin más réplica.

Unos días más tarde y después de cantado el Te-Deum por la entrada en Moscou, habiendo venido a ver al Padre Bianchi el caballero Buonocuore, tío de Gabriel, le preguntó: ¿Por qué estáis triste?—¿Cómo queréis que no lo esté, observó el Padre, si sabéis que acaba de cantarse el Te-Deum? Mejor hubiera hecho en cantar el **Miserere.**—Y como Buonocuore le objetase que bien podía exagerarse un suceso, pero no inventarlo del todo, Bianchi exclamó como fuera de sí: **"San Miguel, San Miguel con su espada ha casi destruído ya el ejército francés entrado en Moscou; un alma lo ha visto en oración. Notad el día en que**

nos hallamos y sabréis pronto lo que ha hecho la mano del Señor."

Pronto se supo cuán terrible verdad decía el P. Bianchi. Napoleón pierde un mes en conversaciones dilatorias con Alejandro. Moscou arde por los cuatro costados. El Emperador francés se quema la levita al escapar penosamente por entre las llamas. Su ejército, hambriento y entumecido, es obligado a volver por la desolada estepa que se había encontrado a su ida. Y el desastre, que hace llorar al soberbio corso, se consuma en el Beresina.

Más tarde, cuando el humo de las victorias se había disipado y el entendimiento discurría más sereno en las soledades de Santa Elena, el antes indomable Emperador reconocía ante el General Bertrand que la campaña de Rusia había sido un gran castigo de la Providencia.

Sabemos por la Historia Sagrada que un ángel degolló en una noche 185.000 guerreros del ejército de Senaquerib. Aquí actuó el ángel directamente, como había actuado el ángel exterminador.

120.000 madianitas quedan tendidos en el campo, matados al filo de sus propias espadas. Gedeón, con la estratagema de los cántaros iluminados, hace creer a los madianitas que les rodea un ejército de centenares de miles de hombres y no son más que trescientos; pero entra la confusión en los 120.000, y en la oscuridad de la noche se matan unos a otros, creyendo todos tener en frente a sus enemigos. El ángel del Señor lo había hecho todo.

Y este ángel fué San Miguel, pues, como dice San Gregorio: "Siempre que Dios obra alguna maravilla en el mundo, siempre que dispensa alguna gran misericordia, lo hace por medio de San Miguel. **Quoties mirae virtutis aliquid agitur, toties Michael mitti perhibetur."**

CONCORDANCIA DE ESTA PREDICCIÓN CON LAS ANTERIORES

Grande es la concordancia de ésta predicción con las anteriores. En ésta se habla, como en las precedentes, de las persecuciones de que será objeto la Iglesia y de los ataques que se le dirigían; se aprecia, pues, una gran concordancia entre el párrafo tercero de Sor Catalina y la visión de los cuatro árboles de Isabel Canori, entre los párrafos quinto y sexto de la primera y la visión del demonio alegórico de la segunda, entre el párrafo sexto de Emmerich y la visión de la nave de la Iglesia de Isabel Canori.

Es también notable el parecido de esta predicción con la de la Saleta. Ambas anuncian la corrupción, la guerra y después el triunfo. La alusión a la intervención de los espíritus angélicos en la victoria se ve por igual en los párrafos séptimo y octavo de la predicción de Sor Catalina y en el quinto de Melania.

Hay también concordancia fundamental de esta profecía con la de San Gil. Aquélla anuncia mártires en la Iglesia; por consiguiente, lucha. Esta de San Gil también anuncia mártires. La de Sor Catalina anuncia el triunfo, la de San Gil también en los puntos dieciséis y diecisiete. No se puede recobrar la casa de Dios sin el triunfo. No se pueden cambiar las cosas sin la restauración, porque en desorden se encontraba todo antes de la mudanza.

Vemos, pues, que la armonía existe en lo fundamental.

El General Bonaparte derriba el dieciocho brumario al Directorio, instaura el Consulado, se hace nombrar Primer Cónsul, primero con carácter temporal, después con carácter vitalicio, y en 1804, a los cuatro años de consulado, es investido de poderes mayestáticos y Francia saluda el 18 de mayo a Napoleón I como Emperador de los franceses.

No se contentó el ex teniente de Artillería con ceñir la corona de Francia; ciñó también la de Italia. Y aún esto le pareció poco y formó la Confederación del Rhin para erigirse en su protector. Lleva más tarde la guerra a España y, por último, a Rusia, para que no haya otro soberano que él desde Cádiz a Moscou. Estos deseos se los manifestó sin recato al conde Juan Rap en presencia de su Gran Estado Mayor reunido en Dantzig pocos días antes de pasar el Niemen. Y esto mismo le confesó en Santa Elena a su amigo y médico el inglés O'Meara, y esto mismo tuvo que oír como reproche de labios del Mariscal Augereau en 1814, cuando era forzado a huir. Los reyes coaligados le obligaron a ir a Elba, y esos mismos reyes, unidos, le vencieron en Waterloo, recluyéndole en Santa Elena. Aquí se apagó el meteoro que humildemente se había levantado en Córcega y había alcanzando lo más alto de su curva en Austerlizt.

En el párrafo segundo, se habla de otro que pertenecerá a la misma secta. Se refiere a Napoleón III, masón como su tío. Su reinado dura dieciocho años. Aspira también al imperio universal, o, por lo menos, a la hegemonía. Esto le lleva a la guerra franco-prusiana, que malogra todas sus ambiciones, haciéndole devorar el amargo pan del destierro, donde muere a los tres años de Sedán, **sin cólera, ni en batalla.**

En el párrafo tercero, se nos anuncian los movimientos revolucionarios que obligaron a los reyes a ceder todos sus poderes efectivos, jurando la Constitución, en virtud de la cual quedaban convertidos en jefes nominales del Estado, verdaderos monotes, incapaces de toda iniciativa y, por consiguiente, vasallos del parlamentarismo que les dejaría, como única compensación a su pasada grandeza, los honores regios y el marchamo de la firma que daría unidad exterior a la abigarrada legislación que saldría de ese régimen **sin cabeza.** Todo esto recibió plena confirmación. Las hipótesis se convirtieron en realidades y las monarquías constitucionales fueron y son verdaderas repúblicas vestidas con traje monárquico.

Anuncia después la profecía la aparición de un **hombre vilísimo,** perteneciente a la masonería, que derramará veneno por todo el mundo, produciendo en todo él las calamidades del párrafo cuarto.

Ahora bien; ¿quién es ese hombre vilísimo? Este hombre tiene que aparecer después del tercer Napoleón, algún tiempo después, durante el cual se disfrutará de una paz relativa. La aparición de ese hombre coincide con una horrorosa tormenta desencadenada sobre el mundo. Al mismo tiempo ese hombre agrava los males entre los cuales aparece. Esos males son guerras internacionales y civiles, desolación y anarquía. Para que el anónimo profeta se fije en ese hombre funestísimo, es preciso que este aborto del infierno dé la tónica a todo ese movimiento subversivo que va a conmover al mundo. Con estas reflexiones a la vista, ¿quién en ese hombre?

Preguntémoselo a los revolucionarios, a los que llenan de ruínas los pueblos, a los saqueadores, a los asesinos, a los incendiarios, a los que desearían tener en sus manos criminales todo el poder de Plutón para incendiar el mundo. ¿A quién invocan éstos cuando violan y asesinan,

cuando profanan e incendian? ¡Viva Lenín!, dicen. ¡Somos los hijos de Lenín!, repiten con su puño levantado en son de amenaza. Lenín es, pues, quien los inspira. Lenín es su hombre. Su doctrina es quien los mueve. Su sistema social es el fin que buscan con sus depredaciones e incendios y con sus hecatombes de víctimas que inmolan entre espasmos de rabia y epilépticas convulsiones de furor diabólico.

Lenín, no hay duda, es el **hombre vilísimo** de que nos habla la profecía. No importa que Vladimiro Yltch Ulianow, haya nacido en 1870. Es en 1917 cuando aparece a la vida pública, triunfando en la revolución de octubre contra Kerenski e instaurando en Rusia el comunismo bolchevista, al frente del cual se coloca él como presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Desde este momento, y en medio de las terribles convulsiones de la Gran Guerra, comienza la revolución social su tarea demoledora, primero por Rusia, donde a la sangre que acababa de derramarse en los campos de batalla, se sumó la derramada a torrentes por los propios hermanos, que enrojecieron sin piedad la blanca estepa. Prendió luego en Alemania y en los países vencidos la terrible epidemia, llegó al lejano Oriente que está en conmoción, penetró en el extremo Occidente intentando vencer en España y, como una maléfica corriente subterránea, circula por el subsuelo de todos los pueblos del mundo, envenenando con su ponzoña los manantiales de todas las actividades humanas. No se recuerda movimiento con más furor proselitista y con mayores posibilidades de infección del ambiente social del mundo. Y el tono a este movimiento se lo ha dado el hombre vilísimo que se llamó Lenín.

Hay que notar que esta predicción está en nuestro poder desde 1905 y, por consiguiente, doce años antes de que hiciese su aparición personaje tan siniestro.

En el párrafo cuarto, se anuncian calamidades sin cuento, de tipo nacional e internacional. Estas desgracias comenzaron con la guerra de 1914, la más grande que en el mundo ha habido hasta la fecha. Por su magnitud dió al traste con seculares, mejor diríamos milenarias, instituciones que servían de firme puntal al orden; puso en conmoción a los pueblos y avivó el ansia del placer hasta el frenesí. Una ola de locura parece haber envuelto al mundo y todo hace creer que vivimos los tiempos apocalípticos. Hablando del estado actual del mundo, dijo no hace mucho el Papa Pío XI, que para encontrarle precedentes había que remontarse a la época del diluvio. Ni siquiera podía comparársele la irrupción bárbara con todo el cortejo de males que produjo el desmoronamiento del imperio romano.

Estamos, pues, en pleno cumplimiento de todo cuanto se anuncia en este párrafo.

En el párrafo quinto, todo él futuro (1), se anuncia la elección del Pontífice, docto y santo, del que tantas predicciones se ocupan y al cual le auguran el triunfo completo de la Iglesia. Esta última parte, que es completamente futura, está abonada por otras ya cumplidas, por pertenecer lo en ellas anunciado, al pasado, o al presente.

(1) Algo empezó ya a cumplirse con la elevación al Pontificado supremo de Su Santidad Pío XII. (N. de la 2.ª edición).

CONCORDANCIA CON LAS ANTERIORES

Los puntos primero, segundo y tercero, son privativos de esta predicción, comparada ésta con las anteriores.

En el párrafo cuarto se anuncia, como en los precedentes, el gran trastorno, el desorden horrible... En el párrafo quinto, se anuncia el triunfo como en todas y la elección de un Papa providencial, como en la predicción de la Venerable Isabel Canori en su parte última en la cual describe la visión del triunfo futuro de la Iglesia.

I

PREDICCIÓN DE SANTA HILDEGARDA

Santa Hildegarda, refiriéndose a la época actual, dice: "Cuando se ha echado enteramente de un lado el temor de Dios, guerras atroces y crueles sucederán a porfía, una multitud de personas serán por ellas inmoladas y muchas ciudades se cambiarán en montones de ruinas. Así como el hombre gana por su fuerza la debilidad de la mujer y supera el león a todos los animales, del mismo modo algunos hombres, de una ferocidad sin igual, suscitados por la justicia divina, se burlarán del reposo de sus semejantes. Así ha sucedido desde el principio del mundo; el Señor volverá a poner en mano de nuestros enemigos la vara de hierro destinada a vengarle cruelmente de nuestras iniquidades.

2.° Mas, cuando la sociedad haya sido, en fin, purificada completamente por estas tribulaciones, fatigados los hombres de tantos horrores, volverán plenamente a la práctica de la justicia y se someterán fielmente a las leyes de la Iglesia que nos hacen tan agradables a Dios con su santo temor... El consuelo sucederá a la desolación; así como la ley nueva ha sucedido a la antigua ley, del mismo modo los días de salud harán olvidar, por su prosperidad, las angustias de la ruina."

II

COMENTARIO

Santa Hildegarda es una autoridad en esto de profecías privadas. En el siglo XII en que vivió, era considerada la gran Profetisa del Nuevo Testamento y era respetada por Santos, Papas y Concilios. Hizo muchas predicciones y de ellas entresacamos las que hacen más a nuestro propósito. Después de hablar de las sectas masónicas y católico-liberales, habla del gran cataclismo y del gran triunfo.

En el párrafo primero anuncia guerras atroces, que se sucederán como en tropel unas a otras, y en las cuales serán inmoladas muchas víctimas y destruídas hasta su desaparición muchas ciudades. Estos acontecimientos luctuosos los anuncia como consecuencia de haberse perdido el temor de Dios.

Ahora bien; en ningún tiempo como ahora desapareció de las almas el temor de Dios. Antes se pecaba, pero por fragilidad y reconociendo que se pecaba. De ahí que al pecado cometido en un momento de atolondramiento o de olvido del deber, siguiese el arrepentimiento humilde. Aún los mismos herejes, cuya contumacia los separaba de la Iglesia, guardaban en sus almas extraviadas cierta especie de temor de Dios que les retenía en zonas próximas a la fe.

Pero desde que Voltaire vino al mundo e imprimió su sello a esta época de desdén hacia todo lo sobrenatural, se perdió el temor a Dios, el respeto a lo más alto, la reverencia al superior y con ella toda obediencia, relajándose los vínculos sociales y surgiendo en consecuencia un indi-

vidualismo feroz y anárquico que, con el nombre de comunismo libertario, es el disolvente de toda sociedad y el germen de las luchas en que se debate el mundo.

Estos hombres que no quieren **Dios ni amo** y que pregonan una libertad sin límites, pero para disfrutada por ellos, imponen a los demás su capricho por medio de la fuerza aliada con la audacia, se burlan del reposo de sus semejantes y convierten el mundo en un campo de Agramante. ¿Cuándo la humanidad pasó por trance parecido?

Pero para mejor demostrar que la Santa se refiere a nuestros tiempos, tengamos en cuenta que a seguido de este estado caótico pone el triunfo completo de la Iglesia, cuyas leyes serán observadas en todo el mundo. Estos tiempos no han llegado y se anuncian como muy próximos. Luego...

En el párrafo segundo y último de los transcriptos, anuncia Santa Hildegarda el triunfo completo de la Iglesia, el cumplimiento de sus justas y sabias leyes por todos, aun los que antes las habían despreciado y combatido. La justicia será plenamente practicada y la prosperidad de la nueva era será tan grande, que hará olvidar las angustias de los tempestuosos tiempos anteriores.

Conviene, como vemos, esta predicción con todas las anteriores; y en cuanto al tiempo en que han de tener realidad las bienandanzas de este segundo párrafo, ya haremos cálculos en momento oportuno.

I

PREDICCIÓN DEL VENERABLE PADRE BERNARDO MARÍA CLAUSI

"...Este azote se hará sentir en todo el mundo y será tan terrible, que cada uno de los que sobrevivieren se imaginarán ser el único que ha quedado libre, y todos se arrepentirán y serán buenos. Este castigo será muy corto, pero terrible. "Questo flagello sará instantaneo, momentaneo, ma terribile". Mas antes que sucedan estas cosas, habrá hecho el mal tantos progresos en el mundo, que parecerá que los demonios han salido del infierno. Tan grande será la persecución de los malos contra los justos, que habrán de padecer un verdadero martirio. Las cosas llegarán al colmo. Pero cuando la mano del hombre no pueda más y todo parezca perdido, Dios mismo pondrá allí su mano y arreglará las cosas en un abrir y cerrar de ojos, como de la mañana a la tarde."

II

COMENTARIO

El Padre Clausi, religioso mínimo, que parece haber heredado de su Padre San Francisco de Paula el espíritu

de profecía, anunciaba estas cosas a mediados del siglo pasado.

En su predicción aparece lo que en las otras; primero el trastorno, luego el triunfo. Antes del castigo, del cual dice que será terrible, aunque corto, anuncia los progresos del mal hasta excesos increíbles, la persecución a los justos hasta el martirio y el triunfo de los malos hasta lo irremediable dentro de lo humano. Esto se ha confirmado plenamente. Ya hemos dicho que el Pontífice Pío XI juzgaba la presente situación del mundo como la más espantosa de la historia, si se prescinde del diluvio. En España, en donde la revolución ha fabricado la maqueta de la obra a desarrollar en el resto del mundo, vemos cómo se ha cumplido todo lo que predijo el P. Clausi. El mal llegó a su colmo. Los demonios todos del infierno parecen andar sueltos enconando hasta la locura furiosa una lucha civil, la más terrible que recuerdan los siglos. Hay mártires a millares; la sola vista de una medalla, de un crucifijo, de cualquier objeto piadoso, sacude en convulsiones epilépticas al rojo que lo encuentra en poder de un siervo fiiel de Cristo, a quien por este **gran delito** se condena a las penas más atroces. Diríase que el mismo demonio ha encarnado en las entrañas de esos forajidos, verdaderos abortos del infierno.

En España, el progreso del mal, la persecución a los buenos, el martirio de éstos, el azote de la guerra, todo esto se ha cumplido y se está cumpliendo. También empezó a cumplirse lo de la intervención providencial para arreglar lo que humanamente no tenía arreglo.

Dice el vidente: "Pero cuando la mano del hombre no pueda más y todo parezca perdido, **Dios mismo pondrá allí su mano** y arreglará las cosas..."

Esta misma frase: **"Dios pondrá su mano y todo se arreglará"**, fué el comentario que, como una esperanza en un

porvenir mejor, hizo el Pontífice Pío XI, cuando se enteró de que se había instaurado la República en España sobre la cual, como consecuencia del nuevo orden de cosas, vió cernerse de momento males tremendos. Precisamente recordamos los comentarios irreverentes que a propósito de esta frase pontifical, que pareció una profecía, hizo un periódico de izquierdas de la hoy (1) asediada capital de España: "¿Que te crees tú eso?", dijo el inconsiderado periodista. No sabemos lo que dirá hoy entre los horrores del asedio y las torturas del hambre, si es que aún vive. Seguramente se dirá en medio de la realidad aterradora que está viviendo: "¡Cuánta verdad encerraba aquella frase del Papa que yo comenté tan irrespetuosamente, y qué claridad de visión del porvenir revelaba!"

Es el caso que cuando todos los medios humanos habían fracasado, cuando todos los partidos de orden estaban para siempre desplazados de las esferas del Poder, cuando los cauces legales se habían cegado para todos los buenos españoles y todos quedaban aprisionados en el círculo de hierro de lo que se llamó Frente Popular, cuando el horizonte estaba cerrado por todas partes y no se vislumbraba rayo de luz, ni siquiera del lado de instituciones que, por haber sido despiadadamente **trituradas**, no poseían la fuerza y cohesión necesarias que poner al servicio de la Patria en una crisis suprema de su existencia en peligro..., la Providencia amorosa del Dios de las batallas interviene, y una juventud animosa se levanta y, dirigida por hombres tan inteligentes como patriotas, vencen a centuplicadas fuerzas enemigas; cinco derrotan a cinco mil, y se verifica el milagro de la resurrección de España.

(1) Esto se escribía antes de la liberación de Madrid.

En muchos sitios se cumple a la letra la profecía del vidente. Los que habían amanecido bajo el imperio rojo atardecen bajo el imperio azul, bajo el imperio de España. Esto ocurrió en todos los pueblos de Galicia amenazados por la horda roja. En el momento mismo en que ésta iba a asolarlos, apareció el remedio. Esto ocurrió en ciudades sitiadas fuera de Galicia. Cuando no podían resistir una hora más, les llegó el socorro salvador. Ejemplo de esto fué Oviedo. Si tardan unas horas en entrar las columnas gallegas, la ciudad mártir y heroica, que por espacio de tres meses había resistido milagrosamente el asedio de sextuplicadas fuerzas rojas, hubiera al fin perecido anegada en su propia sangre. Pero Dios no permitió fuese estéril tanto heroísmo.

Es verdad que otras poblaciones y otras zonas están sufriendo todavía los horrores del marxismo. Pero es necesario advertir que la predicción se refiere principalmente al mundo y secundariamente a España, en donde se dibuja un boceto de lo que ha de desarrollarse en el mundo. Al referirse a España, no se refiere a todos los lugares de la misma. Forzosâmente había de haber poblaciones y regiones en que la lucha había de ser duradera para que fuese cruenta.

Hay que tener en cuenta que esta lucha tiene el triple carácter de castigo, de depuración y de expiación; de castigo para los malos, de depuración para los sanables y de expiación por parte de los justos cuya sangre, inocentemente derramada, ayuda a conseguir el perdón de los pecados de la Humanidad, como dice el Apóstol a los hebreos. La sangre del culpable no purifica.

Fijándonos solamente en las últimas palabras: "Todo se arreglará en un abrir y cerrar de ojos", creeríamos que había de arreglarlo un afortunado Golpe de Estado

como, por ejemplo, el de 13 de septiembre de 1923. Pero si así fuese, ¿cómo se cumplirían las primeras palabras en que se nos habla de que el azote será tan terrible, que cada uno de los sobrevivientes creerá ser el único salvado? Esto nos da la medida de la gravedad del naufragio que va a sufrir el mundo y que empezó por España. Si en el palo verde pasa lo que pasa, ¿que no pasará en el seco? España ha pecado mucho; pero es, a pesar de todo, el país de más densidad ética del mundo.

Mas, ¿cómo en una lucha en que se derrama tanta sangre y se producen tantos destrozos, se cumplen esas palabras en que se anuncia una solución rápida, condensada en estas frases: "en un abrir y cerrar de ojos", "como de la mañana a la tarde"?

En primer lugar se cumplió en cuanto a España al producirse el alzamiento nacional que la salvó cuando estaba precisamente basculando sobre el abismo. Y esto fué cosa de días, que son un momento en la duración de los siglos. Se cumplió también, y a la letra, en aquellas poblaciones y regiones de las cuales Dios quiso apartar los horrores de la guerra. Se cumplió igualmente en los individuos a los que quiso salvar de la muerte a cuyo borde los dejó llegar, poniendo luego su mano. Hay infinidad de casos de éstos.

Y se cumplirá en cuanto al mundo al sobrevenir un acontecimiento de corta duración que dará al traste con la revolución que aspiraba a tragarse la tierra. De este acontecimiento hablaremos con más claridad cuando expongamos y comentemos la predicción de Bug de Milhas, que es el que habla más clara y concretamente de este acontecimiento cumbre.

Este acontecimiento se insinúa en el párrafo último de la predicción de Sor Catalina Emmerich y en el también

último de la aparición de la Santísima Virgen de la Saleta. Y en esto, como en todas las demás circunstancias, aparece la concordancia de la predicción presente con las anteriores.

I

PREDICCIÓN DE LA VENERABLE SOR NATIVIDAD

PROYECTOS IMPÍOS

Mas los impíos componen folletos y libros y luego los propagan por medio de sus partidarios con el mayor secreto para seducir insensiblemente a los buenos. Y los seducidos, temiendo ser descubiertos, vivirán en la mayor hipocresía y aparentarán sumisión y docilidad a los ministros del Señor... Pero los seductores saldrán de sus retiros cuando sean numerosos sus adeptos y, como lobos carniceros cubiertos con piel de oveja, se arrojarán contra la Iglesia; darán permiso para edificar templos, conventos y hospitales; sacerdotes y obispos aplaudirán su celo... Pero no se tardará en descubrir sus intenciones. El despecho y la rabia de los hipócritas, al verse descubiertos, serán muy grandes, y pretenderán entonces destruir enteramente la Iglesia y no podrán sufrir ningún sacramento, ni ceremonia, ni siquiera la señal de la cruz.

DERROTA DE LOS IMPÍOS

"Mis enemigos, decía el Señor, se alegrarán todavía; pero su alegría será seguida de muchas angustias; levan-

tan trofeos contra mí; mas sobre los trofeos de su victoria levantaré yo su ruína y su destrozo. La medida está ya llena y pronto llegará a su colmo. Los malos dan decretos contra mi Iglesia; pero según los decretos de mi justicia, perecerán con sus decretos y leyes sacrílegas. "Sí; perecerán; está determinado; la sentencia está pronunciada".

Con mi poderoso brazo los precipitaré como el rayo al fondo del abismo y caerán con la misma prontitud y violencia que Lucifer y sus secuaces. Esta suerte les espera; la han alcanzado ya muchos de sus partidarios y también uno de sus principales jefes. Dios, añade la vidente, me reveló el nombre de éste; pero me mandó no descubrirlo, pues se reserva el manifestarlo en tiempo oportuno y entonces, en el día de su venganza, serán conocidas las personas y sus nombres".

II

COMENTARIO

Las predicciones de la Venerable Sor Natividad son muy parecidas a las de Santa Hildegarda y descubren a maravilla las ocultas maquinaciones de las sectas masónicas, sus planes diabólicos, su astucia para engañar incautos y ocultar intenciones haciendo el mal por dosis y llevando la persecución por grados para no comprometer el éxito. El párrafo primero, **"Proyectos de los impíos"**, nos lo demuestra bien claramente. El plan que aquí esboza la vidente fué el seguido por la masonería desde la Enciclopedia hasta la fecha. La máscara de hipocresía con que siempre se han disfrazado sus secuaces, les ha caído del todo en la zona roja española en donde quedaron al des-

I

PREDICCIÓN DEL VENERABLE HOLZHAUSSER

"Amarán los hombres vivir con libertad, como los peces en el mar y las aves en el aire, siguiendo sus concupiscencias y deseos, para que cada cual crea y obre lo que quiera, según lo describe San Judas en su Carta Católica. Los preceptos divinos y humanos serán despreciados; los sagrados Cánones serán tenidos por nada... Muchos millares de cristianos, aunque conserven el nombre de católicos por algún respeto o temor humano, estarán interiormente muertos en el ateísmo, indiferentismo, calvinismo, falsa política y odio a los eclesiásticos. Pero no faltarán en este tiempo de desolación algunos amigos del Señor que, como luz del mundo y lámpara colocada en lugar oscuro, brillarán en la tierra para que no sea del todo envuelta por las tinieblas. Y aquel Monarca fuerte que ha de venir, destruirá las repúblicas por sus fundamentos".

II

COMENTARIO

El Venerable Bartolomé Holzhausser fué un sacerdote alemán que falleció el 20 de mayo de 1656. Varón muy

Aparecen en esta predicción las mismas características fundamentales de las demás. Primero, las persecuciones; después, el triunfo completo. Primero, las maquinaciones de los impíos y su triunfo fugaz; después, el triunfo aplastante definitivo de los buenos, conseguido cuando los malos creían tenerlos aherrojados para siempre.

I

PREDICCIÓN DEL VENERABLE HOLZHAUSSER

"Amarán los hombres vivir con libertad, como los peces en el mar y las aves en el aire, siguiendo sus concupiscencias y deseos, para que cada cual crea y obre lo que quiera, según lo describe San Judas en su Carta Católica. Los preceptos divinos y humanos serán despreciados; los sagrados Cánones serán tenidos por nada... Muchos millares de cristianos, aunque conserven el nombre de católicos por algún respeto o temor humano, estarán interiormente muertos en el ateísmo, indiferentismo, calvinismo, falsa política y odio a los eclesiásticos. Pero no faltarán en este tiempo de desolación algunos amigos del Señor que, como luz del mundo y lámpara colocada en lugar oscuro, brillarán en la tierra para que no sea del todo envuelta por las tinieblas. Y aquel Monarca fuerte que ha de venir, destruirá las repúblicas por sus fundamentos".

II

COMENTARIO

El Venerable Bartolomé Holzhausser fué un sacerdote alemán que falleció el 20 de mayo de 1656. Varón muy

apostólico, trabajó en muchas obras de celo, fundando seminarios y casas para el clero secular congregado en comunidad. Dotado de espíritu profético, se cumplieron, aún viviendo él, muchas de sus predicciones. Escribió una Interpretación del Apocalipsis, que es otra verdadera profecía, pero más clara que la profecía canónica que explica.

Comentemos la predicción transcrita.

Empieza por profetizarnos la época liberal en que vivimos. Claro que él en este punto concreto no hace más que interpretar el versículo 18 de la Epístola Católica de San Judas. En ese versículo nos dice este Apóstol, refiriéndose a sus compañeros de apostolado: "Qui dicebant vobis quonian in novissimo tempore venient illusores, secundum desideria ambulantes in impietatibus: Los cuales os decían que en los últimos tiempos vendrán unos embaucadores que, siguiendo sus caprichos, andarán en impiedades".

Interpretando el Venerable este texto, nos dice que los preceptos divinos y humanos serán despreciados y los Cánones tenidos en nada. Es decir: el hombre, atento sólo a sus caprichos, prescindirá de toda ley divina y humana. No querrá sujetarse a norma alguna, amará su libertad sin freno alguno, tendrá como norma suprema de sus actos su propio juicio y su propio querer; será, en una palabra, liberal. Como consecuencia de esta independencia de criterio y de conducta, muchos millares de cristianos —pudiera decir millones— sólo conservarán de católicos el nombre, pues en realidad serán: unos, ateos; otros, indiferentes; y otros, anticlericales.

¿Qué duda cabe de que está el Venerable Holzhausser, en la mitad del siglo XVII, describiéndonos el estado ac-

tual de la Humanidad en el siglo XIX y en todo lo que va del XX?

La característica de nuestra época es la independencia individual con relación a toda ley, es el puro imperio del capricho y esto es taxativamente lo que anuncia el apóstol San Judas para tiempos muy distantes de él. En ellos estamos.

Pero para nuestro consuelo y esperanza nos dice el profeta-intérprete que no toda luz se habrá apagado, que algunos amigos del Señor, que son luz del mundo, habrán quedado para servir de base al resurgimiento.

Aquí estamos viendo a aquellos elegidos que San Pedro, en la visión de Isabel Canori Mora, separó de entre los malos y guareció debajo de los árboles benditos, como ovejitas blancas que después de la tormenta habrán de elegir al pastor docto y santo, encargado de restaurar.

Por último, el Venerable Holzhausser, anuncia el triunfo completo conseguido por el poderoso brazo del Monarca fuerte que ha de venir y que destruirá las repúblicas por sus fundamentos. ¿A qué repúblicas se refiere? Ya se sabe que muchas veces se toma república por nación. Pero no es este el sentido en que habla el vidente. Ese Monarca fuerte no viene a pulverizar, viene a restaurar. Viene, eso sí, a acabar con todo lo malo que le ha de preceder, y con la revolución que antes de él agitará al mundo en tremendas convulsiones. Por consiguiente, no vendrá a acabar con las naciones, sino a poner orden en ellas, sujetando a leyes a los que nunca leyes quisieron.

Entonces, ¿qué entiende por esas repúblicas que destruirá por sus fundamentos? Sencillamente los Estados republicanos que unas y otras naciones irán instituyendo en sustitución de los Estados monárquicos que la revolución irá derribando para mejor dar cima a su obra. Con

esto nos va diciendo este vidente en el siglo XVII que se proclamarán repúblicas en tiempos venideros, concordando con otros que dijeron lo mismo en tiempos en que nadie podía lógicamente prever hubiesen de caer aquellas monarquías que parecían eternas. Sin embargo, ya lo vemos. Aquellos tiempos venideros son hoy presentes. Las repúblicas han aparecido. La revolución roja las ha traído para despejar el camino de estorbos y facilitar su obra. El humo de su soberbia y de sus combustiones llena el mundo, oscureciéndolo. La Humanidad marcha a la deriva en medio de la horrorosa tormenta, que ha de arreciar más todavía. Pero una luz, reservada por Dios, se ha levantado en occidente y sus rayos, todavía mortecinos, empiezan a rasgar el denso velo negro que cubre la tierra. Pronto la aurora se convertirá en día radiante en que el sol ibérico lo iluminará todo, fecundando una sociedad regenerada que dará frutos de vida eterna.

I

PREDICCIÓN DEL BEATO BARTOLOMÉ SALUZZO

"Cuando la sociedad haya sido bien castigada, bien azotada y desolada, entonces vivirán de otro modo el pueblo y el clero y subirá al Papado un Pastor que gobernará con amor y celo. Oh, qué feliz estado aquél!"

II

COMENTARIO

En esta corta predicción del Beato Saluzzo, vemos las dos características de la predicción precedente y de todas las anteriores. Anuncia, primero, los grandes castigos y la terrible desolación. Después anuncia la reforma de las costumbres y la paz profunda que reinarán en la época siguiente. Y concreta quién será el artífice principal de esta felicidad, que pondera con elogiosa exclamación, señalando al Pontífice de que nos habla Isabel Canori, el autor anónimo de la profecía de 1776, etc.

Esta predicción no nos habla de tiempos ni fechas; pero se refiere a hechos bien acusados que otros videntes colocan en la época en que vivimos. Hay, por tanto, que creer que la profecía se refiere a nuestros tiempos en cuanto a su primera parte y a un tiempo inmediato en cuanto a la segunda.

I

PREDICCIÓN DE LA VEN. MADRE DEL BOURG

"Los ángeles exterminadores, espada en mano, no esperan más que una señal para herir la tierra... La justicia castigará, pero la misericordia intervendrá y seremos salvos. Habrá una crisis terrible.

El Señor me ha dado terribles quejas; se queja de ese furor en buscar los placeres; se queja de los bailes escandalosos, de la indecencia y del lujo en los trajes. Si prohibe en el santo Evangelio hasta una sola mirada, hasta un mal deseo, ¿será de extrañar que castigue de un modo terrible la corrupción de costumbres, que es el resultado necesario de todos esos abusos...?

El orden social es ficticio; si todavía se mantiene, es por la fuerza y la violencia. Los castigos del Señor van a caer sobre nosotros de muchas maneras. "Azotes, desórdenes, sangre derramada. Habrá un desorden horrible". Sin embargo, aquellos días serán abreviados en favor de los justos..."

II

COMENTARIO

La Venerable M. de Bourg hizo esta predicción el año

1857. Anuncia, como las demás, el tremendo cataclismo y el triunfo posterior. La primera parte está ya cumpliéndose. Azotes, desórdenes, sangre derramada, están cayendo sobre la Humanidad. El horizonte está preñado de negros presagios. Y las gentes divirtiéndose al margen de toda moralidad. La santa monja señala como causa de los tremendos castigos los excesos en el lujo y en el placer, los bailes escandalosos y la indecencia de los trajes femeninos. Y señala estas causas por habérselas oído al Señor en revelación que le concedió. Estas quejas se exhalaban hace casi ochenta años. ¿Qué diría hoy la Madre del Bourg si volviese a profetizar? ¿Qué quejas le oiría al Señor? Hemos llegado a un grado tal de insensibilidad, que después de habernos chamuscado el rostro el incendio de la guerra, continuamos sin darnos por enterados. Arde dentro de nuestro mismo solar parte de la casa que habitamos. Estamos oyendo los quejidos de los infelices prisioneros que sufren tortura en las mazmorras rojas. A nuestro olfato llega el olor nauseabundo de la sangre de nuestros hermanos ferozmente inmolados por la furia marxista. Y la mujer liberada continúa luciendo sus trajes escasos de tela y abundosos de provocación; y en salones de caliginosa atmósfera y penumbroso ambiente continúa bailándose con desprecio escalofriante de las leyes del pudor, mezclándose y chocando entre sí en infernal algarabía los agitados cuerpos de bailarines y bailarinas que se mueven al compás que les marca, para su corrupción y la de España, el mismo espíritu maléfico que dirige y sostiene entre los rojos la guerra contra nosotros, y continúan en playas y balnearios esas exhibiciones lúbricas de carne femenina que levantan densas humaredas de pensamientos lascivos y de deseos inconfesables, que suben al cielo como una provocación y un insulto que for-

zosamente han de retornar, de no haber enmienda, en agravación del castigo y prolongación de la lucha.

La vidente nos dice que después de habernos castigado la justicia, intervendrá la misericordia y seremos salvos. Nos dice igualmente que los días de la gran tribulación serán abreviados por consideración y en favor de los justos.

Esto demuestra que la tribulación será más larga o más breve, según que haya menos o más justos que supliquen a Dios. En último término, la duración de la lucha dependerá de nosotros. Si los pecadores arrepentidos se vuelven a Dios, su justicia cesa de actuar y comienza sus funciones la misericordia. Ello es natural. Si las maldades del hombre desencadenaron la ira de Dios y rompieron las cataratas del cielo, mientras esas maldades continúen, continuará el diluvio de castigos sobre la tierra. Sólo cesando esas maldades podrá aplacarse la ira de Dios. Se necesita, pues, el acto negativo de abstenerse de hacer mal, de cometer el pecado. Hay que prescindir del placer ilegítimo y contentarse con el legítimo, viviendo dentro de la órbita de los mandamientos divinos. Si no fuera mucho pedir a esta generación sibarítica, habría que exigirle, ante la gravedad de las circunstancias, el acto positivo de la mortificación, del sufrimiento voluntario con supresión del placer legítimo, para merecer del Señor el levantamiento del castigo y la terminación de una guerra que está acabando con la juventud, depauperando la raza y sembrando el luto en los hogares.

Esta predicción coincide maravillosamente con todas las anteriores y nos asegura el resultado final de la contienda en la cual vencerán los buenos mordiendo los malos el polvo de la derrota.

I

PREDICCIÓN DE MARÍA DE TERREAUX

"En el momento en que Francia sea castigada de esta manera tan terrible, todo el universo lo será igualmente. No se me ha dicho cómo. Se me ha anunciado que habrá un acontecimiento tan espantoso, que los que no estuviesen prevenidos creerán haber llegado el fin del mundo; pero repentinamente acabará la revolución por un gran milagro que causará el asombro del universo. Los pocos malos que queden se convertirán. Las cosas que deben suceder serán una imagen del fin del mundo."

II

COMENTARIO

Habla la simpática y notabilísima vidente María de Terreaux, del trastorno universal. Se producirá en Francia y al mismo tiempo en el resto del universo. No se refiere al de la época del Terror que no coincidió con la revolución universal. Además, como veremos por la predicción siguiente, se trata de otro período tormentoso que sobrevendrá más tarde.

En cuanto a su intensidad, nos dice la vidente, que se parecerá a la del fin del mundo. Lo califica de espantoso. Dice que los no prevenidos creerán haber llegado el fin de los tiempos.

No será así. Cuando todo se considere perdido, todo se habrá salvado. Se producirá un hecho que cambiará totalmente la faz de las cosas. Ese hecho se producirá cuando la revolución roja quiera, extendiendo sus dominios, consolidarse en todo el mundo.

Al decir la vidente que, declarada la revolución en Francia, se extenderá a todo el universo, no quiere comprender a España, por donde realmente comenzará. Los acontecimientos lo están demostrando.

La Providencia expurga primero a España para convertirla en refugio y en salvadora.

Suele decirse que Dios aprieta, pero no ahoga. Cuando el horizonte se cierra por un lado, se abre por el otro. Cuando los jesuítas son expulsados de los Estados cristianos, Federico, el Filósofo, los recibe en Prusia. Cuando la revolución portuguesa de 1910 ahuyenta a los buenos portugueses, éstos se refugian en la entonces tranquila España. Y cuando la revolución frente-populista de febrero de 1936 amenaza a todos los buenos españoles en sus haciendas y en sus vidas, éstos buscan refugio en el Portugal de Oliveira Salazar.

Nos dicen profecías anteriores, como la de Canori y Holzhausser, que Dios Nuestro Señor reservará para los días tenebrosos del poder del infierno unos cuantos elegidos que levantarán a los pusilánimes, y un rayo de luz que guíe a los desorientados en medio de la tormenta. Y no se refiere, al anunciar esto, a individuos aislados solamente, sino también a colectividades. El remedio es distinto, según la necesidad. En algunos casos el problema lo re-

suelven los indivíduos. En otros tiene que intervenir un Estado que tenga, con relación a la necesidad que va a remediar, la organización adecuada, como la que necesita el indivíduo frente a problemas de menor fuste.

Dios gobierna el mundo valiéndose de los elementos que tiene desparramados por la naturaleza y sólo ejerce su intervención exclusiva cuando tiene que suplir las deficiencias de las causas segundas. Se vale de los individuos, se vale de los Estados. En este caso concreto se valdrá de España, a la que está preparando para el gran acontecimiento.

Dice la vidente que los pocos malos que queden se convertirán. Esto nos demuestra dos cosas muy importantes: que la mortandad será horrible, y que a tanto desastre seguirá la conversión de los que queden. Tempestad y bonanza, guerra mortífera y triunfo del bien.

Los malos son muchos. Por su número debían vencer. Y esos malos quedarán reducidos a pocos y éstos, escarmentados, se convertirán.

Esta predicción coincide con las anteriores en los puntos fundamentales. Se diferencia de ellas en lo específico de la misma, en lo que nos dice con respecto a Francia. Y anotemos que ya alguna de las precedentes se ocupa de la suerte de París y Marsella, lo cual nos dice suficientemente lo que va a pasar en Francia. Véase la predicción de la Saleta.

En cuanto al gran acontecimiento, véase su insinuación en la predicción de Sor Catalina Emmerich y también en la de la Saleta. En sus párrafos octavo y quinto, respectivamente, no sólo hablan del triunfo como todas las demás, sino del modo cómo ese triunfo se obtendrá.

I

PREDICCIÓN DE LA VEN. SOR CLARA ISABEL

"Todos se regocijan porque creen pasada la época de los ayes, pero aún se verá otra mucho peor que la pasada... Os aseguro que falta mucho más de lo que creemos. ¿Pensáis que los ayes se acabaron? No se acabaron. Lo que padecísteis es nada en comparación de lo que padeceréis. Orad por caridad y orad mucho, para que el Señor tenga misericordia."

II

COMENTARIO

Esta profecía fué hecha en 1800. La época de los ayes a que se refiere es la del Terror, que se abre con la muerte de Luis XVI en enero de 1793 y se cierra con la de Robespierre en julio de 1794.

Anuncia otra época todavía más sangrienta. Llega a decir que lo padecido es nada en comparación con lo que el porvenir les reserva a los franceses. Los que conozcan la historia del Terror saben cuántas víctimas costó en París, cuántas en Nantes durante el proconsulado de Ca-

rrier, cuántas en Lyon bajo la sangrienta tiranía de Collot d'Herbois, etc. Y, sin embargo, la época que se anuncia será más sangrienta, más desastrosa... Esa época no ha llegado todavía. Los horrores de la Commune no pueden compararse con los del Terror. ¿Se referirá la vidente a los desastres de la guerra europea? Creemos que no. La guerra del 14 al 18 le costó a Francia miles de millones de francos, millones de muertos, heridos y mutilados; ciudades, como las de Reims y Verdún, arrasadas; feraces regiones, como la de Champagne, devastadas. Sin embargo, la vidente se refiere a otra época más luctuosa, que a juzgar por lo que pasa en España, por los trabajos de la revolución en el mundo y por los estremecimientos sociales en que se agita la nación transpirenaica, está ya muy próxima y hará olvidar, por su gravedad, los horrores de 1793, de 1871 y de 1914-18. Recuérdese lo de la Saleta, y lo que acabamos de exponer de María Terraux, que se refiere al mundo y de un modo especial a Francia. Fijémonos en que esa época roja parecerá la del fin del mundo. Contemplemos el cuadro dantesco de la revolución española muy superior en gravedad a la guerra europea y a la Commune de París. Comparemos nación con nación y juzguemos de lo que va a ocurrir con la que fué cuna de la revolución y sembró por todo el universo los gérmenes de toda disolución y ofrece ancho campo en sus lares a toda expansión del vicio.

Otro argumento hemos de encontrarlo en que después de este gran castigo, la revolución roja queda liquidada y el bien triunfante. Ahora bien, después de la Gran Guerra las cosas se exacerbaron, los desórdenes fueron en aumento y la revolución redobló sus esfuerzos. Luego, indudablemente, se refiere Sor Clara Isabel a una época posterior.

VARIAS

"El triunfo de la revolución está próximo, pero el castigo que precederá será espantoso."

Esto dijo, hace casi setenta años, Elena, la Estigmatizada de Ceilán.

"Antes que vengan los tiempos felices, serán purgados con azotes según está establecido."

Estas son palabras del Beato Amadeo.

"Llorad los que seáis testigos de estruendo tan grande que no fué, ni será, ni se espera ver otro mayor, no siendo el día del juicio."

Palabras proféticas de San Vicente Ferrer.

"Habrá tan grandes males y tan diversas desgracias, que desde el principio del mundo, nunca habrá tenido lugar semejante turbación, y nunca males tan numerosos, tan terribles y tan dignos de admiración, habrán afligido a la tierra."

Esto predijo Juan de Vatiguerro.

"El Señor aventará su trigo por medio de crueles gue-

rras, sediciones, pestes, hambre y otros males terribles. La Iglesia latina será afligida por muchas herejías y malos cristianos; se suprimirán muchos obispados e innumerables monasterios y dignidades muy ricas por los mismos príncipes católicos. Se sujetará la Iglesia a gabelas y exacciones, de modo que podrá decirse con Jeremías que "la primera de las naciones ha sido sujeta a tributo". Será blasfemada por los herejes, y los eclesiásticos serán vilipendiados por los malos cristianos, sin que se les tenga por éstos ninguna consideración ni respeto. Atravesará tiempo de aflicción, de matanza, de decepción, de peste y de hambre. Pelearán reinos contra reinos, y otros, divididos en sí mismos, serán desolados. Se destruirán principados y monarquías; habrá mucho empobrecimiento y gran desolación en la tierra. Todo esto será permitido por justo juicio de Dios, a causa de haber llenado la medida de nuestros pecados en el tiempo de la benignidad, cuando nos esperó para hacer penitencia.

El mundo —profetizaba la Venerable Sor Natividad hace un siglo— será afligido por guerras sangrientas; los pueblos se levantarán contra los pueblos; las naciones contra las naciones, tan pronto unidas como divididas para combatir a favor o en contra del mismo partido; los ejércitos se chocarán espontáneamente y llenarán la tierra de mortandad y carnicería; estas guerras intestinas y extranjeras ocasionarán enormes sacrilegios, profanaciones, escándalos, males infinitos, por las incursiones que se harán contra la Iglesia, usurpando sus derechos, con lo cual recibirá grandes aflicciones."

Esta predicción es del Venerable Holzhausser, ya citado. Escribe en la primera mitad del siglo XVII y ya vemos cómo, y con qué exactitud, describe las diferentes fases de la persecución de la Iglesia; el despojo de sus bienes, o

la desamortización; el odio a los eclesiásticos para desacreditarlos ante el pueblo, o el anticlericalismo; la guerra europea, o mejor, mundial, en que lucharon unas contra otras casi todas las naciones; las guerras civiles que estallarán, como en España, en naciones divididas en banderías y en partidos que dirimirán sus contiendas con la fuerza de las armas; la caída de las monarquías y su sustitución por repúblicas...; todo esto viene cumpliéndose, de la revolución francesa acá, y estamos tocando al fin de la tempestad, después de la cual pone la paz con el triunfo de la Iglesia.

Decía Jesús Nuestro Señor a Santa Margarita de Cortona:

"Yo te declaro que esperan grandes castigos a los pecadores; padecerán guerras espantosas, hambre y pestes, antes que llegue el fin de los tiempos. Los fautores de los vicios de alma y cuerpo han llegado a ser tan numerosos, que es imposible dejarlos obrar impunemente por más tiempo. Los cristianos —los malos— son ahora más sabios en el mal que lo fueron los judíos en mi Pasión. "Yo exijo que los predicadores de mi palabra muevan al mundo y a ellos mismos a la conversión sin reserva, para que vivan en mí la verdadera vida."

(Continúa hablando Santa Margarita). Habrá tantas y tan grandes subversiones —dijo hace medio siglo Sor Rosa Colomba Asdente— que se verá marchar pueblo contra pueblo para exterminarse unos a otros bajo el siniestro golpe de tambores y de armas mortíferas. La revolución debe extenderse a toda Europa...

Después anuncia la calma y la paz.

Como vemos, se anuncia aquí, no sólo la guerra euro-

pea de que fuimos testigos, sino la revolución roja europea y después la paz universal.

El Venerable Padre Antonio de Albesani, del Oratorio de San Felipe, en Savigliano, dice, hablando de la falsa paz que se ha gozado hasta hace poco:

"Habrá paz, pero no paz verdadera, sino paz interrumpida por turbulencias. Antes de que llegue la paz verdadera, habrá una guerra sin cuartel, extremadamente sangrienta, la cual se extenderá pór toda Europa. Habrá también un hambre horrible."

Estas terribles palabras son demasiado claras para que necesiten comentario.

Melania, la pastora de la Saleta, decía, refiriéndose sin duda a lo que había oído de los mismos labios de la Virgen Santísima:

"¡Pobre pueblo!... Tú no sabes que puedes ser pulverizado como el grano bajo la muela de las venganzas de Dios. Pero es inútil hablar a los hombres; la ceguedad ha llegado a su colmo; es menester que Dios les hable y les hablará; pero "¡no pueden imaginarse cómo!" La tierra necesita de un expurgo".

Las palabras subrayadas nos hacen entrever con bastante claridad lo que respecto a castigos nos dicen manifiestamente los demás videntes. Hay, por tanto, entre todos ellos una absoluta concordancia que da fuerza a sus anuncios proféticos, aparte la indiscutible autoridad que les presta lo que después de predicho se cumplió ya.

I

LA PROFECÍA DE SAN MALAQUÍAS

104.	Religio depopulata.	Religión despoblada.
105.	Fides intrepida.	Fe intrépida.
106.	Pastor angelicus.	Pastor angélico.
107.	Pastor et nauta.	Pastor y piloto.
108.	Flos florum.	Flor de flores.

II

COMENTARIO

Estos cinco lemas corresponden a cinco Papas. Los números indican los Papas habidos desde Celestino II con quien empieza la profecía. Corresponde el primer lema al Papa Benedicto XV. Corresponde el segundo al Papa Pío XI. El lema de Pastor angélico corresponde al Pontífice siguiente (1) y a los dos sucesores los lemas 107 y 108.

Esta profecía, que es famosa, por decirnos los Papas que ha de haber hasta el fin de los tiempos, fué hecha en el siglo XII por San Malaquías, Arzobispo de Armagh, provincia de Ulster, en Irlanda. La escribió probablemen-

(1) Al Papa Pío XII, felizmente reinante. (N. de la 2.ª edición).

te en Roma durante el mes que en la Ciudad Eterna le retuvo el Papa Inocencio II, prendado de su gran sabiduría.

Esta profecía, ignorada de bastantes por mucho tiempo, fué publicada en 1595 por el monje benedictino Arnoldo de Wion, en una obra titulada **Lignum vitae,** en la cual reseña la vida de todos los personajes que por cualquier título habían pertenecido a la gran familia de San Benito. En el libro segundo de esta obra, enumerando por orden alfabético todos los obispos de su Orden, llega a San Malaquías. Después de una corta biografía, refiere largamente la **Profecía de los Papas,** cuyo texto manuscrito dice él haber visto, y acompaña esta publicación de las interpretaciones que de ella diera el ilustre dominico de su época, Fr. A. Ciaconius en su obra **Bibliographie des Papes,** año 1595.

El piadoso benedictino la encontró en 1590 en un viejo manuscrito atribuído a San Malaquías y que se hallaba en un rincón de la biblioteca de la abadía de San Benito de Mantua. Se decidió a imprimirla, porque (habla él) aun no se había impreso y deseaban verla algunos curiosos. Esto demuestra que, aun cuando la generalidad no la conociese había sabios y curiosos que estaban enterados de que existía.

De la autenticidad de esta profecía no dudaron los sabios, como Cornelio a Lápide, piadosos videntes, como el Venerable Holzhausser. Doctores universitarios, como Pedro Petit, Profesor de la Sorbona, y Sartorius, de la Universidad de Praga, y hasta sabios protestantes de Alemania, como Graff, Profesor de Marpurg, y Crüger, de Witemberg, han defendido el carácter sobrenatural de esta profecía, con ser privada.

Extraña no poco que San Bernardo, biógrafo de San

Malaquías, no se haya ocupado de la famosa profecía. Pero debemos tener en cuenta, para explicarnos esta extrañeza, que el venerado Abad de Claraval fué contemporáneo del Santo Arzobispo de Armagh y que, aunque estuviese enterado de la profecía que había hecho sobre los Papas, no podía discretamente decir nada acerca de ella mientras los acontecimientos no fuesen demostrando su carácter profético.

Para esto tenía que pasar el tiempo, tenían que ir sucediéndose los Papas para ver si les convenían las divisas que para cada uno había profetizado el Santo Obispo irlandés. Esto explica el silencio de San Bernardo.

Por otra parte, parece que la profecía fué inspirada por Dios para que el mundo se diese cuenta de la importancia del Papado en la historia de la Humanidad, para que todos viesen en la institución pontificia el hecho central a cuyo alrededor gira la historia del género humano y cómo el mundo durará lo que el Pontificado dure, quedando indisolublemente unida la vida de la Humanidad a la vida del Pontificado romano.

Ahora bien, en los siglos medios no había necesidad de encarecer esa importancia del Pontificado, pleno de prestigio hasta el siglo XVI. Pero en este siglo aparece el protestantismo cuya única razón de ser es la rebeldía contra la suprema Autoridad eclesiástica a la que intentó desacreditar por todos los medios, barrenando su prestigio en el mundo y tratando de suprimir el Papado por considerarlo innecesario. En tal coyuntura, y no antes, fué de la mayor oportunidad la exhumación de la profecía de los Papas, a fin de que el Papado apareciese esencialmente unido, por voluntad del Espíritu Santo, no sólo a la Iglesia para su conservación, sino a la Humanidad para su existencia. Para esto fué conveniente que la pro-

fecía adquiriese entonces la publicidad que alcanzó y que tuviese cuatro siglos de existencia, con lo cual habría argumentos para demostrar su carácter de verdadera profecía y se contaría, además, con los elementos de juicio indispensables para la interpretación de las divisas posteriores a 1590, siendo para esto suficiente un sencillo estudio de la aplicación de las divisas a los Papas anteriores a Gregorio XIV, partiendo de Celestino II.

Por este estudio vemos que para fijarle un lema o una divisa a un Papa tuvo en cuenta el vidente de ordinario el hecho cumbre y específico de cada pontificado. Otras veces, cuando no hay hechos notables que caractericen un pontificado, se fija el vidente, para distinguir a aquel Papa, en su origen, en el punto de su procedencia, en sus cualidades personales más destacadas, etc. Así, por ejemplo, cuando quiere caracterizar a Pío VII, se fija en el acontecimiento más destacado de su pontificado y que no se ha repetido en otro, y fué el reinado de Napoleón a quien todos llaman **Aguila rapaz**, por la celeridad de sus victorias y por las rapacidades sin cuento que en gran escala ha cometido. Llama, por tanto, el vidente a Pío VII **Aguila rapaz**, no porque el Papa hubiera de ser un bandolero afortunado, sino porque su pontificado había de coincidir con el período napoleónico.

En cambio quiere caracterizar a Gregorio XVI y le pone por divisa **De Balneis Etruriae**, porque este Papa había de ser religioso camaldulense y sabido es que San Romualdo fundó su Orden en los **Baños de Etruria**.

A Clemente X le llama **De flumine magno** y nos encontramos con que este Papa nació junto al Tíber en ocasión en que este río había experimentado tan notable subida, que cubría una gran parte de la ciudad de Roma, en cuyas calles las aguas habían alcanzado la altura de diez

palmos. Y ocurrió el caso curioso de que al niño, que más tarde había de ser Clemente X, tuvo que salvarlo una nodriza de una muerte segura, pues ya la cuna en que estaba, andaba flotando sobre las aguas que habían entrado en casa.

A Pío IX le da por lema el vidente **Crux de cruce.** El hecho culminante y específico del largo pontificado del Papa de la Inmaculada fué la persecución de que le hicieron objeto y que terminó con la pérdida del poder temporal. Una gran tribulación, que todos llamamos cruz, porque cruz se denomina la desgracia o contrariedad más grande que tenemos en la vida, sufrió el Papa con la pérdida de ese poder temporal, por lo que él significaba para la independencia del Jefe supremo de la Iglesia y por las circunstancias harto desgraciadas que rodearon esa gran depredación.

¿Y de dónde le viene a Pío IX cruz tan pesada? De un adversario que tiene por escudo una cruz. Los enemigos todos del Pontificado, disfrazando su fobia con el amor a la Italia una, se coaligan bajo la bandera de la Casa de Saboya, que tiene la cruz en su escudo, y marchan a la conquista de los Estados Pontificios y abren la brecha de la Puerta Pía. El Papa, abandonado o más bien traicionado por el francés que escucha las sugestiones de Cavour, se ve obligado a ceder ante las huestes revolucionarias de Garibaldi y las piamontesas de Cadorna, y cae destronado, herido en el corazón por el asta de la cruz de Saboya; y de esa herida continúa manando sangre hasta que la restaña el tratado de Letrán, concebido y ejecutado por un estadista genial y por un insigne patriota.

La cruz de la tribulación procediendo de la cruz de un escudo nobiliario: he ahí el lema del Pontífice Pío IX.

A León XIII se le aplica la divisa **Lumen in coelo.** En

su escudo de familia hay, entre otros atributos, una estrella de oro en campo azul. Aquí vemos ya realizado el lema **Luz en el cielo,** que León XIII, con su luminosa sabiduría había de trasladar a la realidad efectiva de su pontificado durante el cual había de iluminar al mundo entenebrecido por errores y pasiones, con el esplendoroso fulgor de su saber, trazando derroteros seguros, marcando orientaciones y adelantándose en cuarenta años a su tiempo cuando da soluciones definitivas que, de haberse aceptado y llevado a la práctica, seguramente hubieran conjurado los gravísimos problemas sociales que hoy agitan a la sociedad.

El que quiera conocer más datos sobre la **Profecía de los Papas,** puede leer la obrita de D. Rafael Pijoán, Arcipreste que fué de la Catedral de Menorca; se titula **El siglo XX y el Fin del mundo;** o también la traducción hecha en 1895 en Tortosa de la obra del Abate de la Tour de Noé, **El fin del mundo,** de las cuales hemos entresacado los que aquí van apuntados.

Vamos ahora a exponer lo que hace a nuestro objeto.

El Papa que hace el número 104 desde Celestino II es Benedicto XV. Se le designa en la profecía con el lema **Religio depopulata:** Religión despoblada.

Cuando en 1905 y 1906 estudiábamos esta profecía, siempre entendíamos que este Papa reinaría durante la guerra europea que tanto se anunciaba por otras predicciones. Siempre entendimos que la guerra europea daría el tono al pontificado de ese Papa y que sería su principal acontecimiento. El se llamaría Religión despoblada, porque la cristiandad, que tiene su principal asiento en Europa, sufriría una gran despoblación a causa de la guerra espantosa en que intervendrían casi todas las naciones europeas y en la cual se derramaría tanta sangre.

Efectivamente, a principios de agosto de 1914 estalla la guerra más grande de la historia en que intervienen, como principales beligerantes, las naciones más poderosas de Europa y, como satélites, casi todas las naciones del mundo. En el mismo mes muere Pío X, a quien llama la profecía malaquíaca **Ignis ardens:** fuego ardiente; lema que él acreditó con su singular fervor eucarístico llegando a establecer la comunión diaria, y con su propósito de restaurar todas las cosas en Cristo inflamándolas todas en el fuego del amor de Dios. A Pío X le sucede Benedicto XV, que va a ser el Papa de la guerra. Durante su pontificado se desarrolla la tragedia más grande de la historia. La principal mortandad tiene lugar en Europa, en donde la cristiandad tiene su trono. A la guerra sigue la peste, que se lleva lo que aquélla ha perdonado.

Por consiguiente, a ningún Papa pudo convenir como a Benedicto XV el dictado de **Religión despoblada,** que es lo mismo que decir **Cristiandad devastada, Religión cristiana diezmada.**

Aquí es también el hecho cumbre del pontificado quien caracteriza a Benedicto XV, como el del suyo caracteriza a Pío X, el del suyo a Pío XI, etc.

Fides intrepida. He aquí la divisa del Pontífice Pío XI. Fe intrépida le llama San Malaquías al Papa 105 después de Celestino II. ¿Qué quiere decir con ello? ¿Cómo se explica este lema? ¿Es que los demás Papas no tienen también una fe firme dotada de la intrepidez apostólica que conviene al Jefe de la cristiandad? Indudablemente que sí. Pero no se trata de eso solo.

Fides intrepida precede al gran triunfo de la Iglesia, es el Papa de las persecuciones. Durante su pontificado el infierno desata todos sus furores contra los seguidores de la Fe, el materialismo hace su máximo esfuerzo para

apagar toda luz sobrenatural, el comunismo, enemigo el más temible que le ha salido jamás a la Iglesia, trata de extenderse por todo el mundo para ensanchar los dominios de Satanás. Lleva por bandera la guerra franca y directa contra Dios, cuya idea quiere raer de todo entendimiento y cuyo sentimiento quiere arrancar de todos los corazones; quiere, en su incalificable audacia, suprimir a Dios. Para ello fija su trono en la inmensa Rusia, extiende sus tentáculos por China, a la que conmueve y agita, sacándola de su sueño milenario; toma posiciones en Méjico para volcanizar a América y, como ninguna dificultad le arredra en su apetencia de dominio universal, clava los ojos en España a la que considera el reducto más inexpugnable de la fe y de lo sobrenatural. Trata de conquistarla para el materialismo, creyendo a la revolución roja consolidada en cuanto haya triunfado en España. ¡Tanta importancia le da el comunismo a una nación de veintidós millones de habitantes, situada en el extremo sur occidental de Europa!

Consigue, mediante locas e inconscientes colaboraciones, derribar la monarquía, baluarte del orden y de las esencias tradicionales. España da un salto en las tinieblas y queda a merced de sus enemigos más irreconciliables, prendida en las mallas de una república demagógica. No teniendo opinión el nuevo régimen, advenido por sorpresa, trata de forjársela apelando a procedimientos liberticidas que siempre habían condenado sus más genuinos representantes cuando estaban en la oposición frente a los hombres de la monarquía. Creyendo que la República sólo podría vivir en un ambiente laico, tratan de desarraigar el tradicional sentimiento religioso del pueblo español, para lo cual laicizan la enseñanza en todos sus grados llegando a hacerla atea, oponen el maestro

al cura, dan toda clase de libertad a los centros de perdición mientras cierran las Iglesias, desprestigian al clero y desconocen en absoluto la Iglesia Católica, a la que consideran como una de tantas confesiones religiosas. Promulgan una Constitución que no es la rotulación de la esencia de España, sino el articulado de un plan que a sus hombres les ha dado la revolución roja, para transformar a España en una nación comunista y anticristiana.

Contra todo esto tiene que luchar el Papa, como lucha contra la revolución entronizada en Méjico y en Rusia, y con la misma intrepidez con que se enfrenta con la Acción Francesa y con el exagerado nacionalismo que quiere parecerse al comunismo en la divinización del Estado. Con estos múltiples enemigos tiene que habérselas Pío XI, y para vencerlos, para poder sacar avante la nave de la Iglesia, necesita una fe profunda y una confianza ciega en la Providencia de Dios a la par que una intrepidez apostólica.

En todo tiempo hubo persecuciones y peligros para la Iglesia. Pero una persecución tan universal, tan arteramente dirigida y provista de tantos medios de combate, no se ha visto nunca.

Las persecuciones paganas eran brutales; pero esa misma brutalidad las hacía estériles; iban contra el cuerpo, pero dejaban indemne el alma. Por eso, en cuanto aflojaban, resurgía el espíritu religioso.

Las persecuciones de hoy van contra el entendimiento y el corazón. Manejan el engaño y la seducción, ponen en juego los intereses económicos y el ansia morbosa del placer, y con estos elementos hábilmente explotados y los medios que la civilización pone a disposición del hombre, obtienen los perseguidores de hoy resultados más eficaces que Diocleciano y Maximiano.

Pero hay más en el pontificado de Pío XI. De este Papa se puede decir, se dice ya, que es el Pontífice de las Misiones y de la Acción Católica; es decir: el Papa de la fe y de la fe que se abre paso a través de todas las dificultades. Para defender la fe entre los fieles, avivándola en los vacilantes, consolidándola en los creyentes y haciéndola revivir en los incrédulos, excogita la Acción Católica. Para llevar esa fe a los pobres infieles, envueltos todavía en las sombras de la idolatría, da impulso vigoroso a las Misiones.

Cuando Benedicto XV anunciaba para la dominica de Pentecostés de 1922 la gran fiesta conmemorativa del III centenario de la fundación de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide y una homilía suya con tan fausto motivo, creyeron algunos intérpretes de esta profecía de los Papas que ese cometido le sería reservado al Papa siguiente por ser esto de la defensa y propagación de la fe algo así como misión especialísima de **Fides intrepida.** Benedicto XV había como concluído su misión al terminarse la guerra y al haberse firmado los tratados de paz que pusieron fin legal a aquel tremendo conflicto. En conformidad con los augurios de estos partidarios de la profecía de San Malaquías, muere Benedicto XV de una corta enfermedad en enero de 1922. A principios de febrero subía al Solio Pontificio Pío XI y él es el que hace la fiesta del III centenario de la creación de la S. C. de P. Fide, y pronuncia notable homilía sobre las Misiones. El movimiento misional adquiere una pujanza nunca igualada, pudiendo decirse que la luz de la fe brilla con mayor o menor intensidad en todas las regiones del globo.

Y no contento con la extensión que bajo su vigilancia, celo y dirección va adquiriendo la fe por los países de Misión, atendía ya a los principios de su pontificado y

siguió atendiendo a la intensificación de esa misma fe entre los ya cristianos, organizando para cubrir esta necesidad la Acción Católica, la cual, una vez en plena floración, dará solución cumplida y satisfactoria a este problema, que es el fundamental de la Iglesia y de la Sociedad.

Le conviene, pues, y con toda propiedad al Pontífice Pío XI, el lema **Fides intrepida:** Fe intrépida.

PASTOR ANGELICUS

He aquí el Papa 106 después de Celestino II. Es el Papa de la victoria. Según la Venerable Isabel Canori, será elegido bajo la influencia de San Pedro y arrancará de cuajo aquellos cinco árboles malditos que simbolizan las cinco herejías modernas. Esto quiere decir que durante ese pontificado volverán al seno de la Iglesia los que en mal hora se apartaron de ella. Esto también nos convence del gran trastorno que habrá antes, pues sin una gran conmoción y un gran castigo en el cual se vea la mano de Dios, no se puede pensar en que se verifique esa universal conversión de herejes, los cuales, por su contumacia, son más difíciles de reducir que los pecadores más empedernidos.

Será **Pastor Angelicus** un gran Papa, el más célebre de la cristiandad después de San Pedro, superior probablemente a San Gregorio VII, al menos por la obra ingente que realizará en su fecundísimo pontificado. Hay que ver lo que supone reducir a todos los herejes, suprimir el cisma oriental, convertir a los musulmanes, atraer a la fe a los infieles, reformar profundamente la Iglesia hasta ha-

cer retornar a su pureza primitiva a todas las instituciones que viven dentro de ella. Es ésta obra colosal que sobrecoge por su grandeza, y toda esta obra se anuncia para el pontificado de **Pastor Angelicus**.

El cerrará muy probablemente el Concilio Vaticano, suspendido en 1871 con motivo de la entrada en Roma de las tropas revolucionarias; así lo afirma el Venerable Holzhausser interpretando el Apocalipsis, cap. X, Ver. 2, en el cual se lee: **Y tenía en su mano un libro abierto, y puso su pie derecho en el mar y el izquierdo sobre la tierra.**

De este libro dice el Venerable Holzhausser: "este libro denota el concilio general, que ha de ser muy grande y célebre; **maximum et celeberrimun.** Se dice que el libro está abierto a causa de la claridad de su contenido, y de la Sagrada Escritura y Dogmas de fe cristiana que en aquel gran Concilio serán explicados.

Es además muy natural que una reforma tan profunda de la Iglesia sea consagrada por la solemnidad de un Concilio ecuménico. Y estando suspendido el Concilio Vaticano, es lógico que sea ése el Concilio llamado a liquidar la Revolución, a suprimir las herejías y a recibir en el seno de la Iglesia a todos los extraviados.

¿Por qué se llama ese Papa **Pastor Angelicus?** ¿Qué significa esa divisa?

Conocidos los rasgos fundamentales de ese pontificado, resulta ya fácil adivinar qué quiso decir San Malaquías, al designar al Papa 106 con el lema **Pastor Angelicus.**

Pastor es el que apacienta, y, tratándose del rebaño espiritual, el que rige y gobierna con imperio a las ovejas que tiene a su cuidado. Esta es la significación del vocablo griego **poimano** y en este sentido de regir y gobernar con imperio le dijo el divino Maestro a Pedro junto al

lago de Genazaret: **apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.**

El pastor rural lleva sus ganados a buenos pastos, los defiende de quien pudiera acometerlos y los recoge por la noche en el aprisco.

El Pastor espiritual alimenta a sus ovejas con el pan de la santa doctrina, las preserva del error y de la corrupción, les traza la órbita dentro de la cual deben vivir para salvarse y trata de buscar con afán y con amor a las ovejas que se hayan extraviado reduciéndolas al redil; y todo esto lo realiza con amoroso imperio, con irrefragable autoridad. En este sentido a todos los Papas les conviene el título de Pastores por derecho y por deber. Pero a aquél en quien se acentúen más que en ningún otro las características del pastor, le convendrá este título con más razón.

Ahora bien, vista la obra a realizar por el Papa 106, dentro y fuera de la Iglesia, con los cristianos y los no cristianos, no hay duda que le conviene por antonomasia el ser Pastor. En su pontificado fecundo y glorioso, se cumplirá aquello de **Unum ovile et unus pastor:** Un solo rebaño y un solo pastor. Reducirá al aprisco a todas las ovejas que andan errantes por las trochas de la herejía, del cisma y de la idolatría, y alimentará a las ovejas del redil con el sustento de la más pura ortodoxia y de la más perfecta disciplina. Su labor en este particular será única, podemos decir, y, por consiguiente, a él hay que apropiarle con superior derecho el glorioso título de Pastor.

Pero además de llamarle Pastor, le apellida Angélico San Malaquías. ¿Será por la pureza de su vida? ¿Será por su dinamismo pastoral? Por las dos cosas a la vez. Pontífice docto y santo le llama Isabel Canori, que recoge estas palabras de los augustos labios de Jesucristo. Elegido de los elegidos, le dice la profecía anónima de 1776. Si,

según el divino Maestro, ese Pontífice será un varón docto y santo, ¿cuál no será su pureza? Si va a ser escogido de entre los escogidos, ¿cuál no será su santidad?

Pero nos inclinamos más a creer que el calificativo de Angélico le convendrá por su asombrosa actividad pastoral. Fijémonos en la obra que tiene que realizar. Es inmensa para un pontificado, aunque éste sea largo y aunque le deje algo que hacer a **Pastor et Nauta;** y aunque herede del anterior un buen prólogo, le basta el cuerpo de la obra para que su actuación tenga que ser prodigiosa.

De cualquier modo que sea, nos basta saber su número y las alusiones terminantes, algunas de ellas nominales, que hacen algunos videntes a este gran Papa, para que sepamos que el inmediato sucesor del Pontífice Pío XI es Pastor Angelicus y que con su pontificado coincide el triunfo maravilloso de la Iglesia.

PASTOR ET NAUTA

Pastor y Piloto. Este es el lema del Papa 107. ¿Qué significará su divisa?

Conviene con la anterior en lo de Pastor. Hay que aplicarle, por tanto, a éste todo lo que se dice del anterior en lo relativo a regir y gobernar con imperio, guardando celosamente el rebaño. Sin embargo, por el título de Piloto que le sigue, parece que la labor pastoral de este Pastor ha de ser principalmente la de conservar. El anterior tuvo que rehacer el rebaño, disperso por la nefasta actuación revolucionaria, y tuvo también que agregarle las ovejas que andaban fuera del redil. **Ea alias oves habeo quae non sunt ex hoc ovili. Pastor y Piloto,** las recoge reunidas y las pastorea con celo para conservarlas unidas entre sí

por los vínculos de la doctrina, de la moral y del culto, dentro de la disciplina de la Iglesia. Y su oficio parece ser más bien el de guía. Por eso se le llama también Piloto.

A través del mar de la vida, aunque ya tranquilo después de la pasada tormenta, conduce con mano firme y segura la nave de la Iglesia por las rutas que llevan a la eternidad feliz. Bajo su gobierno se consolida la obra del Papa anterior, se la pulimenta y llena de vida, de orden y de belleza se la entrega al sucesor, cuyo pontificado aparece colocado en lo más alto de la curva de la prosperidad y florecimiento de la Iglesia. Algo parecido a lo que ocurrió con el reino de Israel. Saúl le da personalidad, David le da prestigio y Salomón significa esa personalidad y ese prestigio llenos de un esplendor que asombra al mundo y a él le colma de felicidad.

Igual le ocurrirá al Papa 108 desde Celestino II.

FLOS FLORUM

Flor de Flores. El Pontificado de este Papa parece señalar el máximo florecimiento de las virtudes cristianas en el mundo. La flor es en la Sagrada Escritura el símbolo de la virtud. El lema parece, por tanto, significar virtud de virtudes, virtud por antonomasia, o virtud en el máximo grado. Esto parece querer decir que la Iglesia resplandecerá por sus virtudes en todo el mundo, y que el mundo, cristianizado, será un amenísimo jardín lleno de celestiales fragancias y sahumado de las más excelsas virtudes.

Es muy natural que así sea. Después de la fecundísima labor de **Pastor Angélico**, continuada y cultivada por **Pastor y Piloto**, la cosecha a recoger por **Flos Florum** tiene

que ser abundantísima en virtudes y en frutos del gusto más exquisito y de olor, el más embriagador. Reinará **Flos Florum** en el período de mayor grandeza de la Iglesia. Será su pontificado la edad de Diamante del Catolicismo.

Nos detenemos en la descripción de los lemas papales, porque los de los Papas restantes no interesan a la finalidad de este libro.

I

PREDICCIÓN DEL P. LORENZO RICCI

PRIMER PERÍODO

1.º Una vez extinguida mi Orden, aparecerá en el mundo un nuevo Lucifer. Al principio de la quinta época del estado de la Iglesia, como a unos 1.800 años del nacimiento de Jesucristo, viejos y jóvenes serán seducidos de los Porta-Luz.

2.º Este demonio será el espíritu de orgullo, de libertinaje y de irreligión, que con el nombre de filosofía reinará algún tiempo en una gran parte de los pueblos. Lutero arrancó el techo del santuario. Calvino una gran parte de las murallas; pero la filosofía y el iluminismo socavarán hasta los fundamentos.

3.º En Francia nacerán "gallos", que, entregados a todas las fechorías y a todos los crímenes, por sus gritos "físicos", lo pondrán todo en combustión y fascinarán de tal modo a los hombres en cuanto a la libertad e igualdad, que todos los Estados serán destruídos, muertos los reyes, las flores de Lis ajadas y la Religión Católica oprimida.

4.º La Iglesia será tan cruelmente oprimida como en

tiempos de Nerón, de Diocleciano y de Tiberio. Los sacerdotes, los ministros de la religión, serán muertos, martirizados, inmolados; el altar del Señor será profanado por los apóstatas, y la secta llamada "filosofía" seducirá de tal modo los pueblos, cuya juventud será corrompida por el materialismo y la irreligión, que no querrán ya obedecer a Pontífices ni a Soberanos y harán la religión despreciable.

5.° Su principal intento será destruirlo todo y erigir repúblicas en todas partes. Guerra a muerte se harán unos a otros en las usurpaciones y latrocinios. Derribarán el Papado (se refiere al poder temporal), pondrán en fuga a los pastores y dispersarán las ovejas. Tales cosas sucederán en este período, que en crueldad y espanto no habrá tenido igual, y en seguida vendrá el

SEGUNDO PERÍODO

En éste la Humanidad, afligida por las guerras, creerá que por fin ha llegado el tiempo de la paz; pero no será así, pues la miseria y los latrocinios continuarán como antes y sólo serán diferentes en nombre.

1.° Los príncipes alemanes, ya desunidos por el luteranismo y el calvinismo, y además conquistados por la secta de los Porta-Luz, se separarán de su Emperador y se unirán contra la Religión Católica bajo la protección de un país injusto.

2.° Pero en aquel tiempo se levantará uno cuyo nombre, cosa que parece increíble, poco antes apenas habrá sido conocido, natural de un pueblo insignificante. Este hombre será vencedor de "Autannis", de Italia y de mu-

chas otras potencias que la divina justicia ha decretado castigar. Llevará el nombre de Monarca Fuerte y su espada será poderosa.

3.° No solamente destruirá en poco tiempo las repúblicas que se fundaban en su antigüedad, sino las erigidas por los corrompidos discípulos de los sedicentes filósofos, que no escuchaban leyes ni Iglesias, y los convertirá en fábula y risa de todo el mundo.

4.° Restablecerá muy pronto, en medio de los pueblos corrompidos, la Religión Católica, más bien por miras políticas y por arraigar la corona en su familia, que por una pura y verdadera intención hija de la fe.

5.° Tomará por divisa el "águila rapaz" y con esta señal reinará en Francia diez veces con más rigor que reinaron los reyes de ella. De esta suerte demostrará a los pueblos sometidos a su poder que antes de él gozaban de libertad y que no debían haber deseado otra.

6.° El Monarca Fuerte irá a los otros imperios, consintiéndolo Dios, para castigar a los soberanos, tanto legos como eclesiásticos, porque el gobierno de ellos habrá sido malo y criminal con desprecio de la Religión y de las leyes. Alemania y el Imperio Romano serán rasgados inexorablemente. Alemania será un Imperio repartido y habrá en él tanta diversidad en la fe como en la fidelidad; la antigua fidelidad alemana se habrá perdido, porque los alemanes se habrán convertido en franceses, adoptando las costumbres y locuras de los franceses.

Los príncipes se habrán hecho socios de los ladrones públicos...; por eso el Señor los entregó al espíritu de confusión, de suerte que querrán todos los que poco antes

no querían, burlándose de lo que habían resuelto y resolviendo luego lo mismo de que se habían burlado; por lo cual serán la vergüenza del universo.

Los príncipes y los reyes serán maldecidos por todo el mundo, porque no hacen lo que pueden hacer. El espíritu de los Porta-Luz les ha cegado de tal modo, que en pleno mediodía marchan a tientas como si estuviesen en medio de la mayor oscuridad. La justicia divina, en castigo de los latrocinios y traiciones hechas a sus respectivas patrias, ha quitado de su lugar el candelero, de modo que tienen los ojos abiertos y están ciegos. El mismo Fuerte, a quien poco antes los fascinados príncipes no habrían considerado digno de ser servidor de ellos, destruirá gran parte de sus Estados, romperá sus cetros y les quitará sus coronas. Dará una parte de estos despojos a sus hermanos, a los maridos de sus hermanas y a otros parientes suyos. El espíritu de disputa y de división será su compañero. Erigirá nuevos Imperios, aniquilará a los antiguos y volverá todo del revés como vuelve el zapatero sus zapatos.

TERCER PERÍODO

1.º La asistencia de Dios se declarará precisamente en los tiempos aquellos en que llegará a creerse que el mundo entero va a derrumbarse. Habrá un cambio tan asombroso, que ningún mortal lo hubiera imaginado. La palabra del Señor, en cuanto a ser el mundo suficientemente castigado, se habrá cumplido y entonces vendrá el Duque Fuerte, vástago de una de las nobles ramas que durante muchos siglos permanecieron fieles a la religión de sus padres, cuya casa habrá sido muy afligida y reducida por la necesidad a una dura servidumbre.

2.º Las manos de este Duque serán admirablemente fortalecidas y su brazo vengará la Religión, la Patria y las Leyes. Desde que este Monarca se dé a conocer, en general se hará causa común contra él y contra los Reyes y Príncipes que con él se unan. Se empleará todo el dinero y todos los medios posibles para hacerle la guerra; pero él vencerá en batalla campal a sus enemigos, y los anonadará así en Oriente como en Occidente.

3.º Entonces Francia, dividida y privada de toda defensa, verá al Duque Fuerte tomar de los malos una venganza inaudita, por medio de batallas y fuego y otros castigos. El Duque Fuerte allanará todos los obstáculos y dará una parte de su Imperio, situado hacia el Norte, a un hijo de la raza de los antiguos Reyes, que arrojado de su herencia y privado de su bien propio, tuvo que huir, siendo niño, a un país extranjero.

4.º ¡Ay de aquellos que habrán hecho traición a la Flor de Lis privada de su corona! ¡Ay de los que se habrán apoderado de un bien que no era suyo! Ya no habrá ningún nuevo Acab, ninguna nueva Jezabel. El Duque Fuerte se tomará terrible venganza de los traidores a la Patria. ¡Ay de los Reyes y de los Príncipes que hubiesen despojado a la Iglesia y de los que se hubiesen apoderado de los Estados que rigieron los antepasados del Duque! Tendrán que devolver el céntuplo; ninguna de sus casas subsistirá y hasta sus nombres serán borrados. No podrán evitar el castigo, porque el Duque Fuerte ha jurado ante Dios que no pondrá la espada en la vaina hasta que haya obtenido una reparación suficiente para la Patria ultrajada.

5.º La gran Babilonia será destruída. El Duque Fuer-

te acabará con el judaísmo y aniquilará el Imperio de los turcos. Será el Monarca más poderoso del universo y su cetro se parecerá al de Manasés en la asamblea de los fieles que se hayan distinguido por su piedad y su conducta fiel. Honrado por todas las naciones y auxiliado por un Papa santo, hará leyes nuevas y dará una nueva constitución a la Sociedad".

II

COMENTARIO

El Padre Ricci era General de la Compañía de Jesús cuando Clemente XIV la suprimió en enero de 1773. Algunos críticos dudan si la predicción transcrita es del Padre Ricci o no. Adrién Peladan, notable periodista francés del siglo pasado, la recoge como del Padre Lorenzo en su **Nouveau Liber mirabilis.**

Lo más importante es que se han cumplido con toda exactitud las dos primeras partes o períodos y está empezando a cumplirse el tercero, encontrándonos de lleno en el primer párrafo de este tercer período.

En el párrafo primero del primer período nos habla de la influencia seductora que sobre la juventud habría de ejercer la secta masónica de los Porta-Luz. Ahora bien, todos sabemos cuánta fué la seducción y cuánto el engaño con que esta secta diabólica se introdujo hasta en los palacios de los Reyes en donde hacía prosélitos aun entre personas que parecían piadosas. Enmascaraba sus perversas intenciones con exterioridades filantrópicas y así se introducía subrepticiamente en hogares católicos. Esto ocurría a fines del siglo XVIII y principios del XIX, tal como lo predijo el vidente.

En el párrafo segundo, describe las verdaderas características de la nueva secta y de su doctrina corruptora, y anuncia su reinado en una gran parte de los pueblos con el nombre de filosofía. De cuán grande sea el acierto del vidente no es lícito dudar a nadie, pues son de nuestros días los ataques a la religión en nombre de la ciencia y los ataques a la fe en nombre de la razón, de la cual se convirtieron en defensores los llamados intelectuales, como si la razón necesitase de su defensa, como si la fe tratase de oprimir la razón, cuando, por el contrario, lo que hace es enseñarle lo que nunca podría saber y facilitarle el conocimiento de aquellas cosas de orden natural que caen dentro de su órbita y están dentro de sus alcances, pero a cuya posesión científica no llegaría sino después de mucho esfuerzo, largo tiempo y mezcla de bastantes errores, como nos dice Santo Tomás de Aquino. De nuestro tiempo son igualmente los ataques a la moral en nombre de la libertad cuyas prerrogativas se han exagerado hasta lo inverosímil.

Y así tenemos el espíritu de irreligión, de orgullo y de libertinaje, informando la época materialista que se abrió con la Revolución francesa y que tan exacta y certeramente **prevé el vidente** varios lustros antes.

En el párrafo tercero anuncia todos los horrores de la Revolución francesa con precisión escalofriante.

Para un mediano conocedor de aquella terrible revolución el párrafo resulta de una claridad meridiana. Los revolucionarios desplegaron a todo viento la bandera de los derechos del hombre y del ciudadano, en cuyos pliegues escribieron el lema de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Con estos tres santos vocablos embaucaron a los pueblos y fueron tan poco sinceros en su respeto a estos

sublimes ideales, que, como dijo Madame Roland frente a la guillotina, en nombre de la Libertad se han cometido los crímenes más espantosos. La estatua de la Libertad, levantada en la plaza de la Revolución, era una ironía, un sarcasmo sangriento.

Invocando la libertad, se esclavizaba; invocando la igualdad, se oprimía; invocando la fraternidad, se mataba incesantemente. El espíritu del mal se agitaba convulso sobre el caos de la revolución más sangrienta que hasta entonces había presenciado la historia.

Los Estados antiguos desaparecieron, los Reyes de Francia pasaron del trono al cadalso, las Flores de Lis fueron ajadas en Italia y en España después de haber sido tronchadas en Francia, y la Religión Católica fué el blanco de todos los tiros.

En el párrafo cuarto concreta más los horrores de aquella revolución. La descripción de los mismos parece más bien histórica que profética. Sobre el altar de Notre Dame colocan a la diosa Razón simbolizada por una ramera; y son incrédulos del día, creyentes de la víspera, los que le prestan adoración. Al adorar a la Razón quieren adorarse a sí mismos, proclamándose dioses, y por eso se declaran en rebeldía frente a todo ser superior, condensando todos sus anhelos de independencia en una frase: "Ni Dios, ni amo".

De aquí que el vidente diga que no querrían obedecer a Pontífices ni a Soberanos, haciendo despreciable toda Religión, por cuanto la Religión es una norma y un vínculo, y, como tal, una restricción para los libertinos.

En el párrafo quinto habla de los verdaderos deseos de los revolucionarios, que eran destruir todo lo existente y erigir repúblicas por todas partes.

Se confirmó plenamente el augurio del vidente. Robespierre aspiraba a suprimir a todos los que tuviesen de catorce años arriba que no fuesen reconocidos revolucionarios. Los modernos ácratas, traduciendo en realidades macabras los deseos de los antiguos, aspiran a acabar con toda la civilización para traer no sabemos qué mundo nuevo.

Lo que aquéllos hicieron con el poder temporal del Papa lo sabemos bien, e igualmente lo que querían hacer con su poder espiritual, norte de sus ataques.

Según se ha cumplido todo lo anunciado en el primer período, se cumplió todo lo del segundo.

En el párrafo primero de este período, anuncia la separación del Emperador de todos los príncipes alemanes apuntando la causa de semejante proceder.

Ya sabemos lo que pasó después de Jena. Formóse la Confederación del Rhin, de la cual se hizo protector el Emperador francés. He aquí cómo los Príncipes alemanes abandonan al Emperador de Alemania que tenía su residencia en Viena y que era sucesor de Carlo Magno, y se unen en una Confederación bajo el protectorado de un Emperador, hijo de la Revolución.

El párrafo segundo, se refiere todo él a Napoleón I. La Autanis, de que habla el vidente, debe ser Austria, y un error de copia hizo seguramente alterar el nombre. Todo lo de este párrafo se cumplió a la letra en el afortunado corso, salido de la nada y llegado por arte de magia a la cumbre del poderío y de la gloria, a ceñirse dos coronas, la de Francia y la de Italia, y a ejercer un verdadero protectorado sobre Alemania.

En el párrafo tercero, habla de cómo tratará a las na-

ciones a las que aquí el vidente llama Repúblicas, tomando este vocablo, no en el sentido corriente de Estado democrático gobernado por el pueblo sin intervención regia, sino en el de pueblo o nación independiente.

Lo que afirma en el párrafo cuarto, se cumplió al restablecer Napoleón en Francia la Religión Católica, después del Concordato concertado con Pío VII. Su conducta posterior con este Papa demuestra bien cómo la intención del Emperador era la que dice el vidente, política más bien que religiosa, aunque no haya que descartar del todo ésta, por lo cual seguramente le concedió la Providencia la gracia de morir cristianamente en Santa Elena.

Todo el párrafo quinto se cumplió también en Napoleón, cuya divisa fué el águila; y en lo de rapaz hay también un cumplimiento exacto, pues la historia le llama bandido de tronos. En cuanto a su despotismo basta oir a sus propios súbditos, cuando los aliados llegaron a París en 1814, después de la batalla de Leipzig. "Este hombre, decían, se comportó con nosotros como un Rey de bárbaros".

Los franceses habían repudiado la autoridad dulce y paternal de Luis XVI y tuvieron luego que sufrir el látigo de un aventurero afortunado. Se cumple siempre aquello de que "quien se sustrae a la autoridad de un buen padre, cae en las garras de un mal padrastro".

Todo lo que leemos en el párrafo sexto de este segundo período de la predicción, es la historia de las invasiones napoleónicas en los países europeos. El vidente explica el providencialismo de estas invasiones, que tienen por objeto en el plan divino castigar a los Soberanos, tanto legos como eclesiásticos, por no haber atemperado su

conducta como gobernantes a los preceptos divinos. Al hablar de los eclesiásticos se refiere a los Obispos que tenían señorío temporal, como en Alemania, en que era de ellos la sexta parte de la nación. Alemania fué efectivamente repartida. El Emperador de Austria, que lo era de Romanos, perdió el título de Emperador de Alemania. perdió us dominios de Italia y sufrió grandes vejámenes por parte del francés. Este repartió coronas entre hermanos y cuñados, y aún mariscales como Bernadotte, y trató a Reyes y a pueblos con el mayor de los desprecios.

El castigo era muy merecido, porque la Revolución se incubó por su culpa y a favor de sus vicios y de sus negligencias. Los excesos de la Corte de Luis XV y su imprevisora indolencia hicieron tanto por la Revolución, como los escritos de la Enciclopedia.

Y vamos ahora con el tercer período, parte de él presente y en su casi totalidad futuro. Estamos comenzando a vivirlo y todo él se desarrollará en un futuro próximo. Por eso es interesantísimo y su exposición, de palpitante actualidad. Su contenido pertenece todo a esta generación, que no pasará sin que todo se haya cumplido.

Anuncia en primer término el vidente un estado caótico del mundo, en que amenazará un derrumbamiento universal. Cuando exponíamos una predicción semejante a ésta, la del Padre Bernardo María Clausi, decíamos que una voz tan autorizada como la del Papa, había dicho que el estado actual del mundo es de una gravedad sin precedentes en la historia si se excluye el diluvio universal... Coinciden con esta apreciación de las circunstancias actuales los más grandes estadistas de nuestros tiempos. A los demás nos basta con pasear la mirada por el panorama de las relaciones internacionales y por el político y social

de cada nación, para darnos cuenta de que debajo de nuestros pies se estremece la tierra, convulsionada por un inmenso volcán que ruge feroz en su seno y que hizo ya erupción en España con todos los macabros caracteres que conocemos.

Acierta, pues, el vidente al anunciar el estado caótico de gravedad extrema para cuyo remedio se hace indispensable la asistencia divina que también anuncia. Estamos, por tanto, ante un presente que ayer era futuro y cuya previsión es un argumento a favor de la autenticidad de la predicción. Esta fué publicada en Valencia, en la revista "Luz Católica", número 16, correspondiente al 16 de enero de 1901, y a mediados del siglo pasado por Adrien Peladan, según hemos dicho. Van pasados 87 años, y después de estos 17 lustros bien cumplidos se empieza a convertir en triste realidad la parte futura de la predicción. Según se cumple esto, según se ha cumplido todo el segundo y primer período, hay que suponer se cumpla todo lo demás.

Anuncia simultáneamente el socorro divino para esta gravísima necesidad y aunque esto es en su mayor parte futuro, empieza a ser presente en España, en cuya guerra se manifiesta la intervención providencial, como lo reconoció el llorado general Mola, a quien Dios tenga en su Santa Gloria e igualmente el invicto Caudillo de las fuerzas nacionales y Jefe del Estado, el cual en su discurso del 19 de abril de 1938 pronunció estas contundentes palabras: "De nada hubieran servido nuestros esfuerzos, si Dios no nos hubiese prodigado su ayuda en todos los momentos en forma tan evidente y tangible".

Los ilustres dirigentes de nuestra guerra de liberación saben mejor que nadie del carácter providencial de la lucha, conocen mejor que nadie los medios con que cuen-

tan, las dificultades con que tropiezan, los obstáculos que tienen que salvar y, por consiguiente, lo que hay en la contienda de humano y de providencial.

Por eso estos testimonios son de mayor excepción, y vienen a ser la mejor confirmación de la creencia universal entre los buenos españoles, aún entre los menos piadosos, de que esta guerra es providencial, eminentemente providencial, desde el principio al fin, y de ahí que se le llame frecuentemente la guerra de los milagros, por la multitud de favores divinos que la van jalonando.

Dice después el vidente que habrá un cambio tan asombroso que ningún mortal lo hubiese imaginado.

Con estas palabras claras y terminantes nos anuncia el triunfo. Convienen en esto con todas las profecías, como conviene con todas ellas en anunciar primero los días aciagos.

Esta predicción, pues, da fuerza a las otras y las otras se la dan a ésta.

Anuncia luego la aparición de un hombre extraordinario al que llama Duque Fuerte, el cual, por ministerio de la Providencia, será el eje cardinal de la gran restauración. Los acontecimientos más notables de la actuación de este hombre prodigioso tendrán lugar después que la **palabra del Señor, en cuanto a ser el mundo suficientemente castigado, se haya cumplido**, según leemos en este primer párrafo del tercer período. Es que el mundo, según esta y otras predicciones concordantes, sufrirá los horrores de una guerra espantosa, de tipo internacional y civil, y esta gran catástrofe tendrá fin por la intervención de este hombre providencial que, como diremos y probaremos más tarde, será español.

En los párrafos segundo, tercero y cuarto, habla el vi-

dente de las persecuciones que sufrirá este hombre singular, y de los triunfos que obtendrá, así como de la justicia que hará. Liquidará completamente la Revolución.

En el párrafo quinto, cuya exposición hace más a nuestro propósito, dice el vidente que la gran Babilonia será destruída. Recordemos la profecía de la Saleta y sabremos a quién llama aquí Babilonia el P. Ricci.

Veamos también qué ciudad de la tierra se parece más a la capital del Imperio Caldeo, en qué ciudad de nuestros tiempos se da más culto al placer, a dónde concurren más disolutos para entregarse de lleno a todo género de liviandades, dónde tiene su cuartel general el corruptor de todas las costumbres, de dónde salen los modelos a que ha de ajustarse la moda, ese invento diabólico para desvestir **cortésmente** a la mujer. Si sabemos cuál es esa ciudad, sentina de todos los vicios, vorágine en que naufragan todas las virtudes, foco de donde irradian por todo el mundo todas las ideas disolventes vestidas con el ropaje modernista, sabremos cuál es la nueva ciudad de Semíramis. Pues bien, esa ciudad será destruída por el fuego; es natural que así sea...

La gran catástrofe vendrá como castigo por la catástrofe moral que los corrompidos habrán producido en el mundo de las ideas y de las costumbres. A la catástrofe moral, buscada y traída por la perversa voluntad de los hombres, tiene que seguir la catástrofe física, enviada por la justicia de Dios. Y los pueblos que más hayan pecado, más tienen que sufrir. Y aquellos pueblos y ciudades que fueron corrompidos y corruptores, tienen que sufrir el castigo de la corrupción y del escándalo. Y en este caso se encuentra la ciudad a que alude el vidente y que la Virgen de la Saleta nombra.

El gran personaje acabará con el judaísmo... En esto conviene el P. Ricci con otros muchos profetas que anuncian lo mismo. Adviértase que dice: **acabará con el judaísmo**; no dice con los judíos. Lo que el vidente anuncia es la extinción del poder judaico, la desarticulación de la fuerza misteriosa que a través de la masonería y del comunismo está promoviendo la revolución anticristiana en todo el mundo. Con esta fuerza tenebrosa, que desde las sombras del misterio está impulsando todas las actividades revolucionarias rojas, acabará el personaje providencial.

Hay que notar que durante el caudillaje de este célebre restaurador acrecerá, según otros videntes, la conversión de la mayor parte de los judíos. Y la mejor manera de acabar con un enemigo es convertirlo en amigo. Al convertirse en su mayor parte los judíos, desaparecerá el judaísmo como enemigo tradicional del cristianismo y de la civilización cristiana. Claro es que antes de que este acontecimiento consolador se produzca, ocurrirá la hecatombe que se anuncia a través de todas estas predicciones, tendrán que caer muchas vendas fuertemente sujetas por las ligaduras de prejuicios milenarios; tendrán que ser rotas las amarras con que personas, pueblos y sistemas están uncidos a tradiciones multiseculares. Pero todo se andará. Hoy los tiempos vuelan y estos hechos y transformaciones, que en períodos normales necesitarían siglos, pueden en esta época sustanciarse en pocos lustros.

Anuncia el vidente el aniquilamiento del imperio de los Turcos. Parece dar por supuesto que poco antes de la actuación de este personaje habrá ya sufrido ese imperio un grave quebranto, ya que al Duque Fuerte no le queda más que aniquilarlo.

Más arriba hemos dicho cómo ha quedado el antiguo

imperio otomano de resultas de la guerra europea. Pues bien, según otras predicciones concordantes con ésta, y que detallan más en este particular, el Duque Fuerte irá a Constantinopla, purificará a Santa Sofía y en la que hoy es todavía mezquita musulmana se celebrará el Santo Sacrificio con rito católico. Para esto tiene que ir allí un Caudillo católico, porque su misión no será solamente purificar o hacer que se purifique a la hermosa Catedral Bizantina de las profanaciones islámicas. Habrá también que purificarla de las profanaciones cismáticas por causa de las cuales permitió Dios la abominación musulmana en el lugar Santo durante cinco siglos.

No podría, pues, un caudillo no católico ser el instrumento de la Providencia para esta reparación. Por eso, cuando durante la guerra turco-búlgara se decía que entraba en Constantinopla un Príncipe cismático, sostuvimos siempre que no, que no llegaría a entrar en la ciudad de Constantino, porque, precisamente por cismático, había sido expulsado de ella. Después de la guerra europea se presentó otra vez esta probabilidad cuando los ejércitos de Constantino de Grecia se dirigían victoriosos por la Siria en busca de Scutari, el barrio asiático de Stambul. Pero vino la aplastante derrota de Hadjenestis que dió en tierra con todos los sueños del Rey cismático, y éste tuvo que huir por segunda y última vez de su adorada Grecia, dejando a su Gabinete Gounaris y a su General derrotado en manos del revolucionario Plastiras y de su cómplice Gonatas, que habían de castigar con la última pena lo que no había sido un delito, sino una fatalidad.

El aniquilamiento de este imperio, o de lo que queda de él, será uno de los últimos episodios de la lucha que por la paz universal sostendrá este hombre extraordinario.

Luego de esto dice el vidente que, honrado por todas las naciones y **auxiliado por un Papa Santo, hará leyes nuevas y dará una nueva constitución a la Sociedad.**

Estas frases indican el Imperio universal. El gran Caudillo será honrado por todas las naciones, porque a todas les ha dado la paz, poniendo término a la guerra que la revolución habrá desencadenado para establecer el imperio del mal. Pero Dios, a quien es imposible vencer, habrá dado fortaleza sin igual al Caudillo de sus destinos; y éste, armado de poder sobrenatural, vencerá "así en Oriente como en Occidente", según dice la predicción en el párrafo segundo del tercer período.

Este gran beneficio de la paz universal le hará acreedor a la admiración de todas las naciones que le tendrán por padre y protector.

De acuerdo con el Papa santo, que entonces ocupará la Silla Apostólica, hará nuevas leyes y dará una nueva constitución a la sociedad. Esto de hacer nuevas leyes demuestra cómo él gobernará, atendiendo a la reconstrucción de la sociedad, después de haberla librado de enemigos. Nos dice cómo esas leyes serán católicas, al hacerlas de acuerdo con el Jefe de la Cristiandad, y cómo, por consiguiente, la paz que siga a guerra tan infernal ha de ser una paz eminentemente cristiana.

Dará una nueva constitución a la sociedad, no a ésta o a la otra nación, sino a la sociedad, es decir, al mundo, con lo cual aparece clara la universalidad de su Imperio en cuanto a la paternal hegemonía que ha de ejercer sobre todas las naciones sacadas del caos de la revolución. Así será su Imperio.

Nos habla esta predicción del Papa santo que auxiliará al gran personaje. Este es el **Pastor docto y santo** de Isabel Canori, es el **Pastor angélico** de San Malaquías, el es-

cogido de entre los escogidos, de la profecía de 1776, el gran Papa, en fin, del triunfo y de la victoria definitiva, el que restaurará la Iglesia, acabará con los cismas y herejías, reducirá al aprisco a todas las ovejas descarriadas, y establecerá el reinado efectivo de Cristo en toda la tierra.

Aquí termina esta admirable predicción que tan bien va describiendo los episodios de la Revolución, desde la extinción de la Compañía de Jesús en 1773 hasta el establecimiento de la paz universal cristiana, pasando primero por la Revolución francesa, por el Imperio Napoleónico más tarde, y después por la revolución social, religiosa y política, que llenará al mundo de desolación y de ruínas por efecto de una lucha fratricida y universal en que serán un hecho trágico las profecías bíblicas de que en los últimos tiempos lucharán hermanos contra hermanos y reinos contra reinos.

Esta predicción comprende, como vemos, todo el período revolucionario. Con él empieza y con él termina. Estamos viviendo el último episodio trágico, pues el triunfo alborea ya.

SEGUNDA PARTE

ESPAÑA, FACTOR PRINCIPAL EN LA LUCHA Y EN LA VICTORIA DE LA IGLESIA SOBRE LA REVOLUCION ROJA

I

PROFECÍA DE SAN VICENTE FERRER

1.º "Vendrá un tiempo que ninguno lo habrá visto hasta entonces; llorará la Iglesia; las viudas se levantarán hiriendo sus pechos y no encontrarán consuelo; ahora está lejos; pero llegará sin falta, y muy cerca de aquel tiempo en que dos empezarán a hacerse Reyes; sus días no se alargarán mucho.

Llorad, viejos y ancianos; suplicad, llorad si algunos sois testigos de este estruendo grande, de modo que ni fué, ni será, ni se espera ver otro mayor, sino el que se experimentará en el juicio.

2.º Pero la tristeza se convertirá en gozo; el Rey de los reyes, el Señor de los señores, todo lo purificará y regenerará; la Francia con su orgullo será del todo abatida; su Príncipe, ¡ay! ¡ay! que si los bandos lo vieran se aterrarían.

3.º ¡Oh, migueletes, oh, catalanes! La Casa Santa, las vuestras y las de toda España prevendréis y dispondréis la justicia; los días no distarán, están ya a las puertas; veréis una señal y no la conoceréis, pero advertid que en aquel tiempo las mujeres "vestirán como los hombres" y se portarán según su gusto y licenciosamente; los "hom-

bres vestirán vilmente como las mujeres". Llorarán los grandes, los pequeños se levantarán hasta perderse de vista; en ellos estará la fuente de la gracia y la influencia del cielo..."

II

COMENTARIO

Esta profecía está sacada de un sermón que predicó San Vicente Ferrer en Barcelona, el 13 de septiembre de 1403, bajo el tema **Timete Deum.** Así lo afirma el autor de un libro titulado **Profecías**, que fué impreso en 1879, en Barcelona, por Antonio Bosch. La conocemos desde 1906, por haberla visto en una colección de la revista "Luz Católica", que se publicaba en Valencia allá por 1900.

En el párrafo primero anuncia San Vicente la gran catástrofe y su terrible magnitud. Nos dice que ninguno la habrá visto hasta entonces, es decir, que no habrá tenido precedentes. Dice que llorará la Iglesia. Esto demuestra que la gran tragedia irá contra ella. Dice igualmente que las viudas herirán sus pechos sin encontrar consuelo. Esto demuestra que morirán muchos jóvenes, casados ya, dejando en la más triste soledad a sus esposas. Estas no encontrarán consuelo, porque a donde quiera que miren encontrarán dolor, porque la desgracia habrá penetrado en todos los hogares. Los ojos de las viudas estarán ya secos de tanto llorar y por eso el profeta les manda a los viejos que lloren, si algunos son testigos de estruendo tan grande que, ni fué, ni será hasta el día del juicio. La condicional es una prueba de la horrible mortandad que el profeta ve en lontananza. Si algunos sois testigos, como

quien dice: pocos lo seréis, porque la horrible tragedia os alcanzará también a vosotros a pesar de vuestra ancianidad.

Aquí tenemos a San Vicente Ferrer anunciando lo que todos los demás, el gran cataclismo. El comentario que hemos hecho a la predicción del Venerable Clausi y a la del Padre Ricci, viene muy ajustado aquí.

El párrafo segundo anuncia la victoria, y por la intervención divina; ni más ni menos que los otros videntes. Todos ellos están de perfecto acuerdo a pesar de haber hablado unos a mucha distancia de otros.

Para Francia anuncia un gran abatimiento. No es éste solo el vidente que lo anuncia. Al referirse a su príncipe parece el vidente estar contemplando en la lejanía el espectro de la guillotina con el cuerpo decapitado de Luis XVI.

El Señor todo lo purificará y regenerará y así vendrá el triunfo. Nótese en todos los detalles la concordancia de esta predicción con las anteriores.

En el párrafo tercero les dice a los catalanes, les dice a los españoles, que se prevengan disponiendo la justicia, es decir, haciendo lo justo, apartándose del pecado que habrá sido la causa de castigo tan atroz. Luego el vidente señala el tiempo en que esas cosas se han de cumplir y en esto se distingue de los demás.

Nos dice en el primer párrafo que todo eso acaecerá cuando dos empiecen a llamarse reyes.

LA SEÑAL

Dice en el mismo párrafo, que precederá **una señal** al gran cataclismo y al triunfo siguiente, y que no será ad-

vertida. Dice, por fin, que esas cosas acontecerán cuando las mujeres den en la manía de vestir como los hombres, y los hombres se afeminen hasta parecer mujeres.

Concreta maravillosamente los detalles para haberlo hecho a principio del siglo XV, a seis siglos de distancia.

Ahora bien, veamos cómo estos tres datos son de nuestra época.

Por lo que se refiere al primero, acaba de terminarse el período de la Historia de España durante el cual dos fueron tratados de reyes. A la muerte de Fernando VII tuvimos dos realezas, una la de Isabel II y otra la de Don Carlos María Isidro de Borbón, hermano del rey extinto, a quien por la ley sálica creyeron los legitimistas haber pasado los derechos de Fernando, su hermano. Los partidarios de la Pragmática Sanción no estuvieron conformes y colocaron la corona en la cabeza de Isabel. Y así tiramos un siglo con dos dinastías, la reinante y la proscrita.

Coincide con esto el estado caótico del mundo, y la aurora que empieza a alborear en España. Por consiguiente, no hay duda que a estos tiempos se refiere San Vicente.

La otra señal bien advertida, es la masculinización de la mujer y el afeminamiento del hombre. No hace falta esfuerzo alguno para ver que ésa es una plaga de nuestros tiempos.

La mujer no quiere solamente vestir como el hombre, sino que busca y copia las costumbres del hombre. Se dedica a las carreras civiles del hombre. Frecuenta los casinos como el hombre, quiere cultivar los mismos deportes que el hombre y ama el trajear como el hombre. Sus aficiones son masculinas y llegan incluso a repugnarle las faenas más específicamente típicas de la mujer, por lo cual es objeto del ridículo en el teatro y en el ci-

ne, no avasallados aún por esta corriente de masculinización femenil, que culmina en el cigarrillo egipcio, fumado con elegancia de dandy inglés.

En el hombre, sobre todo en el joven, se ha acusado, por el contrario, una tendencia al afeminamiento. El joven "bien" de nuestros días se adereza como la joven. Su cabellera, con el pelo largo y echado sobre la nuca, da a su cabeza aire femenino. Su afeitado absoluto, esmeradamente cuidado y en bastantes casos realzado con afeites y maquillajes poco viriles, da a la cara de muchos jóvenes un sello aniñado y femenil que lleva muchas veces a la confusión. Y si a esto se une el uso bastante frecuente de corsés para imprimir más elegancia al torso, el pantalón bombacho tan parecido a la estrecha falda de las exageradas, la demasiada y antihigiénica afición a la ropa interior de seda, tan impropia de la reciedumbre varonil, tenemos al joven afeminado de nuestros días buscando parecerse en todo a la mujer, como si no pudiese llevar sobre sus débiles hombros el peso de su dignidad masculina. Esto representa, como toda degradación, una vileza. Pero la generación decadente que en los zarzales del vicio ha dejado hecha jirones su dignidad, no entiende de gallardías que suponen sacrificios, y sólo piensa en el placer enervante y agotador que deja laxitud en los nervios, embotamiento en la mente y abulia en la voluntad.

Afortunadamente en España nuestra juventud patriótica ha reaccionado, y está resucitando los tiempos de bronce que mejora y supera con su heroísmo de leyenda y con el espíritu de sacrificio que en ella despertó el entusiasmo religioso y patriótico.

Continúa el vidente diciendo que **llorarán los grandes y que los pequeños se levantarán hasta perderse de vista.**

Todo el mundo reconoce que el actual resurgimiento

es obra del Ejército y de la clase media. El pueblo sano, encuadrado en unidades militares, y dirigido por Oficiales y Jefes de tanto patriotismo como competencia, es el factor de la renovación que se está operando en España y que es una esperanza para el mundo, agitado por los mismos problemas en que España se debatía. Llorarán los grandes de la política y de la sangre, de la economía y de la ciencia, por no haber sabido evitar tamaños males encauzando mejor a la Humanidad.

En cambio los pequeños, los innominados, los desconocidos en el mundo de la política y de la gran sociedad, los dedicados al trabajo honrado y a un vivir honesto en la soledad de los campos o en la modestia de las pequeñas villas, ésos, con las virtudes atesoradas en su solitario y sosegado vivir, darán nueva vida a esta sociedad decadente, salvándola de una trágica y universal ruína.

Por eso el vidente termina diciendo que en éstos estará la fuente de la gracia y la influencia del cielo, por cuya razón serán precisamente los instrumentos de salvación. El cielo los buscará para esta gran misión, porque en ellos encontrará las reservas vitales necesarias para renovar la vida del mundo.

Tenemos, pues, dos señales evidentes de que la profecía de San Vicente Ferrer se refiere a nuestros días.

¿Cuál será la otra señal que veremos y no conoceremos?

El vidente hace una insinuación, pero no descorre el velo, contentándose con señalar la coincidencia de la señal vista y no conocida con la masculinización de la mujer y el afeminamiento del hombre. Puede proyectar luz sobre esto lo que dice la Venerable Palma María de los Dolores Matarelli, de Oria (Italia): “Nuestra última crisis, la de la grande y espantosa justicia y de la grande

misericordia no tardará mucho. La proclamación de la República en España será la SEÑAL."

Esta profecía fué recogida en "Voix Prophetiques", por el Abate Curicque y publicada aquí en España por "Luz Católica", a principio de siglo.

Aunque la predicción data de 1868, no podía referirse a la primera República española, con la cual no coincide la terrible crisis europea y mundial de nuestros tiempos. Se refería, pues, a la segunda República, a la República masónica y anti-española que acabamos de padecer y durante la cual se hizo una obra revolucionaria roja tan profunda, que, de tardar un poco el remedio, no encontraría sobre qué actuar. Aquella República del 73 fué un ensayo republicano que ni llegó a cuajar en una aparente legalidad constitucional. Vivió en constante interinidad hasta que recibió el puntapié de Sagunto. Realmente no gobernó, no dejó huella en la legislación ni en las costumbres sociales. El único recuerdo que dejó en las muchedumbres fué el de una falta completa de gobierno en cuyo tiempo hacía cada cual lo que le venía en gana, quedando en el sentir popular la palabra "República" como sinónima de desconcierto y desorden. Se refería, pues, la vidente a la República del 31 con su constitución anti-católica y sus leyes intencionadamente persecutorias contra todo lo santo y bueno que había en España, cuya esencia quería destruir.

A esta República pone la Sulamitis, de la cual hablaremos más tarde, antes del gran triunfo. Por tanto, aquí tenemos la **señal** de San Vicente Ferrer que fué vista, ¡y tan vista! y, sin embargo, no fué conocida como tal señal.

No obstante, a la luz de los acontecimientos actuales ya vemos cómo la República sigue una guerra cruentísima en la cual toman parte contra nosotros, los españoles,

todos los revolucionarios del mundo, prueba evidente de que el triunfo de nuestros enemigos iría unido al triunfo de la revolución universal y de que en esta guerra civil española no se ventilan intereses específicamente españoles sino universales, encontrándose del lado de los intereses revolucionarios todos nuestros enemigos, y del lado de los constructivos y civilizadores los verdaderos españoles que, como España, hemos encarnado siempre el espíritu ecuménico de la vida y de la civilización cristiana.

Los acontecimientos abonan, pues, la interpretación que damos a la profecía del apóstol valenciano.

Tres pruebas nos da San Vicente de que han llegado los tiempos de su profecía. Y a estas tres podemos añadir una cuarta prueba, la llegada del tiempo aciago que anuncia en el párrafo primero y dentro del cual nos encontramos.

I

PREDICCIÓN DEL BEATO NICOLÁS FACTOR

1.º "Se levantará en la Iglesia el espíritu de un nuevo David que será un Pontífice Romano, escogido por la mano de Dios, el cual reformará la Iglesia Católica en tiempos en que se hallará en tanta apretura, que apenas serán católicos y fieles la tercera parte de los que tienen el nombre de cristianos. Este nuevo Pontífice volverá la Iglesia a su antiguo estado y reducirá los herejes, y en reduciéndolos, se juntará con el Rey en quien estará la gracia de Dios, y los dos tomarán todos los tesoros de la Iglesia y, hechos moneda, levantarán gente en el cristianismo y con poderoso ejército marcharán la vuelta de Jerusalén.

2.º Excitados los españoles por la santidad de esta causa, se apoderará de ellos un ardor tan santo, que partirán sin despedirse de sus padres y sin arreglar sus negocios..."

II

COMENTARIO

Esta notable predicción, en la que España juega un papel muy importante, es del Beato Nicolás Factor, Franciscano del siglo XVI.

En el párrafo primero nos anuncia la elevación al Pon-

tificado de un gran reformador, que restaurará la Iglesia reintegrándola a su fervor primitivo. Exactamente lo que anuncia en sus interesantísimas visiones la Venerable Isabel Canori Mora, y con la misma visión con que la Venerable vió escoger a Pastor tan docto y santo. Este es el mismo Pastor Angélico de San Malaquías, el Escogido de entre los escogidos de la profecía de 1776 y el Papa santo del Padre Ricci. ¡Cómo concuerdan todos! Tanta coincidencia es un claro síntoma de verdad.

Nos dice el vidente que este restaurador vendrá al mundo cuando apenas sean verdaderos católicos una tercera parte de los que se tengan por tales. De manera que viene a pronosticar un tiempo de tal frialdad religiosa, que los católicos sinceros y fervorosos quedarán reducidos a menos de la tercera parte. ¿Quién no repara que el vidente se está refiriendo a nuestros tiempos? ¿No nos quejamos todos de la indiferencia religiosa de nuestro siglo? Muchos se dicen católicos, es verdad; pero, ¿cuántos lo son de hecho? ¿Cuántos cumplen con los preceptos divinos practicando sinceramente la moral cristiana? ¿Cuántos observan los preceptos de la Iglesia relativos a la asistencia al santo sacrificio de la Misa los días festivos, a la confesión y comunión pascual y al ayuno y abstinencia? ¿No es verdad que muchos católicos se contentan con los cuatro sacramentos, el Bautismo y la Confirmación, el Matrimonio y la Extremaunción? La fe no se siente como se sentía cuando el vidente hizo la profecía. La fe de muchos católicos de nuestros tiempos es más negativa que positiva. Consiste más bien en no negar que en afirmar. No se atreven a decir que no son católicos y hasta se molestarían si no les tuviesen por tales. Pero oyen con toda indiferencia hablar mal de su fe, sostienen verdaderas relaciones de amistad con enemigos declarados de su fe,

no rompen nunca lanzas por defender sus creencias, no sienten interés alguno por las prácticas del culto al cual asisten, no entienden ni tratan de entender el sentido litúrgico del culto y sus ceremonias; en una palabra, son católicos porque han nacido tales, y no han sentido después inquietud religiosa de ningún género, hallándose muy bien avenidos con el marasmo indolente del despreocupado que no se cuida más que de hacer bien su digestión, desentendido en absoluto de los problemas de ultratumba. Esta es la característica de nuestra época.

En nuestra misma España, en la España de antes de la guerra, ¿qué era lo que pasaba? ¿Qué porcentaje asistía a misa en las poblaciones?; ¿qué porcentaje cumplía con Pascua?; ¿quién sostenía la prensa impía, de tanta difusión entre los católicos a pesar de la baba inmunda que día a día vomitaba contra la Iglesia?; ¿quién ponía al servicio de la Revolución roja en tiempo de elecciones una fuerza electoral que, si no inclinaba la balanza a favor del mal en una lucha legal y sincera, ofrecía, sin embargo, facilidades al amaño y a la insinceridad que no hubieran podido triunfar sin cómplices? Todo esto confirma que no eran verdaderamente católicos todos los que se tenían por tales; ¡y esto en España, donde la inmensa mayoría se honraba con este glorioso título de Católicos y donde, en sentir de los mismos adversarios, hay más densidad ética que en ningún otro país del mundo!

Con certera previsión anunció, pues, el vidente este enfriamiento en la fe. E hizo la profecía cuando la fe se mascaba, cuando saturaba el ambiente de España constituyendo su atmósfera respirable, cuando la fe era el motor de las actividades de todos los españoles, de los que luchaban en Flandes y de los que conquistaban en América y en el Pacífico...

Pues en ese tiempo en que el sol de la fe todo lo iluminaba y a todo daba calor, predijo el Beato Nicolás Factor estos otros tiempos de hielo religioso.

Dice luego del Pontífice santo que volverá la Iglesia a su antiguo estado. Lo mismo que dice a principios del siglo pasado la Venerable Canori, por habérselo oído al mismo Jesucristo.

Dice igualmente que **reducirá a los herejes.** Recordemos lo que vió la Venerable Isabel en la visión de los cinco árboles fatídicos. Estos cinco árboles, símbolo de las cinco herejías modernas, son arrancadas de raiz, con todas las plantas selváticas de ellos nacidas. Esto significa que el celosísimo Pontífice logrará lo que fué anhelo vehemente de sus antecesores y conseguirá unificar el rebaño de Jesucristo.

Conseguida la unidad de todos los cristianos bajo la autoridad del Padre común de todos los fieles, se pensará en atraer hacia el redil a las otras ovejas que andan descarriadas por las trochas de la infidelidad. Para esto, dice el vidente, el Pastor santo se juntará con el Rey en **el que estará la gracia de Dios.** Este personaje extraordinario a quien el Beato Nicolás llama Rey por denominarse así en su tiempo a todos los conductores de pueblos y porque de hecho lo será (prescindimos ahora de la cuestión de derecho), será el brazo derecho del Papa, será el ejecutor de sus designios y desempeñará funciones de Vicario temporal de Jesucristo, como el Papa las desempeña de Vicario espiritual. Y será español este gran personaje, y con españoles principalmente dará cima a sus famosas empresas cuya finalidad primordial será la misional. Con poderoso ejército **marcharán la vuelta de Jerusalén.** Antes habrán ocurrido muchas cosas que anuncian otros videntes.

En el párrafo segundo anuncia el vidente la intervención de los españoles en esta empresa. Les moverá a ella la santidad de su causa, y el entusiasmo que habrá en sus corazones será tan grande, que no serán parte a retenerlos en el solar nacional, ni los vínculos de familia, ni el interés de los negocios. De todo prescindirán y, **repitiendo el Dios lo quiere** de los antiguos cruzados, se alistarán bajo las banderas del caudillo cristiano e irán a buscar nuevos prosélitos para la fe.

Antes de esto tiene que tener fin la guerra presente en España, tiene nuestra patria que restañar la sangre de sus heridas, tiene que reparar las muchas energías perdidas y convalecer de los grandes males sufridos.

Pero nótese que para las grandes empresas es más importante el caudal de energías morales que materiales, y aquí el caudal, lejos de disminuir, aumenta en las guerras victoriosas de tipo espiritualista, y cuando hay en un pueblo un gran tesoro de fuerzas morales, pronto se reparan los descalabros materiales, por la unidad en el fin y en los medios y por la acción conjunta de todas las energías puestas en marcha con acierto, entusiasmo y decisión. Poned sobre todas estas actividades la acción fecunda de la Providencia, que bendice a los que trabajan bajo su plan; y el resurgimiento material es cosa de pocos años.

Por lo que se refiere al entusiasmo que se ha de apoderar de los españoles ante empresa tan santa, lo podemos colegir de lo que son capaces los soldados de España. Generalmente se creía que el soldado estaba contaminado de comunismo y que por eso no merecía confianza. Pero suena la hora de Dios, llega el momento de salvar a España, y los soldados aparecen transformados. Los que unas semanas antes se avergonzaban de llevar

ocultamente debajo de sus ropas medallas u otros objetos religiosos, los ostentan públicamente en el pecho en los primeros días del Movimiento, haciendo valiente profesión de una religiosidad que creíamos soterrada, sino exstinta. Los que poco antes oían con indiferencia los gritos anti-españoles de los rojos, al comenzar la gesta gloriosa de la redención de España marchaban llenos de santo ardor patriótico al encuentro de los anti-patriotas, y a los gritos de ¡Viva Cristo Rey! y ¡Viva España! hicieron morder a sus enemigos el polvo de la derrota en cien combates victoriosos.

Era que el espíritu de Dios los animaba, el amor de la Patria ultrajada los impulsaba y el sentimiento de su dignidad de españoles encendía su sangre en indignación santa ante la liquidación que se quería hacer de las glorias de la madre España.

Lo que pasó en esta cruzada de liberación puede repetirse cien veces, y se repetirá cuando lo prevé el vidente. Lo ya cumplido abona lo por cumplir.

En cuanto a los puntos de contacto de esta predicción con las anteriores, además de los señalados entre ésta y la de Isabel Canori, observamos que ésta nos habla, como las otras, de la catástrofe y del triunfo; de éste nos habla con toda claridad al referirse a la reforma de la Iglesia, a la reducción de los herejes y a las empresas en países infieles. Pero nos habla también con bastante insinuación del cataclismo anterior al triunfo, cuando anuncia la crisis de la fe en los pueblos cristianos. Para remediar esta crisis vienen primero los castigos que desbrozan el camino a recorrer por los reformadores, que no pueden sembrar en el surco, si antes no ha sido roturada la tierra.

1

PREDICCIÓN DE SANTA BRÍGIDA

1.º "Antes de que venga el Anticristo se abrirán las puertas de la fe a algunas naciones, en las cuales se cumplirán las palabras de la Escritura: "Un pueblo que no sabe me glorificará y los desiertos serán edificados para mí": (Isaías LV, 5).

2.º Después serán muchos los cristianos amadores de herejías, y los inícuos perseguidores del clero y los enemigos de la justicia.

3.º Finalmente vendrá el más criminal de los hombres, el cual, unido con los judíos, combatirá contra todo el mundo y hará todo esfuerzo para borrar el nombre de los cristianos. Muchísimos serán muertos.

4.º Tendrá fin aquella funestísima guerra, cuando sea proclamado emperador un hombre engendrado en la estirpe de España. Este vencerá maravillosamente con el signo de la Cruz y será el que ha de destruir la secta de Mahoma y restituirá el templo de Santa Sofía".

II

COMENTARIO

Santa Brígida, Princesa sueca, escribió esta revelación en la primera mitad del siglo XIV; hace, por consiguiente, seis siglos. Abona la predicción la respetabilidad de la Santa, cuyo espíritu profético pondera el Breviario en el oficio del 5 de octubre. No todos los santos, sin embargo, fueron profetas y algunos pudieron ser víctimas de ilusiones. Por eso hemos de buscar pruebas a la verdad de la profecía fuera de la santidad y de la veracidad de la vidente. Estas pruebas han de arrancar del cumplimiento de la parte de la profecía que cae ya en el pasado con relación a nosotros.

Dice en el párrafo primero la santa Princesa: "Antes de la venida del Anticristo se abrirán las puertas de la fe a algunas naciones". Dice después, acogiéndose a un texto de la Sagrada Escritura, que esas naciones serán desconocidas. (Is., cap. LV, 5).

Ahora bien; a fines del siglo XV, en 1492, se descubría el Continente americano de un modo bien providencial, se encargaba de ese descubrimiento una nación eminentemente misionera, y el Nuevo Mundo recibía la fe con una rapidez y universalidad acaso superiores a la primitiva propagación del cristianismo por el mundo romano. Y no fué solamente el Continente americano el que recibió a los misioneros y con ellos la noticia de Jesucristo y de su Redención. Fueron también las Indias Orientales, el Japón, la China, las Islas del Pacífico, etc., las que recibieron la visita de los misioneros, pudiendo decirse

y sosteni
folleto
·to

II

COMENTARIO

Santa Brígida, Princesa sueca, escribió esta revelación en la primera mitad del siglo XIV; hace, por consiguiente, seis siglos. Abona la predicción la respetabilidad de la Santa, cuyo espíritu profético pondera el Breviario en el oficio del 5 de octubre. No todos los santos, sin embargo, fueron profetas y algunos pudieron ser víctimas de ilusiones. Por eso hemos de buscar pruebas a la verdad de la profecía fuera de la santidad y de la veracidad de la vidente. Estas pruebas han de arrancar del cumplimiento de la parte de la profecía que cae ya en el pasado con relación a nosotros.

Dice en el párrafo primero la santa Princesa: "Antes de la venida del Anticristo se abrirán las puertas de la fe a algunas naciones". Dice después, acogiéndose a un texto de la Sagrada Escritura, que esas naciones serán desconocidas. (Is., cap. LV, 5).

Ahora bien; a fines del siglo XV, en 1492, se descubría el Continente americano de un modo bien providencial, se encargaba de ese descubrimiento una nación eminentemente misionera, y el Nuevo Mundo recibía la fe con una rapidez y universalidad acaso superiores a la primitiva propagación del cristianismo por el mundo romano. Y no fué solamente el Continente americano el que recibió a los misioneros y con ellos la noticia de Jesucristo y de su Redención. Fueron también las Indias Orientales, el Japón, la China, las Islas del Pacífico, etc., las que recibieron la visita de los misioneros, pudiendo decirse

que entonces empezó a cumplirse la profecía canónica sobre la predicación del Evangelio en los últimos confines de la tierra, profecía cuyo entero cumplimiento está muy próximo.

En el párrafo segundo anuncia tres cosas distintas y sucesivas: "la aparición de herejías cuyo prurito será la comezón de los cristianos de ese período; el anticlericalismo y la injusticia". Son tres períodos: el de las herejías, el del anticlericalismo y el de la injusticia.

El primer período se abrió con Lutero, que se rebeló contra el Papa, encubierta e hipócritamente en 1517, y descaradamente cuando vió que tenía ya partido, en 1521. A favor de esta rebeldía que nació de la soberbia despechada, comenzó a perdérsele el respeto a la autoridad pontifical, prevaleció el espíritu privado y con él una multitud de herejías que son las que dan carácter a aquella época de turbulencia religiosa que no termina con la paz de Westfalia. Se confirma, pues, plenamente la predicción de la santa, casi a los dos siglos de hecha, por lo que se refiere al prurito heretical entre cristianos.

Viene luego el segundo período, el del anticlericalismo. En el siglo XVIII aparece el filosofismo y con él la Enciclopedia, obra toda de la Masonería, sociedad diabólica que empieza a actuar en el siglo XVII con sujeción a un plan perfectamente concebido y llevado a la práctica con un misterio y una sagacidad que son el secreto de su éxito. Conociendo perfectamente la psicología de las muchedumbres, no fué directamente contra su fe, muy arraigada en las conciencias por una tradición cristiana de diecisiete siglos. Sus ataques en los países católicos se dirigieron contra el clero, abultando los defectos de algunos, inventando y calumniando cuando no tenía nada ver-

I

PREDICCIÓN DE SANTA BRÍGIDA

1.º "Antes de que venga el Anticristo se abrirán las puertas de la fe a algunas naciones, en las cuales se cumplirán las palabras de la Escritura: "Un pueblo que no sabe me glorificará y los desiertos serán edificados para mí": (Isaías LV, 5).

2.º Después serán muchos los cristianos amadores de herejías, y los inicuos perseguidores del clero y los enemigos de la justicia.

3.º Finalmente vendrá el más criminal de los hombres, el cual, unido con los judíos, combatirá contra todo el mundo y hará todo esfuerzo para borrar el nombre de los cristianos. Muchísimos serán muertos.

4.º Tendrá fin aquella funestísima guerra, cuando sea proclamado emperador un hombre engendrado en la estirpe de España. Este vencerá maravillosamente con el signo de la Cruz y será el que ha de destruir la secta de Mahoma y restituirá el templo de Santa Sofía".

dadero que decir y sosteniendo siempre por medio de la prensa diaria, del folleto o de la revista, una constante campaña de descrédito contra los eclesiásticos, con objeto de desprestigiarlos ante los fieles, apartar a éstos de la recepción de los sacramentos que sólo aquéllos pueden administrar, y alejarlos del culto divino y de su centro, el sacrificio de la misa, para conseguir así matar toda manifestación externa y social de la religión relegándola al interior de cada conciencia, seguros de que por este medio empezaría esa religión por perder su unidad para después disolverse en un vago y difuso sentimentalismo individual, que es por donde acaba le religión del espíritu privado.

Los llamados partidos liberales, cuyo único programa giraba en torno al titulado problema clerical, enfocaban todas sus actividades, como si no tuvieran otra razón de ser, hacia la solución de este **pavoroso** problema que les convenía, sin embargo, mantener en pie para justificar su existencia. Y empezaron los partidos anticlericales por abolir el fuero eclesiástico, que no era un privilegio, sino un derecho emanado de la dignidad eclesiástica y de la elevada misión del clero; despojaron después de sus bienes a las Ordenes religiosas y al clero secular, cometiendo lo que Menéndez Pelayo llamó un inmenso latrocinio, del cual no se aprovechó el Estado; negaron a los sacerdotes los derechos políticos más elementales sosteniendo la teoría de que al cura había que encerrarlo en la sacristía. Pero en cuanto consiguieron sacarlo de la calle y de la vida civil, fueron a buscarlo a la misma sacristía en que lo habían recluído, so pretexto de que tiranizaba las conciencias. Y se incendiaron iglesias y sacristías para que no tuviese donde actuar. Y cuando le vieron recluído en su propio domicilio o en el de una persona caritativa, por no poseerlo propio, allí fueron

también a buscarlo, arrancándolo de su casa con cínico allanamiento de morada y con desprecio de los más rudimentarios derechos individuales. Y no pudiendo sufrir su existencia, reducida ya al recinto del hogar, pusieron fin a su vida entre crueles torturas de un sadismo infernal.

El tercer período es el de la injusticia. Al llamarlo así la santa, no se refiere a las injusticias individuales y aisladas, que siempre las hubo. Se refiere a una injusticia colectiva que da carácter a esta época, a la injusticia erigida en Ley, a la injusticia vestida con la toga del derecho y entronizada bajo el severo dosel de la legalidad y teniendo a sus pies la justicia rindiéndole vasallaje. Alude la vidente a estos tiempos en que, pervertida la noción de las cosas, la propiedad es tenida por robo y el robo por el ejercicio de un derecho. Alude, en una palabra, al comunismo, última etapa del socialismo.

Y con certera visión previó la Santa las intenciones saturadas de injusticia de todos los defensores del comunismo. Levantaron éstos por bandera la miseria del pobre y del desvalido. Si sus intenciones fueran buenas, no necesitaban salirse de la Iglesia y menos combatirla, para defender los derechos del indigente. Su mejor defensa se haría con el Evangelio en la mano. Si tal hubieran hecho los obreros, si la indiscutible fuerza que está en el número la hubiesen aliado con la razón que está en el Evangelio, otro hubiera sido el resultado. Si la fuerza que da la masa hubiera sido puesta al servicio de la Iglesia que representa el derecho, fuerza y derecho así unidos serían invencibles y los obreros habrían conseguido hacer triunfar todas sus reivindicaciones en lo que tienen de justas.

Pero no era esto lo que se intentaba. La aspiración suprema era no trabajar y vivir del trabajo de los demás. Para esto había que suprimir a Dios, y así nació el ateísmo entre los obreros. Para hacer efectiva en la tierra la supresión de Dios, había que suprimir a la Iglesia y a los curas. Por eso lo primero que hacían los rojos al llegar a un pueblo era preguntar ansiosamente por la iglesia y por el cura; incendiaban aquélla, mataban a éste y ya, suprimido Dios, se podía violar, torturar, quemar... Todo en nombre de la clase obrera, todo en nombre de la democracia.

Y esta injusticia inmensa que empieza con la máxima injusticia que supone el intento de suprimir a Dios, que es la misma Justicia, no es obra de un grupo o de un partido, es obra de un Estado que quiere, en un empeño de locura, organizar el desorden, abrir cauces legales a la injusticia, encerrar en las cárceles o enviar a la horca a los hombres honrados y vestir con la toga del legislador y del magistrado a los bandidos de Sierra Morena.

Se ha cumplido y se está cumpliendo todo lo del párrafo segundo en sus tres puntos, el relativo al protestantismo con todas las herejías de él derivadas, que son más de dos mil; el relativo al anticlericalismo y el que se refiere al socialismo y a su hijo, el comunismo.

En el párrafo tercero anuncia la vidente de una manera clarísima la obra de Lenín. Nos dice que **aparecerá el más criminal de los hombres, que, unido con los judíos**, combatirá contra todo el mundo y tratará de borrar del universo toda sombra de cristianismo.

Miremos a Rusia, veamos cómo actúan los hombres de Lenín, cuál es su alianza con los judíos, cuál la intervención de éstos en todas las campañas comunistas, có-

mo unos y otros tratan de extender el comunismo por todo el mundo, la saña materialista con que persiguen todo lo sobrenatural habiéndose atrevido a declarar directamente la guerra al mismo Dios, cuyo nombre, tres veces santo, quieren borrar de toda conciencia habiendo a este fin organizado sociedades que cuentan con millones de adeptos y gastan en sus propagandas antidiosistas millones y millones de rublos; mataron a muchos cristianos y los están matando en donde han conseguido desencadenar la revolución cruenta, como en España... ¿Qué más queremos para ver perfectamente cumplida la predicción contenida en el párrafo tercero? Leámoslo otra vez.

Advirtamos la concordancia de esta predicción con la de 1776 en que se habla de la aparición de un hombre **vilísimo** y del cual hemos dicho que era Lenín. Las dos predicciones hablan del mismo hombre; pero ésta detalla mejor su actuación, sus alianzas, su fobia a todo lo cristiano y su proselitismo furibundo, que extiende por toda la tierra valiéndose de todos los medios, aún los más sangrientos. Léase el párrafo tercero de la citada profecía y su comentario correspondiente.

No importa que Lenín haya muerto a los seis años de haber conseguido el poder en Rusia y que lleve más tiempo al frente de los destinos de Rusia su sucesor, Stalin. La obra es de Lenín, según propia confesión de sus adeptos. Stalin no es más que el continuador de esa obra.

En el párrafo cuarto, que es el último, nos anuncia la santa Princesa sueca el triunfo definitivo del bien sobre el mal y que el forjador de la gran victoria será español y España, por consiguiente, la nación providencial encargada de aplastar al monstruo.

"Tendrá fin aquella guerra funestísima, cuando sea proclamado Emperador un hombre engendrado en la estirpe de España". Luego el más criminal de los hombres, aliado con los judíos, provocará una guerra de terrible alcance e importancia. Su lucha no será puramente ideológica. Sus propagandas no serán incruentas. Combatirá contra todo el mundo y ese combate universal no será solamente de discursos y de folletos. Habrá derramamiento de sangre y desastres de todo género. Esto es lo que sale de la comparación del párrafo cuarto con el tercero.

Pero al mismo tiempo que en este párrafo cuarto anuncia la vidente que habrá una guerra funestísima, anuncia también su fin por obra de un español. Y nos dice que este español vencerá, como español y como católico, porque esgrimirá contra sus enemigos el arma en que más se fiaron sus antepasados, aquellos españoles auténticos de la edad de oro de la hispanidad católica. Nos dice Santa Brígida que vencerá con el signo de la Cruz y maravillosamente, para darnos a entender que su victoria tendrá más de milagrosa que de natural.

La santa se refiere a una victoria todavía futura. Pero España se está preparando para ella. Comenzó ya su lucha contra la revolución bajo los mejores auspicios y la prosigue con éxito siempre creciente bajo la visible protección de la Providencia. España está forjando el ejército mejor de su historia. Ya lo tiene en la actualidad. En los mejores tiempos de su grandeza no tuvo ejército semejante a éste. Sus soldados fueron héroes de leyenda que asombraron al mundo; pero los de ahora eclipsan las glorias pretéritas, y los progresos en la técnica de todo género, en la balística y en la estrategia, aumentan la eficiencia de este ejército sobre todos los anteriores.

Sin embargo en este ejército tan poderoso en medios materiales, es más poderosa aún su espiritualidad y por eso fía más para la victoria de la protección divina que de su invencible esfuerzo. Sabe, como San Fernando y como los Macabeos, que "Dios lo mismo vence con pocos que con muchos y que la verdadera fortaleza sólo viene del cielo".

Le anuncia luego la santa a España más grandes empresas que el vencimiento de la Revolución roja. Convertirá al Islam y rescatará a Santa Sofía. Para dar fin a estas dos empresas hay que suponer lo que previamente tendrá que hacerse. La obra a realizar es gigantesca y llena de gloria. Está ya iniciada y no es difícil prever su final.

Nótese la concordancia de esta predicción con la del Beato Nicolás Factor, que habla de la ida de este personaje a Jerusalén. Por manera que ambas coinciden en anunciar una empresa oriental.

En cuanto a la concordancia de esta predicción con todas las demás, conviene con todas ellas en los dos puntos fundamentales, la gran crisis y el triunfo.

Como acabamos de ver, esta profecía es muy notable y su autenticidad aparece bien clara del cumplimiento de lo ya acaecido y especialmente de lo que, por reciente, pertenece a la historia contemporánea.

Esta profecía la hemos tomado del ya citado libro de Don Rafael Pijoán, "El siglo XX y el Fin del mundo", capítulo X, páginas 173 y 174.

y murió
biendo
e le

I

PREDICCIÓN DE BUG DE MILHAS

1.º "¡Dios eterno!, tus juicios son grandes e incomprensibles... Iberia, Iberia, veo crecer tu poder y tu esplendor; nada será capaz de contrastar la elevación y fuerza de tus destinos.

2.º Setecientos años de guerra en toda la Iberia formaron el imperio más vasto que se ha conocido; pero sólo sirvió para empobrecer a sus hijos. ¿Qué te queda de aquel poderío? "Todo lo perdiste: todo, menos el amor de tus hijos"; éstos te ensalzarán.

3.º Combatida por la tempestad de los partidos y la ambición de los extranjeros, lucharás denodada; te costará sangre, tesoros, edificios...; pero llegará el día de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas, y la fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas.

4.º Una guerra europea está anunciada por muchos profetas y sus predicciones se cumplirán. Esta guerra llevará sus estragos por todas partes; la peste y otras muchas plagas la acompañarán esparciendo el terror por donde quiera. El fanatismo de las falsas creencias y los partidos

intolerantes llenarán de víctimas muchos países, la Iberia será el asilo de todos los proscriptos; los católicos, huyendo del furor de sus enemigos, se refugiarán en España. Esta emigración prodigiosa aumentará la grandeza de la nación.

5.º Entonces el Tajo producirá un guerrero, valiente como el Cid y religioso como el tercer Fernando, que enarbolando el estandarte de la Fe, reunirá en torno de sí innumerables huestes y con ellas saldrá al encuentro del formidable gigante que con sus feroces soldados se adelantará a la conquista de la Península.

6.º Los Pirineos serán testigos del combate más cruel que habrán visto los siglos. La tierra temblará bajo el peso de los bélicos aparatos. Tres días durará la batalla... En vano el temible gigante querrá animar a los suyos y restablecer el combate, porque el dedo del Señor señaló ya el fin de su reinado y sucumbirá a los filos de la espada del nuevo Cid.

7.º Entonces el ejército victorioso, protegido por el Supremo Hacedor, atravesará provincias y mares y llevará el estandarte de la Cruz hasta las orillas del Neva. Triunfará en todas partes la religión católica y hará la felicidad del género humano".

II

COMENTARIO

Bug, llamado de Milhas, por haber nacido en esta aldea del Cominges (Pirineos) vino al mundo hacia media-

dos del siglo XVIII y murió casi centenario en 1848 en olor de santidad, habiendo hecho una vida ejemplarísima, por cuya razón se le veneraba y aún consultaba en toda aquella comarca de los montes Pirineos.

En cuanto a su espíritu profético basta saber que en 1780 predijo de un modo categórico la revolución francesa, que, como sabemos, comenzó nueve años más tarde. En 1793 predijo la fortuna de Napoleón que comenzó ocho años después, acontecimiento que era de muy difícil previsión en una época como la del Terror en que era tanta la suspicacia de los Convencionales, que inmediatamente que un General ganaba unas cuantas batallas y adquiría prestigio, era llamado ante el Tribunal revolucionario para responder de supuestos delitos de sedición por los cuales era el victorioso General condenado a la guillotina, que se encargaba de librar a la República del posible dictador que acabase algún día con las libertades del pueblo. En 1828 predijo la revolución que en 1830 puso fin al reinado de Carlos X y la de 1848 que acabó con el Rey-ciudadano. Hacia 1832 predijo la caída de Francia en 1870-71. En esta misma predicción que acabamos de transcribir hay cosas, y bastantes, que se cumplieron desde que obra en nuestro poder. Hay, por tanto, suficientes argumentos en favor del cumplimiento de la parte aún futura de la predicción.

En el párrafo primero el vidente mira a Iberia desde la atalaya de los Pirineos y queda absorto al contemplar la grandeza futura que Dios le reserva. Como si le resultase inexplicable tanta grandeza en una nación relativamente pequeña, adora rendido los juicios de Dios que confiesa grandes e incomprensibles. Ve en lo por venir el crecimiento prodigioso de Iberia y las dificultades que

esta nación tiene que vencer para llegar a la cumbre de su poderío y exclama asombrado el vidente: **nada será capaz de contrastar la elevación y la fuerza de tus destinos.** Quiere decir con esto que Dios está con Iberia y que Él es quien hace el milagro del engrandecimiento hispano en cuyo camino nadie se puede atravesar sin ser triturado.

En el párrafo segundo alude a la guerra multisecular de la Reconquista que forjó en el yunque del sacrificio el espíritu hispano y lo preparó para las más grandes empresas que recuerda la historia de la Humanidad. Pero la magnitud de la empresa, absorbiendo las agotadas energías materiales de una raza desangrada en la lucha de casi ocho siglos, "sólo sirvió para empobrecer a sus hijos", dice muy bien el vidente. Y al contemplar aquel pasado heroico y glorioso de España, entristecido al ver a Iberia bajando la pendiente de su decadencia, vuelve a levantar la vista y le dice: **todo lo perdiste, todo menos el amor de tus hijos; éstos te ensalzarán.** En estas palabras, que se refieren al pasado, hay también una triste profecía, la que alude a la pérdida de todo nuestro imperio colonial, consumada en 1898. Parece el vidente colocarse más acá de esta fecha infausta para contemplar a España, abatida en lo más bajo de su curva histórica, humanamente incapacitada de resurgir de entre unas cenizas que, por ser los escombros de su grandeza, gravitaban sobre ella con enorme pesadumbre.

Pero en el corazón del vidente alienta una esperanza y en sus ojos, antes tristes, comienza a brillar la luz de un porvenir mejor. El solitario de los Pirineos le dice a España: si has perdido todas tus colonias, si nada te ha quedado de aquel inmenso imperio colonial que un día fué tu orgullo y era la envidia de los poderosos, aún te

queda un tesoro que vale más que todos los bienes materiales, y con el cual y el favor de Dios puedes hacer resurgir con ventaja tu antigua grandeza; te quedan tus hijos cuyo amor no perdiste, y "esos hijos te ensalzarán".

Aquí el vidente de Cominges le anuncia a España la resurrección después del calvario de 1898.

A propósito de esto y por venir aquí oportunamente, vamos a referir una anécdota de la vida santa del ilustrísimo señor Obispo de Loja que a la sazón residía en Lima, desterrado de su diócesis. En una visita que le hizo en 1898 un caballero católico y español de Matanzas (Cuba) con motivo de hallarse de paso en la capital del Perú, habló con el señor Obispo de las cosas de España y de la injusticia que con ella se cometía al privar de sus últimas colonias a la nación a la cual se debía el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo; y el señor Obispo, para consolarle y alentarle, le dijo delante de los Descalzos Franciscanos, en cuyo convento se hospedaba:

"Un religioso de vida muy santa que fué mi confesor y del que se está en la actualidad corriendo expediente de beatificación, me manifestó, hace como cincuenta años, que España tendría a fines de siglo una **guerra terrible y funesta** con una nación poderosa; pero que en los primeros años del nuevo siglo comenzaría su regeneración y que después había de llegar a ser la nación más poderosa del mundo".

Estas palabras del santo Obispo de Loja se las comunicó el citado caballero el 26 de abril de 1901 al director de "Luz Católica", quien las transcribió en su revista.

El confesor del prelado acertó en la primera parte de su predicción; acertó igualmente en lo de la iniciación del resurgimiento nacional en los primeros años del reinado de Alfonso XIII en los cuales vimos levantarse a

España del estado de postración en que la había dejado el desastre colonial y que hizo decir a Lord Salisbury, un poco prematuramente, que España era país de colonia. España, por lo visto, según el político inglés, había perdido las energías que hacen a las naciones soberanas y ni las tenía para continuar siendo independiente.

Pues bien; esa nación moribunda atiende a reparar sus energías internas, y en cuanto se encuentra con vitalidad suficiente para conservar y para compartir, salva sus fronteras, y cumpliendo el testamento de Isabel la Católica, que nunca debiera haber sido olvidado, va a Marruecos, no a explotar, sino a civilizar, va a comunicar allí la vida que le sobra con un afán humanitario y misionero y, si no fuese por las trabas que le opusieron los poderosos de fuera, que nunca tuvieron bastante poder para despreciarla, y por el sabotaje de los partidos de izquierda que desde dentro y aliados con todos los enemigos de España se opusieron siempre tenazmente a nuestra expansión africana, como si presintiesen de donde había de venirles la muerte, ¿quién sabe a dónde habríamos llegado?

Buena prueba de la labor asombrosa de la colonización humanitaria de nuestro Ejército en los campos africanos es esa simpatía que por la gloria de España sintió el indígena del Rif y que está exteriorizando un día y otro en las tierras peninsulares en las cuales mezcla su sangre con las de los buenos españoles para expulsar del bendito solar de la Patria colonizadora al enemigo de todo humanitarismo, de toda civilización y de todo espiritualismo.

España, la moribunda de 1898, pudo, luchando contra enemigos exteriores e interiores, recobrar y atesorar energías suficientes, para, en un gesto heroico de suprema dignidad soberana e imperial, levantarse contra todo el mun-

do comunista y ser una vez más, y en esta gran crisis histórica, la salvadora de la Humanidad.

Dejemos al tiempo que confirme la última parte del pronóstico del piadoso confesor del Santo Obispo de Loja. Es bien más posible su cumplimiento hoy, que hace cuarenta años.

Sigamos comentando a Bug de Milhas.

En el párrafo tercero, que se refiere todo al presente de España, dice el vidente: **"combatida por la tempestad de los partidos y por la ambición de los extranjeros, lucharás denodada".**

Aquí habla claramente de la guerra civil entre los españoles, sostenida por los partidos y alimentada por los extranjeros. La guerra será tan terrible, que se luchará con todo denuedo. Encontrándonos viviendo estos acontecimientos, huelgan las exposiciones largas sobre los orígenes y circunstancias de la lucha actual. De un lado, todo el conglomerado de partidos que constituyen lo que ellos mismos llaman el Frente Popular, nombre de guerra, que revela él sólo las intenciones bélicas de todos sus componentes. Del otro lado, todos los patriotas, los verdaderos hijos de España, los que dice el vidente en el párrafo anterior que la ensalzarán. Ambos bandos contendientes sostienen una lucha a muerte. El vencedor impondrá al vencido una paz romana.

(Al llamarle paz romana a la que los españolistas tenían que imponer a sus adversarios, queríamos decir que esa paz sería completa, como consiguiente a una victoria absoluta, aplastante de nuestras armas sobre nuestros enemigos vencidos. Quisimos excluir toda paz de componenda, todo lo que pudiese oler a un nuevo Vergara. Pero nunca quisimos decir paz de exterminio, paz de opresión a

la cual hubiese que aplicar el **¡voe victis!** de Breno. No. Nuestra paz sería completa, pero cristiana y, como cristiana, generosa. Como lo fué, como lo está siendo) (1).

No puede haber transacción entre ellos, porque es un bando la negación del otro. De ahí que la lucha sea denodada.

El bando españolista lucha por la conservación de la España tradicional con su fe religiosa y sus glorias patrias.

El bando marxista lucha por la supresión de la fe, por el abatimiento de la España Imperial y por el triunfo de la revolución universal con la total subversión de todos los conceptos filosóficos, éticos, económicos y sociales. Los bandos tienen dos concepciones antitéticas de la vida en su origen, desarrollo y finalidad.

El primero lucha **pro aris et focis**, por las aras y los hogares, por el alma y por el cuerpo, por el cielo y por la tierra, por la concepción integral de la vida.

El segundo, que no entiende de construir, pugna y lucha por la destrucción de todo esto. La lucha adquirió tal grado de encono, que descendió del terreno ideológico al de los hechos y del campo político pasó al de las armas y se lucha en este terreno, único ya posible en el estado a que habían llegado las cosas, con todo denuedo, con todo esfuerzo.

Anunciando el vidente esta lucha tan denodada, dice, hablando de Iberia, que le costará **sangre, tesoros y edificios**... Al decir que le costará sangre, no sólo quiere afirmar que la guerra será cruenta, sino que lo será sobremanera. Toda guerra, por serlo, implica derramamiento de sangre. Por consiguiente, al fijarse el vidente en este

(1) Nota de la 2.ª edición.

efecto terrible de la guerra refiriéndose a la lucha actual, quiere ponderar la cantidad enorme de sangre que esta lucha le costará a España.

¡Y en verdad que acertó bien! Tenemos luchando sobre suelo español casi dos millones de hombres, un millón frente a un millón, lo que para una guerra civil que se desarrolla dentro de una nación de 500.000 kilómetros cuadrados con veintidós millones de habitantes, es una circunstancia aterradora. Los distintos frentes llegaron a medir mayor extensión que los de la guerra europea. Los artefactos de combate, superiores en fuerza destructora a los de la Gran Guerra, funcionan en número fabuloso en manos de ambos combatientes.

Ahora bien; a la torrentera de sangre derramada en los campos de España por tanto número de combatientes empleando armas tan mortíferas, hay que añadir la cantidad de sangre friamente derramada por la furia roja en la retaguardia en la que se han sacrificado verdaderas hecatombes de víctimas: 70.000 en Madrid, 50.000 en Barcelona, 25.000 en Valencia y sabe Dios las qué en pueblos de menor categoría. Verdaderamente esta lucha le está costando a España mares de sangre.

Ninguna guerra anterior se puede comparar a ésta, ni las guerras coloniales en las cuales no llegaron a intervenir más de 200.000 hombres, ni la llamada guerra del Norte, de perímetro muy reducido, ni la de 1833-40 de proporciones inmensamente inferiores, ni aún la guerra de la Independencia a pesar de su extensión por la península. Ninguna se acerca, ni con mucho, a la extrema gravedad de ésta.

Con razón, pues, puede decir el vidente: **te costará sangre.**

Pero también dice: **te costará tesoros.**

¿Qué quiere decir esto? ¿Que la guerra será muy costosa? ¿Y qué guerra no lo es, sobre todo si juegan en ella tantos hombres manejando tanto material?

Al poner su atención el vidente en esto de los tesoros, tiene que referirse a una circunstancia peculiarísima de esta guerra.

Ahora bien; si examinamos los hechos, nos encontramos con que el enemigo entró a saco en todo, en la riqueza pública y en la privada, en el tesoro artístico y en el nacional; se llevó todas las reservas de oro del Banco de España, se llevó el tesoro particular que el ahorro familiar e individual guardaba en el Banco o en su domicilio particular, se llevó el tesoro artístico de nuestros museos e iglesias y lo que no pudo llevar lo destrozó; ¿qué más había de hacer nuestro rapaz enemigo, y qué más había de perder España, para que con mejor propiedad y acierto pudiese afirmar el profeta: **te costará tesoros?**

Si dijera con todas estas palabras: te costará tu tesoro nacional, tu tesoro artístico, todo lo que tienes de precioso..., ¿se expresaría con más exactitud? No. No pudo hacer el vaticinio con más claridad, ni pudo éste cumplirse con más lamentable precisión.

Te costará edificios..., dice por último.

Al hablar de la destrucción de edificios como efecto de la guerra no se refiere al derrumbamiento de uno o de otro, como consecuencia lamentable, pero natural, de toda guerra. Se refiere a los edificios, como antes a la sangre y a los tesoros. Señala esta destrucción como una circunstancia singular de esta guerra, que se distinguirá de las otras por la multitud de edificios derruídos, por la saña con que fueron derribados, por su destrucción innecesaria a los fines de guerra, etc. El vidente quiere hacer resaltar el furor de esta guerra civil que

anuncia, y enumera estos efectos ponderándolos hasta lo sumo. ¡SANGRE, TESOROS, EDIFICIOS!

Por lo que va de guerra sabemos cuánto acertó el vidente. No desapareció uno que otro edificio, desaparecieron ciudades enteras. Ahí está Oviedo, con barriadas enteras completamente destruídas y con apenas diez casas sin impactos. Ahí está Guernica, totalmente reducida a escombros, si se exceptúa el grupo de casas próximas a la Casa de Juntas, en cuyo jardín se levanta el famoso Arbol de los Fueros... Ahí está Teruel, la heroica capital del Bajo Aragón, enseñándonos en sus escombros, todavía humeantes, los ejemplos de heroísmo de que son capaces los aragoneses, a los que la turba roja no puede matar, ni aún sepultándolos, pues surgen de sus cenizas al conjuro del Ejército salvador y se levantan de sus sepulcros, que abrió la dinamita, para cabalgar otra vez sobre la gloria, pasar el Alfambra, llegar al Mediterráneo y alejar para siempre de la ciudad de los Amantes a los infames invasores, para que con su planta inmunda no vuelvan a hollar, profanándola, la tierra amasada con la sangre de los héroes de la ínclita ciudad turolense. Ahí tenemos a Nules, despiadamente maltratada por los rojos, que volaron la iglesia y la ciudad con la dinamita destructora, obligando a todos sus moradores a buscar abrigo bajo el techo hospitalario de vecinos cariñosos en los pueblos cercanos. Ahí tenemos a Irún... y así a otros y otros pueblos, otras y otras poblaciones. ¿En qué otra guerra se ha destruído tantas agrupaciones urbanas?

Y es que a la voracidad destructora de la guerra hay que añadir la furia demoledora del marxismo. Destruye por el placer de destruir. Destruye por odio a todo lo pasado. Ajeno a todo sentimiento de belleza, goza con la contemplación de muñones sangrantes y de escombros

humeantes. Vuela con la dinamita ciclópeos edificios, que eran la admiración de los sabios y el asombro de las edades, porque gusta de ver saltar por los aires áticos y cornisas, arquitrabes y columnas, cresterías y chapiteles, que la inteligencia había dibujado y el arte cincelado para eternizar en piedra una piedad y una cultura que eran el himno más sublime que había podido entonarse, en pasadas épocas, a la soberanía del hombre sobre la creación visible.

Estos seres infrahumanos, como si perteneciesen a una raza de pigmeos devorados de celos y de envidia por los progresos del hombre superior, no parecen tener otro propósito, en su ruín corazón, que la desaparición total de todo cuanto pueda recordar a la odiada raza superior.

Tenemos, pues, plenamente confirmado todo cuanto de la guerra civil española ha vaticinado el santo Ermitaño de los Montes Pirineos. Lucha **denodada**, provocada por la tempestad de los partidos, que rompieron, unos contra otros, en choque terrible, de muerte. Dirección extranjera de la guerra por parte del bando que se titula gubernamental. Ríos de sangre en los extensísimos frentes y en la retaguardia roja, en que las víctimas caen por decenas de millar. Tesoros sin cuento robados por la voracidad roja, siendo transportada al extranjero toda la riqueza nacional mueble y siendo destrozada la inmueble. Millares y millares de edificios destruídos, y reducción a escombros de poblaciones enteras. He ahí los frutos de la guerra, anunciados por Bug de Milhas hace cien años y cuya predicción se está cumpliendo al pie de la letra.

Pero termina lo aciago y comienza lo halagüeño.

El vidente sigue anunciando, y lo que ahora vaticina es para nosotros futuro. Dice Bug: "pero llegará el día

de la bonanza, repararás tus anteriores pérdidas y la fama de tu gloria y esplendor se extenderá hasta las regiones más remotas".

Esto es altamente consolador. Muchos pesimistas dudan aún del resultado de la contienda, a pesar de los repetidos triunfos que están viendo todos los días. Lean este párrafo del famoso vidente de Cominges y abandonarán su ridículo pesimismo. Acertó el vidente en todo lo malo y acertará en todo lo bueno. Las aguas van además por este cauce.

Hay otros que, teniendo fe en la victoria final, dicen que España no se repondrá de sus enormes pérdidas, ni aún en siglos. Lean éstos también a Bug y se convencerán de que, llegado el día de la bonanza, España reparará sus anteriores pérdidas y verá crecer extraordinariamente su prestigio entre todas las naciones. A su grandeza natural seguirá su grandeza moral.

Lo que dice en el párrafo siguiente explica cómo ha de operarse esa recuperación de energías perdidas y cómo se elaborará la grandeza material de la Nación a seguido de una guerra cuyos destrozos serían bastantes a agotar la nación más poderosa.

En el párrafo cuarto anuncia el vidente la guerra europea, de acuerdo con otros muchos profetas, y asegura que las predicciones de éstos se cumplirán, lo cual demuestra el convencimiento que tiene de que el terrible acontecimiento se producirá.

Ahora bien; nosotros fuimos testigos de una guerra europea, que más bien debe llamarse mundial, por haber intervenido en ella potencias extra-europeas. El acontecimiento rebasó la predicción. Esta guerra, que comenzó en 1914, fué anunciada por el vidente con más de un

siglo de antelación. Su predicción fué publicada en revistas españolas a principios de siglo, cuando nada podía hacer suponer que hubiese de sobrevenir tan espantosa catástrofe. Sin embargo, llega 1914, llega el verano de aquel año aciago, marchan de sus habituales residencias los embajadores de las distintas potencias buscando sus estaciones veraniegas, se produce el crimen de Sarajevo, el ambiente internacional se enrarece, la atmósfera diplomática se carga, salta la chispa y estalla la guerra más amplia que habrán visto los siglos, y a todos los cogió desprevenidos en cuanto al momento del estallido, menos al Santo Pontífice Pío X, quien, constantemente, le venía diciendo a su Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val: "no pasará el año catorce sin que el pavoroso conflicto estalle".

Es que los dotados de espíritu profético ven con más claridad los sucesos futuros, que los más eminentes hombres de Estado.

Vino, pues, la guerra europea tan anunciada, y sufriendo estamos aún sus consecuencias.

Continúa el vidente diciendo que esa guerra llevaría sus estragos por todas partes y que la acompañarían la peste y otras plagas, que esparcirían el terror por todos lados. De los estragos de la guerra no hay que hablar. Están en la conciencia de todos, por ser muy recientes, y de la peste, que con el nombre de grippe, infestó a toda Europa en los últimos meses de la guerra y en los primeros de la post-guerra, hay bien pocas familias que no conserven, de tal calamidad, un recuerdo luctuoso.

Sigue diciendo el vidente: "el fanatismo de las falsas creencias y de los partidos intolerantes llenarán de víctimas muchos países".

Esto se cumplió en Rusia desde la aparición del bol-

chevismo en aquella desgraciada nación. Por millones se cuentan las víctimas sacrificadas por el nuevo régimen. Sus partidos no admiten la convivencia al modo de los partidos clásicos de las verdaderas democracias. Los partidos marxistas son completamente intolerantes; por eso son exclusivistas, tendiendo a la destrucción de todo otro partido que no comparta sus ideales y preconizando la supresión del adversario por medios políticos o por la guerra.

Lenín mató a todos los otros partidos después de haber triunfado en la revolución de octubre de 1917. Y no contento con ejercer sus actividades en la inmensa Rusia, extendió su influencia a Alemania, provocando en ella la revolución espartaquista con todo su cortejo de víctimas. La extendió a Hungría en donde el sanguinario Bela-Kun sembró el llanto y la desolación durante su efímero reinado. Y llegó a Méjico la influencia del monstruo. Y continúa extendiéndose por el mundo, cebándose en estos momentos en España, en la cual, sin embargo, se le está hiriendo de muerte. Se cumplió, o mejor, comenzó a cumplirse, la profecía del vidente en Rusia, siguiendo Alemania, Hungría, Méjico, China, ahora España, etc.

Notemos, no obstante, lo siguiente: "la Iberia será el asilo de todos los proscritos". Continúa hablando el vidente: "los católicos, huyendo del furor de sus enemigos, se refugiarán en España".

Según estas afirmaciones, la persecución será tan fiera en el exterior, que los proscritos buscarán asilo en España; los católicos, perseguidos por los partidos intolerantes, se refugiarán en España. Luego, en primer lugar, España ofrecerá seguridad; luego habrá en ella tranquilidad; luego la lucha de que habla el párrafo tercero, y en la cual estamos empeñados, habrá terminado con el com-

pleto triunfo de los buenos. Este es, desde luego, un suceso futuro para nosotros. (Hoy ya es pasado, gracias a Dios). Luego el vidente, al hablar de los estragos de los partidos intolerantes, no se refiere solamente a lo ocurrido en Rusia, Alemania, Méjico, España...; se refiere más bien, y principalmente, a luchas y persecuciones más generales y ahora futuras. Esta deducción aparece muy clara del párrafo siguiente. Vamos a comentarlo ahora.

Terminemos este párrafo cuarto con la afirmación que el vidente hace de que esta emigración prodigiosa aumentará la grandeza de España. Es muy natural. Los proscritos que tengan que abandonar su Patria, traerán todos sus medios de fortuna, si no los han enviado delante de ellos al fraguarse la tormenta. Los católicos, perseguidos por sus creencias, harán lo mismo. Conociendo las artes y los métodos de todos los revolucionarios y viendo que en España la revolución ha sido expulsada para siempre del solar nacional, vendrán a España a refugiarse, a buscar protección y seguridad para sus vidas y haciendas. Y esto, claro está, acrecentará la riqueza pública y la potencialidad nacional.

El párrafo quinto es muy interesante. En él nos anuncia el vidente la llegada a los Pirineos de un Jefe poderoso a quien llama formidable gigante, que se acercará a la cordillera pirenaica al frente de innumerables huestes, nada menos que con el designio de conquistar la Península. Anuncia igualmente que le saldrá al encuentro, a tan formidable ejército, un guerrero que habrá producido el Tajo, y que será valiente como el Cid, y santo como el tercer Fernando. Este famoso Caudillo, comandando un ejército muy numeroso y aguerrido, irá a luchar con su

enemigo en nombre del Dios de los Ejércitos y en defensa de la Fe, cuyo estandarte enarbolará.

Esto es todo lo que dice el párrafo quinto. Fijémonos bien en él, porque este párrafo y el siguiente señalan el momento cumbre de la Revolución. Del resultado del choque de estos dos ejércitos depende el triunfo de la civilización cristiana o su derrota, que el mundo sea en adelante cristiano o comunista. Su suerte está en manos de España. Un Caudillo español y un ejército español luchan a la sombra del estandarte de la Fe contra el monstruo venido del Norte, que quiere hacer con España lo que, al parecer, ha hecho ya con otros muchos países.

Empieza diciendo Bug: "entonces el Tajo producirá un guerrero, valiente como el Cid y religioso como el tercer Fernando". Entonces, ¿cuándo? ¿Cuándo la guerra y la revolución estén devastando los demás países? ¿Cuándo ya la revolución se acerque, encarnada en ese formidable gigante, a la frontera pirenaica? No. El guerrero se habrá producido antes. Nótese que antes que la revolución devaste a Europa, devastará a España como hemos visto por el párrafo tercero. Entonces es cuando habrá tenido que surgir el Caudillo, el guerrero necesario para conducir a la victoria a los ejércitos de la Cruz. La lucha es armada; en ella interviene el ejército; luego, un Caudillo lo manda. Ese Caudillo, después de haber vencido a sus enemigos, pone orden en las cosas de España, y se prepara para más grandes empresas, porque, si el enemigo ha sido vencido dentro, continúa el acecho fuera.

En el exterior se produce una gran perturbación. ¿Empieza ésta por la guerra internacional o por el desencadenamiento de la lucha civil revolucionaria en distintos países, a la manera de España en la actualidad? Creemos más probable lo primero, y que la revolución sea consecuencia

de la guerra internacional. Recordemos que en el párrafo cuarto anuncia el vidente las luchas de los partidos intolerantes en muchos países, y que, como consecuencia de tales luchas, que producirán muchas víctimas, habrá una prodigiosa inmigración en España. Las guerras civiles, o mejor aún, las matanzas de personas de orden en esos países en que la revolución roja triunfa, están claramente anunciadas en ese párrafo cuarto; esas luchas pueden surgir, como en España, a consecuencia de un azar electoral conseguido por males artes, que no siempre pueden prevalecer. La revolución, queriendo convertir en eterno un triunfo tan fortuitamente logrado y cimentado sobre base tan movediza, planeará la supresión violenta de todos sus adversarios, que no tendrán más remedio que defenderse.

Pero puede surgir la guerra entre las naciones que tienen entre sí cuentas que liquidar, y puede la guerra europea tener una segunda etapa, separada de la primera por veinte años de armisticio, que no otra cosa fué el tratado de Versalles, inspirado por el miedo, más que por el odio. Vencidos y vencedores quedaron con las espadas en alto y cualquier incidente puede provocar la lucha, cuyas derivaciones son de cálculo muy difícil. Desde luego, la Revolución se aprovecharía de la debilitación de los Estados inherentes a una guerra de tales proporciones, y haría su agosto en el mar revuelto de todas las pasiones.

El desarrollo de los acontecimientos actuales hace desgraciadamente probable esta interpretación.

(Esto escribíamos en el verano de 1938. Hoy, agosto de 1940, ya vemos cómo se desarrollaron los sucesos. La guerra europea tiene su segunda etapa, que se abrió el 1.º de septiembre de 1939. El tratado de Versalles dejó una cuña en la Prusia Oriental. Esta fué una de tantas espinas que Alemania tuvo clavadas en sus entrañas desde 1918. Pil-

sudsky, el héroe polaco, reconocía que, si había de haber paz entre Polonia y Alemania, era preciso dar una solución al pasillo que partía por gala en dos la Prusia Oriental. Esta solución no se produjo y estalló la guerra que trae en su seno la amenaza de muerte para una civilización que costó sesenta siglos elaborar.)

De todo el párrafo quinto brotan dos afirmaciones: una, la de que un ejército poderoso avanzará hacia los Pirineos para apoderarse de la Península; otra, la de que España enviará otro ejército a cerrar el paso al invasor. La primera afirmación parte del supuesto de que en las luchas que anuncia el vidente en el párrafo anterior la revolución roja ha triunfado y se ha organizado, hasta haber formado un gran ejército; o esa revolución, organizada ya hoy en Estado, desencadenará la guerra con fortuna en los demás países y recogiendo en ellos los elementos necesarios, irá apoderándose de los no sometidos y en esta carrera llegará a los Pirineos.

Entonces el guerrero, que ya habrá surgido en España y que tendrá organizada a Iberia en Estado antirrevolucionario, reunirá en torno de sí innumerables huestes, es decir, levantará un ejército poderoso y con él y enarbolando el estandarte de la Cruz —lo que dará carácter a la lucha— irá al encuentro del ejército del Gigante, para deshacerlo en la batalla de los Pirineos, de la cual nos habla el párrafo siguiente.

¿Por qué a ese Caudillo le llama Bug el guerrero del Tajo? Puede ser porque sus más grandes hazañas hayan tenido lugar a las orillas del Tajo, o porque se haya consagrado como tal Caudillo después de alguna victoria obtenida en las márgenes de ese río, o en alguna ciudad que ese río bañe. Desde luego el Tajo revela al guerrero, que ya antes puede ser conocido; pero hazañas destacadas rea-

lizadas junto a ese río agrandaron su figura, acrecentaron su fama, aumentaron su prestigio y le convirtieron en el hombre de Dios, a quien las muchedumbres siguen, porque ven en él al elegido, al afortunado, al instrumento providencial de los planes divinos. Sus cualidades serán excelsas, porque de él dice el vidente que será valiente como el Cid y religioso como el tercer Fernando. ¿Qué más se va a pedir? Son las dos cualidades que necesita el conductor de muchedumbres que ha de destruir un enemigo poderoso y ha de instaurar un nuevo orden de cosas. Para lo primero, necesita la bravura del militar; para lo segundo, necesita la discreción del legista.

¿De dónde vendrá el formidable Gigante? Otras predicciones le llaman el Gigante del Norte. Por esta razón, allá por 1905, unos suponían que sería el Czar Nicolás II y otros el Kaiser Guillermo II. Los partidarios de la primera opinión se fundaban en que el Imperio ruso caía más al Norte que el alemán, y además en que en el párrafo último de su predicción dice Bug que el ejército vencedor llegará a las mismas orillas del Neva. En cambio, los partidarios de la segunda opinión se fijaban en el carácter pacífico de Nicolás, más aficionado a cultivar los goces familiares que a emprender campañas guerreras. Miraban luego a Berlín y veían al Emperador Guillermo preparando un gran ejército que **no concebía improducto** y contemplaban a ese ejército atravesando el Rhin en grandes y majestuosas formaciones, y lo veían llegar a París, luego de haber destrozado al ejército francés en los campos atrincherados de los Vosgos; y, ebrio de gloria y sediento de nuevas conquistas, le veían acercarse a los Pirineos.

Ahora, después de treinta años en que la Historia hizo un recorrido de siglos, se ve más claro sobre el particular. En ese lapso de tiempo ha caído el zarismo, que pa-

recía eterno, y la nación, en la cual no había logrado penetrar la Revolución francesa con sus nuevas ideas de democracia y de gobierno del pueblo por el pueblo, da un fuerte bandazo y de la autocracia pasa sin transición a la demagogia; de la autocracia zarista pasa bruscamente al régimen de Comisarios del pueblo, último eslabón de la larga cadena revolucionaria en los países democráticos. ¿Quién en 1905 y en 1906 había de pensar en que semejante cambio pudiese operarse en la Rusia de los Czares?

Y el bolchevismo nació allí con tal virulencia, que, considerando estrecho campo a sus actividades la inmensa Rusia, abriga sueños de dominación universal. Lo que, pues, se le aplicaba al Czar en la interpretación del vaticinio de Bug de Milhas, puede aplicársele al comunismo cuyos propósitos imperialistas son patentes. Tiene numerosos aliados en todas las naciones. Esos aliados antes son comunistas que patriotas. ¿No lo vemos en España? Nuestra guerra ha nacido entre dos gritos: el de ¡Viva España! y el de ¡Viva Rusia! Este segundo grito no lo daban al principio combatientes venidos de la estepa moscovita. Al principio, cuando aún no había extranjeros en las filas rojas, ese grito salía de labios españoles, de españoles espúreos desde luego, pero nacidos en España para desgracia y afrenta de esta gloriosa nación.

Lo que ocurrió en España, demuestra bien a las claras cuál es el patriotismo de los revolucionarios y lo que de ellos pueden esperar los diferentes países que se dejan dominar por el comunismo. Esto lo sabe perfectamente Rusia y por eso atiza el fuego de la revolución en todas partes como medio el más eficaz de extender su dominación.

Por todas estas consideraciones, por el modo cómo

van desarrollándose los acontecimientos y por lo que dice el párrafo siguiente sobre la llegada al Neva del ejército español, creemos que el formidable Gigante, venido del Norte, es el comunismo ruso.

Están ya frente a frente los dos ejércitos, el de la Cruz y el de Satán; van a medir sus fuerzas en los Pirineos. Si vence el de la Cruz, el orden cristiano se restablecerá en el mundo y con él se establecerá el reinado de Cristo. Si vence el de Satán, toda la tierra será un infierno. ¿Cuál vencerá? Nos lo va a decir el párrafo sexto de esta famosa predicción.

Este es el párrafo culminante de esta predicción y de todas las demás, porque todas desembocan en este acontecimiento.

Nos dice el vidente en este párrafo sexto que **los Pirineos serán testigos del combate más cruel que habrán visto los siglos.** Es muy natural que así sea, tratándose de una batalla decisiva en que se ventilan los intereses de toda una civilización. Se trata de decidir la suerte del mundo con arreglo a dos concepciones antitéticas que luchan hasta la supresión de una de las dos, y es forzoso que el combate, que señala el último episodio de esta lucha, sea particularmente cruel y terrible.

Dice el vidente que **la tierra temblará bajo el peso de los bélicos aparatos.** Esto, no sólo demuestra la preparación de los combatientes y su gran disponibilidad de medios, sino el espíritu profético del vidente. Cuando él veía la batalla hace cien años, ¿qué aparatos bélicos había? Unos cañones ligeros que fácilmente transportaban mulos. Y el profeta alude plenamente a máquinas de guerra numerosas y pesadas que rodarán por el monte penosamente haciendo retemblar, con su trepidación, el suelo

en que se muevan. Hoy tenemos los carros de asalto, los tanques, que vienen a ser castillos de hierro en movimiento; tenemos los formidables tractores encargados de arrastrar cañones pesadísimos, máquinas automáticas que, aunque más ligeras y de más fácil transporte, por su número prodigioso pueden figurar entre esos trepidantes aparatos de guerra; tenemos camiones de gran capacidad de transporte, moviéndose vertiginosamente detrás de la línea de vanguardia para llevar de un lado a otro la vida febril de la guerra... Todo esto hace temblar verdaderamente la tierra en el campo elegido para darse una gran batalla. Todos estos formidables aprestos de guerra se reunirán por uno y otro bando para dar esa gran batalla que ha de decidir los destinos del mundo.

El vidente sigue precisando: **Tres días durará la batalla.** Es bastante para la mortandad que ha de producir. Será poco para las enormes proporciones de la misma y sus consecuencias. Será realmente una misericordia de Dios que dure tan poco. Pues así será.

En las palabras siguientes indica el vidente que el resultado de la lucha va inclinándose a favor de los españoles. **En vano el temible Gigante querrá animar a los suyos y restablecer el combate...**; luego los suyos decaen, luego el combate afloja por parte de los malos, cuando necesita ser restablecido.

Inmediatamente el vidente indica la causa de la inutilidad de los esfuerzos del Gigante diciendo que **el dedo de Dios señaló ya el fin de su reinado.** Hay que tener en cuenta que los malos imperan por permisión divina, para depuración de los buenos, y Dios señala los límites de esa dominación en el espacio y en el tiempo, en la intensidad y en la extensión. No se mueve la hoja del árbol

sin su permiso. Y los más poderosos de la tierra son para Él menos que la gota de rocío.

Señaló, pues, con su dedo omnipotente, el fin del reinado del temible Gigante y éste caerá cuando más próximo crea el triunfo definitivo, **sucumbiendo a los filos de la espada del nuevo Cid,** concluye el vidente.

El español obtendrá, por tanto, una gran victoria. El aparatoso ejército del Gigante se habrá deshecho como la espuma. Cristo habrá reducido a Belial, como no podía menos de ser; y el Cristianismo quedará dueño del mundo, eliminado su terrible enemigo, la Revolución, por obra de España.

En el párrafo séptimo y último nos habla el vidente de las actividades del ejército victorioso después de tan gran victoria. No se volverá para casa ese ejército; no serán licenciados sus soldados, sino que, guiados por su Caudillo y protegidos por el Supremo Hacedor, atravesarán provincias y mares, es decir, irán restableciendo el orden por donde ha pasado la Revolución como una ola devastadora. El orden que instaurará será eminentemente cristiano. (No hay, ni puede haber verdadero orden, si no es en Cristo).

Llevará el estandarte de la Cruz hasta las orillas del Neva, lo cual quiere decir que todo lo irá poniendo a la sombra de la Cruz y que en sus correrías triunfales llegará a Rusia, a San Petersburgo, por donde desemboca el Neva. Y esto también nos quiere decir que de allí procedía el Gigante y que hasta allí hubo que ir persiguiendo al enemigo que escapaba, para acabar de reducirlo y vencerlo. Rusia, liberada de la pesadilla comunista, se convertirá al catolicismo. Para esta conversión se está preparando con la purificación actual en que van desarrai-

gándose viejos prejuicios cismáticos, removiéndose obstáculos tradicionales, que, de continuar, hubieran hecho humanamente imposible esta conversión. ¿Sería posible la conversión de Rusia, si antes no hubiese desaparecido el zarismo con todas sus instituciones? La corte zarista era, desde Pedro el Grande, el sostén del cisma. Era tan difícil al catolicismo entrar en Rusia como en cualquier país del Islam. Tuvieron los católicos polacos más que padecer de parte de Catalina, que de los protestantes prusianos. El cisma era en Rusia algo consustancial a la política zarista. Había muchos intereses creados alrededor de la famosa **ortodoxia** rusa, y había que echarlos abajo para, en los planes divinos, preparar la conversión de Rusia a la verdadera, a la auténtica ortodoxia cristiana, que es la Católica, la que tiene por centro a Roma. De este menester se encargó el bolchevismo. El revolvió, arrancó, destruyó, quemó, pulverizó y aventó. Dejó limpio el solar. Pronto irán los agricultores a sembrar y a plantar. Pronto irán los arquitectos a levantar los nuevos edificios.

El ejército victorioso, encargado de pacificar, llevará consigo a los obreros de la paz, que irán derramando, detrás de las falanges vencedoras, los beneficios de la civilización cristiana.

Así termina esta predicción tan completa y tan concreta en lo que se refiere a la doble revolución española, a la guerra europea, al gran cataclismo y al papel decisivo que España ha de desempeñar en la restauración del orden perturbado.

En cuanto a la concordancia de esta predicción con las anteriores, nada hay que decir. Salta a la vista. Como todas las demás, nos habla primero de la tempestad, luego

de la bonanza; primero, de la lucha; después, del triunfo. Los enemigos nos perseguirán, pero serán vencidos. De una gran batalla nos habla expresamente Sor Catalina Emmerich en el párrafo tercero, pero sobre todo en el octavo de sus visiones. Santa Brígida llega a concretar que la lucha terminará por obra de un español. Bug de Milhas, confirmándolos a todos, señala el lugar de la batalla, su duración, el origen del gran Caudillo, el total descalabro de los enemigos y su persecución por el ejército cristiano hasta la completa destrucción de sus últimos restos.

I

PREDICCIÓN DE UN ALMA SANTA

"...Dí a los españoles que no teman, que estoy con ellos. Que después de todo esto vendrán días de mucha gloria para mí. Que practiquen bien la infancia espiritual, abandonándose en mis brazos. Vendrá un triunfo como no podéis ni soñarlo".

II

COMENTARIO

Estas son palabras que el mismo Corazón de Jesús dijo, a poco de ser instaurada la República en España, a un alma de mucha intimidad con él.

Así lo atestigua el "Granito de Arena", dirigido por el entonces Obispo de Málaga, después de Palencia, en su número 569, correspondiente a la primera decena de julio de 1931, en la cual aparecen las palabras transcritas.

Además de la autoridad que les presta el prestigio del celosísimo fundador y Moderador de las Marías de los Sagrarios-Calvarios, aparecen esas palabras avaladas por el tiempo y los acontecimientos.

Fué grande el aturdimiento que se apoderó de los ca-

tólicos españoles al caer sobre ellos, como un bólido, la República. A todos cogió de sorpresa acontecimiento tan siniestro. A pesar de lo mucho que se movían los republicanos, nadie creía, por lo pocos que eran y el descrédito que los rodeaba, que fueran a triunfar tan pronto y a derrotar, ellos que no representaban nada ni a nadie, a una monarquía que estaba enraizada en una historia de quince siglos, que había visto nacer a España y la había amamantado, que la había coronado de gloria en sus siglos de mayor grandeza y que había contenido con esfuerzos sobrehumanos —entre los cuales colgaban algunas veces trozos de dignidad rota— el proceso de disgregación que tuvo su desarrollo en el siglo pasado y en el cual trabajaban afanosamente todos los elementos revolucionarios, desde los más moderados hasta los más exaltados. Sólo una ola de locura, pasando por la planicie y otra de miedo, pasando por las alturas, pueden explicar el extraño fenómeno de la instauración de la República en España en 1931.

Fué necesario que una multitud de monárquicos perdiese, el 12 de abril de aquel año infausto, su sentido españolista y su conciencia de la gravedad del momento, para votar contra la tradición de España, contra los forjadores de la grandeza de España, contra la encarnación de sus más altos y sólidos prestigios, y cambiar todo aquello, ¿por quién? Por la soberbia y el despecho, por los elementos más activos del proceso de disgregación, por los eternos derrotistas, carroña roedora del prestigio de España, y por los que pronto habían de incendiar conventos e iglesias y habían de organizar asesinatos desde donde hay obligación de proteger al ciudadano.

Por todo esto votaron el 12 de abril de 1931 muchos hombres graves, sesudos, encanecidos en el estudio del

derecho político; y lo hicieron alegremente, confiadamente, puerilmente...

A esta ola de locura, que pasó por el cuerpo electoral de las grandes poblaciones, correspondió otra de miedo que hizo perder la serenidad en las alturas.

En un régimen mayoritario en que no cuenta la calidad sino el número, se dió, por una ironía del destino, más importancia a aquélla que a éste, sólo se computaron, para el resultado final, los sufragios de las agrupaciones cultas, quedando postergados los de las poblaciones rurales, como si en éstas no hubiese ciudadanos y con más sentido común, en aquella ocasión, que el que había presidido la emisión del voto en las grandes urbes. Y entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir.

El ataque era a la persona más que a la institución. Querían vengarse los políticos monárquicos de siete años de alejamiento del poder. No importaba que hubiesen sido siete años de prosperidad económica y de tranquilidad social, no interesaba que en ese septenio se hubiese liquidado honrosamente la ya endémica guerra de Marruecos y se hubiese acrecentado el prestigio internacional de España. Lo **grave**, lo **gravísimo** había sido el menosprecio de determinados artículos de la Constitución, más sagrada para esas vestales de la legalidad política que toda ley natural y divino-positiva y que los supremos intereses de la Patria, manifiestamente favorecidos con aquella suspensión temporal de esos artículos constitucionales.

Y para castigar tanto patriotismo y tan clara visión de las conveniencias de España, se dió un salto en las tinieblas y se votó la República.

La persona atacada se marchó. No le cabía hacer otra cosa pensando en digno y en patriota.

Si el ataque fuese a la institución, debería repelerlo. Si

el ataque fuese a todos los intereses que la institución representaba, debería luchar hasta la muerte por defenderlos, estando dispuesto a perecer con los suyos entre los escombros de la monarquía, antes que huir cobardemente. No haría en esto más que imitar el gesto de su antepasado el Rey-Sol, cuando le dice al Mariscal Villars: "Si te derrotan nuestros enemigos me lo dices a mi solo, para hacer una leva entre mis súbditos y morir con mis últimos soldados entre los escombros de la monarquía". Pero el ataque era a la persona y partía de los monárquicos. Esta tenía en frente de sí, no sólo a los enemigos de siempre, sino a los leales de la víspera. En tales circunstancias, ¿era prudente la resistencia? ¿Era delicada? Derramar sangre sólo por sostener una persona, ¿no sería considerado como un crimen?

Lo prudente, lo delicado, lo patriótico fué lo que hizo. Aquel gesto, incomprendido por muchos, reveló un gran patriotismo, una gran delicadeza y una visión clarísima de la realidad.

La República nació en España en medio de una gran paz y quiso apuntarse este mérito el nuevo régimen. Entran los ladrones pacíficamente en una casa previamente desalojada; ¿a quién se debe esta entrada pacífica? ¿A los ladrones que han entrado con sus pistolas montadas, o al dueño que previamente se marchó para evitar una inútil efusión de sangre?

La ola de locura continúa envolviendo a los españoles en las primeras semanas del régimen republicano. Eran pocos los hondamente preocupados por un porvenir que ofrecía los caracteres más trágicos.

Sin embargo, el resplandor de los incendios del 11 de mayo, al mes escaso de República, empezó a iluminar algunas mentes oscurecidas y la euforia comenzó a trocarse

en inquietud. Vino la Asamblea Constituyente, salió la Constitución republicana, comenzaron las persecuciones descaradas contra la Iglesia y contra la propiedad, y entonces el velo se descorrió del todo y los cándidos empezaron a decir: ¡no era esto! ¡no era esto!

En aquel desconcierto general el Corazón de Jesús trató de tranquilizar a los suyos. Por medio de un alma de su mayor intimidad les hizo saber que no **temiesen, que estaba con ellos.** Podía suponerse que nos había abandonado a todos al dejarnos a merced de nuestros enemigos, que nos rodeaban por todas partes, provistos de todos los medios de persecución. Para desvanecer estos temores que pudieran asaltar a los pusilánimes y poco providencialistas, el mismo Corazón Deífico da seguridades de que continúa velando por nosotros y de que nuestros enemigos no podrán perseguirnos más allá de los límites que Él les haya señalado. Y los providencialistas respiraron llenos de optimismo, mirando al cielo, "en donde está su Dios, cuyo poder es igual a su querer".

Para animarles más, les anuncia su triunfo, diciéndoles: **Vendrán días de mucha gloria para Mí.** Para el cumplimiento de esto tenía que pasar aquella tormenta, tenía que caer aquella situación y tenían que subir a la dirección del Estado hombres muy del Corazón de Jesús, que le diesen mucha gloria con sus excelentes ejemplos, con sus leyes cristianas, con su represión enérgica del mal, con la cristianización del ambiente social...

Días de mucha gloria para Mí. Luego lo posterior sería mucho mejor que lo anterior. La gloria que en la situación futura se le había de dar al divino Corazón sería superior a la que se le había dado en pasadas situaciones cristianas. Y anunciar esto cuando nos cercaban enemigos por todas partes, cuando éstos se habían apoderado de

las riendas del Poder, cuando por todos los medios a su alcance querían borrar el amor al Sagrado Corazón de todos los pechos y el nombre de Cristo de todas las conciencias, después de haberlo expulsado de las leyes y de la enseñanza y de todas las manifestaciones de la vida pública, era francamente alentador y abría el espíritu a toda esperanza. Esto demostraba que si Dios permitía todo lo que en España había venido, era para purificarla, no para abandonarla. Su promesa de reinar en España flotaba intangible por encima de la tormenta y la palabra del divino Corazón, más firme que la tierra y el firmamento, debía cumplirse. ¿Quién no había de sentirse optimista, aun en tiempos tan aciagos, teniendo a la vista esta confirmación de las promesas divinas manifestadas a través de tantas predicciones?

Pero, ¿por dónde vendría el remedio? Queremos inquirir los planes de Dios hasta en sus más mínimos detalles. Sin embargo, El nos trazó la norma a seguir cuando nos dijo: **que practiquen bien la infancia espiritual, abandonándose en mis brazos.** Según estas palabras, que eran una promesa y una esperanza, debiéramos habernos limitado al cumplimiento exacto de nuestro deber, sin sentir inquietudes ni temores, con lo que nos hubiéramos evitado desilusiones y amarguras de fracaso.

Ante el peligro espantoso que se corría, se pensaba en los remedios más inverosímiles. Cuando las elecciones para la Asamblea Constituyente, fueron muchos los derechistas que dirigieron su vista y pusieron su esperanza en un hombre de terribles antecedentes revolucionarios, pero dotado de sentido político y patriótico y a quien se consideraba capaz de refrenar los ímpetus de la fiera que había amamantado en sus mocedades. Pero la fiera, ad-

vertida y aleccionada, afiló los colmillos contra su antiguo señor, y no queriendo destronarle por un resto de su pasado respeto, se contentó por el momento con inutilizarle, envolviéndole en las mallas férreas de un artículo constitucional (1) forjado sólo contra él.

Inutilizado así el "mesías" de muchos hombres de orden, se pensó en un General prestigioso, que cortase con su espada el nudo gordiano que nadie podía desatar. Pero la hora de Dios no había sonado y tuvimos el desdichado **diez de agosto.**

Fracasada una solución de izquierda, relativamente moderada, y una solución militar, sólo quedaba dar calor a una naciente fuerza política, auténticamente derechista, que por las vías legales, abiertas por la Constitución, franquease algún día a hombres de orden las puertas del Poder. El intento era generoso, cristiano y patriótico. Cambiar aquel estado de cosas, tan nocivo a los intereses de la Religión y de la Patria, de un modo incruento, sin poner nada en peligro, siguiendo las rutas que marcaban las leyes, y hacer desembocar todo en un nuevo Estado cristiano y español por medios pacíficos, por caminos exclusivamente políticos..., era todo lo que se podía desear y demasiada felicidad para aquellos tiempos de infortunio.

Las agrupaciones de derecha fueron adquiriendo una preponderancia extraordinaria; se sumaron miles y miles de votos; llegaron a tener una influencia poderosa en el Parlamento, no omnipotente, sin embargo; y se creyó que su triunfo en unas nuevas elecciones sería absoluto. Pero el incumplimiento de sus deberes constitucionales por parte de quien había sido censor de la monarquía,

(1) Era el artículo 75.

torció el curso de las cosas; el orden público no estuvo al servicio de la legalidad; se produjeron muchas abstenciones, muchas falsificaciones, y a favor de unas precipitaciones que acabaron de llevar la confusión a los organismos electorales, obtuvo el Frente Popular un triunfo raquítico, que la Comisión de Actas procuró fortalecer con sus injustos fallos.

Cortadas las esperanzas de un cambio de situación por causas extrínsecas al plan que se había trazado y seguido, el horizonte se cerraba por todas partes, la persecución arreciaba, la congoja iba en aumento y no se veía solución clara.

Una juventud valerosa moría heroicamente en la calle y tonificaba con su gallardía aquel ambiente enrarecido, en el cual se veía siempre flotando una interrogación inquietante: ¿Qué desenlace tendría todo aquello? ¿Morirían todos los buenos españoles a manos de sus enemigos?

Un triunfo político se había hecho completamente imposible, porque todos los organismos políticos habían quedado aprisionados entre las mallas del Frente Popular, empezando por su vértice, el Presidente de la República. Nadie podía ya romper ese círculo de acero.

En triunfo militar era difícil soñar, por los medios poderosos que un Estado moderno pone en manos de un Gobierno. ¿Por dónde vendría la solución?

El malestar, siempre creciente, fué cargando la atmósfera, fué llenando de indignación los pechos; un crimen perpetrado y otros muchos en proyecto fueron el grito de guerra, y surgió el Movimiento Nacional.

Un General prestigioso y de inmaculados antecedentes se puso al frente del ejército colonial, más que suficiente para resolver en días la situación de España. Pero

fallan los medios de transporte y esto complica enormemente el problema. Mas la hora de Dios ha sonado, y no habrá dificultades insuperables para la grande empresa. Esta triunfa y está llevando a cabo la salvación de España.

Trazados los primeros rasgos del proceso evolutivo que siguió la política durante el período republicano, veamos ahora el mandato del Corazón de Jesús sobre la infancia espiritual.

Si todos hubiésemos practicado bien esa infancia espiritual, abandonándonos en los brazos del Corazón de Jesús, ¿no es verdad que nos hubiésemos ahorrado muchas inquietudes y las cosas hubieran resultado lo mismo? ¿No es verdad que todo lo humano ha fracasado? ¿No es inverosímil que hayamos llegado al estado actual de potencia y de fuerza, habiendo empezado como hemos empezado?

Al principio del Movimiento, en unos puntos se triunfó con escasos medios y en otros no se triunfó con bastantes más. El dedo de Dios lo estaba dirigiendo todo por el camino de la depuración. "A Dios rogando y con el mazo dando", dice el refrán; pero el hombre debe arrojarse en los brazos de Dios, como niño. Si como niños inocentes nos hubiésemos arrojado en los brazos de la Providencia desde los primeros días de la República, hubiésemos hecho esa travesía tormentosa con gran tranquilidad, aun en los trances más difíciles.

Y esa tranquilidad con su confianza quería concedernos el divino Corazón de Jesús al hacernos esa **recomendación** en julio de 1931.

Nos anuncia finalmente el gran triunfo. **Vendrá un triunfo como no podéis ni soñarlo.**

¿Qué dicen a esto los pusilánimes? Ha pasado la tormenta, han visto los horrores de la persecución, han salido indemnes de ellos por el triunfo cuya gestación estamos presenciando, han visto cómo la infancia espiritual prosperó y vino la solución por mano de la Providencia; ¿pueden aún dudar? Habría que decirles: **hombres de poca fe, ¿por qué dudáis?**

Esta predicción concuerda con todas las demás en anunciar la persecución de la cual habla como de cosa presente, en desarrollo; **que no teman, después de esto vendrán...**

Después anuncia el triunfo, y no como quiera, sino un triunfo muy grande, no soñado, no imaginado; **un triunfo, como no podéis ni soñarlo.**

Fingidlo todo lo grande que podáis. Siempre os quedaréis por debajo de la realidad. Así es de generoso el Sagrado Corazón en el cumplimiento de sus promesas. Los que hayáis llegado hasta aquí, ya adivinaréis cuán grande va a ser el triunfo que Dios va a conceder a nuestras armas.

(Esto decíamos en la primera edición. Ahora tenemos que dar gracias al Sagrado Corazón por ese triunfo tan ansiado, que es hoy un hecho consolador que nos permite vivir tranquilos y mirar al porvenir con serenidad, y más que con serenidad, con la alentadora esperanza de ver este triunfo ensanchado).

I

PREDICCIÓN DEL PADRE PALAU

"...Vendrá la guerra europea y mundial; vendrá en España la República; correrá la sangre y empuñará finalmente el cetro uno que dirá: Dios, Patria y Rey..."

II

COMENTARIO

El P. Palau es un carmelita descalzo, que nació en Aytons (Cataluña), en el año 1811, y murió en 1872. Hombre de vida muy santa, fundó el Instituto de las Carmelitas descalzas de la caridad en que juntó el amor y penitencia de Santa Teresa de Jesús y la actividad de San Vicente de Paúl. Dotado de entereza apostólica, reprendió las faltas que veía en los defensores de la tradición y anunció que por entonces no vendría la victoria, sino la derrota y el destierro. Todo se confirmó.

Predice después la guerra europea, y viene ésta a confirmar la predicción a los cuarenta y tantos años de haber sido hecha. Nadie, antes de 1872, podría prever la guerra de 1914 cuando los políticos y diplomáticos estaban al principio de este año empeñados en negar su proximidad.

Predice igualmente el advenimiento de la República en

España y viene. Y hay que ver con qué sorpresa de todos advino, hasta de los mismos republicanos, que no contaban con ella en aquella ocasión. Predice también que con este motivo correría mucha sangre y también en esto acertó desgraciadamente el buen Padre. Aún están enrojecidos los campos de España de la sangre vertida a torrentes desde junio de 1936 a abril de 1939.

Por fin, dice el P. Palau que empuñará el cetro uno que dirá: Dios, Patria y Rey. Con esto quiere decir que tendrá por lema el de la Tradición.

Pero analizando un poco estas palabras, ¿qué sucesos políticos tienen que operarse en España para que esta última parte del vaticinio del P. Palau tenga cumplimiento? ¿Es necesario que empuñe realmente el cetro y que tenga honores mayestáticos el que esté al frente de los destinos de España, o basta que ejerza de hecho autoridad monárquica, con tal que toda su legislación se conforme a los ideales religiosos y patrióticos que constituyeron el nervio de nuestras tradiciones del siglo de oro?

Desde luego se cumpliría mejor, si juntásemos las apariencias con la realidad. Pero de tener que separar ambas cosas, se cumpliría con la realidad, no con las apariencias.

Los que estuvieron soñando con una restauración integral de nuestras tradiciones, no sólo quieren la restauración del contenido, sino la del continente. Quieren ver restauradas las esencias de la Tradición y quieren verlas conservadas en el ánfora majestuosa de nuestras formas tradicionales. Quieren que la majestad exterior corresponda a la majestad de los ideales soberanos que hicieron a España nación señora de sus destinos, apóstol del Universo y soberana de dos mundos.

Otros, amantes también de las glorias patrias, pero

más modestos en sus exterioridades, se contentan con salvar el contenido sin importarles gran cosa la prestancia del continente.

Los deseos de estos últimos cumplirían también la profecía. Tengamos en cuenta, para la inteligencia de esto, que los videntes emplean el lenguaje propio de su época y que los términos cambian permaneciendo idénticos los conceptos. Cuando el P. Palau escribía, el que ejercía autoridad suprema empuñaba el cetro y se llamaba rey. Ahora aparecen los caudillajes con autoridad aun más fuerte que las de los antiguos reyes y con más poderes concentrados en sus férreas manos. Tienen, por consiguiente, de los reyes toda la autoridad que éstos tenían, y aún reforzada, aunque su mano no empuñe vara de oro; y tienen de ellos la unidad de poder, aunque sus sienes no estén ceñidas por la diadema.

Recordemos que la profecía mesiánica de Jacob se consideró incumplida hasta los tiempos de Herodes, a pesar de haber faltado reyes en Judá desde unos 500 años antes. Esto demuestra el que el cetro sobrevive a su símbolo áureo con tal que se salve la soberanía. Esta se salva después de la cautividad de Babilonia con la restauración de la nación judaica, al frente de la cual hay príncipes y caudillos, hasta que Herodes es hecho rey por el Senado romano. Herodes acaba, por el asesinato, con los últimos príncipes de la casa de Judá, matando a Aristóbulo, a Antigono y al anciano y mutilado Hircano, y siendo a la postre reconocida su realeza por los judíos a los treinta y un años de su feroz reinado. Nace entonces el Mesías y la profecía de Jacob queda cumplida.

Una cosa es, pues, la autoridad soberana y otra los atributos de la misma.

Esto nos demuestra que, tanto en la interpretación de

las profecías como en la espera de su cumplimiento, tenemos que estar dócilmente a la voluntad de Dios. No debemos ligar el cumplimiento a la concepción que previamente hayamos hecho de las profecías porque pudimos equivocarnos en las modalidades. Acordémonos de los judíos carnales.

El Señor nos comunica sus designios por medio de sus confidentes para alentarnos, y nosotros debemos, como niños, abandonarnos a la divina confianza, seguros de que esos designios se cumplirán en lo substancial, aunque fallen algunas modalidades, fruto de nuestros prejuicios de partido y de bandería.

Pero lo que importa es que se salve lo substancial, sea cualquiera la forma o molde en que esta substancia haya de vaciarse por ministerio de la Providencia.

Lo para nosotros más interesante es que el P. Palau anuncia, después de la República, la guerra civil, y después de ésta el triunfo, que ya hemos conseguido; y que este triunfo se consolidará con la realización del programa de la Tradición y que se sublimará con la elevación del destino hispánico.

Para la obtención de ese triunfo Dios ha escogido un instrumento, en cuyas manos quiso poner los destinos hispanos. El deber, por tanto, de los españoles, en la hora presente, es apretar los cuadros en torno del forjador de la victoria, para, entre todos, restañar las heridas de la guerra, recobrar las energías perdidas, descubrir y centuplicar las fuerzas latentes de la Patria y marchar en apretado haz por el camino de la grandeza, pensando en que tal es la actual voluntad de Dios cuyos mandatos soberanos debemos acatar en cada instante y sabiendo que esto es lo mejor para su gloria, para la Patria y para nosotros mismos.

I

PREDICCIÓN DEL VEN. P. JACINTO COMA

"...Y nuestra pobre España, que palmo a palmo ha sido conquistada por la Cruz, se ha convertido en un pueblo de ilotas, que corre al precipicio y lucha por romper, con sus tradiciones, su historia y su propia manera de ser. La negación del principio de autoridad en política ha producido necesariamente la negación del mismo en religión.

Así, pues, no os asombre si véis un joven e inexperto monarca derribado de su trono por maquinaciones tenebrosas, buscando asilo en la Ciudad Eterna; no os asombre si véis la vana e ignorante impudicia de una mujer derribada por los mismos que de ella han participado, buscando un triste asilo en un foco de corrupción; y no os asombre si véis el orgullo y la hipocresía que debían su elevación a la espada, recurrir más tarde, aunque inútilmente, a la misma espada para sostenerse; no os asombre si véis la flaqueza, ya precozmente maliciosa, derribada por los mismos que derribaron la vana e ignorante impudicia de una mujer; no os asombre, en fin, si véis a un ladrón coronado caer ignominiosamente en el momento mismo en que, si bien forzado, va a consumar un nuevo robo sacrílego.

...La Providencia se reserva un medio imprevisto que

hará de un solo golpe lo que, según el curso natural de las cosas, pediría mucho tiempo. Entonces será cuando los hombres abrirán los ojos a la realidad y todos se levantarán contra los usurpadores y detractores de la humanidad."

II

COMENTARIO

Esta predicción está tomada de un sermón que el Venerable P. Coma predicó en el año 1849 a las religiosas de la Inmaculada Concepción de Manresa.

El P. Jacinto Coma fué un santo religioso Franciscano del siglo pasado, muerto en olor de santidad.

En esta predicción va señalando, acontecimiento por acontecimiento, el camino a recorrer por la historia de España, desde que hace su vaticinio hasta el momento presente en que se inicia la verdadera restauración.

Primeramente comienza por reprochar a los españoles su empeño en apartarse de los caminos tradicionales de España, renunciando a su manera de ser y ansiando europeizarse; queriendo el buen Padre contener la anarquía política, les dice a los españoles que ésta traerá detrás la anarquía religiosa. Inmediatamente se mete en la parte profética y dice: "No os asombre si véis a un joven e inexperto monarca derribado de su trono por maquinaciones tenebrosas, buscando un asilo en la Ciudad Eterna."

Con estas palabras anuncia el efímero reinado de Amadeo de Saboya, posesionado del trono de España el 2 de enero de 1871, y al que abdicó el 2 de febrero de 1873,

obligado a ello por las intrigas de que era víctima y la oposición que desde las sombras se hacía a la marcha de sus Gobiernos.

Luego anuncia la caída de Isabel II, derribada por los mismos que de ella participaron y buscando asilo en un cofo de corrupción, con lo cual quiso designar el vidente a París.

Efectivamente vemos a Isabel arrojada del trono por Serrano y sus cómplices, que antes habían convivido con ella y recibido favores de su regia mano.

Choca un poco que el vidente no guarde en el vaticinio el orden cronológico de los sucesos. Ello puede ser debido a querer unir los acontecimientos de familia, enlazados, además, por las mismas causas.

Anuncia después la restauración de 1874 al decir: "No os asombre si véis el orgullo y la hipocresía que debía su elevación a la espada..."

Llama orgullo e hipocresía a todo el tinglado de la Restauración, porque aquélla fué una restauración engañosa, no una restauración verdadera, como la que España necesitaba. Desaparecía la fachada republicana, que era sustituída por la fachada monárquica; pero los principios de la revolución quedaban en pie. Las libertades de pensamiento, prensa y reunión continuaban siendo el disolvente que había de carcomer el tronco añoso de la España tradicional. El sufragio universal, que en frase de Cánovas conduce fatalmente al comunismo, había de preparar pacientemente la hecatombe que estamos padeciendo. Sin embargo, la gente tan tranquila. Sobre la cumbre del Estado, en vez de una Excelencia, se puso una Majestad, los signos exteriores cambiaron todos; a las levitas sucedieron las brillantes casacas palatinas; los decretos eran firmados por un Rey, las Ordenes que se

titulaban reales se daban en nombre de su Majestad; en fin, había un mayor esplendor en todas las manifestaciones exteriores del Estado, había más orden en la Administración y una mayor seriedad en toda la vida oficial de la Nación; pero la revolución continuaba acurrucada, escondida debajo de todo ese oropel, de todo ese empaque de gravedad y autoridad.

El rey debía su autoridad a la Constitución. Verdad es que se anteponía la Gracia de Dios, pero era por una condescendencia con el pasado. La realidad era que esa autoridad se hallaba limitada, cercenada por los partidos políticos, únicos que gobernaban detrás de la regia pantalla. El rey venía a ser ante la sociedad el editor responsable de lo que hacían las mesnadas políticas. A éstas no las dejaba gobernar el pueblo cuando, por carecer de mampara, aparecían ante él al desnudo. Necesitaban guardarse detrás del armiño real para poder continuar engañando.

Por eso a este período llama el vidente **orgullo e hipocresía** elevados. No se refiere a las personas que encarnaban esta situación y que eran las primeras víctimas de los embaucadores.

Llegó un momento en que el artificio no daba resultado y había que apelar a la realidad de la vida para resolver problemas inaplazables de orden público, de conservación vital, de restañamiento de heridas que desangraban a la Nación... Y se apeló nuevamente a la espada.

Aquella situación debía su elevación a la espada de Martínez Campos y apelaba a la espada de Primo de Rivera para poder afrontar problemas básicos y contener la revolución que venía, que surgía pavorosa e imponente, porque nunca había sido expulsada del Alcázar.

Y el vidente, acertando una vez más, predice el fraca-

so de la Dictadura al decir que **inútilmente** se recurriría de nuevo a la espada.

Están muy recientes los hechos relativos a la Dictadura del General Primo de Rivera, y todos sabemos, por su desarrollo, que quiso expulsar a la revolución del solar patrio; pero la falta de una orientación ideológica firme y las timideces consiguientes a tales vacilaciones hicieron fracasar intentos generosos y una parte de España quiso buscar remedio a los males que se lamentaban en una exacerbación de sus causas, y por una corta y empinada pendiente se resbaló hacia la República.

EN PLENA REPÚBLICA

Estamos ya en pleno cambio de régimen, y sigamos comentando al vidente y viendo cómo acierta.

"No os asombre si véis la flaqueza, ya precozmente maliciosa, derribada por los mismos que derribaron la vana e ignorante impudicia de una mujer."

¿Quién es esa flaqueza, ya precozmente maliciosa?

Para contestar a esta pregunta, hay que contestar a esta otra: ¿Qué hecho destacado se produjo en las alturas del nuevo régimen en el sentido de derribar de su pedestal a quien estaba sobre él?

En el hecho anterior, no sólo se predice el fracaso de la Dictadura, sino la caída del régimen monárquico. Una cosa va unida a la otra. Es más; lo que el vidente percibe directamente es la caída de la situación creada en Sagunto, al decir que **inútilmente** se apelará a la espada para sostener lo que se cae. Luego aquello ya cayó cuando el vidente habla de la flaqueza derribada. Luego esa flaqueza derribada tiene que ser buscada dentro de la República. Ahora bien; hagamos un poco de historia.

En el último tercio de 1935 amenaza a las izquierdas un gran peligro: el de que un Jefe de derechas, de creciente prestigio en la Nación, y con la minoría parlamentaria más numerosa a sus órdenes, sea encargado del Poder y realice desde él todo el programa social que constituye el fondo de las aspiraciones obreras, con lo cual las masas se les escaparían a los partidos extremistas, que se habrían quedado con las manos vacías, sin ideales que explotar, ni siquiera los de forma de gobierno, porque todas las reivindicaciones sociales se habrían obtenido bajo el signo republicano, lo que, por otra parte, para esas masas ansiosas de una mayor justicia social, sería muy accidental. Y el inconveniente gravísimo para los izquierdistas, explotadores de las exigencias de la clase trabajadora, era que ese Jefe de derechas propugnaba la reforma constitucional para quitarle a la Ley fundamental de la República su carácter laico y anti-español, y lo malo para ellos era que en este punto concreto había, aún dentro de diferencias personales, puntos de contacto entre el citado Jefe derechista y quien en la República podía dar o quitar el Poder. Ante esta perspectiva la masonería puso en juego todos sus artificios para impedir el acceso al Poder pleno del personaje derechista, y trató de provocar unas prematuras elecciones generales, para las cuales se preparó con un plan perfectamente meditado, del cual era primer postulado la constitución del Frente Popular; el segundo era la victoria electoral; y el tercero, la dimisión forzada del Presidente de la República, para así lograr tener en sus manos toda la máquina política.

Hubo flaquezas frente a las amenazas; hubo malicia frente a lo que convenía hacer. El resultado de esto fué convocar, con la mayor inoportunidad del mundo, unas

elecciones y nombrar juez de campo a quien tenía marcado interés en el éxito de la jornada. Esto trajo consigo tremendas perturbaciones, de las cuales se aprovecharon los frente-populistas, para llevar adelante su programa hasta llegar al tercer postulado, arrojando por la borda con premeditación, nocturnidad, alevosía y hasta allanamiento de morada, al aliado de su táctica, aunque no de sus intenciones.

El primer Presidente de la República fué derribado, y no por enemigos personales, sino por la misma secta que había derribado sesenta y ocho años antes a Isabel II.

La masonería consideraba monstruoso que propugnase la reforma constitucional el que era Presidente en virtud de esa misma Constitución. La masonería quería entrañablemente a su engendro constitucional, en el cual fundaba las mayores esperanzas para lograr la descatolización de España. Por eso defendía a todo trance su intangibilidad, removiendo todos los obstáculos que encontraba en el camino.

Ahora ya podemos contestar a la pregunta que nos hemos formulado. Ahora ya sabemos quién es esa flaqueza maliciosa de que nos habla el vidente y que fué derribada por los hermanos de aquellos otros que en 1868 derribaron a Isabel II.

Continúa el vidente diciendo: **"No os asombre, en fin, si véis a un ladrón coronado caer ignominiosamente en el momento en que, si bien forzado, va a consumar un nuevo robo sacrílego."**

¿Quién es este ladrón coronado? ¿Se trata de un Rey auténtico, que haya usurpado un trono? ¿O se trata, más bien, de una metáfora, detrás de la cual se oculta un hombre con ínfulas mayestáticas, que ha entrado por la puerta falsa del latrocinio en el Alcázar en que reside?

Notemos, para contestar a esta pregunta, que el vidente emplea siempre el sentido figurado para designar al protagonista de sus acontecimientos, si exceptuamos el solo caso de D. Amadeo. Pero en los demás se fija en las características principales de la institución o de la persona.

En este último caso ocurre lo mismo. Es el carácter de la persona, son sus aficiones, sus tendencias, las que tiene en cuenta el vidente para definir al hombre.

Además hay que situar a este hombre entre la flaqueza derribada y el medio imprevisto que la Providencia se reserva y del cual vamos a hablar.

Con estos datos a la vista ya podemos adivinar de quién se trata.

Un ladrón coronado, o un ladrón con ínfulas regias. Un hombre colocado en la altura con pose regia, que se compagina muy mal con los imperativos democráticos de la República; pero, si no hay tratamiento de majestad, habrá relevo de la guardia. Si no hay corona, habrá doseles y pabellones en pisos altos a donde habrá que subir por majestuosas escaleras que sobrecogen de temor respetuoso al visitante. ¿No se ha pronunciado esta frase u otra equivalente? Hagamos otro poco de historia.

Ha caído el primer Presidente de la República. Ha sido lanzado del Poder por una Cámara que le debía su propia existencia. Cometió ésta una felonía, para asegurar esa existencia comprometida por un posible arrepentimiento.

Para asegurarse contra veleidades partidistas, el Frente Popular eligió Presidente de la República, en sustitución del caído, a su propio Jefe. Así quedaba todo el Poder en sus manos desde su más alta encarnación hasta su más modesto representante.

El Jefe de este partido, que se decía democrático, en

cuanto se vió en la cumbre del Estado, sintió el vértigo de las alturas, y, poseído de su grandeza, del Congreso en que tomó posesión de su mandato, se trasladó al Pardo, mansión regia que debía recibir al segundo Presidente de la República, por ser el único marco adecuado a su alta dignidad, que no podía arrastrarse por los prosaicos departamentos de un domicilio particular. Y aun ese Palacio no podía ser más que su mansión provisional. Su residencia definitiva sería el suntuoso Palacio de Madrid, y en él, no las habitaciones de un piso bajo que transitoriamente y de un modo vergonzante había ocupado el primer Presidente, sino las habitaciones de la Reina Cristina, y previamente restauradas y mejoradas, porque las habitaciones ocupadas en otro tiempo por la hija de cien reyes no estaban, en lujo y en confort, a la altura de las pretensiones del nuevo señor que iba a ocuparlas. A éste, decía la Prensa por entonces, le tiraba el Escorial, le tiraba Felipe II, de quien se sentía émulo.

Con razón, pues, le llama el vidente ladrón coronado; **ladrón,** porque roba el cargo; y **coronado,** por sus ínfulas mayestáticas.

Pero aún hay más en lo que se refiere a su escasez de escrúpulos para apoderarse de lo ajeno en el orden político. Habla el vidente de que este hombre caerá ignominiosamente, cuando, si bien forzado, va a cometer un **nuevo robo sacrílego.** Esto supone que ha cometido ya uno, y que por esto se le llama también ladrón. Ahora bien; recordemos la depredación de que se hizo objeto a los Jesuítas en el primer bienio republicano, cómo se les han arrancado sus bienes legítimos, y quién estaba al frente del Gobierno y del Parlamento dirigiendo y llevando a cabo este gran latrocinio, que, por tratarse de bienes eclesiásticos, era sacrílego. Aquí tenemos el

primer robo sacrílego cometido por él que había de ser ladrón coronado.

Recordemos ahora que, una vez exaltado a la Presidencia de la República, quiso poner un tono de moderación en la política laicizante, haciendo a un periodista extranjero la declaración de que se haría un alto en la persecución religiosa, contentándose la nueva situación con consolidar lo hecho en esta materia.

Pero la Presidencia proponía y la mayoría disponía. Precisamente en la última sesión que celebró el Congreso, antes del asesinato del Sr. Calvo Sotelo, se presentó en la mesa de la Cámara el proyecto de incautación de los últimos bienes de los Jesuítas. El nuevo robo sacrílego iba a consumarse con la forzada aquiescencia del Presidente, y **surge entonces el medio imprevisto que va a hacer de un solo golpe lo que, según el curso ordinario, exigiría mucho tiempo.**

Ya sabemos lo que pasó. Un asesinato perpetrado en la persona de un hombre público, que atraía hacia sí la atención de amigos y enemigos; de amigos para admirarle por su gran patriotismo, su intrepidez y su clara visión de la realidad nacional; de los enemigos, por ver en él el mayor estorbo para la realización de sus planes de desespañolización de España; las circunstancias de ese asesinato que hacían rebasar todos los superlativos de la perversidad; los propósitos que este asesinato revelaba en los criminales, cuya audacia, al enfrentarse con la recia y mundial personalidad del Excmo. Sr. D. José Calvo Sotelo, derribaba todas las barreras del respeto a la vida de los más íntegros y significados ciudadanos...; todo esto sacudió de tal modo las fibras del sentimiento nacional, en un movimiento de defensa de la propia vida y de los valores básicos de la Patria, que de todos los pechos dignos

salió este grito decisivo: **O morir con honra, o barrer de las esferas del Poder a la turba de criminales que acampó en sus alturas.** Y despierta la conciencia nacional, y se deciden los vacilantes, y comienza el Movimiento libertador, que está llevando a cabo la restauración de España.

Es que los hombres, como dice el vidente, **abrieron los ojos a la realidad y se levantaron contra los usurpadores y detractores de la Humanidad.**

El crimen cometido en la persona de Calvo Sotelo hizo rebosar el vaso de la indignación popular, hizo caer la venda de muchos ojos e hizo aparecer al desnudo a los detentadores del Poder y a los detractores de todos los valores humanos, a los que, en vez de ejercer la autoridad, se habían convertido en tiranos y a los que, en lugar de proteger al ciudadano honrado, lo buscaban en su lecho para asesinarlo con objeto de, al verse libres de adversarios, implantar el imperio del vicio y del desorden y acabar con la Humanidad.

Vamos a una total renovación de las costumbres políticas y sociales. Vamos a una nueva España, en que esta gran Nación verá reverdecer sus antiguas glorias, oreadas por las frescas y saludables brisas de un progreso sano que recoja todo el vigor del entendimiento humano que tiende a la perfección, y lo injerte en el viejo tronco de la Tradición para remozarlo y darle nueva vida, haciendo que sus ramas, llenas de lozanía, den nuevos y sabrosos frutos de prosperidad y de grandeza.

Y esta aspiración noble, que animaba a todos los partidos de derechas en España, no podía ser llevada a la práctica por medios políticos, sino mediante un largo y lentísimo proceso evolutivo que convertía en lejano y casi inaccesible el sueño dorado de la grandeza de España.

Pero el calvario sangriento que estamos pasando nos

lleva a una resurrección rápida y esplendorosa, que nos permitirá saborear rápidamente los sazonadísimos frutos de la total renovación de España.

La predicción del P. Coma, en su última parte, se está, pues, cumpliendo plenamente, como se ha cumplido en sus cinco partes anteriores.

Las cinco **"no os asombre"** se han cumplido al pie de la letra. Al quinto, cae ignominiosamente el ladrón coronado; se ve de repente, sin la mejor y más sana parte de España y sin la obediencia de la otra, que no obedece a nadie y de la cual es víctima, en vez de ser director. Tiene que andar escapado, de ciudad en ciudad, con el pavor en su rostro y con la angustia en su corazón. Odiado por los buenos españoles, vigilado por los malos y no amado por nadie, anda errante este triste personaje, huyendo de su propia sombra, que le recuerda constantemente los crímenes espantosos que bajo su reinado infernal se cometieron.

Ahora estamos en pleno cumplimiento de las últimas palabras de la profecía. Estamos subiendo hacia la cumbre de la grandeza de España por el atajo de una guerra muy dolorosa y muy cruenta, que es la pasión de España por su redención y de la Humanidad.

España se parece a Jesucristo. El Redentor sufre por la Humanidad y España también sufre por salvar al mundo. Claro que también sufre por ella misma, y en esto se distingue del divino Crucificado. Pero se le parece en todo lo que puede parecérsele.

Durante más de siete centurias sufre por salvar la civilización cristiana. Durante varios lustros sufre por salvar la civilización católica contra el protestantismo; y durante estos años cruentísimos sufre por salvar la civilización occidental. Pero esta lucha será corta y rica en frutos de salvación. Lo dice la Sulamitis en reciente revelación: "Es-

paña es la nación de los grandes destinos del Amor Misericordioso. La lucha del infierno contra Jesús será de corta duración, pero dura; y durante esta lucha entrará en funciones el mismo Arcángel San Miguel, y los que le invocaren y llevaren su imagen en casas y personas, serán inmunes..."

Estas palabras proféticas salieron en **El Siglo Futuro,** poco antes de comenzar la gloriosa Cruzada actual. Las comentaba Chafarote en el número correspondiente al día 7 de julio de 1936 del gran diario tradicionalista. Son de la misma vidente que con su **pequeña mano** escribe cosas tan grandes comunicadas a ella por el divino Corazón sobre el Amor Misericordioso.

Con poca antelación predice la piadosa monja la gran lucha; predice su gravedad; predice igualmente su breve duración y anuncia, por último, el triunfo, en el cual interviene el Príncipe de la Milicia celestial.

Estamos, pues, en la última fase de la predicción del Padre Coma. Estamos muy cerca de la victoria definitiva que nos aseguran todas las profecías, y, para garantizárnosla, nos prometen todas la ayuda providencial con la cual todo triunfo es seguro y todo éxito, infalible.

El invicto Arcángel San Miguel intervendrá como ministro de la Providencia en esta lucha y él demostrará que Dios está con nosotros; y estando Él con nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Quién puede igualarse a Dios? ¿Quién como Dios? Los antidiosistas desaparecerán como desaparecieron los emperadores paganos, como desaparecieron los herejes, como desaparecieron los turcos... ¡Todos se fueron hundiendo en la sima de lo pasado!

I

PREDICCIÓN DE LA M. RAFOLS

PERÍODO DE PERSECUCIÓN

1.° "...Andarán por todo el mundo envueltos en una ola de cieno, guiados por el espíritu infernal, profanando y destruyendo templos, derribando imágenes, y sobre todo queriendo borrar su nombre, mil veces bendito, de todos los ámbitos de la tierra.

Al entender tales cosas, quedé tristemente impresionada, y más cuando con más claridad me hicieron ver y sentir, muy apenados, el Corazón de Jesús y la Santísima Virgen, que hasta en su querida España se cebaría, y "con más furia" que en otras naciones, el espíritu del mal, trabajando sin descanso por borrar la fe cristiana en todos sus habitantes y de manera especial, querrán con gran empeño quitar y quitarán de la vista de sus hijos pequeñuelos, tan amados de su Corazón, su Imagen, y prohibirán que se les enseñe su doctrina Cristiana (todo con el fin infernal de que no le conozcan a Él)". Escrito del primer viernes de octubre de 1931, transcrito en el folleto del P. Zurbitu, S. J. página 33.

2.° "...Me hace sentir que en los tiempos venideros también habrá en España y en todo el mundo muchos perseguidores de la Religión y de la Patria, que querrán ha-

cer desaparecer todo lo bueno de su vista; y para entonces me manda mi dulce Jesús que les escriba estos ejemplos de su protección, para que no se desanime nadie por grandes que sean las "guerras" y persecuciones; teniendo a Dios nada teman"... (Idem, pág. 50).

3.º "...Yo no te digo para ti, sino para otros hijos míos, que llegará ese día que serán muy perseguidos y estarán muy dudosos y apurados con las luchas que les armará el enemigo, queriendo destruir la Religión y hasta mi dulce nombre de todos los ámbitos de la tierra.

Cuando llegue esa época, que empezará abiertamente en el año 1931, quiero que todos mis hijos los hombres, que tanto me han costado, levanten su espíritu y pongan en Mi y en mi Madre Santísima toda su confianza.

Estoy dispuesto a derramar grandes gracias sobre mi querida España, que "tanto la ha de perseguir la masonería". Pero quiero que no sucumban mis fieles hijos. Yo les ayudaré en todas las luchas y conmigo la victoria la tendrán segura". (Escrito de enero de 1932, pág. 55, P. Zurbitu).

CAUSAS DEL CASTIGO

"...Por el grande amor que les tengo, les hago saber, por tu medio, que yo los sostendré en todo, que siento predilección por mi querida España, tan amada de mi Madre Santísima, y antes que perderse la fe en ella haría que desapareciesen los pueblos. Este escrito será encontrado cuando se acerque la hora de Mi Reinado en España; pero antes haré que se purifique de todas sus inmundicias. Menester es, hija mía, que mi amor para con ella sea infinito, pues de lo contrario ya tenía motivos para haberlos abandonado. Son muchas las ofensas que he recibido y

las que he de recibir, sobre todo de la mujer, con sus vestidos impúdicos, sus desnudeces, su frivolidad y sus perversas intenciones, con lo que conseguirán la desmoralización de las familias y de los hombres, y esta será, en gran parte, la causa de que se irrite la justicia de mi Eterno Padre y se vea obligado a castigar a los hombres por lo mucho que se alejarán de Él y de mi Iglesia Católica y de los mandatos de mi Vicario en la tierra y de los divinos preceptos. Tanta corrupción de costumbres habrá en todas las clases sociales y tantas deshonestidades se cometerán, que mi Eterno Padre se verá obligado, si no se enmiendan después de este llamamiento misericordioso, a "destruir poblaciones enteras", pues a tal extremo llegará la corrupción, que no se detendrán de escandalizar y pervertir a los inocentes niños pequeñuelos, tan amados de mi Corazón. No sólo en España, sino en todo el mundo, reinarán también cuando se encuentre este escrito, estos pecados". (Idem, pág. 56).

EL TRIUNFO

1.º "...Quiero también que no haya en mi querida España una provincia, un pueblo, una aldea, un individuo donde no reine mi Sagrado Corazón. Esta será la primera nación que se consagrará a mi divino Corazón; pero no me contentaré con esta consagración general; quiero presidir los hogares; las familias, las cátedras, las oficinas, las escuelas de los niños, los talleres, las cúpulas de los templos, y en todas partes quiero que mis queridos hijos vean y veneren mi Imagen. Hasta en los montes por donde pasen los caminantes ha de estar expuesta mi Imagen...; quiero que mi reinado se propague por todo el mundo, pero en mi querida España ha de prender con mayor

fuerza este fuego divino y de aquí lo comunicarán por todo el mundo. Mi Madre Santísima quiere a España con predilección y los dos la hemos de salvar, si corresponde a nuestras gracias.

2.º Les hago estas comunicaciones, hija mía, por tu medio, por pura misericordia, llevado del grande amor que les tengo y de las muchas instancias que me hace mi Madre Santísima, a la que nada puedo negar y por cuyo conducto deseo que se me pidan todas las gracias. A nadie dispenso ninguna gracia si no pasa primero por mi Santísima Madre…" (Idem, págs. 58 y 59).

3.º "…Tengan (todos) grande confianza, que todo pasará, y aunque les parezca que el Señor duerme, está siempre en vela, y cuando "Él diga, basta", todos los enemigos quedarán confundidos. El arma poderosa que pueden emplear para conseguir la victoria, será la reforma de costumbres…" (Idem, pág. 68).

4.º "…No temas; por más medios y maquinaciones que mis hijos desgraciados inventen para quitar la fe de España no lo conseguirán; yo te aseguro, para tu consuelo y tranquilidad, que por amor a las almas justas, puras y castas que en España siempre habrá, yo reinaré hasta el fin de los tiempos, en ella, de una manera singular, y mi Imagen será venerada hasta por calles y plazas…" (Escrito del primer viernes de octubre de 1931, P. Zurbitu, página 24).

GRANDEZA DE ESPAÑA POR EL CORAZÓN DE JESÚS

"…Quiero que todos los hombres vistan la insignia de mi Corazón misericordioso, y a los que la lleven devotamente, Yo les prometo grandes gracias de salvación eterna. Quiero que esta insignia se represente en todas par-

tes con veneración hasta en la bandera de mi amada España, y esto lo han de tener como una de las gracias más grandes que puedo dispensarles y como una prueba de que quiero que "España sea siempre grande", y lo será si se mantiene firme en la fe que mi Apóstol Santiago plantó en ella y en cuyo testimonio es y será siempre la Sagrada Imagen de mi Madre Santísima del Pilar, que quiero sea invocada de todos los fieles con el rezo del Santo Rosario, y que vayan de todas partes a su santa capilla, establecida por mi Apóstol Jacobo en Zaragoza. La grandeza y nobleza de la nación dependerá de la fe y religión católica que haya en ella. Si dejan perder la religión, quedará destruída. Les aviso por tu medio; que ninguno se llame al engaño, porque todos sepan el camino que deben seguir, si quieren tenerme contento y labrar el camino de su felicidad eterna..." (P. Zurbitu, pág. 62).

II

COMENTARIO

No hace falta decir quién es la Madre Rafols. Sus escritos la hicieron célebre y sobradamente conocida para que tengamos que detenernos a hacer su semblanza.

En cuanto a la autenticidad de sus escritos, la demuestra plenamente el Rev. P. Zurbitu en el opusculito citado. Léase atentamente.

Además el desarrollo de los acontecimientos posteriores a la aparición de los escritos parece confirmar en nuestra opinión esta autenticidad y el espíritu profético de la vidente.

Aun cuando las manifestaciones de la Madre Rafols son suficientemente claras, haremos, sin embargo, algún co-

mentario sobre ellas para relacionarlas con los acontecimientos actuales, que las comprueban, y con las demás predicciones, de las cuales son el mejor complemento.

Hemos presentado primero, por exigencias de orden cronológico, las predicciones relativas a las persecuciones y luchas cruentas, siguiendo después por las relativas al triunfo para terminar por la de la grandeza de España bajo la égida del reinado del Corazón de Jesús.

En el párrafo primero del período de persecución anuncia la profanación y destrucción de templos e imágenes y el odio formal a Dios, cuyo nombre Santísimo quieren los enemigos borrar de todas las conciencias.

Lo que se hizo en Rusia y en Méjico es buena prueba del cumplimiento de esto.

Al referirse a España, observa la vidente que la persecución arrecia y que su único objeto es la extirpación de la fe cristiana en toda la Península, o como ellos dicen, la descatolización de España. Para conseguir finalidad tan diabólica, en lo que se refiere a los mayores, a los adultos, destruyen los templos, persiguen a los sacerdotes y suprimen el culto; y en lo que se relaciona con los niños, laicizan la escuela, borran en todos los libros toda alusión religiosa y educan a la niñez en un ambiente de materialismo puro.

Y si esto hizo la República en el primer bienio y en el período frente-populista, agudizó el procedimiento en la zona que consiguió continuar dominando después del 18 de julio de 1936. ¡Entonces sí que se cumplen los tristes pronósticos de la M. Rafols! Todos sabemos con qué rigor se llevó a cabo la destrucción de edificios destinados al culto, con qué furia se buscó para la muerte a todos los sacerdotes; con qué celo infernal se perseguía la celebración de los divinos misterios en los domicilios particulares... Todo culto externo, proscrito. Todo culto particular

y secreto, ferozmente perseguido. Todo símbolo religioso, suprimido. Todo recuerdo cristiano, desvanecido. ¿Queremos que se cumplan mejor los trágicos vaticinios de la insigne fundadora? El cumplimiento de sus videncias rebasa todos los superlativos, y este cumplimiento tiene efecto completo a los seis años de la aparición de sus escritos.

En el párrafo segundo recalca sus vaticinios luctuosos, concretando que la persecución, no sólo hará blanco de sus iras a la Religión, sino a la Patria, y que no sólo atacará lo sobrenatural, sino todo lo simplemente bueno. Hace entrever, además, que las guerras que nuestros enemigos provocarán, serán grandes y que, para sostenernos en ellas, necesitaremos de la protección divina que ella nos promete de parte del Altísimo.

En el párrafo tercero se ve esto más recalcado, como si el Señor, a través de la M. Rafols, quisiera darnos las mayores seguridades de que no nos abandonará en medio de la tempestad.

Nos dice quién será nuestro principal perseguidor, cuándo comenzará, abierta y descaradamente, la persecución; lo dura que ésta será y el remedio que para vernos libres de ella hemos de emplear. Como premio de la confianza que hemos de poner en Él y en su Santísima Madre, tendremos segura la victoria.

Notemos la concordancia entre esta predicción y la de "El Granito de Arena". Aquí se nos hablaba de la confianza en Dios y en la Santísima Virgen y del triunfo como premio a esta confianza. En la predicción de "El Granito" se nos habla de la infancia espiritual y del abandono en los brazos de la Providencia. Como corolario, viene un triunfo como no podemos ni soñarlo. Coinciden unas con las otras las predicciones, porque uno es el espíritu de Dios que las informa.

CAUSAS DEL CASTIGO

Este párrafo es muy notable por las quejas que brotan de un corazón dolorido, al no verse correspondido de los que tanto ama. Empieza el Señor renovando sus protestas de amor a los españoles y a España y su decidido propósito de no permitir la extinción de la fe en esta nación tan amada de Él y de la Virgen Santísima, manifestándose dispuesto a tolerar antes una guerra en que desaparezcan pueblos enteros.

Por lo que acaba de pasar bien vemos cómo se confirma cuanto aquí manifiesta la vidente por orden del Señor. Conocemos el número de pueblos destruídos, conocemos la crueldad de la guerra y conocemos su finalidad.

Anuncia luego el Señor a la M. Rafols cuándo comenzará su reinado en España y le da por señal próxima de su comienzo la aparición de los escritos; pero le dice que antes hará que los españoles se purifiquen de todas sus inmundicias. Luego esta purificación precederá al reinado del Sagrado Corazón. Luego esta purificación será la señal próxima del reinado del Corazón Deífico. Como esta purificación se hará mediante la persecución y esta persecución será hecha por la República, tenemos que también la M. Rafols dice lo mismo que Matarelli, que la proclamación de la República en España será la **señal** de los grandes acontecimientos, de la revolución y del triunfo del bien sobre el mal, con la implantación del reinado social del Corazón de Jesús.

Señala después el Señor, hablando con su sierva, las causas del castigo que ha de purificar de sus inmundicias a España. Y dice que esas causas son el apartamiento en que viven los hombres de Él, de su Iglesia, de las disposiciones de su Vicario el Papa, y de los divinos preceptos. En una palabra, viene a señalar como causa la paganiza-

ción de la vida. ¿Qué es sino una vida pagana la de aquéllos que viven como si Dios no existiese, como si no hubiese una Iglesia que es el reino de Dios en la tierra, como si Dios no tuviese en la tierra un Vicario a quien hay que obedecer y cuyas disposiciones hay que cumplir, y como si no hubiese diez mandamientos que observar? ¿Y no es verdad que esta era la vida de la inmensa mayoría de los hombres en las poblaciones urbanas y aún en muchas rurales?

Señalando el Señor las causas de este ateísmo práctico de los hombres, habla de la impudicia, de las desnudeces, frivolidad y perversas intenciones de la mujer. El escándalo producido con este proceder provocativo determina un descenso de la moral, una exacerbación de las pasiones, una sed, casi siempre creciente, de goces carnales que, al ser satisfechos sin limitación, con la hipertrofia del sentido producen la atrofia del entendimiento; éste, como consecuencia, se empobrece, siente flojera en la busca de la verdad, llega a no sentir entusiasmo alguno por ella y hasta a arrumbarla como un estorbo cuando los sentidos, únicos que mandan en el vicioso, se lo dictan así al entendimiento depauperado y esclavizado.

La corrupción de la mujer trae consigo la corrupción del hombre. La corrupción de los dos produce la de la familia; y la corrupción de ésta, la de la sociedad entera.

Por eso el Señor le continúa diciendo a su sierva: "Tanta corrupción de costumbres habrá en todas las clases sociales y tantas deshonestidades se cometerán, que mi Eterno Padre se verá obligado, si no se enmiendan después de este llamamiento misericordioso, a destruir **poblaciones enteras.**

El llamamiento fué hecho; la destrucción de poblaciones enteras está verificándose. Esto demuestra que no hubo enmienda, que no se escuchó el llamamiento. ¡Por la

experiencia bien sabemos cuán cierto es esto! Esto nos demuestra también que, si hubiese habido enmienda, otro hubiera sido el proceso de los acontecimientos.

Nos quejamos del fracaso de soluciones pacíficas que hubieran ahorrado mucha sangre; nos quejamos de la duración de la guerra y la atribuímos a mil causas, desde las traiciones y cobardías, que evidentemente fueron causas inmediatas, hasta las colaboraciones y ayudas que los malos prestan siempre a los suyos.

Pero en nada de esto queremos ver la mano de Dios, que guía y que castiga. En nada de esto queremos ver el providencialismo que gobierna al mundo; y en nada y para nada tenemos en cuenta nuestra conducta para con Dios, que gobierna a la sociedad. Creemos que han de salir igualmente bien las cosas, acatemos o quebrantemos la ley santa de Dios.

El Señor nos avisa del distinto suceso, según sea distinta nuestra conducta. Y, sin embargo, continúa el quebrantamiento de su ley santa.

¿Qué habría pasado, si la sociedad virase en redondo, volviendo la vista a los preceptos divinos? Es lógico el deducirlo. Se hubiera producido un Movimiento Nacional incruento, un cambio feliz y pacífico, una transición suave y humana a una España mejor, a la España tradicional que todos anhelamos.

¿Cómo se lograría esto, habiendo tantos enemigos en frente? El corazón del hombre está en manos de Dios y para Él nada hay imposible.

Pero había que purificar a España de muchas inmundicias, porque el llamamiento misericordioso había sido desoído, y vino la guerra, y ésta fué larga y muy sangrienta, y quienes se preguntan por las causas de todo esto no se enteran de que las tienen en casa, en sus depravadas costumbres, en su cínico desprecio de toda ley divina, en su

ingratitud constante hacia ese mismo Dios a quien, sin embargo, le piden que ponga fin a tantos males. No se dan cuenta de que su despreocupado desdén por toda ley moral es leña que alimenta el voraz incendio de la guerra.

Poco providencialismo, poco espiritualismo..., excesivos puntos de contacto con el proceder de los rojos.

Ya sabemos, pues, cuál es el remedio para que los males presentes tengan fin pronto. Escuchar, aunque sea tarde, el llamamiento misericordioso. Dejar las impudicias y las desnudeces, la frivolidad y las perversas intenciones. Hacer una vida austera y de penitencia; compartir en la retaguardia los sufrimientos de los que luchan en los frentes. Pensar siempre en ellos y en España, y enfocar todas las actividades hacia una máxima colaboración espiritual y material con los del frente. Que mientras ellos luchan, haya en la retaguardia muchos Moisés, que, con su conducta correcta y cristiana, oren por el triunfo; y no habrá duda de que éste vendrá muy pronto. Pero, si continúa la licencia y el descoco, la desaprensión y las exhibiciones lúbricas, ¿con qué derecho pediremos la pronta terminación de la guerra? ¿Con qué título invocaremos al que maltratamos?

(El triunfo vino y tenemos que consolidarlo y hacerlo duradero con nuestra correspondencia a los beneficios divinos).

EL TRIUNFO

En el primer párrafo de esta sección le manifiesta el Señor a la vidente sus planes y deseos sobre España, y todos se refieren a su glorioso reinado en ella. Quiere el bondadosísimo Señor ejercer su influencia benéfica en la colectividad y en los individuos. Anuncia que España será la primera Nación solemnemente consagrada al Corazón

de Jesús; y este feliz anuncio tiene exacto cumplimiento el 30 de mayo de 1919, en que la Católica Majestad de Alfonso XIII, rodeado de su Gobierno y de su Corte, consagra a sí mismo y a España al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, en cuya cumbre, centro geodésico de la Nación, se levanta, majestuoso y bendiciente, colosal estatua del Corazón Deífico, con sus brazos suavemente extendidos, como en ademán de proteger a España.

(En este momento debemos decir "se levantaba", porque la barbarie roja, para que quedase bien clara su fobia anticristiana, se atrevió a fusilar primero, y a derribar después, la venerada imagen del Redentor, que quiso sufrir en estatua todo lo que en su carne y en su alma estaban sufriendo sus fieles hijos de España, para luego, en el día del triunfo, resucitar con ellos y volver a bendecir, desde su pedestal, nuevamente restaurado, a la España triunfadora, reintegrada a la ruta de sus destinos imperiales y misioneros) (1).

Pero el Divino Corazón no se contenta con aquella general consagración. Quiere una consagración más íntima, la que le dé la presidencia en todos los hogares, en todos los organismos y en todos los corazones. Quiere que su vida divina se transfunda por los principales órganos vitales de la Nación y llegue a saturar hasta la diminuta célula, para que nada quede sin su divina influencia. Quiere que su reinado saludable se extienda por todo el mundo, pero quiere que de un modo especial y con mayor fuerza, prenda el fuego de su divino amor en España y que, a **través de ella,** ese fuego se corra por el mundo inflamándolo todo en el amor de Dios.

Le habla, finalmente, del amor de su Santísima Madre a España y de que entre los dos la salvarán.

---

(1) Nota de la 2.ª edición.

El párrafo segundo recalca su amor inmenso a España, la constante intercesión que por ella está ejerciendo delante de Él su Santísima Madre y hace una confesión preciosa de la omnipotencia suplicante de María, que diría San Bernardo, y de su Mediación Universal. Nada le puede negar y no concede gracia alguna si no es por su mediación. Y como la Santísima Virgen está pidiendo constantemente a su divino Hijo el triunfo de las armas españolas, ¿cuál va a ser el resultado? Nos lo va a decir en el párrafo tercero.

En este párrafo tercero nos da las seguridades más terminantes del triunfo. Nos dice que tengamos gran confianza, pues todo pasará, y que en cuanto Él diga **basta**, nuestros enemigos serán confundidos. Vuelve aquí a hablarnos de la confianza que en Él debemos depositar según la recomendación que de esto mismo a aquella alma tan íntima del Divino Corazón, de que nos habla la predicción de "El Granito de Arena". Y vuelve a hablarnos del triunfo y del triunfo no soñado de que allí hace mención; triunfo cuyo carácter y medida podemos deducir de lo expuesto en el párrafo primero de esta sección. No se puede soñar en triunfo superior a éste que se describe por el mismo Sagrado Corazón. Es factor tan importante en la aceleración de este triunfo la reforma de costumbres, que vuelve aquí a señalarla como medio. Adviértanlo todos los que se interesan por la salvación de España.

En el párrafo cuarto reafirma la seguridad que del triunfo da en el párrafo tercero. Si en este párrafo hinca el clavo de la confianza en tal triunfo, en el párrafo cuarto el Sagrado Corazón de Jesús remacha ese clavo. Le dice a su sierva la Madre Rafols: **No temas; por más medios y maquinaciones que mis hijos desgraciados intenten para quitar la fe de España, no lo conseguirán.** Según estas pa-

labras terminantes y categóricas, el Sagrado Corazón, con todo su poder omnipotente, se opondrá a las maquinaciones del enemigo para destruir la fe en España. Como la victoria roja sería la destrucción automática de esa fe, huelga decir que esa victoria no se producirá jamás, porque tiene en frente la promesa omnipotente del Sagrado Corazón.

Llega a decir más el Sagrado Corazón. No sólo promete conservar, de momento, y contra toda dificultad la fe en España, sino que promete instaurar su reinado en ella y conservarlo incólume hasta el fin de los tiempos. Es esta una promesa que asegura a España una victoria permanente sobre todos sus enemigos, que no volverán a levantar cabeza en ella en todo lo que le resta de vida al mundo. Es palabra de Jesucristo, que no puede faltar.

Y para asegurar que, no sólo reinará en los individuos, sino también en la gran sociedad española, es decir, en toda España, afirma que su Imagen será venerada hasta por calles y plazas. Esto nos demuestra que, no sólo reinará en los templos y en las familias, sino también en la vida pública, y esto hasta el fin de los siglos. ¡Es altamente consoladora promesa tan terminante y categórica del Sagrado Corazón de Jesús!

GRANDEZA DE ESPAÑA POR EL CORAZÓN DE JESÚS

Vamos a entrar en la última sección de las predicciones de la Venerable M. Rafols.

El Corazón de Jesús dice a la Madre Rafols que quiere que su insignia adorne la bandera de España, para que esté siempre patente a españoles y extranjeros el deseo del divino Corazón de que España sea siempre **grande,** deseo que Él hará efectivo, comunicando sus gracias para que los

españoles, cooperando a ellas, se mantengan siempre firmes en la fe que el Apóstol Santiago predicó en nuestra Nación y de cuyo hecho glorioso es testimonio perenne la sagrada Imagen de la Virgen del Pilar, a la cual el Deífico Corazón quiere que tengamos gran devoción, considerándola nuestra madre en la fe, visitándola en la que podemos llamar su casa, la capilla en Zaragoza, levantada por el Apóstol Santiago, y honrándola en todas partes, pero especialmente en el seno de la familia con el rezo del Santo Rosario.

Notamos algo muy interesante, y es que el Sagrado Corazón hace depender la grandeza y nobleza de España de la fe y religiosidad que haya en ella; es decir: si España continúa siendo tan católica como lo fué en los tiempos de su grandeza, volverá a ser grande. Es una promesa del Corazón de Jesús. Es una conminación del divino Corazón. Por consiguiente, nadie se llame a engaño. La grandeza futura de España está en nuestras manos. La gracia del Sagrado Corazón no nos ha de faltar; la promesa divina tampoco puede faltar. No falte, pues, nuestra cooperación, único factor preciso para que esa grandeza sea pronto un hecho.

Arviertan bien esto los que desearan que nuestro Movimiento salvador fuera laico. No hay medio; o se va con Dios, o contra Dios; o se lucha bajo la bandera de Cristo, o bajo la bandera de Belial. **Quien no está conmigo está contra mí,** dijo el divino Maestro.

Hasta ahora hemos estado viviendo, desde hace más de un siglo, en un ambiente ecléctico, saturado de escepticismo. El bien y el mal andaban muy mezclados y los buenos apenas se distinguían de los malos. Ahora nos encontramos con un deslinde de campos, o, como solían decir nuestros enemigos, **hay que definirse;** los buenos, a la de-

recha; los malos, a la izquierda; los netamente católicos, con España; y los anticatólicos, contra España.

El catolicismo es en España consubstancial con la Patria, como el mesianismo era consubstancial a la nación judaica.

España, además de los fines genéricos que tiene de común con los demás Estados, tiene el específico de ser misionera, defensora de la fe de Cristo y de su Iglesia, y propulsora de esta fe en todos los demás países. Por eso Dios le concedió a ella el privilegio del descubrimiento del Nuevo Mundo. El Continente americano, antes desconocido, se descubría para que en él fuese predicada la fe de Cristo. Quien había de encargarse de esta evangelización debía ser la nación misionera por excelencia, la que, por defender la fe cristiana, acababa de estar luchando cerca de un milenio.

Pero en el siglo pasado y en lo que va del XX, España se convirtió en un pueblo de ilotas, como dijo el P. Coma; y **corrió al precipicio, luchando por romper con sus tradiciones, su historia y su propia manera de ser.**

Es decir, que estos ilotas pugnaban por destruir á España al separarla de su fe y de sus rutas tradicionales. Cometieron grave pecado de apostasía y de lesa patria. ¡Lo están purgando bien con el ludibrio y la derrota!

Pero peor pecado cometerían los que, incurriendo en sus pasados errores, tratasen de buscar la grandeza de España fuera de los cauces de la fe y de la tradición. A éstos va dirigido el severo apercibimiento del mismo divino Corazón, conocido seis años antes del momento actual. Nadie se llame a engaño. España ha de ser grande con su fe católica, o no será nada.

Pero cuando el Corazón de Jesús quiere que sea grande, quiere también que sea muy católica. Con el fin quiere

los medios. Volvamos a leer el párrafo de la sección "El Triunfo".

Todas las predicciones vaticinan esta grandeza, y estos vaticinios se cumplirán. Es más; están cumpliéndose ya. La presente lucha; la actual guerra civil es un elevado exponente de este cumplimiento. El providencialismo reflejado en multitud de episodios de esta guerra, evidencia la protección divina que da a la contienda carácter de guerra religiosa. La iniciada reacción católica y españolista, operada en los ámbitos de la zona nacional, aunque no colme todos nuestros deseos, es una legítima esperanza de lo que será toda la España unida y triunfante, el día en que, terminada la lucha y encalmadas las pasiones, se atienda a la reconstrucción integral de los valores patrios con la misma solicitud y el mismo acierto que presiden ahora la defensa y la liberación de la Patria.

(Son bastantes los que se quejan de la escasa reacción operada en nuestras costumbres sociales y privadas después de la guerra cruelísima que hemos sufrido y que fué un tremendo castigo que la Justicia divina nos impuso, y un apercibimiento severísimo que la Providencia inefable de Dios nos ha dirigido para que hiciésemos un viraje en nuestra conducta.

Hemos de reconocer que no les falta razón a estos severos censores de los españoles de la Victoria, porque, después del peligro espantoso porque ha pasado España de perecer para siempre, después de habernos sacado el Sagrado Corazón de las garras mismas de la muerte, que ya atenaceaban nuestras carnes y entre cuyos garfios perecieron tantos de los nuestros, hay derecho a exigir una mayor correspondencia a las generosidades divinas; hay derecho a reclamar una mayor austeridad en la regulación de las diversiones y en el disfrute de los placeres de la vida; hay derecho a ver más moderación en el lujo, más ho-

nestidad en el vestir, más afán de justicia social, menos codicia en los negocios y más fervor en el cumplimiento de los divinos preceptos.

Notemos, sin embargo, que estas mismas quejas son síntomas de reacción. Grave, gravísimo sería que no hubiese voces que se levantasen contra la desaprensión y el olvido. Lo más grave de un enfermo es el desconocimiento de su propia enfermedad. Cuando la sensibilidad religiosa y social se pierde hasta el extremo de no vibrar ante los ataques a la moral pública, se desvanece toda esperanza de reacción, porque un cadáver puede galvanizarse, pero no resucita jamás.

España, agradecida a la protección divina, claramente manifestada en la guerra que acaba de terminar, vibra ante cualquier ofensa a la infinita Majestad de Dios y se muestra sensible a cualquier acto que revele ingratitud u olvido de los favores celestiales. Esto es ya una prueba de la reacción existente.

Además para que se vea cuán distantes nos encontramos de los tiempos de la República y aún de la Monarquía constitucional, no tenemos más que hacer un estudio comparativo. Nuestro Estado es católico, eminentemente católico. Las leyes laicas fueron todas abolidas. Las que van saliendo están todas impregnadas, saturadas del espíritu tradicional y católico de nuestro pueblo. Para hallarle precedentes a nuestro Estado de ahora tenemos que remontarnos a los tiempos anteriores a Carlos III. ¿Quién, durante la República, quién a principios de 1936, podía soñar en que en 1939, con la victoria absoluta de la verdadera España, tendríamos un Estado como el que tenemos, con todos sus actos informados por el auténtico espíritu cristiano, sin las fobias antirreligiosas de la República y sin los eclecticismos del anterior Estado constitucional? Hoy tenemos unidad católica. Hoy las fuerzas del mal están

suprimidas o aherrojadas. Hoy las legiones del bien tienen los caminos desbrozados para actuar y delante de sí horizontes ilimitados en qué desarrollar sus actividades. ¿Qué más se quiere? La Providencia ha hecho lo suyo: El Estado está actuando con toda decisión en cristiano y en español. Sólo resta la colaboración entusiasta, decidida y constante de las fuerzas social-católicas que deben recoger el espíritu tradicional cristiano que alienta en las alturas, para expenderlo por todo el organismo social y saturar de su vida y de su esencia todas las células del cuerpo social, a fin de que todo él viva la vida de la nueva España, que sólo así honrará a sus muertos, glorificará a sus antepasados y preparará, para los presentes y venideros, días de grandeza que eclipsarán con su gloria los esplendores del siglo de oro, cuya águila bicéfala inclinará sus dos cabezas ante el águila unicéfala de la edad de "diamante" que alborea) (1).

(1) Nota de la 2.ª edición.

EL MENSAJE DE FÁTIMA

I

EL SECRETO

Primera parte.—"...Abrió de nuevo las manos como en los meses anteriores. El reflejo que ellas despedían parecía penetrar la tierra y vimos como un mar de fuego y sumergidos en fuego los demonios y las almas como si fueran brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban en el incendio llevadas por las llamas que de ellas mismas salían juntamente con nubes de humo, cayendo para todos lados, así como el caer de las pavesas de los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían temblar de pavor.

Debió ser al contemplar esta escena cuando yo (habla la vidente Lucía) dí el grito de dolor que dicen haber oído.

Los demonios se distinguían por formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos pero transparentes como negros carbones en brasa.

Asustadas y como para pedir socorro, levantamos la vista hacia la Virgen, la cual (hablan las videntes Jacinta y Lucía) nos dijo con bondad y tristeza:

Segunda parte.—Habéis visto el infierno adonde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas quiere Dios establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieren lo que os digo, se salvarán muchas almas y tendrán la paz. La guerra va a terminar; pero si no dejan de ofender a Dios, empezará otra peor. Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la gran señal que Dios os dá de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de la persecución a la Iglesia y al Santo Padre. Para impedirlo vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la Comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendiesen a mi petición, Rusia se convertirá y habrá paz; sino, esparcirá sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia, los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas... Por fin mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo la paz. En Portugal se conservará siempre el Dogma de la Fe. Esto no lo digáis a nadie. A Francisco, sí, podéis decírselo.

Tercera parte.—¿ ... ...?

COMENTARIO

II

El nombre de Fátima anda hoy en la boca de todos. La pequeña aldea de la diócesis de Leiria, enclavada en uno

de los contrafuertes de la Sierra de Aire a unos cien kilómetros al Norte de Lisboa, es hoy célebre por las célebres apariciones con que la Virgen regaló a tres humildes pastorcitos, a los cuales, precisamente por humildes, quiso hacer partícipes de sus cuitas maternales, abriéndoles los secretos de su corazón para que pudiesen orientar a los mortales en el laberinto de males y de desgracias que iban a descargar sobre el mundo por su infidelidad a los llamamientos divinos.

Esto ocurría en 1917, hace poco más de 25 años. El 13 de mayo, hacia el mediodía, se aparecía la Reina de los cielos a Lucía, Jacinta y Francisco, que tales eran los nombres de los tres niños privilegiados. Las apariciones continuaron el 13 de junio, el 13 de julio, el 19 de agosto, el 13 de septiembre y el 13 de octubre, en que tuvo lugar la última y la más notable por haberla acompañado un estupendo milagro del cual no fueron testigos solamente los niños, sino una inmensa muchedumbre que excedía de 50.000 personas que habían ido al lugar de la aparición, y también los habitantes de aquella región en un radio de 40 kilómetros.

Se nos antoja Fátima un nuevo Sinaí en que primero le place al Señor hacerse presente por medio de su Inmaculada Madre, manifestar luego sus deseos a un nuevo Moisés, que en este caso es Lucía, y finalmente rubricar todo cuanto allí habían visto u oído los angelicales niños con un portentoso milagro que contempla todo el pueblo, como en el Desierto los israelitas contemplan el arder de la montaña, el retemblar de la tierra que se estremece bajo sus pies ante la Majestad divina presente, y la tempestad de truenos y relámpagos entre cuyo rugido suena la voz estentórea de Jehová que intima sus mandamientos a todo el Universo.

Aquí habla la Virgen y no habla solamente para los ni-

ños con quienes se comunica. Habla para todos los portugueses y para todos los pueblos, porque el Mensaje que trae es universal, es esencialmente ecuménico, aun cuando elige para transmitirlo un lugar privilegiado de la privilegiada Península ibérica.

Se aparece la celestial Mensajera en 1917, cuando una de las más horrorosas tormentas que hayan sacudido al mundo, se abate sobre el suelo de Europa. Y se aparece en Portugal, región de la Península que al infierno le parece tener bien conquistada y segura a favor de la Carbonaria, la Hormiga Blanca y todas las demás hijuelas de la Masonería, para desde esa base de operaciones cerrar contra España y derribar este bastión inexpugnable de la Fe Católica en el mundo.

Diríase que la Virgen, apareciéndose al S. O. de la Península, quiere detener a la Revolución que por Portugal intenta atacar a España, como en el siglo pasado se aparece al N. E. de la Península, en Lourdes, para contener la marea revolucionaria que amenazaba desbordar los Pirineos. Apareciéndose al Suroeste, impide a la Revolución que ascienda, y aparecida al Nordeste, le impide que descienda, con lo cual vemos cómo España es la nación de las predilecciones divinas y la de la fe siempre viva y ardiente hasta la consumación de los siglos.

¿Quiénes son los niños privilegiados?

Son tres pastorcitos de siete, nueve y diez años. Jacinta es la de siete, Francisco el de nueve y Lucía, la mayor, la que tiene diez años. Los dos primeros son hermanos y la última es prima de aquéllos. Los tres eran piadosos, muy

devotos del Santo Rosario, tanto que el primer día de las apariciones —13 de mayo— ya lo habían rezado, arrodillados sobre la fresca yerba, cuando al mediodía fueron sorprendidos por el primer relámpago, preludio y heraldo de la Aparición que poco después se les presentó dialogando con ellos, diciéndoles de dónde venía e invitándolos a acudir durante seis meses seguidos los días 13 a la Cova de Iria, prometiéndoles revelarles muchas cosas y hacer un gran milagro el 13 de octubre, así como decirles cuál era su nombre.

Estos tres niños no sabían leer y eran ingenuos, como correspondía a su poca edad y a la sencillez de costumbres en que se criaban en el humilde barrio de Ajustrel, perteneciente a Fátima. Los dos hermanitos Jacinta y Francisco murieron poco tiempo después en olor de santidad. Lucía de Jesús vive actualmente en la ciudad de Túy y es religiosa Dorotea.

¿Quién es la Aparición?

Es la Virgen del Rosario. Así se lo manifestó de un modo expreso el día 13 de octubre en la sexta de sus apariciones a los tres niños privilegiados. "Soy nuestra Señora del Rosario", les dice. "Yo he venido a exhortar a los fieles a que cambien de vida y no aflijan más con el pecado a Nuestro Señor, ya demasiado ofendido; a que recen el Santo Rosario y hagan penitencia por sus pecados."

Confirma la celestial Mensajera esta manifestación con el estupendo milagro del sol girando vertiginosamente sobre sí mismo y amenazando con desprenderse del firmamento y caer sobre la aterrada muchedumbre que contem-

plaba sobrecogida el fenómeno al mismo tiempo que veía cerca del disco solar a la Santísima Virgen con el Niño Jesús y San José. Durante el desarrollo del fenómeno se impresionaron varias placas en las cuales quedó un testimonio fehaciente de la objetividad del mismo.

¿Qué les dijo la Virgen del Rosario a los niños?

Dialogó con ellos en todas las apariciones. Les enseñó oraciones, les dió consejos, les instó a hacer penitencia y les confió un secreto, EL SECRETO, especialmente a la mayor, a Lucía, que había de ser la encargada de revelarlo oportunamente. Esta oportunidad llegó en 1941. Sor Lucía de Jesús, religiosa Dorotea residente en Túy, revelaba las dos primeras partes del Secreto, reservándose por ahora la tercera; todo ello en conformidad con lo que el Señor le dió a entender **con una voz clara** el 17 de diciembre de 1927, día en el cual ella se dirigió a Jesús en el Santísimo Sacramento en demanda de luces para compaginar la obligación de guardar el Secreto con los deseos que el confesor le manifestaba de que escribiese ciertas gracias recibidas de Dios y cuya manifestación implicaba la revelación del Secreto. "El Señor, dice ella, me contestó literalmente: Escribe, hija mia, escribe todo lo que se te mande. Escribe también todo lo que la Santísima Virgen te ha revelado en sus apariciones al hablar de... Por lo que atañe a lo demás del Secreto continúa callándolo."

Primera parte del Secreto.—Lo que es el infierno. La

Virgen, en la segunda de las apariciones, el día 13 de junio, después de haber aconsejado a los niños que se sacrificasen por los pecadores y de que orasen por la conversión de éstos e hiciesen actos de reparación por las ofensas que reciben los Sagrados Corazones de Jesús y de María, abrió sus celestiales manos y proyectó sobre la tierra el resplandor que de ellas salía. Este resplandor luminoso penetró los abismos y a su claridad vieron Jacinta y Lucía el infierno con las características con que lo describe esta última en sus manifestaciones. Enteraron de ello a Francisco, que nada había visto en esta ocasión, pero con la consigna de guardar la más absoluta reserva.

No entra en nuestro propósito comentar esta primera parte del Secreto, porque no guarda relación directa con el argumento de esta obra. Si la hemos transcrito, fué sencillamente para proporcionar al lector la integridad del Secreto en todo lo que de él se conoce hasta el momento presente.

Segunda parte del Secreto.—Esta es la que interesa grandemente al objeto de esta obra. Ella es una confirmación plena de todo cuanto en el libro decimos sobre el favorable desenlace de los trágicos acontecimientos que se están desarrollando ante la Humanidad amedrentada.

La Virgen les anuncia a las niñas la pronta terminación de la Gran Guerra. El anuncio se hacía el 13 de junio de 1917 y la Guerra Europea se terminaba de hecho el 9 de noviembre de 1918 y de derecho cuando se firmó el Tratado de Versalles. La Virgen les dice a las niñas que, si la Humanidad se enmienda, Rusia se convertirá

y no continuará siendo un peligro de perturbación para los pueblos; pero que en caso contrario Rusia esparcirá sus errores por el mundo y pondrá en conmoción a los pueblos sembrando la discordia entre los hermanos y provocando guerras desoladoras en distintas naciones.

De cómo se cumplió todo esto fueron una buena prueba Alemania con su revolución espartaquista, Hungría con el feroz ensayo de Bela-Kun, Italia en los preludios de la aparición del fascismo y España desde 1931 a 1939, amén de otros pueblos en los cuales el fermento revolucionario tuvo en constante zozobra a las clases honradas y equilibradas.

La Gran Guerra, en vez de hacer entrar dentro de sí a la generación que la padeció, parece que la enloqueció todavía más. Los sufrimientos pasados despertaron una insaciable apetencia de placeres, los corazones, en lugar de volverse a Dios, se apegaron más a la tierra; la fe, como consecuencia de estas aberraciones, se resfrió hasta tocar los bordes de la incredulidad, como lo deploraba el mismo Jorge V en la Conferencia de Lambhet; y todo ello trajo, como corolario, además de las luchas sociales, **la otra guerra, mucho peor que la primera,** que la Virgen anunciaba de un modo condicional y a la cual acompañaría un largo cortejo de desgracias desde el **martirio de muchos buenos y las persecuciones al Papado hasta el aniquilamiento de varias naciones.** ¡Y cómo se está cumpliendo este espantoso vaticinio! La guerra ha estallado y su extensión es tal, que sólo quedan fuera de ella en todo el mundo seis naciones a las cuales, no obstante su neutralidad, alcanzan las salpicaduras de la tremenda conflagración. Varias naciones fueron ya aniquiladas, el hambre se enseñorea de muchos pueblos, el proceso de destrucción todo lo lleva a sangre y fuego, y todos estos

males llevan camino de agravarse. La condición de la cual dependía la evitación de esta descomunal catástrofe no se ha cumplido y... la guerra sobrevino. La enmienda que la Virgen quería, no se produjo y a la impenitencia siguió este tremendo castigo.

Para consuelo nuestro tenemos que registrar que al lado de esta profecía condicional hay otra absoluta y, según ella, el Corazón Inmaculado de María triunfará. Rusia se convertirá al Catolicismo y será concedido al mundo un período de paz. Tres acontecimientos que llenan nuestro ánimo de optimismo y de alegría haciendo abrirse nuestros corazones a las más lisonjeras esperanzas.

Por lo que hace a Portugal le anuncia la celestial Señora que jamás faltará en este pueblo la verdadera fe, con lo cual le viene a garantizar su fidelidad al Cristianismo hasta el fin de los siglos.

Concordancia de esta Profecía con las anteriores.

Es evidente la coincidencia de esta Profecía de Fátima con las expuestas en este libro. Con todas conviene en lo fundamental y con bastantes en los más mínimos detalles. En varias se habla de la conversión de Rusia al Catolicismo y en todas se anuncia después de esta tormenta la paz cristiana que reinará en todo el mundo. Exactamente nos lo anuncia la Virgen de Fátima a través de los santos pastorcitos de Ajustrel. Por esta razón vemos que esta profecía confirma todas las otras, les presta nueva certeza y apuntala nuestra esperanza.

En cuanto a su autenticidad nadie duda de ella a la vista de los milagros portentosos que presenciaron millares

y millares de personas y que los fotógrafos recogieron en sus placas, después de haber hablado tan elocuentemente sobre todo esto el Episcopado portugués y después de haber obtenido el refrendo de la suprema autoridad en la materia, el Papa, cuyas simpatías por Fátima se patentizaron bien claramente con motivo del XXV aniversario de las celebérrimas apariciones en Cova de Iria.

Tercera parte.—Aquí se pone una interrogante en la transcripción del original, porque el contenido de la tercera parte del SECRETO es secreto todavía y no sabemos cuándo Sor Lucía de Jesús lo revelará. ¿Se referirá a la duración del período de paz que anuncia la Virgen para después de la guerra mundial? ¿Se referirá a lo que vendrá después de esa paz? ¿Se referirá al fin del mundo? No lo sabemos por el momento. Algún día nos será revelado.

(Los datos sobre esta interesante profecía fueron tomados del núm. 1 de "Sal Terrae" correspondiente a enero de 1943 y del opúsculo que los PP. Jesuitas A. Magni y T. Toni publicaron en Bilbao en este mismo año con el título "El Mensaje de Fátima.—Nuestra Respuesta").

TERCERA PARTE

CONCLUSIONES

CONCLUSIONES

Hemos terminado la transcripción y exposición de las principales predicciones relativas a la lucha entre la Iglesia Católica y la Revolución roja. Ahora debemos deducir las conclusiones que se derivan de premisas tan consoladoras.

De las predicciones, una gran parte sólo nos habla de la revolución en general, de sus ataques a la Iglesia y a todo lo santo que ésta encarna; nos hablan del triunfo de la Iglesia sobre todos sus enemigos, de la extirpación de las herejías y cismas, de la conversión de los infieles y del quebrantamiento de la contumacia de los incrédulos. Estas predicciones presentan al mundo dividido en dos campos; en el uno luchan los espiritualistas, los que tienen una concepción integral de la vida, los que creen en el Sér Supremo, en la espiritualidad del alma, en la vida futura, en la Redención, en la divinidad de Jesucristo y en la santidad de su Iglesia. Estos se congregan alrededor de la Iglesia Católica y bajo la dirección suprema del Papa; y en el otro luchan los materialistas, los que tienen de la vida una concepción raquítica y parcial, los que no creen en lo transcendente, los que rebajan la dignidad humana, colocándola al nivel del "caballo y del mulo, que carecen de entendimiento", los que encierran la vida y aspiraciones del hombre dentro de los limitados horizontes de la materia y del

tiempo; en una palabra, todos los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia Santa.

Otras predicciones nos hablan de la parte muy principal que España toma en esta lucha al lado de los buenos.

Todas nos hablan del gran triunfo del bien sobre el mal, de la Iglesia sobre la Revolución..., de Cristo sobre Satán.

CONCLUSIÓN 1.ª

SOBRE LA LUCHA ENTRE LA IGLESIA Y LA IMPIEDAD CON LA TOTAL VICTORIA DE LA IGLESIA

Desde Isabel Canori hasta el Padre Ricci, pasando por todos los demás videntes a quienes hemos leído y comentado, todos nos demuestran cómo la Iglesia triunfará de todos sus enemigos, saliendo indemne de la horrorosa tormenta en que los adversarios quisieron hacerla sucumbir y en la cual parecía que iba a naufragar. Ella aparece carente de todos los medios humanos. El adversario, en cambio, dispone de los inmensos recursos que las pasiones ofrecen a todos los que están dispuestos a servirlas. Pero la Iglesia tiene a su favor la promesa de Jesucristo de que la **asistirá hasta el fin de los tiempos**, de que el infierno, por muchos esfuerzos que haga, **jamás prevalecerá contra ella.** Y esa promesa, con esa protección divina, la sostiene en su indefectibilidad contra todos los ataques, contra todos los peligros.

Y triunfa de las persecuciones sangrientas de sus tiempos heroicos y triunfa de las herejías que surgen de su mismo seno, y de las intrigas que la política teje a su alrededor; y contiene al poderoso enemigo que vomita el desierto sobre la civilización cristiana, deteniéndolo ante el Save y ante los Pirineos y haciéndolo volver más tar-

de a su cubil asiático, en donde se debate en sus últimos estertores.

Contiene con la poderosa fuerza de cohesión de la Reforma Tridentina el proceso de disgregación que en sus mismas entrañas provoca el protestantismo, y vencerá ahora al temible enemigo que le ha salido en el comunismo.

Se levantan contra la Iglesia naciente las terribles persecuciones paganas, que en nombre del politeísmo quieren ahogarla en su propia cuna. Cuando las persecuciones sangrientas amainan, surgen las persecuciones dogmáticas, y en nombre de la fe, aunque deformada, tratan de rasgar su túnica inconsútil. Cuando el arrianismo y el nestorianismo quedan arrinconados en unos parajes del Asia y del Oriente africano, se levanta el Mahometismo, que en nombre de un fatalismo enervante, pero respetando al Sér Supremo y a la vida futura, trata de extender por todo el mundo cristiano la noche del Islam, sólo iluminada por la luna del Profeta. Consigue la Iglesia detener en Oriente y rechazar en Occidente la invasión muslímica y, no restablecida aún de las heridas de una lucha de seis siglos que había aún de dar el sustazo de Viena, conjurado por Sobieski, aparece en su propio organismo pútrida gangrena, que corriéndose por toda la extensión de su cuerpo minado por el virus del Renacimiento, necrosa partes importantes del organismo eclesiástico, que el bisturí de la Autoridad Pontificia tiene que separar con dolor del resto del cuerpo social-católico, para salvarlo de una muerte segura.

El protestantismo, alimentando toda rebeldía y toda licencia, arranca a la Iglesia naciones enteras que, como Alemania, Inglaterra, Holanda, Dinamarca y la Península Escandinava, continúan aún hoy oficialmente apartadas

de la Casa paterna. Pero el Concilio sostenido por el Emperador Carlos y nutrido por teólogos de tanta fe como sabiduría, detiene el contagio, reforma la Iglesia en cuanto a las costumbres de muchos de sus miembros y da nueva vida a todas las instituciones católicas, las cuales, renovadas por la disciplina tridentina, expulsan de su seno todos los gérmenes morbosos, y la Iglesia, unida, compacta, con vida más lozana, continúa su viaje por la Historia, extendiendo su influencia por las nuevas tierras descubiertas, mientras los rebeldes, los separados, se fraccionan en mil sectas, cuyos frutos amargos son: primero, la anarquía religiosa; después, la filosófica, y más tarde, la política.

La anarquía religiosa lucha contra la suprema autoridad en la tierra. La anarquía filosófica se rebela contra los consagrados maestros de la ciencia tradicional y trata de dar del Universo otra explicación distinta de la heredada de millares de sabios. Haciendo juego a estas dos anarquías, surge, a fines del XVIII, la anarquía política, que, subiendo tumultuosamente al Alcázar del Poder, derriba a los reyes, reparte sus fraccionadas coronas entre los súbditos y proclama a éstos soberanos, no sólo respecto a los reyes que acaba de derrocar, sino respecto al mismo Dios, al que arroja de sus altares en donde le sustituye por la Diosa Razón. La Iglesia lucha contra esta triple anarquía y contempla desde la atalaya altísima de la verdad, que invariablemente sostiene, cómo, unos tras otros, van pereciendo sus enemigos y cayendo sus sistemas y repudiándose sus principios. Esto acontece con las persecuciones paganas, más tarde con las herejías, luego con el mahometismo y en la última época con el protestantismo y el filosofismo.

Y llega la hora actual en que todas las fuerzas del infierno forman un formidable ejército, que ataca a la Igle-

sia por todas partes, no en nombre del politeísmo o de una discusión dogmática; no en nombre de un Dios uno y no trino, como los Califas; ni siquiera invocando un individualismo religioso, como los protestantes, sino en nombre de la materia, en nombre del ateísmo descarado, defendido sin antifaz y aún con arrestos ofensivos contra la misma Divinidad, contra la cual se instituyen asociaciones que cuentan sus miembros por centenas de millar. Estos enemigos de Dios proclaman, frente al Sér Supremo, el endiosamiento del hombre, su soberanía sobre toda la existencia, la libertad más completa para hacer lo que venga en gana, sin limitación impuesta por ley alguna; proclama, por tanto, el libertinaje llevado a su grado máximo, con lo cual halaga las pasiones, satisface las concupiscencias, da gusto a los libertinos y se capta las simpatías de todos los viciosos.

Semejante sistema es el más a propósito para extenderse y dominar, por consistir, en último término, en la exaltación del amor propio, único dios que proclama y que todos llevan dentro de sí.

Los tiempos anunciados por San Judas en su Epístola Católica han llegado; ahora no reina más que el culto del capricho. El hombre no quiere freno de ninguna clase. **Quiere andar según sus deseos en todas las impiedades,** como dice el Santo Apóstol en el versículo 18 de su Carta.

Por eso el comunismo, que cultiva esos deseos y fomenta esas tendencias, encuentra el ambiente tan propicio a su difusión. Su proselitismo es virulento y amenaza desplazar al cristianismo de la faz de la tierra.

En tal coyuntura, para animar a los cristianos verdaderos y alentarlos en tan aciagas circunstancias, ahí están las profecías canónicas sobre la indefectibilidad de la Iglesia; ahí están las profecías divinas según las cuales la Iglesia debe durar hasta la consumación de los siglos; y

ahí están las profecías privadas, que vienen a detallar circunstancias de lugar y tiempo para satisfacer la legítima inquietud de los verdaderos creyentes y llevar a su ánimo acongojado la seguridad absoluta del triunfo.

Vemos a Isabel Canori describiendo el triunfo de la Iglesia elaborado por el Papa Santo, que eligen los escogidos por orden de San Pedro, después que San Pablo recorrió la tierra como una exhalación, dando caza a todos "los espíritus malignos que andaban vagando para la perdición de las almas".

Vemos a la Virgen en la Saleta anunciándole a Melania, en el párrafo quinto de su manifestación, la muerte de todos los impíos por ministerio de los ángeles y a los buenos viviendo en paz después del triunfo a la sombra de la Fe.

Viene después San Gil, y, luego de anunciarnos la corona de mártires que tendrá la Iglesia, nos habla de la liberación de los Santos Lugares y de la saludable mutación de todas las cosas.

Tenemos luego la interesante visión de Sor Catalina Emmerich, la cual, en el párrafo octavo, nos pinta maravillosamente la gran batalla en que interviene San Miguel con espada de fuego, ante la cual huye el enemigo que tiene que morder el polvo de la derrota.

Inmediatamente de ésta viene la profecía anónima de 1776, diciéndonos, en su párrafo quinto, que el santo Papa, elegido por especial inspiración de Jesucristo, coronará a un gran personaje, que pondrá paz en todo el mundo.

Con ésta coincide la predicción de Santa Hildegarda, que nos dice, en el párrafo segundo, que los días de salud harán olvidar, por su prosperidad, las angustias de la ruína. Y es que, según dice el P. Clausi, Dios **pondrá su mano** cuando todo parezca perdido, y se arreglarán las co-

sas maravillosamente, porque, como dice y afirma Sor Natividad, por habérselo oído al Señor, la sentencia está pronunciada y los enemigos serán precipitados como el rayo al fondo del abismo por el omnipotente brazo del Altísimo.

El brazo del Señor, será, según el Venerable Holzhausser, aquel Monarca Fuerte, que echará por tierra a las repúblicas, y en cuyo reinado se disfrutará de gran paz, según el B. Saluzzo.

La Venerable Madre del Bourg también nos dice que, si la justicia herirá, la misericordia intervendrá y seremos salvos. Esa misericordia convertirá a los malos que queden, dice María de Terreaux, y en igual sentido abunda Sor Clara Isabel, la estigmatizada de Ceilán, el B. Amadeo, Juan de Vatiguerro y otros.

Viene después el famoso autor de la profecía de los Papas y nos presenta a **Pastor Angelicus, Pastor et Nauta** y **Flos Florum,** gozando del gran triunfo.

Por último, el Padre Ricci, en el párrafo sexto del tercer período, nos habla del Duque Fuerte y de las victorias rotundas que obtendrá sobre el judaísmo, la masonería y todos los enemigos de la Iglesia. Acabará con todos. **Honrado por todas las naciones y auxiliado por Pastor Angélico, hará leyes nuevas y dará una nueva constitución a la sociedad.**

CONCLUSIÓN 2.ª

ESPAÑA, PRINCIPAL FACTOR DE LA VICTORIA

Otra de las conclusiones que brotan de las predicciones expuestas, es el papel que a España va a caberle en la gran victoria que pondrá fin a la Revolución y pacificará el Universo.

Según las predicciones estudiadas a partir de la de San Vicente Ferrer inclusive, España aparece interviniendo en la contienda, y como factor muy principal.

La revolución roja se ceba primero en España, con cuyo motivo nuestra Patria se depura en todos los órdenes. En el orden material queda limpia de antipatriotas; en el orden moral, queda limpia de viciosos; no quiere esto decir que se haya de lograr que no quede ni un solo antiespañol, ni un solo vicioso. No se han de interpretar las cosas con este rigor. Lo que se quiere decir es que los antipatriotas serán de tal modo castigados, que desaparecerán de la vida pública, por lo cual se creerá habrán sido todos suprimidos. Los pocos que queden tendrán que vivir ocultos; o no habrá para ellos ambiente respirable y su influencia en la sociedad será nula.

Lo mismo ocurrirá con los viciosos, con los que hacen del vicio un culto y tratan de cohonestarlo dándole carta de naturaleza, como si tuviese los mismos derechos que la virtud. La luz que se habrá hecho sobre los principios fundamentales de la moral no permitirán semejantes mix-

tificaciones y el vicio no podrá acampar junto a la virtud.

Después del gran triunfo que anuncia Bug de Milhas en el párrafo tercero de su predicción, la revolución roja habrá quedado liquidada en España. Los principios revolucionarios habrán sido desterrados del solar hispano. Habrá en la Península paz y afán de trabajar. El trabajo se ajustará a normas auténticamente cristianas, de lo cual es un anticipo el Fuero del Trabajo. La cuestión social no existirá en España y el sol de una nueva era de prosperidad nacional y de cristiana fraternidad entre los españoles lucirá espléndido sobre el cielo peninsular, mientras la noche sombría de la gran catástrofe, que describió Mella con acentos apocalípticos, cubrirá a Europa y al mundo con su negro manto, que rasgará la tempestad para descargar todas sus iras sobre la Humanidad materializada. La ola revolucionaria irá anegándolo todo, arrastrando en su torbellino los despojos de una civilización material que creía bastarse a sí misma. Esa corriente impetuosa se acercará a los Pirineos, y, levantándose sobre ellos, como una marea imponente, querrá desbordarse por tierras hispanas para devastar y arrasar lo que haya quedado de la primera revolución y lo que después hayan reconstruído los buenos españoles.

Pero España se habrá rehecho de los quebrantos pasados, habrá reparado sus anteriores pérdidas, como nos dice el ermitaño de los Pirineos, y estará en condiciones de oponer a la corriente invasora un dique infranqueable. El ímpetu de la corriente se estrellará contra ese dique, en el cual se quebrarán todas las fuerzas de la Revolución. Deshecha ésta, serán perseguidos sus restos por el Ejército victorioso que, pasando de la defensiva a la ofensiva, **atravesará provincias y mares, llegará hasta las orillas del Neva, pondrá orden por todas partes y hará la felicidad del género humano.**

Según esto, la Revolución consigue llegar a las puertas de España, después de sembrar la desolación por los demás países. No queda en frente de ella más que el ejército español mandado por el héroe del Tajo y protegido por el Supremo Hacedor. Es bastante, aun cuando haya una gran desproporción numérica.

Este Ejército no estará solamente nutrido por españoles. Habrá en él también extranjeros que, escapando al furor de sus perseguidores, se habrán refugiado en España. Esto habrá aumentado la grandeza de la nación, como dice el vidente de Cominges. De todos modos los cuadros serán españoles, los mandos también, la mayoría de los combatientes igualmente y los mismos extranjeros que luchen en nuestro ejército estarán informados del espíritu español y combatirán a la sombra de la bandera de España.

Por consiguiente, España será la que venza a la Revolución. Ella, convertida en instrumento de la Providencia, será quien, en unión del Papa Santo, según nos dice el Padre Ricci, hará leyes nuevas y dará a la sociedad una nueva constitución. No sólo liquidará el período revolucionario, abierto en 1789, sino que estructurará la nueva sociedad, cumpliéndose la profecía de P. Coma, la del B. Nicolás Factor, la de San Alfonso Rodríguez y otros. Todos le asignan a España este gran papel y por eso hablan de un triunfo cuya magnitud no puede ni soñarse.

VOCACIÓN DE ESPAÑA

En esto no hará otra cosa España, que continuar su historia y ser fiel a su vocación. Le corresponde ahora sacar al mundo de la gran crisis porque atraviesa, como le ha sacado a lo largo de la historia de todas las grandes crisis que ha sufrido.

Dice el que fué primero Penitenciario de Toledo y más

tarde Obispo Auxiliar de Santiago, el Iltmo. Sr. Fernández Valbuena, en un libro que escribió con el título **La Voz de la Iglesia de España:** "Hay en España partidos, mejor diríamos, dos fuerzas que se disputan el predominio en la sociedad, que luchan desesperadamente hasta que una de ellas sea completamente aniquilada; dos fuerzas que no se contentan con ganar una ni muchas batallas, porque no desistirán hasta haber ganado una de ellas la campaña. Estas dos fuerzas son: la Iglesia Católica, por un lado, y la Sinagoga de Satanás, por otro. Cierto que la lucha no es peculiar de España, sino común a todo el mundo civilizado; pero no es menos que ambos combatientes esperan triunfar en definitiva, si **logran el triunfo en nuestra Península, en donde se han resuelto todas las crisis sociales...**"

Según este párrafo del ilustre autor de **"Egipto y Asiria, resucitados"**, España es el campo escogido por la Providencia para librarse las batallas decisivas de la historia de la Humanidad. Y esto mismo reconocen los enemigos a los cuales estamos cansados de oírles que, si triunfasen en España, habrían triunfado en el mundo. Emplean casi las mismas palabras del autor citado.

El Sr. F. Valbuena dice, para probar su aserto, en una nota al transcrito párrafo: "El templo de Jano no se cerró hasta que Octavio venció a los astures en la batalla del Astura (Esla), apoderándose de Lancia. Los primeros bárbaros que constituyeron un reino estable y se asimilaron la civilización cristiano-latina, fueron los visigodos. Los que detuvieron el ímpetu de los turcos, que parecía irresistible, no otros fueron sino los mismos españoles; el protestantismo se estrelló contra los Pirineos, sin poder llegar hasta nosotros; y por último la Revolución Francesa aquí sucumbió, cuando toda Europa callaba en presencia del corso".

Como acabamos de ver, España, ya antes de Cristo, era la nación por Dios buscada para decidir los destinos de la Humanidad, sobre todo en lo relativo al reino del Mesías.

¿Era necesario que el mundo se pacificase, para que pudiese recibir al Príncipe de la Paz? Sólo entonces para ese menester obtiene Augusto su última victoria sobre los últimos insumisos, que son los astures, y sólo después de la batalla del Astura se cierra el templo de Jano y comienza la paz octaviana, dentro de la cual ha de nacer el Mesías. Este hecho nos demuestra dos cosas: el valor indomable de los españoles, que continuaban resistiendo cuando todos los demás habían sucumbido, y su sumisión a la autoridad del Emperador romano sólo cuando es necesaria para facilitar la venida del Mesías.

En el siglo V vence espiritualmente a los bárbaros del Norte, convirtiéndolos. Durante la epopeya de la Reconquista atrae a sí a los bárbaros del desierto y los va deshaciendo en los campos hispanos, librando a Europa del peligro más grande que jamás la amenazó, pues de no ser por España, toda Europa hubiera sido árabe, según todas las probabilidades. En el siglo XV termina la reconquista y realiza el acontecimiento más grande de la historia, después de la Redención; descubre el Nuevo Mundo y lo convierte. En el XVI detiene la ola invasora del protestantismo y Felipe II, con su política firme y enérgica, retrasa la Revolución en dos siglos.

En el siglo XIX, cuando toda Europa enmudece, abatida ante los deslumbrantes triunfos del Emperador que encarna a la Revolución, España, realizando prodigios de quijotismo, que serían ridículos si no fueran sublimes, da al mundo el más alto ejemplo que hace exclamar a Alejandro de Rusia: "si todos los pueblos del Norte siguen el sublime ejemplo de los castellanos, el duelo del mundo

tendrá fin". La estepa rusa, conmovida en su frialdad por el fuego del heroísmo español, hizo brotar miles de héroes; derrotó a Napoleón en Moscou y en el Beresina y el duelo de Europa tuvo fin.

Ya lo decía Guillermo Pitt, cuando recibía las noticias de lo ocurrido en Ulma a los austríacos. Al saber que Napoleón había hecho 40.000 prisioneros al ejército austríaco, se quedó pensativo, y como si penetrase en las entrañas de lo por venir, dijo a sus contertulios: "Esto no tendrá arreglo mientras Napoleón no se enfrente con un pueblo muy unido espiritualmente en la misma fe religiosa y en el mismo amor a la Patria". Preguntándole sus amigos a qué pueblo se refería, contestó que a España, pueblo en que la fe se mascaba. El gran estadista inglés predijo que en España, si Napoleón algún día le declaraba la guerra, empezaría su desgracia. Así fué.

Pero España pudo hacer esos prodigios por su acendrada religiosidad, por la fidelidad a su vocación y por la lealtad a su misión histórica.

Ya lo dijo Lamenais: "Una batalla bastó para conquistar a Prusia; pero después de treinta victorias, España se conservaba como en un principio. Se derrotaba un ejército, al punto nacía otro... Si hubiese reinado en esta noble nación la filosofía, estaría gimiendo bajo una dominación extranjera".

Tuvo mucha razón el sabio autor de **El Ensayo sobre la indiferencia en materia de Religión.** Si en la España de la Independencia hubiese reinado la moderna filosofía, no se hubiese producido aquella epopeya.

España es grande por su vocación y realiza proezas asombrosas cuando no se aparta de su trayectoria histórica, porque entonces es Dios quien la sostiene.

El mismo Lamenais afirma, refiriéndose a la gesta española de principios del siglo XIX: "Lo que ha pasado en

España hace ver palpablemente que la Religión es la mayor fuerza de la Patria". Nunca se olvidará aquel grito generoso inspiradado por su catolicismo a todo un pueblo: **¡muramos por la justa causa!**

En el mismo sentido que el filósofo francés se expresó su compatriota Clausel de Conserges.

Esta fué la que informó todas las grandes empresas de España y por la cual sacó al mundo de los trances más graves de su historia, brilló en el Concilio de Nicea, portada por Osio el cordobés, que años antes había influído a través de Constantino, su discípulo, en la libertad de la Iglesia y en la cristianización de los organismos imperiales; y brilló en Trento al resplandor de la sabiduría teológica de Melchor Cano, Laínez, Arias Montano y Salmerón, que dieron a la Asamblea más célebre del Catolicismo las luces de su ciencia profunda, la firmeza de su fe y la visión precisa y definida de los dogmas puestos en entredicho por los seudoreformadores y vaciados por nuestros teólogos en fórmulas concretas e inflexibles, como inflexible y rectilíneo es el carácter de la raza.

En estos momentos y después de un eclipse de más de un siglo, eclipse de patriotismo que coincidió con un eclipse de la fe, España vuelve a reanudar su historia y a ser la de siempre, la creyente, la valerosa y la salvadora.

Cuando vió en peligro de perecer todos los principios que defendió a lo largo de su historia y que constituyeron su razón de ser, despertó de su letargo, se desperezó en su lecho, oteó el horizonte, e irrumpió, brava como siempre, contra el enemigo que quería aprovecharse de su descuido; y luchando está contra el comunismo mundial por la defensa de los principios fundamentales de la civilización cristiana, por Dios y por su Iglesia, por la familia y la propiedad, por el orden y la paz, por el pan y el

trabajo, y, como suma de todo esto, por la grandeza de la Patria.

Y en esta lucha titánica tiene que vencer, como venció en las anteriores, porque no es ella la que vence; es Dios quien vence por medio de ella, y por eso sus victorias tienen mucho de sobrehumano. No importa que en el Guadalete hubiésemos quedado sin gobierno y sin ejército, como dice F. Valbuena, en su libro tantas veces citado; "no faltó quien se pusiese al frente de los voluntarios en Valencia, en Asturias y en Aragón; algunos fueron vencidos; pero otros vencieron y arrojaron al enemigo del solar patrio. Sin ejército, sin dinero y sin Rey, nos hallábamos en el año **ocho**, y en todas partes surgieron como por encanto guerrilleros que declaraban la guerra a Napoleón, y... lo derrotaron, haciendo repasar la frontera a las reliquias de sus numerosos y aguerridos soldados".

Sin dinero, sin ejército y sin gobierno, podemos añadir nosotros, nos encontrábamos los españoles auténticos el día 18 de julio de 1936, y frente a un Gobierno que contaba con todo, con escuadra, con aviación, con dinero, con muchas guarniciones, con grandes masas obreras encuadradas en unidades militares, con fábricas de armas; en una palabra, con todos los poderosos elementos de un Estado moderno. Sin embargo, no había por qué desconfiar. "No se había acortado el brazo de Dios, continúa diciendo el sabio Obispo compostelano, y las energías latentes y medio atrofiadas por una política pésima de más de un siglo, tenían que vencer en nuestra raza y asombrar de nuevo al mundo con sus heroísmos".

Y estas energías latentes y medio atrofiadas renacieron, y auxiliadas por el brazo omnipotente de Dios, que se alargó, están demostrando a los enemigos que la verdadera España no ha muerto, y que está dispuesta, en cumpli-

miento de esa misión histórica, a salvar otra vez al mundo, redimiéndolo de la esclavitud comunista.

Prenda también del cumplimiento de todas las predicciones relativas a la vocación de España, es la promesa **"Reinaré en España".**

"Y con más veneración que en otras partes".

No son solamente los videntes los que lo anuncian; no son sólo los hombres previsores los que lo comprenden y afirman; es el mismo Corazón de Jesús, es el amor de Cristo, hecho carne, quien nos lo confirma. **Reinaré en España y con más veneración que en otras partes**, le dice al P. Bernardo de Hoyos. Con estas palabras tan terminantes y expresivas, el Corazón de Jesús le dice a España que no sólo reinará en ella la fe, sino la esperanza y la caridad; que reinará en ella el amor a Cristo Redentor, y con ese amor, que es lo más, reinará lo menos; todo lo que en ese amor se contiene y ese amor supone. Reinará, por tanto, en España la Iglesia Católica, reinará el orden cristiano y con este orden, la España tradicional.

¿Qué sería, en cambio, de España, si en ella, por un imposible, llegaran a triunfar los rojos? La contestación nos la han dado ellos, fusilando primero y derribando después la estatua del Cerro de los Angeles. Nos la dieron desde el principio de esta epopeya con la sañuda persecución de los sacerdotes, a los que mataban, no por odio a sus personas, en muchos casos desconocidas de los verdugos, sino por odio a Jesucristo, a quien representaban. La sistemática destrucción de templos, la profanación de los sagrarios y altares, el escarnio hecho de las cosas más santas... son testimonios harto elocuentes del estado a que quedaría reducida la Iglesia en España, de haber ocurrido contingencia tan desastrosa.

Para que España continúe siendo lo que siempre fué,

es necesario que la victoria de los españolistas sea completa, como lo será, como lo está siendo. Para que el Sagrado Corazón de Jesús reine en ella, es preciso, es indispensable, el triunfo definitivo de las armas nacionales. El Corazón de Jesús anunció el triunfo de los buenos españoles sobre los malos. Y ese anuncio no puede fallar. (Y no falló).

Y este anuncio se refiere a nuestra lucha, a la guerra actual, último episodio de la contienda que hace más de un siglo viene sosteniéndose entre el bien y el mal en España. O España queda por el bien, o por el mal. Tiene que quedar por el bien, para que se establezca en ella el reinado del Sagrado Corazón y a través de ella en el mundo.

Según nos dice la Madre Rafols, el reinado del Corazón de Jesús estará muy cerca de la época en que se encuentren sus escritos. Han sido encontrados hace poco. Pero antes del establecimiento de ese reinado España se purificará de sus inmundicias. En esto estamos ahora. Esta es la finalidad de la presente guerra, por lo que se refiere a la colectividad. La guerra, por tanto, será seguida de la instauración del reinado del Sagrado Corazón de Jesús, reinado que cristianizará las costumbres, no contentándose el Sagrado Corazón con la consagración general hecha en 1919 en el Cerro de los Angeles. Quiere el Corazón Deífico que su divino fuego prenda con gran fuerza en España para que de aquí **irradie por todo el mundo.** En esta obra y en esta empresa culminará la vocación de España.

Y aquí tenemos cómo la vocación de España explica esta guerra y cómo ella tiene que ser plenamente victoriosa.

CONCLUSIÓN 3.ª

GRANDEZA DE ESPAÑA, COMO CONSECUENCIA DE LA VICTORIA

El filisteo estaba retando a Israel uno y otro día. Invitaba los primeros días a un representante del ejército israelita a que midiese sus fuerzas con él. Los soldados de Saúl, amedrentados ante la fuerza hercúlea de Goliath, no se atrevían a aceptar el reto. Este se convirtió pronto en insulto y el insulto en oprobio. Saúl estaba avergonzado y todo Israel acobardado. El temible gigante, cada vez más insolente, se acercaba todos los días a los campamentos de Israel para repetir el desafío, el cual, al no ser aceptado, llenaba de soberbia y altanería a los filisteos, y de humillación vergonzosa a los israelitas. ¿Quién quiere quitar de Israel el oprobio?, clama Saúl. Le haré mi yerno a quien tal haga, libraré de tributos a su familia, le colmaré de dones... Nadie, sin embargo, acudía.

Pasan los días. El pavor era cada vez más grande en los campamentos de Saúl; se desconfiaba ya de encontrar al hombre que salvase a Israel, cuando aparece un apuesto y hermoso joven, lleno de entusiasmo y de optimismo. Pregunta lo que pasa, y enterado, se presenta al Rey, para decirle que él va a acabar con el incircunciso que está insultando al pueblo elegido. Saúl llama a reflexión al joven imberbe, ponderándole la fuerza de los músculos de ace-

ro del Gigante y el contraste que las formas atléticas de Goliath hacen con las delicadas de David. Pero éste le dice muy bien a su Rey que él, más que en su fuerza muscular, que no es poca a pesar de las apariencias, confía en el Señor Dios de los Ejércitos, que ha de ser quien le dé la victoria.

Y así, sin más armas que una honda, y sin más proyectiles que unas peladillas de arroyo que lleva en su bolsa de pastor, arremete contra el Gigante, armado de todas armas. Y el débil vence al fuerte, el joven lampiño al barbudo gigante, el humilde derrota al soberbio y el creyente corta la cabeza del infiel. La ignominia se trueca en gloria, las lágrimas se convierten en gozo y todo Israel saluda a David como a su salvador, empezando aquí el camino de las prosperidades del joven pastor que pronto llegará a ser Rey y padre de cien reyes.

En la mano de Dios está el "derribar a los soberbios de lo alto de su pedestal, y ensalzar a los humildes". Del pueblo más pequeño puede surgir el más grande y, el pueblo más grande puede venirse aparatosamente al suelo.

El comunismo es el Goliath de los tiempos modernos. Este monstruo está amenazando a todas las naciones del orbe. Nadie hasta ahora contestó gallardamente a sus amenazas. El temor hizo incurrir en muchas claudicaciones.

Al principio se le quiso negar al comunismo todo trato y se le quiso encerrar dentro de la frontera moscovita. Pero pronto se abandonó esta intransigencia para entablar relaciones de convivencia con el enemigo de la Humanidad. El comercio, las necesidades materiales, imponían una aproximación, aunque fuese muy peligrosa para los intereses espirituales, y aún a la larga para los materiales; pero había que salir de los apremios del momento y se imponía el mandar una representación a Moscou y reci-

bir un emisario soviético en la misma casa, lo que encerraba para el porvenir muchos peligros.

Rusia se valió de las relaciones comerciales para difundir sus ideales de destrucción, y montó, en cada embajada, un servicio de espionaje y de propaganda. Así fué el comunismo abriéndose paso en los países capitalistas, muchos de los cuales están carcomidos hasta el extremo de no tener más que apariencia de solidez, pero se vendrán al suelo al primer empuje del vendaval revolucionario. Estos países no se dan cuenta del peligro mientras el ataque no sea violento.

El comunismo continúa arteramente su táctica de roedor, dirigida contra las raíces mismas de las instituciones sociales de esos países; y en cuanto haya conseguido secarlas dejándolas sin vigor y sin solidez, vendrá el encontronazo, que no hallará ni siquiera resistencia que vencer, y esas organizaciones sociales que se creían tan formidables, se desmoronarán como un castillo de naipes.

El comunismo quiso hacer en España esa misma labor de carcoma. Pero España, sensible en sus vísceras más íntimas, se dió cuenta inmediatamente de los destrozos que la revolución estaba haciendo en el basamento de sus fundamentales instituciones sociales; la Religión, la Patria, la familia, la propiedad..., y se aprestó a la defensa de sus organismos vitales antes que el enemigo consiguiese agotar sus energías e hiciese imposible toda reacción eficaz. Y comenzó la lucha contra el comunismo en el campo político y en el social, señalando con claridad la doctrina católica y tratando de llevar sus aplicaciones a la práctica de la vida por medio de leyes sabias inspiradas en el Evangelio, para lo cual se luchó en las urnas por un triunfo electoral derechista que pusiese a disposición de las fórmulas católicas el organismo elaborador de las leyes. Y cuando los caminos legales fueron cerrados por la rufia-

nería del adversario y éste descendió al palenque de la violencia, la España valiente y caballerosa aceptó la lucha más desigual, dispuesta a desangrarse antes que vivir con vilipendio.

Y esta lucha tiene todos los caracteres de la grandeza clásica. No se sostiene por ningún interés bastardo, indigno de tan grande epopeya. No es la ambición de mando, no es la expansión comercial, no es la posesión de esta o la otra región, no es el predominio de un partido, de una clase, la finalidad de esta gesta que está eclipsando, por su imponente grandeza, a todas las gestas anteriores. Es algo más grande, es algo más elevado y más universal; es algo tan alto, que llega a los cielos y tan profundo, que penetra hasta los abismos; es algo que abarca la existencia toda, desde su principio en el mismo cielo, hasta su fin en la misma elevada región de los espíritus, después de pasar por la tierra recogiendo todos los valores que hacen grande al hombre, desde el religioso que le coloca entre los ángeles de Dios, hasta los valores humanos que le hacen rey de la creación visible, por su inteligencia en la cual centellea una chispa de la divinidad, por su voluntad, motora de todas las empresas de la historia, por la belleza de sus sentimientos que sahuman de aroma celestial los horizontes de la estética, y por la hermosura sin igual de sus formas físicas, inmensamente superiores a todas las bellezas del mundo animal, vegetal y mineral.

Por todo esto, que estaba en peligro, lucha la auténtica España en los campos de batalla, después de agotar todos los medios pacíficos.

Y España vencerá en esta lucha titánica. Dará en tierra con todos sus enemigos y vendrá la paz a su seno, restañará la sangre de sus heridas y reparará sus anteriores pérdidas, como nos dice Bug. Y será tan grande la seguridad que ofrecerá en España el orden restablecido, que los

extranjeros amedrentados se refugiarán en ella, y los católicos perseguidos buscarán protección en nuestro país.

Y no importa que la revolución triunfante fuera, intente volver sobre España. Sus intentos se desharán como la espuma contra el acantilado inconmovible y bravío del valor hispano. España, cabalgando sobre el corcel de su misión histórica, irá después a los otros pueblos a llevarles los tesoros que acaudaló: la paz y el orden, sus creencias y sus sentimientos, sus virtudes y su honrada laboriosidad...

Los Cruzados de España cruzarán provincias y mares, llegarán hasta el Neva, ganarán a Rusia para el catolicismo, irán arrancando por todas partes la mala hierba de la revolución e irán sembrando en su lugar granos de Evangelio para que por todos lados fructifique la doctrina de Cristo.

Y no se dormirá sobre los laureles la triunfadora España. Para conservarlos siempre frescos e inmarcesibles, continuará trabajando sin descanso en su perfeccionamiento propio y en el cultivo de la siembra que ha esparcido por el mundo.

Hará consistir su grandeza, no en dominar, sino en hacer bien, no en explotar, sino en proteger. Por esto su grandeza, a pesar de ser imperial, estará al servicio de los pueblos sobre que ha de influir.

VERDADERO CONCEPTO DE LA GRANDEZA NACIONAL

La grandeza de una nación es la suma de grandezas individuales. La nación no es más que un conjunto de individuos y no tiene más que lo que tienen éstos. La riqueza pública es la suma de riquezas individuales, como la feli-

cidad colectiva es la resultante de la felicidad que disfrutan la mayor y mejor parte de los componentes de la colectividad.

Examinada, pues, la grandeza individual y multiplicándola luego por el número de elementos integrantes de la nación, tendremos la grandeza nacional.

En el individuo unos miden su grandeza por el volumen, otros por su fuerza, otros por su robustez y otros por la suma de todos estos factores, tratándose de su cuerpo físico. Cada uno se fija en lo que más le impresiona, y el que busca la grandeza integral abarca todos los aspectos.

Si se trata del aspecto económico, es más grande el que posee más riquezas y de entre los ricos el que las posee más firmes, más sólidas; y a esto habrá que añadir: será más grande el que pueda y sepa disfrutar de ellas en la mayor medida posible.

En el orden intelectual será más grande el que más sepa, el que en menos tiempo llegue a conocer más cosas y las conozca mejor. Pero muchos en este terreno cifran la grandeza en la multitud, otros en la intensidad de lo conocido, otros en la selección; y dentro de ésta, unos dan más importancia a unas ciencias por las que sienten predilección, y otros, en cambio, prefieren distinta clase de disciplina.

El ideal estribaría en poseerlas todas hasta la perfección. Pero en la imposibilidad de lograr esto, la verdadera grandeza en este orden estará en poseer a la perfección aquellas ciencias que le enseñan al hombre la manera de satisfacer sus necesidades y aspiraciones en la escala de su importancia, llegando a mostrarle incluso las cosas útiles en el mayor número posible y en el mayor grado posible.

Es grande en el orden moral el que tiene el control de todos sus actos, el que con su voluntad domina todos los impulsos pasionales, logrando que nada se haga dentro

de la contingencia de las actividades humanas al margen de esa misma voluntad. Una voluntad así respetada por sí misma y por todas las facultades inferiores, hace grande a quien la posee.

Es grande, en el orden estético, el que tiene sensibilidad exquisita para apreciar las bellezas del mundo físico, así como las del mundo moral e intelectual, llegando a deleitarse con los placeres purísimos que produce en el alma la contemplación de las armonías derramadas por la Naturaleza como un resplandor de la bondad y de la perfección que en ella puso la infinita generosidad de Dios, foco de luz a donde convergen todas las bellezas creadas que tienen allí su manantial inagotable de encantos infinitos.

La grandeza individual viene, pues, a consistir en el desarrollo completo y en el funcionamiento perfecto de todas las facultades del hombre, de las espirituales y de las orgánicas, por donde la vida se manifiesta y por donde entran en el alma, ensanchándola, todas las realidades del mundo exterior, que, al ser asimiladas por nuestro espíritu, producen un agrandamiento tal de nuestra alma, que, en frase de Aristóteles, se hace en cierto modo todas las cosas.

El individuo, en el orden fisiológico, aspira a tener un cuerpo bien formado, robusto, con plétora de salud, hercúleo, para poder vencer las resistencias mecánicas con que tropieza. Para adquirir estas cualidades atléticas asimila del exterior todos los elementos que la Naturaleza pone a su disposición.

Este mismo individuo, en el orden intelectual, aspira a conocerlo todo y a asimilarse todo el mundo exterior convertido en especie inteligible.

En el orden moral aspira a poseer todo el bien que ve identificado con la realidad de ese mundo exterior, y no

se contenta el hombre con la posesión de estos o de los otros bienes materiales que codicia con ansia siempre creciente; aspira al bien universal, al bien ilimitado que satisfaga los anhelos de infinito que acucian su voluntad.

El hombre sólo se tendría por grande si llegase a aprisionar toda la verdad en las mallas impalpables de su entendimiento y todo el bien entre las apetencias infinitas de su voluntad a cuyo servicio estuviese después una vida interminable. Poseyendo toda la verdad, llenaría su entendimiento. Poseyendo todo el bien, saciaría plenamente su apetito. Teniendo, para disfrutar de esto sin límites de tiempo, una vida interminable, nada le quedaría que desear y entonces se consideraría en la cumbre de su grandeza.

Ahora bien; ¿esto es una utopía o puede convertirse en realidad?

La Religión contesta a esta pregunta satisfactoriamente.

El hombre no puede, en el orden natural, llegar a tanta grandeza; pero en el sobrenatural a que Dios le ha elevado, puede llegar, y de hecho llegan muchos, a escalar la cumbre de tan soñada grandeza.

El hombre, auxiliado por la gracia, puede merecer la bienaventuranza; puede llegar a ver a Dios cara a cara. Viendo a Dios intuitivamente con la luz de su inteligencia reforzada con las claridades de la divina esencia, ve toda la verdad. Al verla toda en la esencia divina, en donde están todas las cosas en toda su pureza, percibe con su voluntad toda bondad y se abraza a ella para poseerla, para disfrutarla libando en la flor siempre lozana de la esencia divina todo el néctar que contiene, que es todo el que está desparramado por todos los vergeles de la Naturaleza multiplicado por lo infinito. Y de esta verdad y de esta bondad, en este grado superlativo, disfruta sin limitación de tiempo, por toda la eternidad; y por eso el

corazón del hombre, inquieto entre las cosas de la tierra, según frase de San Agustín, descansa sosegado y satisfecho entre las cosas del cielo. Porque entonces, y sólo entonces, ha llegado a colmar sus aspiraciones de grandeza. Porque el hombre que tiene su principio en Dios y su fin en el mismo Dios, quiere sublimarse hasta el mismo trono de Dios, para sumergirse en el océano infinito de su divina esencia y beber en ella toda la verdad y disfrutar en ella de toda la bondad.

Luego el hombre no es grande cuando es un atleta como Hércules, ni cuando es un centenario como Matusalén, ni cuando es un gigante como los hombres que se tragó el diluvio, ni cuando es un sabio como Aristóteles, un artista como Fidias o un gobernante como Pericles; un pacificador como Augusto, o un orador como Cicerón. El hombre es grande cuando es santo, porque sólo entonces es cuando está en el camino de adquirir la verdadera grandeza que sólo consiste en la posesión de Dios.

He aquí el verdadero concepto de la grandeza.

En la tierra es grande quien aspira a la posesión de la verdad, que no se marchita y de la bondad, que jamás cansa, ni jamás es arrebatada. Por eso son grandes los individuos que en la tierra buscan la verdad, practican el bien y marchan por el camino de la santidad hacia la verdadera grandeza que tiene su expresión suprema en la otra vida.

Y por eso son grandes los creyentes y los honrados, los que profesan altos ideales y con sujeción a ellos regulan su vida; los que creen en el origen divino del hombre y en la fraternidad de todos los mortales; los que creen en el derecho y en sus fuentes celestiales y se creen más atados por los hilos sutiles de la Ley, que por las férreas cadenas de la fuerza. Y por todo esto son más grandes los

que buscan los bienes imperecederos del cielo, que los que andan tras los deleznables de la tierra.

Y si esto se dice del individuo, hay que decirlo igualmente de la nación.

Es nación grande la que se compone de individuos grandes. Es nación grande la que aspira a la verdadera grandeza y lleva a sus elementos constitutivos por el camino de esa grandeza. Es nación grande la de altos ideales, la de nobles sentimientos, la defensora del débil, la celadora de la justicia, la fomentadora de la virtud, la perseguidora del vicio..., la que, junto a la grandeza material de cada individuo, de cada ciudadano, labra su grandeza moral y prepara su grandeza celestial.

No está, por consiguiente, la grandeza de una nación en la sola potencialidad de sus ejércitos, o en el número y tonelaje de sus acorazados; no lo está tampoco en el florecimiento de su industria o en la fecundidad de su agricultura. Estas cosas son la materia; lo otro es el espíritu; esto es la añadidura, aquello es lo principal. Las naciones más grandes son las de más espiritualidad, las que buscan primero el reino de Dios y su justicia; esto que nunca muere; por eso a estas naciones dotadas de esta grandeza las llamamos inmortales.

España es una de las naciones más grandes de la tierra, ya en estos tiempos y precisamente por lo que en ella está pasando. Es una nación que sólo se mueve por ideales altísimos, plenos de realidad sublime. Es una nación que se mueve a impulsos de los más nobles sentimientos. Es una nación llena de espiritualidad, una nación de la cual dijo un libre pensador no hace mucho tiempo, que era la que poseía más densidad ética entre las demás naciones del mundo. De manera que, según confesión de ése, que no era precisamente un españolista, España posee una densidad ética superior a la de cualquier país. España tie-

ne un sentido de la moral como ninguna. De ahí que todas sus grandes empresas históricas hayan tenido por norte la defensa de la virtud, la flagelación del vicio y de la injusticia, la protección al débil y el enfrentamiento con el fuerte. Y esta grandeza, llena de espiritualidad, es superior a todas las grandezas materiales.

Decía un ilustre General, que manejó maravillosamente al principio del Movimiento los factores psicológicos para alentar a los patriotas y sembrar el pánico entre los antiespañoles, que estimaba él más la grandeza de su Patria que la de las otras naciones que cuentan los habitantes por centenas de millón y se embriagaban con el humo de sus fábricas y el ruído de sus potentes y numerosas locomotoras. Aludía el gran patriota español a ciertas naciones transoceánicas en que no predomina más que el sentido materialista de la vida.

España, nación espiritualista, está tanto sobre esa otra clase de naciones, como lo está el espíritu sobre la materia, la vida sobre los seres inorgánicos. Una nación llena de espiritualismo es inmortal; mientras que naciones cuyo poder está sólo cifrado en la ponderación de sus valores materiales, desaparecen al primer encontronazo de la adversidad. Con razón, pues, decía el General español que mejor quería ser ciudadano de la gran España, que de ningún otro país materializado.

Claro está que con el espíritu anda la materia y con el alma, el cuerpo. Al que buscase el **reino de Dios y su justicia** prometió Cristo la **añadidura.** A España también será concedida la **añadidura**, que será como el resplandor de su grandeza espiritual.

Al espiritualismo derramado a manos llenas por los campos de la Reconquista española sucedió la grandeza material del siglo XVI. Era la añadidura concedida a quien du-

rante ocho centurias había buscado con trabajo y sacrificio el reino de Dios y su justicia.

Lo mismo ocurrirá ahora. A los sacrificios ingentes que España haga para vencer a la Revolución roja, corresponderá un período de grandeza material paralela a su grandeza espiritual.

Las predicciones hablan de esto con una claridad meridiana.

Por otra parte, la misión a realizar por España en los países devastados por la Revolución, impone esa grandeza para bien de los países beneficiados y todo ello redundará en gran honor de España.

CONCLUSIÓN 4.ª

EL IMPERIO ESPAÑOL

El siglo XIX fué el siglo de los derrotismos. Comenzó, es verdad, con una gesta gloriosa, épica, que asombró al mundo. Pero los que supieron vencer en los campos de batalla a los soldados de la Revolución, fueron después vencidos por ésta, cuando hipócritamente enmascarada con el vistoso manto de la libertad popular, se les acercó cautelosamente y comenzó a bisbisear sigilosamente en sus oídos palabras engañosas que trastornaron sus cerebros y pervirtieron sus corazones. Los más valientes suelen ser los más ingenuos. Cuando la Revolución atacó de frente a los españoles los encontró en el campo del honor. Pero cuando abandonó la violencia y se revistió de mansedumbre y comenzó a entonar himnos a la libertad ultrajada y a la inocencia oprimida, los españoles, dominados siempre por sentimientos generosos, se dejaron engañar y arremetieron contra los supuestos liberticidas y los opresores de la inocencia. Y se apartaron de sus rutas tradicionales y tomaron como modelos que imitar a los vencidos del año **ocho**; y comenzó el afán de europeizarse; y la falta de españolismo produjo el 98, que vino a significar la liquidación de un pasado lleno de gloria.

Este derrotismo enervante, que había hecho perder la fe en sí mismos a los españoles, dominó los primeros años

del siglo XX. ¿Quién, a principios de siglo, podía hablar de imperio español? Los españoles se encontraban como anonadados bajo la pesadumbre de sus desgracias. Se comparaban con las poderosas potencias extranjeras y se encontraban ante ellas tan pequeños, que no se atrevían a soñar en grandezas y se daban por satisfechos con recibir el saludo de los poderosos que les tendían la mano en atención a su pasado.

Pero vino la guerra europea y, con su liquidación, se vinieron al suelo gigantes cuya potencia sobrecogía. Los que no cayeron, quedaron maltrechos, tambaleándose sobre sus pedestales. Entonces los españoles empezaron a perder el respeto a realidades tan deleznables, aunque ocultas detrás de apariencias majestuosas. Y volvieron la vista a sí mismos y se encontraron capaces de resucitar glorias pretéritas.

Cuando la Revolución roja hacía en España los últimos esfuerzos para acabar con lo poco que quedaba de auténticamente español, surgieron unas juventudes que fueron las primeras en hablar de Imperio. En sus banderas escribieron esta palabra reveladora de sueños y aspiraciones, de proyectos y de esperanzas. Estos jóvenes, para oponerse diametralmente a los proyectos de destrucción del propio solar nacional que anunciaban los anti-españolistas, no sólo pensaron en defender a la Patria, sino en ensancharla. A los planes enemigos de división en parcelas del solar nacional, opusieron ellos la unidad indestructible de la Patria. Al raquitismo enemigo que quería reducir cada vez más el perímetro nacional, contestaron los animosos jóvenes con su programa imperial. Los unos le negaban vitalidad a España para sostenerse y para vivir ni aún dentro de sus fronteras; los otros le concedían arrestos para, por encima de esas fronteras, llevar su propia vida a otros pueblos. Así surgió la idea imperial, así

nació el afán de imperio que era en nuestra nación, de antecedentes imperiales muy acusados, una resurrección.

Ese movimiento de nuestras juventudes hacia el Imperio constituye un verdadero presentimiento. Si se le pregunta a nuestros jóvenes en qué fundan esos afanes de imperio, probablemente no sepan contestar de un modo preciso. Sienten en sí esa necesidad, la perciben en el ambiente; pero seguramente no saben explicársela, ni aún definir con trazos bien delineados ese imperio que anhelan y por el cual trabajan. Si alguien les dice que ese imperio hace mucho que está anunciado y que ya a principios de siglo hablaban de él algunos españoles amantes de las glorias de su Patria, seguramente abren sus ojos desmesuradamente en un gesto de grata sorpresa. Ellos no sabían nada. A ellos nadie les había hablado del futuro imperio español; la idea y el sentimiento de ese imperio surgían en sus corazones por una inspiración del Autor de la Naturaleza, por un impulso de la Providencia que gobierna la Historia y que decretó empezasen a cumplirse los vaticinios y a prepararse los caminos del Imperio Hispano.

¿Qué es el Imperio? Se habla mucho de Imperio; a todos gusta esta palabra y más o menos todos la entienden de alguna manera. Todos saben que suena a grandeza, a ensanchamiento, a influencia, a dilatación de la vida y a expansión de energías y actividades. Pero es preciso concretar esta idea, precisarla, delinearla, para conocer sus límites y su contenido y no tener del Imperio un concepto impreciso o equivocado.

Ya sabemos cómo nacen los pueblos a la vida, de modo parecido a los individuos. Comienzan por una vida rudimentaria, suben luego a una vida independiente y soberana y llegan por último a una vida imperial, de protec-

ción, de guía, de influencia, bajo la cual viven otros pueblos de menor vitalidad.

El individuo nace en un hogar y vive los primeros años bajo la protección de sus padres. Al llegar al desarrollo completo, se basta a sí mismo y se independiza. Después reúne plétora de vida y se casa, empezando entonces lo que pudiéramos llamar imperio individual, o sea el dominio sobre los hijos y demás elementos de la sociedad doméstica a la que preside el individuo convertido en padre de familia.

Los grandes imperios tuvieron su origen en este humilde imperio individual. De la familia salieron las tribus y de éstas las agrupaciones políticas, la sociedad civil.

Hubo pueblos que surgieron a la vida civil con pujanza tal, que no necesitaron protecciones ni ayudas. Parece que nacieron a la vida pública ya en la mayoría de edad. Tal es el caso de las grandes ciudades de la antigüedad, que fueron cabeza de grandes imperios. Poseyeron desde un principio grandes virtudes y grandes hombres que pusieron en juego todas sus actividades y energías, y adquirieron pronto vida lozana y la comunicaron a todos los pueblos de inferior vitalidad.

Otros pueblos siguieron en su desarrollo un ritmo más lento, fueron subiendo de la familia a la **gens** y de ésta a la tribu. En esta última etapa se estancaron, llegando penosamente a la federación de tribus en sociedad bárbara, de cultura muy rudimentaria y costumbres semi-salvajes. Estos pueblos vivieron casi siempre en plan de protectorado bajo la influencia y dirección de un país superior.

De estos pueblos, unos progresan y llegan a bastarse a sí mismos, y entonces recaban su independencia y se proclaman soberanos y dueños de sus destinos. Otros, en cambio, continúan bajo tutela, por no encontrarse en condiciones de manumitirse.

Los pueblos que han llegado a ser independientes de todo y soberanos, pueden contentarse con su soberanía, o pueden sentirse con fuerza para dirigir pueblos inferiores. En el primer caso tenemos un pueblo simplemente soberano; en el segundo, tenemos un pueblo imperial. Su soberanía desborda sus propias fronteras y se derrama en mil formas distintas por otros pueblos.

El imperialismo puede ejercerse en el orden cultural, en el orden económico y en el político. Un pueblo, por muy soberano que sea en cuanto a su régimen y administración, puede deberle a otro su cultura en las ciencias y en las artes. Y entonces el pueblo-maestro viene a ejercer un imperialismo cultural sobre el pueblo-discípulo. Puede igualmente un pueblo, políticamente independiente, ser tributario de otro en el orden económico, en el industrial y hasta en el agrícola.

En este caso el pueblo-proveedor ejerce un verdadero imperialismo económico sobre el proveído.

Pero el imperio propiamente dicho es el político. El pueblo imperante cercena la soberanía del imperado, ejerce sobre él verdadera autoridad, legisla en ciertas facetas de la vida del imperado, y éste, que goza de autarquía para funciones administrativas y aun para ciertas actividades políticas de orden interior, vive sujeto a las normas que para la vida exterior le da el imperante, el cual suele también trazarle al protegido las directrices de su política interior.

¿Cómo nace este imperio político? Unas veces por lo que han dado en llamar penetración pacífica, y otras, las más, por el derecho de conquista.

Los pueblos plenamente formados buscan expansión para su población, cuyo exceso quieren colocar en regiones hospitalarias. Van allá a explotar sus riquezas natura-

les. Con el progreso económico llevan también su cultura y sus costumbres. Después de apoderarse de las fuentes de producción del país a proteger, se apoderan también de las almas de sus habitantes por medio de la cultura y de la religión. Ganadas éstas y ganados los cuerpos por medio de la economía, queda hecha la penetración pacífica. El país penetrado se convierte en país protegido y ha nacido un imperio.

Otras veces es la conquista por las armas quien abre las puertas de la casa ajena. Después de haber impuesto el vencedor su voluntad por la fuerza, después de haberse franqueado la entrada por la violencia, comienza la política de captación por los procedimientos antes apuntados y queda constituído otro imperio.

Aún queda otro tercer camino para establecer un imperio, y es el de **redención**, más noble que el de conquista y más generoso que el de penetración pacífica.

La Revolución roja, en su furor destructivo, arrasa todo por donde pasa, no deja en pie ni un solo valor político. Su misión es ésa: destruir. Tiene que obedecer las órdenes de su capitán, que es enemigo mortal de la Humanidad.

Según las predicciones estudiadas, la Revolución se enseñoreará de muchos países; todo lo trastornará en ellos y después aparecerá en los Pirineos con el designio de reconquistar a España, de donde habrá sido expulsada. No se recordará de que aquí fracasó el genio militar del siglo XIX, de que fracasaron los árabes y de que, si triunfó Octavio, fué para establecer la Era Hispana y la paz universal necesaria para el advenimiento del Mesías. No se acordarán los revolucionarios de lo que será todavía reciente, de su derrota, humanamente inexplicable, en los campos de España. No querrán acordarse de nada de esto y pagarán sus olvidos y aún su audacia con su total y de-

finitiva derrota en la cordillera pirenaica, que, como nos dice Bug, será testigo del combate más cruel, y, desde luego, el más famoso de todos los siglos.

Cristo vencerá, como no podía ser menos; y vencerá por medio de España, elegida como instrumento suyo para tan grande gesta.

Después ya sabemos lo que tiene que ocurrir. Nos lo dicen los videntes y nos lo dice la lógica partiendo de los hechos realizados.

Obtenida la victoria, el ejército triunfador continuará su marcha libertadora. Los países devastados por la ola roja recibirán con transportes de júbilo a los libertadores. El ejército salvador irá engrosando con las aportaciones de los entusiastas que se le irán sumando. Irá restableciendo el orden perturbado por el paso de la Revolución roja, e irá organizándolo todo. En esta labor generosa encontrará cooperadores entre los favorecidos, que, como es natural, acatarán sus órdenes, reconocerán agradecidos su protección y vivirán a su amparo. En esta empresa de restauración el Ejército de la Cruz llegará a Rusia, terminará allí con el odiado bolchevismo, reorganizará el antiguo imperio de los Zares, establecerá en él la religión católica y hará comenzar una nueva era de felicidad para ese pueblo mansurrón y sufrido, que encontrará en la Iglesia plena satisfacción a su profundo sentimiento religioso, deformado por el cisma y mutilado por el execrado comunismo, del que conservará tan macabro recuerdo.

No terminará con esto la tarea de España. La Revolución roja ha deshecho mucho, y mucho, por tanto, tiene que rehacer la providencial España. Una hecatombe tan espantosa habrá tenido repercusiones tremendas e insospechadas. El orden se habrá perturbado en muchas naciones y España tendrá que ir a restaurarlo.

No quedará cumplida la misión de España con la solu-

ción de los problemas que planteó el momento histórico, tendrá que resolver también problemas tradicionales. Hay que tener en cuenta que se va a una transformación completa del mundo en sentido cristiano. Deben desaparecer las herejías y los cismas, como vimos al comentar a Isabel Canori. Debe desaparecer la incredulidad, y también la infidelidad por la universal propagación del Evangelio, obra que debe consumarse en la época siguiente a la que actualmente vivimos. En esta empresa de cristianización del mundo pagano y de recristianización del mundo culto, trabajará España en íntima colaboración con el Pontífice **Pastor Angélico**, de quien hablan tanto los videntes.

Como vemos, la misión de España es la de **redimir**. No irá a conquistar por el prurito de ensanchar sus dominios. Irá a todas partes a practicar las obras de misericordia. Su labor será paternal. Irá a dar vida a lo que estará muerto; irá a sanar lo que estará enfermo; irá a vestir al desnudo y a dar de comer al hambriento. Redimirá al cautivo, al esclavo de la revolución, al tiranizado por la hidra satánica... Esta será la gran labor de España en la época que se acerca.

Por eso su imperio será de redención, de liberación, anhelado por todos, aceptado por todos. Ese imperio llevará la luz de la fe a las inteligencias, el bálsamo de la virtud a los corazones, la tranquilidad a los espíritus perturbados, el pan a los hogares hambrientos, el orden a los pueblos deshechos, la paz y la seguridad a todos los ánimos perturbados... Ese imperio será celebrado por todos, bendecido por todos y dentro de él y a su sombra protectora vivirán los hombres tranquilos y felices gozando de las delicias de la paz después de los pasados sufrimientos.

Este será el Imperio español que ahora soñamos y que ahora presentimos.

Este imperio será extraordinario y extraordinario será su nacimiento. El Imperio español del siglo XVI arrancó de un hecho extraordinario: el descubrimiento del Nuevo Mundo, empresa la más grande de la historia, porque, como dice muy bien Mella, la Redención no es empresa humana, es empresa divina. Aquel hecho insólito dió origen al Imperio Hispano de las primicias de la Edad Moderna. Este otro Imperio, hacia el cual vamos, tendrá como fundamento otro hecho insólito: el vencimiento de la Revolución roja. Este hecho será tan gigantesco, que abrirá una nueva edad en la historia. Será un hecho singularmente providencial, porque su volumen no podía ser producido por las fuerzas humanas corrientes. Habrá en él una intervención especial de Dios, y así como ese gran acontecimiento será obra divina, obra divina será también el Imperio de Occidente llamado a **restaurar todas las cosas en Cristo.**

CONCLUSIÓN 5.ª

ÉPOCA DEL ESTABLECIMIENTO DEL IMPERIO ESPAÑOL

Es natural la curiosidad por conocer la fecha de tan grande acontecimiento. No nos contentamos con conocer los hechos que han de venir. Queremos saber cuándo acaecerán. Lo que nos ocurre con los sucesos históricos. Queremos situarlos en el espacio y en el tiempo, ajustándolos a los dictados de la realidad.

Los discípulos del Señor no fueron una excepción. Cuando Jesucristo les anunció la total ruína del templo y de la ciudad de Jerusalén, inmediatamente quisieron saber cuándo ocurrirían esas cosas.

Nosotros también les preguntamos a los videntes: ¿cuándo ocurrirán esas cosas que nos anunciáis?

Los videntes satisfacen en la medida justa nuestra curiosidad. No nos dicen la hora ni el día en que los sucesos han de tener realidad. Ello a nada conduciría y Dios, que no falta en lo necesario, tampoco abunda en lo superfluo. Pero nos dicen con bastante aproximación cuál va a ser el tiempo en que todas esas cosas se cumplirán.

Isabel Canori Mora quiere averiguar de Jesucristo en qué tiempo tendrá realidad la restauración de la nave de la Iglesia, y después de mucha respetuosa insistencia consigue saber para la publicidad que los hechos ocurrirán entre los cien y los doscientos años. Como el coloquio en-

tre Isabel y Jesucristo tenía lugar allá por 1824, los acontecimientos que ella anunciaba y veía en lontananza tendrían que desarrollarse en su parte álgida después de 1924 y bastante antes del 2024, pues Jesucristo le dice que exagera ella mucho el plazo cuando lo hace llegar a los doscientos años; que será bastante más corto, porque son sus ángeles los que trabajan en la reconstrucción de la nave. Hay que poner, por tanto, un tiempo poco superior a los cien años y bastante inferior a los doscientos. Si a esto unimos la coincidencia exacta que hay entre los acontecimientos que se están desarrollando y los que ella describe como precursores de la total restauración de la nave de la Iglesia, nos encontramos con que estamos viviendo los tiempos tempestuosos que ella anuncia. Luego están muy próximos los que anuncia en la visión de los Príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo y en la del triunfo de la Iglesia.

Nos encontramos con que San Pedro, en su segunda aparición, inspira a los elegidos la elección de un Pontífice docto y santo con el cual arranca de raíz los cinco árboles malditos. Ahora bien; ese Pontífice, según San Malaquías, es Pastor Angélico, el Papa siguiente a **Fides Intrépida.** Durante el Pontificiado de ese santo varón, se verificará la transformación de la Iglesia y de la Sociedad. Se limpiará de maleza la superficie de la tierra en la cual no florecerán más que las plantas saludables. Para esto tiene que haber sido vencida la Revolución, tiene que haber vencido el Ejército de la Cruz; tiene que haber empezado el establecimiento del Imperio español. Si nos fijamos en que **Fides Intrépida** es el Papa Pío XI, y que a éste sigue Pastor Angélico, tenemos muy próximo el triunfo de la Iglesia, y por consiguiente el establecimiento del Imperio de Occidente.

San Vicente Ferrer da, como señal de los acontecimien-

tos, el que los hombres vestirán como mujeres, y éstas como hombres. En los comentarios a la profecía del santo valenciano hemos visto cómo eso se está verificando en la época que vivimos.

San Vicente da además otra señal: la de que dos hombres serán tratados de Majestad. En el comentario correspondiente hemos visto cómo eso acaba de cumplirse y precisamente ahora se terminó ese período con la muerte de D. Alfonso-Carlos de Borbón y Austria-Este.

Según la M. Rafols, sus escritos aparecerán cuando esté muy cerca el Reinado del Corazón de Jesús. Pero antes de que ese Reinado sea establecido, España será purificada de todas sus inmundicias. Sus escritos han aparecido, la purificación de España se está verificando por medio de una guera cruentísima, que es el medio que Dios emplea para purificar a las naciones: **"Sin efusión de sangre no habrá perdón"**, dice el Apóstol San Pablo en su Carta a los Hebreos. Jesucristo tuvo que derramar su sangre inocente para obtener el perdón de los pueblos. Estos tienen que derramar su sangre pecadora para extinguir la pena merecida por sus extravíos. Estamos, pues, viviendo los acontecimientos; y el reinado del Sagrado Corazón de Jesús está muy cerca y con él el Imperio Hispano.

El P. Coma va señalando, hecho por hecho, los principales acontecimientos acaecidos de 1868 acá, y, al llegar a los tiempos en que estamos, pone el desenmascaramiento y el castigo de los enemigos de la Humanidad; es decir, la derrota de la revolución. Ya sabemos que a ésta sigue el triunfo de la Iglesia y el engrandecimiento hispano.

Según Bug de Milhas, después del desastre colonial en que España todo lo perdería, vendría la lucha de los partidos que llegarían a tales extremos de encono, que del campo ideológico descendería al de la violencia, costándole a España **sangre, tesoros y edificios.** Dentro de esta lucha

estamos (1). En el comentario correspondiente hemos visto cuán desgraciadamente se está cumpliendo el trágico vaticinio del ermitaño de los Pirineos.

Inmediatamente del triunfo local que España obtiene sobre la revolución, anuncia el vidente los estragos que la lucha provocada por los partidos intolerantes producirá en los demás países. Como consecuencia de esta lucha y escapando a ella, anuncia una prodigiosa inmigración de católicos y gente de orden en nuestra Patria. Anuncia luego la aproximación a los Pirineos del ejército revolucionario y su derrota por el de España.

El triunfo de los españoles sobre la revolución roja se lo anunciaba también al alma de sus confidencias el Corazón de Jesús en el comienzo de la República española. Como esta República era completamente laica y perseguidora de todo sentimiento religioso, ese triunfo tenía que seguir a la desaparición del régimen republicano. Nadie podrá negar que estamos liquidando (2) ese régimen nefasto, expulsado de España para mientras el mundo exista.

Este triunfo, que alcanzará al mundo entero, empieza por España. Así lo da a entender el Corazón de Jesús al hablar de los males de España y de que después vendrá el triunfo no soñado. Así lo dice también claramente Sor Eusebia Palomino, muerta cerca de Huesca en febrero de 1935. Esta monjita se había ofrecido a Dios como alma víctima dos años antes. Dios aceptó su sacrificio después de muchos ruegos y de interponer su mediación la Virgen del Pilar a la que acudió la piadosa monjita en demanda de ayuda para el feliz despacho de su petición. Contrajo una dolorosa enfermedad que sufrió con mucha pacien-

(1) Afortunadamente ha concluído victoriosamente el 1.º de abril de 1939.

(2) Está ya liquidado.

cia durante dos años, y en febrero de 1935, muy poco antes de morir, tuvo revelación de su muerte y de que Dios había aceptado su sacrificio de expiación por los pecados de España; al mismo tiempo le anunció el Señor que en 1936 **cambiarían de tal modo las circunstancias en España, que reinaría en ella esplendorosamente el Corazón de Jesús.**

Estos datos los publicó "El Siglo Futuro" con una fotografía de Sor Eusebia Palomino en marzo del mismo año de 1935.

Ahora bien; ¿quién en 1935, y sobre todo a principios, podía anunciar el cambio que había de empezar a operarse en 1936? ¿Quién en febrero de 1935 podía suponer que a principios del 36 había de abrirse un período electoral peligrosísimo del cual pudiese salir el triunfo de la vencida revolución de 1934? Hacían falta muchas suposiciones. Primera, que no había de darse el Poder a la minoría parlamentaria más numerosa cuando estuviesen agotadas las demás soluciones. Esta hipótesis no era muy razonable desde el punto de vista de las costumbres constitucionales. Suponiéndola verdadera, había que suponer que unas elecciones tan transcendentales serían presididas por un Gobierno de concentración que ofreciese las máximas garantías de imparcialidad. Jamás cabría suponer dentro de las normas constitucionales que el Poder hubiese de darse a quien ni siquiera era diputado. Aún suponiendo este absurdo, no podía darse por cierto un triunfo de extrema izquierda, de lo cual son buena prueba los pronósticos preelectorales de los políticos más destacados. De modo que antes de llegar al menguado triunfo del Frente Popular, teníamos que pasar por dos suposiciones absurdas; y para llegar a él, tres.

Colocados ya del lado de acá de ese triunfo, ¿podría saberse con certeza que había de producirse un triunfante

movimiento de reacción de carácter exclusivamente católico contra aquel estado de cosas? No. Y buena prueba de ello es el sello providencial del glorioso Movimiento Nacional.

Por manera que Sor Eusebia Palomino, prevé y predice a principios de 1935 y para 1936 una transformación de España en sentido plenamente católico. Esto demuestra su espíritu profético.

Lo único que en aquellas circunstancias podía preverse era la continuación de la política moderada que desde el triunfo electoral de 1933 venía informando la vida pública de la Nación, pero siempre dentro del marco constitucional y, por consiguiente, con el pie forzado del laicismo. Por bien que fueran las cosas y por mucho que la fortuna acompañase a los hombres de derechas, no podía pensarse en una política francamente católica hasta bastante más allá de 1940, de seguirse el camino de la legalidad constituída.

Sor Eusebia dice en febrero de 1935 que en 1936 reinará esplendorosamente en España el Corazón de Jesús. Luego estamos en el cumplimiento de las predicciones relativas al triunfo de la buena causa en España. Luego los tiempos del triunfo y del Corazón de Jesús son éstos y no hay que esperar por otros. Y a éstos seguirán los tiempos del triunfo del Sagrado Corazón en el mundo por medio de España.

Claro es, que no en toda España reinó el Corazón de Jesús en 1936. Pero esto no importa. Reinó contra todas las suposiciones en una gran parte y se inició la era de su reinado.

"Mañana se borrará la iniïquidad de la tierra", dice la Iglesia en la Vigilia de Navidad; y, sin embargo, con el nacimiento del Redentor no desapareció de hecho todo pecado de la faz de la tierra; pero el día de Navidad vino al

mundo quien había de borrar esa iniquidad y ese pecado.

No cabe duda alguna que el 18 de julio de 1936 por entre los negros nubarrones que envolvían en sombras funerarias los horizontes de España y del mundo entero comenzó a brillar, pleno de esperanzas, el sol de la victoria cristiana que desde aquel día venturoso comenzó a ascender constantemente y pronto se encontrará en el cenit de su gloria, iluminando al mundo con los dulces resplandores de la paz de Cristo.

CONCLUSIÓN 6.ª

LA PAZ CRISTIANA EN EL MUNDO CRISTIANO

Al triunfo de que acabamos de hablar seguirá la paz. El triunfo será cristiano. Luego la paz será cristiana. El triunfo será obtenido por el ejército de la Cruz contra los enemigos de la verdad; el ejército de Cruzados luchará por Dios y por la Patria como está ahora luchando el ejército de la verdadera España; luchará por la causa de Dios en el mundo y al vencer a todos los enemigos del nombre cristiano, instaurará una paz eminentemente cristiana, que a los beneficios de su íntima esencia unirá los de la universalidad, porque se extenderá a todo el orbe.

Cuando exponíamos la predicción de Isabel Canori Mora, veíamos cómo se arrancaban de cuajo las causas de todos los males simbolizados por los árboles malditos de los cuales brotaba la maleza que cubría la superficie de la tierra. Desaparecerán, pues, las herejías y los cismas, y con esto quedarán todos los cristianos viviendo en unión fraternal bajo el cayado de un solo Pastor Supremo. Con esto se restablece la paz en todo el mundo cristiano y cesan las divisiones dogmáticas y disciplinares que por tanto tiempo dividieron a los que se titulaban cristianos separando de la madre común a hijos descarriados que quisieron continuar honrándose con el glorioso título de cristianos, aún después de la separación.

El día en que este feliz vaticinio se cumpla, la Iglesia

cristiana, sinónima entonces de católica, perfectamente unida ante el infiel, dará cima a la grande empresa de la conversión de todo el mundo pagano que ingresará en su inmensa mayoría en el seno de la Iglesia, cumpliéndose el vaticinio de Jesucristo relativo a las **otras ovejas que no eran de aquel redil, pero que escucharían su voz y constituirían un solo rebaño con un solo Pastor.** Joan, X, 10.

El Pontífice Pío XI, al comentar estas palabras en su primera Encíclica al orbe católico, hace votos porque este vaticinio se cumpla pronto; y pronto se va a cumplir, queriéndolo Dios, pues como hemos dicho en la conclusión anterior, están todas las predicciones en el momento álgido de su cumplimiento. El mismo Papa revela este convencimiento cuando dice: "Saboreamos de antemano las alegrías de aquel día venturoso en que **todo el orbe**, por voluntad y con gusto se someterá obediente al suavísimo imperio de Cristo". A. A. S. volumen XX, página 168.. El romano Pontífice presiente la conversión general de los pueblos, aun de los infieles, a la verdadera fe, y, por consiguiente, el establecimiento en todo el mundo del reinado de Jesucristo y con ese reinado la paz cristiana que tantos videntes anuncian y nosotros esperamos.

La **Profecía de los Papas** pone esa conversión maravillosa y, por tanto, esa pacificación en el Pontificado de Pastor Angélico e igual afirmación hace el P. Ricci con otros.

Pero, ¿cómo va a ser esa paz? ¿Será puramente externa como la paz que sigue a las guerras largas y cruentas que terminan por cansancio de los beligerantes? ¿Será ésa una paz de cansancio, o una paz de reconciliación? Esa paz, ¿será puramente externa, o será también paz de las almas?

Si esa paz es cristiana, será paz de almas, será paz ver-

dadera. Si esa paz no fuese cristiana, sería una paz mentida.

La que está anunciada es una paz cristiana y católica, es decir, no sólo elaborada por la Iglesia Católica, sino universal.

Al decir que esa paz será cristiana no queremos decir solamente que reinará entre cristianos, sino principalmente que será conseguida a la sombra de la bandera de Cristo e informada por el espíritu de Cristo cuya caridad, "que tanto nos urge", reinará entre los que han luchado. Esa paz estará en las inteligencias, porque todas estarán unidas por la profesión de la misma fe y la defensa de la misma doctrina. Todos pensarán al unísono sobre los principales problemas que tanto apasionan a los hombres. ¿Hay luchas más feroces que las religiosas? ¿Hay luchas más cruentas que las patrióticas? Cuando se lucha **pro aris et focis**, se combate contra todo el mundo. Se quita la raíz de muchas guerras, uniendo a los hombres con los vínculos de la misma fe y de la misma doctrina.

La paz, para ser profunda y sólida, ha de empezar por reinar en las inteligencias. El amor comienza por el entendimiento e igualmente el odio. De la inteligencia bajan ambos impulsos a la voluntad; el amor, para abrazar y el odio, para repeler. El amor desciende del entendimiento para unir con los vínculos dulces de la amistad, que es concordia; el odio, en cambio, desciende para romper toda relación cortés y hacer chocar violentamente con aquél a quien se odia. El amor cae como bálsamo sobre la voluntad a la que suavemente impulsa a buscar el objeto amado con el que quiere vivir en estrecha unión; el odio, por el contrario, se precipita sobre la voluntad con furia de cascada dispuesto a llevárselo todo por delante, arrollando en su marcha cuanto encuentra a su paso.

Por el papel importantísimo que la inteligencia desem-

peña en el hombre, es de tanta importancia la manera de pensar. El entendimiento es el faro que le ilumina a la voluntad los caminos de la vida. La voluntad es impulso, es fuerza espiritual que pone en juego todas las potencias subalternas encargadas de la ejecución. Pero la voluntad, con todo su poder, es potencia ciega, necesita iluminación y ésta le viene del entendimiento que es quien le dice dónde está lo bueno y dónde está lo malo.

De ahí que quien forme mal las inteligencias, corrompa las voluntades; de ahí que para provocar guerras, haya que provocar odios, y para despertar éstos en los corazones, haya que levantar tempestades de calumnias y de prejuicios en los entendimientos. El error en el entendimiento trae como consecuencia la maldad en el corazón y ésta se proyecta luego sobre los actos exteriores en forma de injusticias de todas clases.

Jesucristo, Maestro sapientísimo, "a quien el Padre mandó que escuchásemos", porque sabía esto a la perfección, trató primero de formar el entendimiento del hombre; y lo hizo, enseñándole la verdad que traía del cielo. Le enseñó su celestial doctrina que es toda ella integridad y armonía, perfección y belleza. Esa doctrina le resuelve al hombre, y de un modo perfecto, todos los problemas que la existencia le plantea y le enseña cuáles han de ser sus relaciones con el Autor de la Naturaleza, cuáles las que ha de haber entre hombre y hombre, y cuál ha de ser la ponderación de actividades en cada individuo. Y las normas que dicta esa doctrina excelsa son tales, que, bien aplicadas, harían feliz al hombre como individuo, como criatura y como ciudadano.

Cristo le enseñó al hombre el cielo para decirle que tenía allí su origen como criatura, y le enseñó el paraíso terrenal para decirle igualmente que en la primera y única pareja estaba el tronco de toda la Humanidad de la cual

cada individuo es miembro. Estableció, por consiguiente, la fraternidad de todos los hombres, dentro de la gran familia humana cuya unidad salta por encima de todas las fronteras, de todos los colores y de todas las razas. Todos los hombres, el blanco y el negro, el malayo y el mongol, tienen unos mismos padres, un mismo principio, igual fin, las mismas afecciones, idénticas necesidades, semejantes aspiraciones, sienten parecidas inquietudes y sobre todos por igual cayó la sangre redentora del Cordero que se inmoló por todos, sin hacer excepción de etíope ni de escita, porque todos pecaron en Adán y a todos debía extenderse el beneficio de la Redención.

Establecida por Jesucristo esta igualdad fraternal entre los hombres, echó con esta doctrina los más sólidos fundamentos para la paz. ¿Cómo han de guerrear entre sí los hermanos? Es preciso que los hombres se olviden de este lazo tan estrecho que los une, para que puedan destrozarse entre sí. Es necesario que se levante entre ellos una barrera ideológica, o de intereses materiales encontrados, o de prejuicios, para que pierdan el sentido de la fraternidad hasta olvidar su común naturaleza, su idéntico origen y el fin único para que todos vinieron a la existencia.

Para que este olvido no pudiese producirse, Jesucristo le enseñó al hombre sus deberes para con Dios su Creador. Le enseñó a amarle como a bienhechor, a respetarle como a superior y a obedecerle como a legislador.

Al adoctrinarle en el amor hacia Dios le mandó amar a las criaturas, obra de Dios y reflejo de sus perfecciones infinitas; y con especialidad le mandó amar al semejante en el que Dios esculpió su imagen veneranda. Y para regular ese amor, articuló sus deseos en siete mandamientos, como para regular el amor hacia su infinita bondad,

articuló también sus deseos en los tres primeros mandamientos.

Y así vemos que Jesucristo no se ocupa solamente de echar en los entendimientos las bases de la paz. Se ocupa también de echarlas en la voluntad.

Esta, aunque es potencia ciega, puede, por una fuerza secreta que la hace dueña de sus actos, inclinarse a un lado o a otro y aún abstenerse de toda inclinación. Para inclinarla al bien, Jesucristo se ocupa de formar la voluntad. Para que, "viendo lo mejor y probándolo, no vaya en busca de lo peor", como dijo el poeta latino, Jesucristo le da leyes, le traza normas, la estimula con el premio y la retrae con el castigo, le da virtudes infusas y un lubrificante misterioso que llamamos gracia. Esa gracia y esas virtudes, no sólo son hábitos auxiliares de las facultades superiores de naturaleza espiritual que arrancan directamente del alma, sino que también refuerzan las sensaciones motrices en las facultades orgánicas, pudiendo decirse que todas las actividades del hombre se encuentran lubrificadas por ese óleo divino que todo lo suaviza y a todo da agilidad para que el hombre pronta, fácil y gustosamente, se incline al bien y lo haga.

Formada la inteligencia y la voluntad, pensando el entendimiento rectamente y ajustándose la voluntad a la recta razón, obedientes todas las facultades inferiores a esa voluntad rectamente encauzada, hay armonía entre todas las actividades, hay ponderación entre todas las facultades del hombre, hay equilibrio, y, habiéndolo, hay paz en el individuo. Sus actividades externas se hallan unidas a Dios por la áurea cadena que tiene por eslabones intermedios la voluntad obediente y la recta razón.

He aquí la paz cristiana en el individuo. No basta que en él haya calma exterior. No es suficiente que la superficie esté tranquila. Si hay mar de fondo, no hay paz. Si a

su exterior sosegado no corresponde un corazón también en sosiego, no existe la paz en ese individuo. Si en su conciencia se levanta el remordimiento, o en su voluntad la tempestad del amor propio, o entenebrecen su inteligencia las densas nubes de la duda escéptica o del error tercamente sostenido, ¡ah! entonces ese individuo no tiene paz, aunque no haya bajado aún a la arena del combate.

Pero el individuo gobernado por Cristo, el hombre que piensa en Cristo y por Cristo, que obedece como Cristo y actúa en cristiano, disfrutará siempre de una paz inefable que de su inteligencia cristiana bajará a su corazón cristiano y de éste se transfundirá por todo su ser saliendo al exterior en ese nimbo de apacible dulzura que envuelve siempre al hombre pacífico, que es feliz y lleva la felicidad consigo, como una estela de luz que va iluminando todas las veredas de su vida.

Este hombre quiere constituir una familia y lo hará con arreglo a la doctrina de Cristo que informa su inteligencia. Buscará una mujer cristiana, que piense igual que él, que sienta del mismo modo y que actúe en consonancia con sus pensamientos y sus tendencias; y ambos se unirán con arreglo a la ley de Cristo, y ante su altar santificarán los amores que les llevan a la vida conyugal, y alumbrará en el nuevo hogar un manantial fecundo de buenos ciudadanos para la tierra y bienaventurados para el cielo. Cuando las aguas broten de ese manantial cristiano, discurrirán por cauces igualmente cristianos. Los hijos que de tal matrimonio nazcan, serán santificados con las aguas del bautismo, para que sean de Jesucristo inmediatamente de nacidos; serán después instruídos en la santa doctrina del Salvador y educados en un ambiente plenamente cristiano. Las almas infantiles serán modeladas según Cristo; los cuerpecitos se desarrollarán robustos al amparo de una vida sana, física y moralmente; y cuando los niños sean

jóvenes habrá en ellos un alma y un cuerpo robustos, llenos de lozanía, y serán muy amantes de Dios, defensores de su Patria y el santo orgullo de sus progenitores que habrán recogido la espléndida cosecha de su siembra cristiana.

Y en el hogar cristiano habrá siempre mucha paz, paz cristiana, porque todos pensarán al unísono, todas las voluntades se moverán por el mismo impulso y toda la actuación será armónica. No habrá en ese hogar los odios que en el hogar anti-cristiano anidan, como las víboras dispuestas a revolverse y a clavar su envenenado aguijón en el caminante que pasa.

En el hogar cristiano hay paz dentro y paz fuera. La paz interior sale al exterior en forma de ambiente apacible y sereno, que invita al viandante a sentarse junto a la puerta del cristiano para descansar a la sombra de su parral y reparar sus agotadas fuerzas con el refrigerio que le proporciona la caridad del que tiene a todos por hermanos, hijos de un mismo padre y criados por el mismo Dios.

El padre cristiano, jefe de la familia cristiana, no se contenta con derretir su corazón en el fuego purísimo del amor a los suyos; sale, como Abraham, a la puerta de su tienda, para invitar al peregrino a que se aloje en su casa, le da alimento para saciar su hambre, medicinas para curar sus heridas y cama para que repose durante la noche. Es que el cristiano, no sólo busca la paz con Dios en el santuario de su conciencia y con los suyos en el santuario del hogar, sino también con los semejantes para convertir en santuarios los pueblos y el mundo todo.

Por eso el buen cristiano sale, como el gran Patriarca de la Fe, de su domicilio, otea el horizonte en busca de necesidad que socorrer, va a casa de su vecino, comparte con él alegrías y tristezas, se anticipa a sus deseos, parte con él lo no indispensable y practica la caridad de Cristo.

Estas costumbres cristianas, extendiéndose por campos y ciudades a favor de numerosas familias que vivan según el espíritu de Cristo, llegarán a imperar en el templo de las Leyes y, escalando las alturas del Poder, informarán los actos de los gobernantes, y descendiendo por todos los canales de la Administración, saturarán todos los organismos estatales, cristianizándolo todo y convirtiendo el reino temporal en reino de Cristo. Con la extensión de este reino de las familias a los pueblos y de éstos a los Estados, la paz cristiana reinará en los pueblos, como en las familias y en las naciones, como en los pueblos inferiores.

Las naciones no lucharán entre sí porque no las separará el abismo religioso; antes las identificará la unidad de la fe en un mismo Dios y en un mismo destino, en una misma iglesia y en un mismo sacrificio, en unos mismos mandamientos y en unos mismos sacramentos. Las naciones no lucharán entre sí por motivos patrióticos, por que todas se respetarán mutuamente, conservándose cada cual dentro del perímetro que le trazó el dedo de Dios. No lucharán entre sí por motivos de intereses, porque estimarán la vida de sus hombres por encima de los intereses materiales, que perecen. A la luz de la doctrina de Cristo verán que lo único que interesa es la paz para que las pasiones vivan en calma sujetas a la razón, que es la única que debe imperar de acuerdo con la fe y con el derecho, cuyas normas deben resolver todos los conflictos de orden material; porque importa poco un cercenamiento de bienes materiales, si se conservan los morales y, entre ellos la paz, tan necesaria para cumplir la ley de Cristo.

No se enredarán las naciones en luchas sociales, porque resplandecerá la justicia social que dará satisfacción a todas las aspiraciones. Los individuos, dominados por el espíritu de Cristo, no exigirán más de lo debido. La socie-

dad, dominada por ese mismo espíritu cristiano, será generosa con el necesitado y le dará más de lo que exija, procurando que a nadie falte lo decorosamente indispensable para una vida honesta.

Habrán cesado, pues, las luchas, porque habrán desaparecido sus causas, porque habrá desaparecido Belial de las inteligencias y de los corazones, y le habrá sustituído Cristo.

Habrá dejado de actuar Satán sobre las costumbres y actuará el Salvador de la Humanidad. Entonces se cumplirá de lleno el vaticinio de Isaías de que el **cordero y el lobo habitarán juntos, el león comerá paja como el buey y el leopardo pacerá junto al cabrito.** La paz de Cristo reinando en las inteligencias, en los corazones y en las costumbres, según dijo el Papa Pío XI en su primera Encíclica, habrá amansado a todas las fieras que ahora andan sueltas por el mundo, y habrá convertido al fiero león de la selva en mansísimo cordero.

Esta paz de Cristo se habrá extendido por todo el mundo, porque todo el mundo se habrá hecho cristiano.

Paz cristiana en el mundo cristiano.

Siempre fué anhelo de la Iglesia Católica llegar con su influencia salvadora a los confines del orbe. No es ambición de dominio la que le mueve. Es el amor de la Humanidad que heredó de su divino Fundador. De Él recibió la misión de propagar el Evangelio por toda la tierra. A todas las gentes sin distinción de color ni de raza debe, según este mandato, predicar su doctrina, y cumpliendo está desde el principio esta divina misión. Tuvo que luchar con dificultades ingentes de orden exterior e interior. Pero asistida del Espíritu Santo, fué venciéndolas todas y convirtiendo en hecho consolador su catolicidad de derecho.

Cuando esta difusión de la Fe adquirió mayor impulso, fué a principios de la Edad Moderna en que naciones hasta entonces desconocidas supieron de Jesucristo e ingresaron en el seno de su Iglesia santa. Desde entonces el Evangelio es llevado por los misioneros hasta las regiones más remotas y la luz de la Revelación va disipando las tinieblas del paganismo.

Aunque moralmente la predicación del Evangelio está hecha en todas las naciones del Globo, queda mucho que hacer para conseguir que todos los paganos conozcan a Jesucristo y, conociéndolo, le amen, profesen su doctrina y le sirvan.

Atendiendo a las predicciones expuestas, especialmente a las de Isabel Canori y San Malaquías, con quienes están concordes el B. Nicolás Factor y San Alonso Rodríguez, esa predicción de facto en todos los pueblos del Orbe se hará, una vez establecido el Imperio español. Entonces se verificará la conversión general de las gentes al catolicismo. Entonces **todos los pueblos correrán hacia Jesucristo, todas las gentes le servirán**, y Jesucristo reinará de Oriente a Occidente, del Aquilón al Mediodía. Entonces, como dijo el Papa Pío XI, **"todo el Orbe** por voluntad y con gusto se someterá obediente al suavísimo imperio de Cristo".

La Iglesia contará sus miembros por el número de habitantes del Globo y la cristiandad tendrá por fronteras las del Universo. "En todas partes se ofrecerá a Dios la Hostia inmaculada, la Hostia santa" del sacrificio de la Misa, cumpliéndose a la letra el vaticinio de Malaquías, el último de los profetas menores. Entonces el nombre santo del Dios verdadero será alabado por el negro de la Senegambia, por el cobrizo de la Micronesia, por el paria y el brahmán de la India, por el esquimal de Baffin y por todos los pobladores del inmenso mundo amarillo.

La sangre redentora del Calvario caerá gota a gota so-

bre todos estos desgraciados, sentados hasta ahora en las sombras de la idolatría, y con la sangre que lavará sus almas, caerá luz sobre sus inteligencias, gracia sobre sus corazones, hábitos de obras y virtudes excelsas sobre todas sus facultades operativas, y todos ellos serán transformados de hijos de ira en hijos de Dios y de oprobio de la Humanidad en ángeles del cielo.

Con la luz de la fe y el impulso de la gracia les llegarán los beneficios de la civilización que Dios concede, "como **añadidura**, a los que buscan el reino de Cristo", y al mismo tiempo que sus almas salgan de la abyección del pasado en que tanto tiempo estuvieron sumidas, se levantarán sus cuerpos de la postración en que yacen desde siempre y recobrarán los atributos de la dignidad humana que desconocen en su envilecimiento y se sentirán reyes de la creación al sentirse hijos de Dios y herederos del cielo.

¡Qué hermoso será contemplar el reinado de Jesucristo extendido por toda la tierra convirtiendo en vergeles frondosísimos de virtudes cristianas los que hoy son páramos estériles donde se esconde la alimaña debajo del pedrusco y la sierpe entre la maleza inculta que todo lo afea!

¡Qué hermoso será ver convertidos en hogares cristianos los amontonamientos paganos en que el jefe, dejando de ser un déspota, se convierta en dulce esposo y en padre tierno que mire por sus hijos y los aprecie, no por su cuerpo que ha de convertirse en polvo, sino por su alma que fué criada por Dios para quien tiene que prepararla mediante una esmerada educación cristiana!

¡Qué bello será ver asistir al santo sacrificio de la Misa lo mismo al humilde bantú del Africa Central, que al elegante aristócrata de la vieja Europa; tanto al despreciado indio de la selva americana como al opulento industrial de New-York o de Chicago; igual al paria que al brahmán,

por ser todos hijos de Dios y hermanos en Cristo y en Adán!

¡Qué consolador será ver establecida la jerarquía católica en todos los países de Misión y divididas las diócesis en parroquias y confiadas éstas a pastores permanentes que conozcan a sus ovejas y sean de éstas conocidos!

Ver este día, ver estos tiempos felices fué el anhelo vehemente de los tres últimos Pontífices Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Pío X tuvo por lema del pontificado: **Instaurare omnia in Christo: restaurar todas las cosas en Cristo.** Benedicto XV suspira por la **reconciliación de la paz.** Pío XI, reuniendo los dos lemas, hace con su resultante un tercero: **Pax Christi in regno Christi: la paz de Cristo en el reino de Cristo.** Los tres suspiran por la paz cristiana reinando en un mundo cristiano, en un mundo en el cual reine Cristo. Son tres facetas de un mismo concepto; tres expresiones de un mismo anhelo santo: ver a Jesucristo informándolo todo en todo el mundo.

(El actual Papa Pío XII, felizmente reinante, busca la calidad de esa paz en el fundamento de la misma y formula su lema en la siguiente frase: **Opus justitiae Pax: la paz como obra de la justicia.** Quiere la paz y la quiere permanente y por eso le busca el único fundamento inconmovible para que sea firme y sólida.

A Pío X no le fué dado ver desde la tierra esa restauración de todas las cosas en Cristo. Murió cuando comenzaba el incendio bélico que parecía iba a convertir en pavesas al mundo. Benedicto XV vió la paz material de Versalles, pero no vió la reconciliación que él quería, porque aquella paz, de la cual estuvo ausente la Iglesia, no fué verdadera paz, como dice Pío XI en su citada Encíclica. Quedaron latentes los odios que quieren ahora apagarse con una reconciliación que Dios quiera no sea tardía, y Él

haga sea sincera (1). Según todos los videntes, Pío XII es el Papa de la verdadera paz, de la paz universal cristiana. ¡Quiera el Señor que se cumplan pronto tan consoladoras predicciones! A Pío XI le fué dado ver la aurora del triunfo que apunta por España cuyos ejércitos están laborando por la verdadera paz que es la de Cristo, al luchar por implantar el reino de Cristo en España desde donde se extenderá por el mundo, para convertir en realidad el deseo de Pío XI expresado en el lema de su glorioso y fecundo pontificado) (2).

El materialismo cree que puede haber paz sin Jesucristo y fía solamente de los preparativos militares, fundado en el apotegma: **si vis pacem, para bellum.** Sin embargo, nada más desacreditado por la experiencia. Los aprestos guerreros ensoberbecen a las naciones, hacen más delicada su epidermis, aumentan su hiperestesia, afinan su suspicacia y predisponen el ambiente para el choque. ¿Qué demuestran los grandes preparativos militares más que un ambiente de gran recelo? Por algo se viene preconizando la necesidad del desarme desde hace más de cuarenta años y se viene soñando por los pacifistas en convertir las lanzas en arados. Pero se quiso ir a la paz sin Cristo y el fracaso fué estrepitoso. Se quiso buscar la paz fuera de Cristo y el resultado fué la Gran Guerra. Si se continúa sosteniendo pertinazmente el mismo error, el fruto será una hecatombe apocalíptica. Es generoso el esfuerzo que, por evitar esta gran catástrofe que acabaría con la civilización, de no interponerse la Providencia, hacen los hombres de Estado; pero todos sus esfuerzos fracasarán (3) si prescinden de Cristo.

---

(1) La reconciliación de Munich no fué sincera y la guerra está nuevamente asolando al mundo.
(2) Nota de la 2.ª edición.
(3) Fracasaron.

El principio en que debe asentarse la paz ha de ser el amor de todos en Jesucristo, "la justicia que eleva a las naciones" lo mismo que a los individuos, y el temor a los juicios de Dios, que, si es inexorable con el asesino vulgar que mata en una encrucijada, más inexorable será con los organizadores de grandes matanzas.

Trabajemos todos por el establecimiento del reino de Cristo en el mundo y tendremos asegurada la paz. Cristianicemos al mundo y habrá en él paz profundísima. La paz en los pueblos está siempre en razón directa de su cristianismo. No importa que hubiese habido guerras en pueblos cristianos. En primer lugar esas guerras fueron menos, por tratarse de pueblos cristianos. En segundo lugar esas guerras se humanizaban por la influencia del cristianismo en los combatientes. En tercer lugar, si prescindimos de las guerras que las naciones sostienen en defensa de la verdad contra los asaltos del error, guerras siempre justas, las demás guerras fueron sostenidas o se sostienen entre naciones cristianas **a pesar de su cristianismo y contra la protesta perenne del Evangelio** que manda a las naciones, como a los individuos, "dar la capa a quien pida el sayo y presentar la mejilla izquierda a quien hiera en la derecha".

Hágase efectivo el reinado de Cristo en la tierra y la paz será también efectiva y barata, como lo era en tiempos de Felipe II, quien decía que con escasísimo numerario sostenía el orden en sus extensos y numerosos Estados, gracias a la religión fervientemente profesada y celosamente practicada por sus súbditos; mientras que los demás Estados de Europa, sacudidos por el vendaval protestante, ardían en constantes revoluciones.

Precisamente el estado de cosas que siga a la gran victoria de los ejércitos de la Cruz sobre los de la Revolución, se parecerá mucho a los tiempos de Felipe II y de

Carlos V en el siglo XVI y a los de Carlomagno en el siglo IX. Como entonces, ahora se establecerá un gran Imperio. Como entonces, ese Imperio será el brazo derecho de la Iglesia y tendrá por misión especial la defensa y propagación de la Fe.

Pero el nuevo Imperio tendrá una gran ventaja sobre el Imperio español de principios de la Edad Moderna y sobre el Sacro Romano Imperio del medioevo. El Imperio de Occidente será universal. Los otros Imperios, aunque extensos, estaban circunscritos por unos límites más allá de los cuales estaba ojo avizor un enemigo que acechaba constantemente. Cuando el problema de los bárbaros del Norte estaba casi resuelto, se levantaron los bárbaros del Occidente asiático que constituyeron durante toda la Edad Media una amenaza constante sobre Europa desde las costas asiáticas y africanas. Aquellos Imperios tuvieron que estar siempre arma al brazo para tener a raya a los inquietos árabes que querían traer a la Europa cristiana otra religión y otras costumbres.

El Imperio de Occidente que se levantará sobre los escombros sembrados por la Revolución roja, no tendrá enemigos a su vera; los habrá exterminado o convertido; establecerá una ley fundamental para todos, una fraternidad dentro de la cual quepan todos los hombres, un equilibrio entre todas las nacionalidades que vivan bajo su paternal protección y los Estados que queden fuera de la órbita política del Imperio, girarán dentro de su órbita social.

Y no habrá, por consiguiente, guerras, porque el poder que se levante por encima de los pueblos y Estados, conservará entre ellos el necesario equilibrio con leyes sabias, con prudentes consejos, o eficaces imposiciones, si se hiciesen precisas.

Entonces sí que las naciones formarán verdadera socie-

dad para vivir todas en armonía y hacer la felicidad temporal de sus miembros, como la Iglesia, que los cobijará a todos, hará la felicidad espiritual del género humano.

El Corazón de Jesús será el sol que brillará en el firmamento sereno y apacible de esa atmósfera tranquila, y la órbita en que girará ese sol será el cielo de España en donde prometió reinar "con más veneración que en otras partes", como hemos dicho en la conclusión segunda al comentar la promesa relativa a España.

Después del reinado del odio vendrá el reinado del amor. Después del imperio de Satán vendrá el imperio amoroso del Corazón divino que atraerá a Sí todas las cosas, a todos los hombres, uniéndolos a todos en su celestial amor, fundiendo en este crisol divino el hielo de todos los odios y abrasando en el fuego purísimo de esa caridad encendida a todas las almas que al contacto de ese calor divino recobrarán la vida sobrenatural que habían perdido en la helada estepa del odio y del pecado.

No quiere esto decir que en esa edad de "diamante" de la Iglesia no haya de haber pecado alguno. Mientras el hombre viva en este mundo, estará sujeto a la miseria del pecado, y protección especial de Dios necesita para evitar la caída en la culpa en la cual siquiera sea levemente, "cae hasta el justo siete veces al día", como nos dice la Sagrada Escritura.

Pero los pecados en esa edad diamantina, que está próxima, serán raros, y los que se cometan serán ocultos: no tendrán el carácter de sociales como los de ahora. El pecador se avergonzará de sus claudicaciones y las ocultará en el arcano de su conciencia, reservando su manifestación para el tribunal de la Penitencia al que acudirá para recobrar la pureza de su alma.

Pero las costumbres serán santas, el ambiente estará santificado, el mundo parecerá un inmenso templo en que

los hombres, reconociéndose criaturas de Dios y siervos del gran Rey Jesucristo, servirán fielmente a su Divino Soberano y vivirán entonándole a diario un solemne, majestuoso, inmenso himno de alabanzas que se elevará perennemente de la tierra al cielo, cruzándose en los espacios infinitos con las bendiciones llenas de paz cristiana que bajarán del Empíreo sobre el mundo cristianizado.

CONCLUSIÓN 7.ª

EL PRÓXIMO TRIUNFO DE LA IGLESIA Y LA EXÉGESIS DE LOS TRES PRIMEROS CAPÍTULOS DEL APOCALIPSIS, POR EL P. BILLOT

El P. Billot que fué, como es sabido, Cardenal de la Santa Iglesia y profesor de la Universidad Gregoriana, hace en el epílogo a su Tratado de Ecclesia Christi una exégesis de los tres primeros capítulos del Apocalipsis, que es digna de la mayor atención y confirma cuanto acabamos de decir en la conclusión precedente sobre la paz universal cristiana, próxima a establecerse en todo el Globo.

Leamos atentamente la interpretación de tan sabio profesor y saquemos las naturales consecuencias, no sólo para el porvenir próximo, sino para el más remoto que detrás del penúltimo se esconde. Dice el P. Billot:

"Se enumeran en el Apocalipsis siete iglesias del Asia a las cuales se le manda a Juan que escriba, para que les transmita avisos saludables. Pero aquellas siete iglesias representan las épocas o edades en la historia de la Iglesia universal desde la Ascensión del Señor hasta su segunda venida. Tienen también (estas iglesias) nombres místicos, con los cuales se designa proféticamente la nota más característica de cada una de esas épocas.

La primera es la iglesia de **Efeso** (LI, 1-17) Cap. 2.º del Apocalipsis, versículos 1 al 17). **Efeso** significa en griego **ímpetu,** o iniciación de una marcha con dirección a un término. Y conviene (esta significación) a la edad apostólica, porque después de haber recibido el Espíritu Santo en ímpetu vehemente, los Apóstoles partieron a predicar por todas partes bajo la protección del Señor que confirmaba su predicación con milagros. Pero también a la misma edad convenía la epístola admonitoria que alude a los pseudo apóstoles de los cuales hace frecuente mención San Pablo, y a la secta de los Nicolaítas, la cual, fundada por uno de los siete diáconos primeros, fué el primer origen de la impura Gnosis.

La segunda es la iglesia de Esmirna. Ahora bien, la voz griega **Smirna** significa mirra y designa la edad en la cual, por la acerbidad de las persecuciones y las máximas amarguras de las tribulaciones, se cumplía aquello que se dijo proféticamente de la Iglesia: "Mis manos destilaron mirra y mis dedos fueron llenos de mirra estimadísima". Por lo cual el Espíritu le dice claramente al ángel de la Iglesia de Esmirna: **Mira que el diablo enviará algunos de vosotros a la cárcel para que seáis tentados, y tendrés tribulación** durante diez días, significando con bastante claridad las diez persecuciones generales.

La tercera es la iglesia de **Pérgamo** (11, 12-17). Ahora bien, **Pérgamo** es una ciudad famosa en los autores paganos, de la cual trajo su origen y tomó su nombre la carta pergamena. Por lo tanto, cuando se habla de carta pergamena, salta al instante a la mente el pensamiento de la confección de libros y de controversias que se dirigen con la pluma. Es, por tanto, la Iglesia de Pérgamo la tercera edad, que fué la de los Santos Padres y Doctores, cuando, cesando con Constantino las persecuciones cruentas, he ahí que de la sede de Satanás brotaron las grandes here-

jías de arrianos, maniqueos, pelagionos, nestorianos, etcétera, y del lado contrario fueron suscitados por Dios para la defensa de la verdad aquellos grandes varones dignos de eterna memoria que se llamaron Atanasio, Basilio, G. Nacianceno, Ambrosio, Jerónimo, Agustín, los dos Cirilos y muchísimos otros que con sus escritos ilustraron grandemente la fe católica. Con razón, pues, la tercera edad se significa por Pérgamo. Con razón también se dirige al ángel de Pérgamo la advertencia de que es objeto, pues aunque éste es alabado por su constancia en la fe, todavía está sujeto a grandes y constantes peligros, por habitar nada menos que en la que es sede de Satanás y estar rodeado por todas partes de las doctrinas de los herejes.

A la iglesia de Pérgamo sucede ya en cuarto lugar **Tiatira** (11, 18-29). Además **Tiatiros** o **tiateiroi** significan el esplendor del triunfo y solemne pompa, de **dtias, dtiados,** cuya voz designó primitivamente las cosas que pertenecían a las fiestas en honor de Baco, y después fué usada para significar cualquier solemnidad o acontecimiento triunfal. Es, por tanto, la Iglesia de Tyatira la cuarta edad iniciada en Carlo-Magno con el establecimiento del Sacro Romano Imperio, cuya duración (desde el año 800 al 1800) había de ser milenaria. Y en verdad, el establecimiento del Sacro Romano Imperio selló la subordinación de la sociedad temporal a la espiritual, y fué como corona de la organización del reino social de N. Señor Jesucristo, del cual vaticinaba Isaías: **"Levántate e ilumínate, Jerusalén, porque viene tu luz y la gloria del Señor nació sobre ti... Tomarás la leche de las gentes y serás amamantado a los pechos de los reyes, y sabrás que yo** (soy) **el Señor que te salva y tu redentor, el fuerte de Jacob".** En esto, por tanto, está la solemnidad, en esto el esplendor del triunfo, a lo cual también convienen las demás cosas pertenecien-

tes a esta época. Aunque no falten males en esta época, porque el misterio de iniquidad siempre actúa y, mientras dura la vida presente, el triunfo no existe sino en la medida que conviene a la Iglesia que todavía milita sobre la tierra. Por lo cual bajo el tipo de Jezabel se anuncian crueles cismas y herejías que han de desolar también en esta edad la ciudad de Dios, como el cisma de los griegos en el siglo XI, la herejía de los Albigenses en el siglo XIII, y principalmente la impiedad de los Protestantes en el siglo XVI, desde el cual principalísimamente comienzan a declinar las cosas del cristiano imperio, y, poco a poco, a prepararse la edad de la revolución.

Ahora bien, Tyatira desapareció, y sucedió la quinta iglesia que está en Sardis (III, 1-6). **Sardis** es aquella célebre ciudad de la Lydia en la cual reinó Creso. Sugiere el pensamiento de la abundancia de oro y plata, del apego a las riquezas de este mundo, del lujo y de toda prosperidad material. Por lo cual todas las cosas que miran al tiempo de esta iglesia, aparecen en un estado cada vez más decadente. Por todas partes la apostasía, por todas partes la defección, mientras muchos se apartan de la religión, son pocos los que guardan fidelidad a Cristo: **Pocas**, dice, **personas en Sardis que no mancharon sus vestidos.** Más abajo: **¡Tienes apariencia de vida y estás muerto!** Tienes apariencia de vida, de libertad, de ciencia, de civilización, de progreso; y estás muerto, sentado en las tinieblas y sombras de la muerte, por haber rechazado la luz de vida que es Cristo Señor. Por lo cual se le dice al ángel de esta iglesia: **"Sé vigilante y confirma las demás cosas que están en peligro de perecer"**, y se le recomienda con todo encarecimiento que permanezca sin vacilación en las verdades enseñadas por los santos apóstoles, no separándose lo más mínimo, a pretexto de un conocimiento más alto, de aquel sentido que siempre sostuvieron los padres: **"Ten, pues,**

presente lo que has recibido y oído y guárdalo y haz penitencia".

Esto, por lo que se refiere a la quinta edad. Pero ya son más halagüeñas las cosas que siguen.

Puesto que, después de la iglesia de Sardis, ha de venir la sexta que es la de **Philadelphia** (III, 7-13). Y todas las cosas que se refieren de ella son buenas y felices, principalmente por el feliz acontecimiento, el más insigne y singular entre todos los acontecimientos históricos ocurridos hasta nuestros días: Esto es, por la conversión de los judíos y la incorporación de ellos a la iglesia de las gentes, para que de los dos pueblos que dividía una pared de piedra berroqueña, se hiciese finalmente un solo pueblo servidor de Cristo, reconciliándose por este procedimiento Jacob con Esaú e Isaac con Ismael, lo cual anunciaba el Apóstol, (Rom., XI, 25-32) que había de suceder alguna vez. Por cuya razón fué llamada esta iglesia de **Philadelphia,** lo cual significa amor de hermanos, o reconciliación de hermanos. **Y al ángel de la iglesia de Philadelphia escribe... He aquí daré de la sinagoga de Satanás, los que dicen que son judíos y no lo son, mas mienten; he aquí que los haré venir para que adoren ante tus pies, y sabrán que yo te he amado.** Y entonces también se cumplirá lo que el mismo Apóstol predecía (R. XI, 12): **Y si el pecado de ellos** (es decir de los judíos) **son las riquezas del mundo... ¡cuánto más la plenitud de ellos!** Y en el vers. 15: **Porque si la pérdida de ellos es la reconciliación del mundo, ¡qué será su restablecimiento, sino vida de los muertos!**

Cabe, por tanto, esperar para aquel tiempo una admirable expansión de la vida cristiana por todo el mundo, y una insigne victoria de Cristo y de la Iglesia sobre la sometida Revolución. Digo sometida, más bien que destruída, porque reforzada con nuevas energías y encendida en mayor furor, se levantará a las órdenes de Satanás, su capitán,

para la suprema lucha, y la última batalla que librará contra su antagonista Cristo. Por tanto, finalmente es advertido el ángel de la iglesia de Philadelphia que está próxima la hora de la tentación, **que ha de venir sobre todo el Universo para todos los habitantes de la Tierra.**

Resta ahora la séptima y última iglesia de Laodicea (III, 14-22). La palabra **Laodicea** vale lo mismo que **laon dike,** esto es, juicio de los pueblos, de los siglos, al venir Cristo sobre las nubes de los cielos para juzgar a los vivos y a los muertos".

REFLEXIONES

Bastante expresivo está el eminentísimo P. Billot en la interpretación que hace de los tres primeros capítulos del gran libro profético de San Juan y, por tanto, a nosotros sólo nos cabe hacer algunas reflexiones para ver cómo esta lucubración del sapientísimo profesor confirma cuanto dicen los videntes de carácter privado sobre la próxima edad de la Iglesia.

Según el P. Billot las siete iglesias del Asia que San Juan enumera en su Revelación, no son precisamente siete diócesis, sino siete épocas, siete grandes períodos o siete edades de la historia de la Iglesia, o mejor, los siete estados o fases por que pasará la Iglesia a lo largo de su historia desde su comienzo el día de Pentecostés hasta su último día, el del juicio universal.

El primer período es el apostólico que dura hasta la muerte de San Juan, a principios del siglo II. Está representado por la iglesia de **Efeso.**

El segundo corre desde la persecución de Nerón hasta Constantino. Está simbolizado por la iglesia de **Esmirna.** No importa que este período comience antes de terminar

el primero, porque ya se sabe que los períodos históricos, como los proféticos, se interseccionan. Esto hay que tenerlo en cuenta para evitar bastantes equivocaciones. Vemos en este período las diez persecuciones que insinúa con bastante claridad el sagrado texto y todos llamamos a estos tres primeros siglos de la Iglesia los tiempos heroicos del cristianismo por las tremendas, ferocísimas persecuciones que contra los inocentes e inermes cristianos desencadenaron con toda la fuerza de su omnipotente poder los Emperadores romanos, llegando en una de ellas, la última, a tales extremos la crueldad y la matanza, que se creyó para siempre borrado de la superficie de la tierra el nombre cristiano. Diocleciano mandó acuñar moneda con la siguiente inscripción: **Christiana superstitione deleta.**

El tercer período, representado por la Iglesia de Pérgamo, comienza con Constantino y termina con el advenimiento de Carlomagno. Aparece caracterizado por la lucha ideológica entre los herejes por un lado y los Santos Padres y Doctores, por el otro.

No importa que hubiese Santos Padres en la época de las persecuciones y, por consiguiente, en el segundo período, como, por ejemplo, San Justino, San Hermas y San Clemente de Alejandría, entre otros, en el siglo II; Tertuliano, Orígenes, San Cipriano y San Gregorio Taumaturgo, entre otros, en el siglo III, porque quien caracteriza a la época siguiente son las grandes herejías, de arrianos, nestorianos, eutiquianos, prisciliamistas, pelagianos, monotelitas e iconoclastas, entre otros, contra los cuales escriben y hablan Santos Padres y Doctores, como los citados por el P. Billot; todo lo cual significa controversia, lucha doctrinal en que los maestros de la verdad vencen a los sembradores del error.

Con el imperio de Carlomagno comienza en el ochocientos el cuarto período simbolizado por la iglesia de Tya-

tira, cuyo vocablo significa **triunfo** y triunfales son los sucesos que le anuncia a esa edad el vidente de Patmos, sucesos que, de ser aplicados en sentido propio a la Iglesia de Tyatira, no le convienen por no existir probablemente en la edad apostólica y por haber desaparecido ciertamente entre el siglo II y el III. Con esta interpretación del P. Billot se salva mejor la dificultad que contra esta iglesia oponen algunos racionalistas.

Esa época de la Iglesia fué realmente la más brillante, aunque no le faltaron contratiempos. Pero constituía el ambiente de Europa. Su Jefe era el padre de todos los europeos. Su doctrina inspiraba todas las legislaciones. Su fe era el impulso más fuerte de las actividades medievales. Y aunque sufrió su poderío social un gran quebranto con la protesta, sin embargo, fué conservando su poderosa influencia hasta el siglo XVIII, bien que en declive desde el XVI.

Este período termina con la Revolución francesa, en que empieza la persecución contra la Iglesia en nombre de la libertad humana. La Iglesia deja de ser la mentora de los Estados, muchos de los cuales la persiguen y otros la desconocen. El Sacro Romano Imperio termina en agosto de 1806 al renunciar Francisco II a su título de Emperador de Alemania, quedándose con el más modesto de Emperador de Austria. Así quedaba destruída la obra de San León y de Carlomagno.

Empieza entonces el quinto período, simbolizado en el Apocalipsis por la iglesia de **Sardis**. Las características de esta edad son el progreso material con la abundancia de oro, el sibaritismo de la vida y el culto de las apariencias mundanas. Esto es todo lo que significa **Sardis**, patria de Creso, el más rico de los hombres. Esta edad está terminando, víctima de sus propios excesos. Las naciones, inmensamente más poderosas y más ricas que en la anti-

güedad, están devoradas por una ambición insaciable y, creyendo el mundo pequeño, se empeñan en guerras insensatas para arrebatarse unas a otras la hegemonía financiera y política. Los hombres, no teniendo más dios que el oro, se matan entre sí por su reparto, sumergiendo a la Humanidad en el mar tormentoso de las luchas sociales.

A este período o edad del oro sigue la edad de la reconciliación fraternal, que esto es lo que significa **Philadelphia**, cuya iglesia simboliza esta época de paz universal en que los judíos se convierten, los hermanos se reconcilian y la armonía se establece sobre la base de la unión de los que estaban separados por odios e injusticias. Desaparecida ésta por el restablecimiento de la justicia y extinguidos aquéllos, habrá paz entre los hombres, paz espiritual y paz material, paz de las almas y paz de las armas.

Viene por fin la última edad, representada por la iglesia de **Laodicea**, cuya palabra vale lo mismo que **juicio de los pueblos.**

No es nuestro propósito hablar en este libro de todo lo que hay acerca de esta edad.

Nos basta por ahora con el estudio de la quinta en que estamos y de la sexta hacia la cual vamos.

Todo cuanto nos dice el sabio profesor de la Gregoriana sobre los tres primeros capítulos del Apocalipsis es una confirmación plena de lo que hemos dicho en la conclusión anterior y de lo que anuncian sobre el período próximo a abrirse la Venerable Isabel Canori, Santa Brígida, Bug, en el último párrafo, el B. Nicolás Factor, la M. Rafols y algunos otros.

Claro que el P. Billot no le da a su interpretación más categoría que la de mera probabilidad. Pero la estimamos muy razonable por los argumentos que alega el sabio teólogo, por ajustarse perfectamente al proceso de los acon-

tecimientos y por su absoluta conformidad con todas las profecías privadas que en distintos tiempos fueron hechas sobre este período que se acerca. Todo ello aumenta el volumen de probabilidad de la citada exégesis que anda muy cerca de la certeza moral.

CONCLUSIÓN FINAL

CONDUCTA DE LOS ESPAÑOLES FRENTE A LOS ACONTECIMIENTOS

Con el favor de Dios hemos llegado al fin.

¿Cuál va a ser nuestra última conclusión?

Debe ser esta: Vivir constantemente preparados moral y materialmente para los grandes acontecimientos que se avecinan.

Son grandes los actuales, pero los que les sucedan serán mucho más transcendentales. Las predicciones nos hablan claramente de ellos y los acontecimientos actuales nos llevan hacia los mismos. No sería prudente dudar de su próxima realización.

Las predicciones se han cumplido en todo lo que ha acaecido o está acaeciendo. Luego también se cumplirán en lo que falta, en lo que está por venir.

Anunciada estaba la República en España, y vino. Anunciado estaba su laicismo, y rabiosamente laica ha sido. Anunciada estaba su desaparición entre los horrores de una espantosa guerra civil, y por ellos hemos pasado. Anunciada estaba la victoria completa de los buenos españoles sobre los espúreos, y la larga cadena de triunfos obtenidos desde el principio por nuestro valeroso ejército es prenda bien segura del éxito final, aparte la indiscutible protección de la Providencia que garantiza el triunfo más

completo. (Hoy tenemos que decir: Anunciado estaba el triunfo, y vino).

Anunciada está la persecución de los buenos en el exterior por los partidos intolerantes y revolucionarios. El panorama del mundo hace presagiar —hoy ya no es presagio, sino triste realidad— esa tormenta que con tanta antelación han visto los profetas, los cuales, al ocuparse de ella, hablan también de su desenlace.

Los extremistas creen que la tormenta revolucionaria acabará con los buenos y los dejará a ellos, a los revolucionarios, dueños del mundo. Se equivocan de medio a medio. Está decretada su derrota total y el completo triunfo del cristianismo, y el decreto divino tendrá entero cumplimiento.

La batalla de los Pirineos, anunciada por tantos profetas, significará la liquidación total de la Revolución roja. Lo que después ha de ocurrir está ya dicho y huelga repetirlo.

Pero, para llegar a esta victoria definitiva, tiene España que acabar de liquidar la guerra interior. Después reparará sus gastadas energías, como dice Bug de Milhas; aumentará su poderío con la inmigración de capitales y de hombres que escapen a la revolución exterior, y reforzará todos sus valores morales y materiales. Luego... la gran victoria y la paz universal de que hemos hablado en las dos conclusiones precedentes.

En esta paz desembocan todas las predicciones y de esta paz universal cristiana será principal artífice España. Dios está preparándola para tan gran misión. ¿Qué debe hacer ella? Redoblar el ahinco en hacerse digna de empresa tan grande y de misión tan honrosa.

Para ello necesita inflamarse, cada vez más vivamente, en los tres grandes amores que son el misterioso secreto de sus grandes éxitos y de su vocación celestial: el

amor de la Religión, el amor de la Patria y el amor del Caudillo.

Por el primer amor mereció España ser la llave de los destinos de la Providencia y su instrumento de salvación en las grandes crisis históricas.

Por el segundo amor mereció conservar incólume su recia personalidad, aun en los momentos más difíciles de su historia en que, como en los presentes, "el amor de sus hijos la ensalzó", según dice el vidente de Cominges.

Por el tercer amor merecerá ser invencible mediante la unificación de sus esfuerzos y la cohesión de su disciplina bajo la inspirada dirección del hombre providencial que al frente de sus destinos colocó Dios en estos momentos supremos de su existencia.

Todos los españoles, para ser dignos de su Patria, deben sentir intensamente en sus corazones estos tres amores. Sintiéndolos, nos prepararemos debidamente para llenar la altísima misión que la Providencia nos tiene reservada y que será la base de nuestra futura grandeza.

Sean nuestros pensamientos para estos tres principios sagrados y fundamentales de nuestro lema que va grabado con caracteres de fuego y sangre en nuestra bandera rojo y gualda.

Sean para ellos las vibraciones más íntimas de nuestra alma y las palpitaciones más fuertes de nuestro corazón.

Y como expresión la más vigorosa del entusiasmo religioso, patriótico y disciplinado de todo nuestro ser, con nuestro cuerpo marcialmente erguido y la mirada puesta en el porvenir venturoso, brazo en alto, gritemos:

¡DIOS! ¡ESPAÑA! ¡FRANCO!